antología general de la poesía en el salvador



josé roberto cea

antología de la poesía en el salvador

antología general

Selección, Prólogo y Notas de

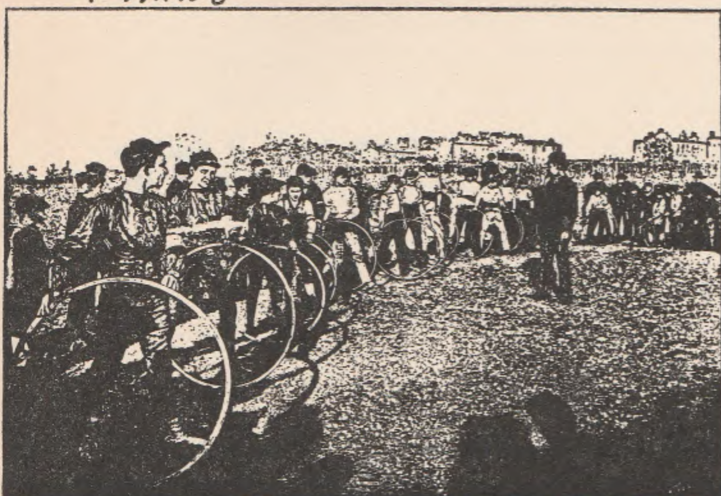
JOSE ROBERTO CEA





Editorial
Universitaria

de la poesía en el salvador



Francisco Gavidia . Carlos Bustamante . Vicente Rosales y Rosales . Alberto Guerra Trigueros . Raúl Contreras . Claudia Lars . Juan Cotto . Alfredo Espino . Serafín Quiteño . Pedro Geoffroy Rivas . Hugo Lindo . Oswaldo Escobar Velado . Alvaro Menén Desleal . Italo López Vallecillos . Roque Dalton . Manlio Argueta . Roberto Armijo . José Roberto Cea . Alfonso Quijada Urías . José María Cuéllar . David Escobar Galindo . Mauricio Marquina.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

1971, Propiedad de Editorial Universitaria de El Salvador
Ciudad Universitaria Costado Nor-Oriente de la Facultad de Odontología

I

Hay en nuestro país una excedencia de versos más cerca del desahogo emocional —la sensiblería— que del pensamiento. Aún en poetas que creíamos responsables con su oficio les faltó el rigor, autenticidad. Poesía de subdesarrollo, de personas dependientes de las expresiones culturales de otros pueblos. La poesía escrita en nuestro país seguía las pautas que se experimentaban en otros países: Francia, España, especialmente. O se ha elaborado una poesía de provincia, que no expresa la verdadera condición de nuestra historia. El mengalismo ha prevalecido en nuestro gusto. Hemos sido imitadores de lo provinciano de otros países de América y Europa.

Pero en este panorama encontramos hombres de pensamiento que profundizaron y profundizan en busca de nuestra idiosincrasia. Y estos casos, aislados por cierto, no han tenido repercusión en el medio —la situación de dependencia económica-política de El Salvador no lo permite. Francisco Gavidia (1863-1955) es un ejemplo. Es el primero en preocuparse por nuestra nacionalidad. Se dio cuenta que sin tradición no puede existir una cultura —por lo tanto una poesía valedera. Por ello se dedicó a la búsqueda de lo nuestro. Historió, y al hacerlo, sentó las bases de un posterior desarrollo. Claro, las generaciones que le sucedieron

no comprendieron su labor, eso detuvo el desenvolvimiento de nuestra cultura. Ellos se fueron por las modas, lo facilón, lo que hace el éxito. Gavidia advierte el peligro en el prólogo que escribió Sobre Lira Joven de Vicente Acosta. En otros ensayos también planteó esos problemas. Gavidia tuvo la lucidez del fundador; interpretó objetivamente el contenido de la historia nacional. Si sus contemporáneos hubiesen comprendido al maestro a estas alturas nuestras tentativas literarias no estarían buscando su niñez, ni la adolescencia, sino la madurez, el pleno desarrollo de la expresión nacional en todas las disciplinas que integran una cultura, y no viviríamos prestando otras expresiones.

La lúcida actitud de Gavidia, fue producto de las disciplinas clásicas a que él se abocó. Eso lo puso a cierta distancia de la facilidad. Su ideal fue pensar y actuar como humanista y no ser acumulador de fichas, propiciador de cementerios de erudismo o catálogo de fechas y nombres. El fue un poeta sobre todo. Eso lo salva en su doble condición de hombre y creador. Todo hombre verdadero es un poeta. Todo poeta verdadero es un hombre. Hablo del hombre integral, porque poesía quiere decir conocer la realidad, toda la realidad y saber también que la ciencia es la otra cara de la moneda, pero que sin ninguna interrelación entre humanismo y ciencia no hay hombres plenos, son robots los que vemos, sobre todo entre los tecnócratas, que se sienten científicos y son los que más rebuznan ante los artistas. Gavidia en sus afanes democráticos propiciaba esto: la cultura como base de la libertad. Porque estimular la imaginación creadora del pueblo, crear las condiciones para que todos tengan acceso a la cultura verdadera (más que a la acumulación de conocimientos) será la meta de un proceso revolucionario. Un hombre forjado de ese modo será un hombre completo, es decir, un poeta, aun cuando su oficio no sea, específicamente, escribir poemas. "Mañana la poesía será escrita por todos", afirmó Lautrémont. Gavidia buscaba eso –ya lo dijimos anteriormente– y fue esa riqueza por él encontrada la que nos legó: un verdadero afán cultural; de desajenar al hombre, de elevarlo por el espíritu, sacándolo de su postración actual; de su condición de sub-hombre.

Nuestra ANTOLOGIA GENERAL DE LA POESIA EN EL SALVADOR, parte de Francisco Gavidia. Antes de él y aun posterior a su labor, el panorama poético salvadoreño es desértico; con bastantes verseros y pocos creadores. Y los creadores no tendremos descanso hasta que el pueblo comprenda el pensamiento gavidiano y repita con nosotros, lo que el maestro escribió En el Centenario de Bolívar:

Pueblo, él torna verdad la duda incierta
él te habla, él te despierta.
Su pensamiento es soplo
que te da cuerpo, alma y progreso.
Escucha, pueblo, Cuando el mal aprieta
debe hablarte el Poeta:
en su lengua está Dios, y en Dios no hay miedo.

II

Las pocas antologías o volúmenes dedicados al estudio de nuestro desarrollo literario que se han publicado hasta la fecha, son especies de directorios telefónicos, o cuando más, meros catálogos o ficheros bibliográficos. Poco o casi ningún criterio selectivo aplicaron los autores de estos ensayos al realizar su labor. Esto permitió a Don Marcelino Menéndez y Pelayo, afirmar que "muchos poetas para tan pequeña República". (Ver Historia de la Poesía Hispanoamericana, 1, Pág. 212, Madrid, 1911).

Entre nosotros raras veces intervienen el juicio estético o intelectual para señalar valores culturales o historiar nuestra cultura; prevalecen otras categorías ajenas a ella: el compadrazgo, la amistad, o se considera la posición burocrática de la persona antes que el valor intrínseco de su obra, algunas de estas personas se valen de sus puestos para ejercer presión y que se les tome en cuenta, o sus posiciones o seudoposiciones políticas, sobre todo estas últimas en uno y otro bando.

En esta antología tratamos de cubrir todas las zonas poéticas que han descubierto los autores incluídos —por cierto— los más completos y determinantes en el desarrollo del pensamiento poético salvadoreño. Deseamos la continuidad de ese desarrollo en la búsqueda de lo nacional; no del color local —quede claro— eso no determina lo nacional en la obra de arte, sino el espíritu que pone al descubierto nuestras peculiares maneras de ver y sentir la época que nos tocó vivir. Estos poetas en su desarrollo poético buscaron aprisionar nuestra realidad, lo que nos da variantes que necesariamente tiene cada desarrollo, aún más el que nos ocupa, hecho de varias sensibilidades que detecta distintos aspectos de una misma situación, de un paisaje, de unas personas, de y en un tiempo y un espacio determinados.

Hasta la fecha no ha habido una antología que brinde a los lectores la oportunidad de tener en sus manos una muestra de sus mejores poetas. Y como de herejías está hecho el mundo, una más ni lo hunde ni lo salva; lo importante, es que la nuestra llegará a importunar refugios placenteros, oasis sacralizados, deificados; porque el autor cree y sostiene que toda antología, para que funcione, tiene que ser excluyente. Excluye porque es una elección; forzada o no, actitud eleccionaria, compromiso, y el compromiso se asume con todo y ante todo; es una manera de libertad y la libertad hace el gusto.

Toda antología es una versión unilateral del antólogo. Nuestra antología se acopla a ello en un principio. De ahí ausencias y presencias.

autor español

III

Entre la naturaleza que se nos da pródiga y las interrogaciones del saber, del pensamiento. Los más significativos poetas han escrito poesía que refleja el paisaje y otra que trasunta preocupaciones humanísticas. Han tratado de incorporar los mitos de la cultura occidental y los mitos prehispánicos. Todos, alguna vez, a medio camino o en la contemplación del paisaje, se han detenido para inquirir sobre ellos, sobre el destino del hombre, sobre la parcela geográfica que nos corresponde; más de una vez se han preguntado qué son, cómo son, cómo los ven y qué ven. Pese a ello, la mayor influencia que nuestra poesía manifiesta es la del paisaje; éste domina largos períodos del quehacer poético salvadoreño.

Después de los planteamientos gavidianos, hay una etapa de música externa, los ritmos diversos, la experimentación sin sentido (toda poesía verdadera es experimental, se pone en tela de juicio en cada poema); la búsqueda y no llegar jamás, no concretar una expresión definida que defina, que sea la medida de lo desmedido en poesía, no profundizar en cada etapa expresiva, no complicarse en meditaciones (la idea da la música), decir palabras altisonantes en una sucesión de versos; si hay instantes religiosos no son asumidos plenamente, con franqueza, por necesidad; si hay misticismo, es elemental, más de ocasión que de convicción. Mucha diversidad sin definidas concepciones o necesidades poéticas. Todo esto lo encontramos en Carlos Bustamante (1891-1951), y en Vicente Rosales y Rosales (1894), los dos nacidos bajo el signo del tamborileo de la palabra, o como diría un profesor de literatura, nacidos bajo el signo del post-modernismo decadente.

Bustamante tuvo varias etapas en su creación artística, pero tres fueron las más acentuadas. Las dos primeras, sonoras, sonantes, imitativas. Su última etapa es de mayor importancia, es la que nosotros hemos registrado en nuestra antología; en ésta fue donde mejor logró decir sus preocupaciones, aunque su voz no cuajó, pues con facilidad se detectan los estímulos poéticos que le promovían los poetas que en la década de 1940 se leían entre nosotros; Federico García Lorca, Pablo Neruda, Julio Herrera y Reissig, Porfirio Barba Jacob, Vicente Huidobro. Si Bustamante partió de lo peor de Darío, pasó por lo de José Santos Chocano, hasta llegar a los poetas que anteriormente mencionamos, no logró asimilarlos en su esencia para encontrar su voz, dar su verdadera expresión, es como el mismo lo dice: "Soy un hombre descaracterizado" y en verdad fue una sensibilidad mal conducida. No hay duda que esas "Glorias" municipales que son los juegos florales lo malograron (él

era un participante indetenible en esas justas injustas), por ellas perdió la visión de responsabilidad como creador, no logró evadir o neutralizar el medio inculto que nos rodea, del que si no nos cuidamos nos absorbe y destruye la personalidad tan necesaria para el artista. Nosotros creemos que los certámenes literarios hay que tenerlos en su exacta medida; saber que pueden hacer mal a la creación: simplifican magníficas sensibilidades, achatan posibilidades poéticas si no se les tiene como meros estímulos y no metas para escribir; aquí muchas personas que escriben creen que ganar concursos o juegos florales es lo ideal para consagrarse; quien busca la consagración no busca nada. ¡La gloria, la gloria, la gloria, mierda, mierda, mierda! Nos repetimos con Verlaine. Sobre todo cuando sabemos que la vida de un creador es una autoinmolación; un matarse para que otros vivan, pero que vivan la vida plenamente; sólo en este sentido tiene valor y trascendencia una obra; la gloria no existe, excepto la muchacha que vive frente a mi casa.

Como creemos que donde hay vivencias hay autenticidad, nos fijamos más en la última etapa de Bustamante, que aunque persistan sus afanes altisonantes, sus frases rumberas; las vivencias que originaron esos poemas lo salvan. Igual sucede con Vicente Rosales y Rosales. La síntesis de su obra está en su poema Invierno. El nos da su grandeza y decadencia. Su primera parte es más profunda. La segunda, sobresale un deseo de hacer paisaje donde no cabe; aquí el poema pierde fuerza y lo gana la vaguedad, marcando una intención objetivista.

En el resto de su obra, Rosales y Rosales juega mucho con la palabra; para él, primero está el ritmo externo, después la idea.

Una poesía de ideas, pensada, meditada, para definir el ser y trascenderlo, no se da plenamente sino hasta la aparición de Alberto Guerra Trigueros (1898-1950), con un pensamiento metafísico que no lo aleja de cantar a las cosas sencillas de la vida diaria, o señalar los problemas inmediatos de ella. Esta afirmación no nos hace olvidar que el maestro Gavidia, en Sóteer o Tierra de Preseas, incursionó en la poesía de giros metafísicos de altos vuelos que recuerda al Dante. Tal como Gavidia, Guerra Trigueros, planteaba los problemas culturales en estrecha relación con su realidad, pero su visión del mundo no le propicia soluciones factibles.

Por su calidad lírica así como por su perfección formal y constancia en su labor creadora, merece especial mención Claudia Lars (1899). Capítulo interesante y único en nuestro desarrollo poético. Ejemplo de calidad incuestionable.

Claudia Lars, pertenece a la estirpe de las grandes poetas de América Latina. A esa lírica femenina que sacó a la poesía latinoamericana de su postración mojigata; fruto de la sensiblería ochocentista; precisamente sin dejar de cantar el amor enriquecieron esta expresión poética con giros eróticos de buena ley; con limpia inocencia invocaban la fertilidad de su cuerpo; una maternal pasión las convertía en tierra que esperaba la semilla de una nueva vida. Quienes realizaron esta proeza y dieron armas a nuestra máxima figura femenina son: Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, sobre todo esta última, que en su patria, como Claudia en la nuestra, no han tenido quien las acompañe en su aventura creadora. No tienen continuidad en otras voces femeninas. Casos aislados. Islas cada vez más rodeadas de agua.

Claudia no tiene quien la continúe o quienes la continúen, la verifiquen, la ponga a prueba, en tela de juicio, qué es lo que crea lo eterno, lo clásico. En nuestro país no hay otra voz femenina que se le iguale. De las mujeres que después

de ella escribieron o escriben versos, una sola no tiene su aliento creador. Aunque haya entre nosotros voces femeninas que de cuando en vez se escuchan: Lilliam Serpas, Juanita Soriano, Claribel Alegría, Dora Guerra, Mercedes Durand, Matilde Elena López.

La poesía de Claudia Lars es transparente, sin que deje de ser profunda; a veces su maestría formal nos gana y olvidamos su mensaje, pero en cada poema suyo encontramos a un poeta manifestando vivencias, abriendo caminos antes inéditos para nuestra sensibilidad, comunicando un estado de gracia nunca antes de ella ni después hallado en la poesía escrita por mujeres en El Salvador y Centroamérica. La voz de Claudia es una de las más conspícuas en Latinoamérica. Cifra en lengua española. Significación en busca de una continuidad, de una forma y contenido excepcional también.

Muy cerca de este clima poético está el raro caso de Lydia Nogales, invento del poeta Raúl Contreras (1895). Este suceso sacó de quicio a más de uno e hizo escribir un libro a Juan Antonio Ayala, profesor español que vivió entre nosotros, por su importancia es digno de tomarse en cuenta en el desarrollo histórico de nuestra poética.

A más de treinta años del desdoblamiento de Raúl Contreras, con el nombre de Lydia Nogales, podemos decir que fue un momento lúcido de la poesía salvadoreña. Se discutió mucho y ella estuvo en las noticias periodísticas, es decir, por vez primera la poesía fue noticia para el periodismo nacional. Los periodistas, que también escribían versos, se preocuparon por la existencia de la poesía. No como actualmente, que están más cerca del crimen, de los puntapiés, que de la cultura.

Al afirmar sobre el desdoblamiento de Raúl Contreras como Lydia Nogales, lo hacemos basados en el manuscrito del soneto El Viaje Inútil, entregado a Oswaldo Escobar Velado, para Puño y Letra, antología editada por Editorial Universitaria. Este soneto publicado con el nombre de su autor puso en evidencia el juego de velos sobre un capítulo interesante de las letras salvadoreñas. Había terminado la poesía que Contreras escribió bajo el signo de la poetisa-duende.

La poesía de Lydia Nogales es una poesía de ritmo tenue; cierta languidez la caracteriza. Melancólica actitud abocada a la muerte, desolación de vivir; no encuentra salvación ni en el verde de los caminos; en esta actitud tenían que haber encontrado los que de esta poesía se ocuparon: el híbrido que era de Nogales; pero no analizaron su mensaje o estilo, como siempre, todos vieron influencias (actitud policial muy arraigada entre nosotros) y no buscaron la sangre, la vida que hay en todo auténtico poeta. Una mujer por muy desolada que esté siempre encuentra una esperanza, una salida para su desolación, y aquí como era un desdoblamiento de personalidad, esa salida tenía que quedar en abandono y es en este abandono, en este fracaso de vida, que la poesía nogaliana adquiere más validez en este viaje inmóvil de la arcilla.

En síntesis, fuera de Claudia Lars, nuestra expresión poética en voces femeninas ha estado pobre, con un nivel muy bajo del mantenido por las voces masculinas.

Universo menor. Momento espiritual que se mira y se toca y se siente. Dulce tono menor, intimidad fundida y confundida en un ritmo leve, de lejanía. Eso encontramos en la poesía de Juan Cotto (1900-1936). Poeta poco leído en nuestro país, su patria; mejor apreciado en México, donde escribió lo mejor de su obra.

Fue allí donde sus amigos publicaron sus Cantos de la Tierra Prometida. Libro póstumo, que resuma candor, plasticidad, ternura, hondura lírica.

La poesía de Cotto es transparente y enseña que todos los caminos van al monte, nos da nuevos ojos para ver lo que nos rodea, de manera más delicada y acabada que Alfredo Espino (1900-1928). Espino, monstruito sagrado de la poesía salvadoreña, del alma nacional, es una institución; figura mistificada y mitificada por la falta de honestidad o de talento de quienes han hecho crítica literaria en nuestro país. Nadie hasta la fecha dice que su poesía es un vasallaje a una realidad que ya no es nuestra, a un alma nacional que no existe como la vio Espino, todo es puro espejismo, timidez, ocultamiento de la verdadera situación del país. La de Espino ya no es la realidad creíble, es una realidad vista con los espejuelos de la hipocrecía; su estética está totalmente liquidada, y precisamente por poetas de su misma o cercana sensibilidad, como Cotto y Serafín Quiteño (1906).

La obra de Espino es imperfecta (toda obra humana lo es) pero ésta lo es más por inauténtica, bayunca, para modistas enfermizas; con cierta delicadeza, ingenuidad ñoña, que pone en evidencia el mal gusto en que se debaten los actos escolares que en las escuelas o colegios se realizan en determinadas fechas del año. En ellos se luce nuestra almita nacional y sus organizadores creen que están haciendo patria. Puro vasallaje al mal gusto, a los velos que todo lo ocultan, a lo inauténtico. Desde allí se les enseña a los niños a mentir y después los viejos se extrañan que los jóvenes evadan responsabilidades.

Al registrar en la antología algunos poemas de Espino, lo hacemos para ponerlo en evidencia y matar al niñón sentimentaloide que vive en nosotros todavía.

Serafín Quiteño, nos da lo mejor de su obra en la búsqueda de lo nacional. Su inmersión en lo autóctono enriqueció su manera de ver lo nuestro, de sentirlo. Incorporó el humor en nuestra poesía; su desenfado lo salvó de lo que deploramos en Espino, y ganamos una voz poética de hondo sentido humano; donde el paisaje, los colores, los giros del habla nacional no están sobrepuestos, sino entrelazados con lo mejor de la lengua española, dando su justa medida. Quiteño sabe que el paisaje no es si el hombre no lo goza. Para qué tanta hermosura, tanta belleza, si no es del hombre; de ahí sus preocupaciones manifestadas en sus poemas y en el periodismo que practica; de esas preocupaciones parte su riqueza, su aporte a nuestra poesía. Quiteño logró fundir las intenciones de Espino y los logros de Cotto, en una obra que si habla de nosotros con honestidad, con vida. En su poesía encontramos más al hombre que al literato, la literatura no lo ha ocultado.

Otra zona poética que tiene su vertiente en Gavidia, es la que parte de un afán democrático, de llevar a mejores estrados al hombre mismo, no al metafísico si no al de carne y hueso; y es la que mantiene en cierta época Pedro Geoffroy Rivas (1908). La antítesis a esta actitud la encontramos en Hugo Lindo (1917), que culmina la actitud poética planteada por el pensamiento metafísico de Guerra Trigueros, y que el mismo Gavidia insinuó sin dejarse ganar por él. Lo valioso de Lindo (que lo hereda de Guerra Trigueros) es que nos enseña rigor y coherencia. Su poesía es un puro gozo de la emoción intelectual o "una poesía de pura emoción intelectual" ello nos estimula no como lección ni modelo a seguir, sino como ejemplo de creador que mantuvo y mantiene su oficio con dignidad, cuando otros han entregado la palabra a fines deleznables. Los afanes democráticos en poesía adquieren su máxima representatividad en Oswaldo Escobar Velado (1919-1961). Si en algún

hipocrecía? hipocresía?

instante Guerra Trigueros y Lindo en toda su obra hacen una poesía cuidando más la forma, cuidándose en los límites que impone una manera de estar de acuerdo con el estado de cosas, con lo establecido, Geoffroy Rivas y Escobar Velado principalmente, manejan ideas que los complican de inmediato con su medio; los domina una especie de mesianismo tolstoiano; en el fondo un sistema místico los sustenta; un misticismo de nuevo cuño, animado por esa nueva actitud de la iglesia católica romana que lucha por llevar a sus consecuencias verdaderas la doctrina de Cristo. Estos poetas comprendieron que el oficio de la inteligencia es: la crítica, el examen, el juicio; con una visión del mundo, acorde a los intereses nacionales, del pueblo.

Si Geoffroy Rivas y Escobar Velado, le atribuyeron a la poesía un carácter militante, y fueron ellos mismos escritores militantes, de reconocida actitud rebelde, inconforme, fue porque sus espíritus explosivos los obligaban a usar un lenguaje violento contra la pasividad de la palabra oficial, contra la hipocresía de sus compañeros de letras. Esta actividad creadora adquiere relevancia con la aparición del núcleo poético de 1956: Roque Dalton (1933), Manlio Argueta (1935), Roberto Armijo (1937), José Roberto Cea (1939) y algunos de la generación de 1950, como Italo López Vallecillos (1932) y Alvaro Menéndez Leal. Este grupo es más incisivo, con propósitos más claros y decidida actitud de profesionalizar su vocación de escritores. Toman las armas abandonadas o no utilizadas a cabalidad por los poetas Geoffroy Rivas y Escobar Velado, y llevan a sus últimas consecuencias esta actitud militante. Escribir como arma contra el silencio oficial y la estulticia de la prensa nacional. Ser la mala conciencia de la sociedad y hostigar toda burocracia. Aunque en Armijo y López Vallecillos persista un íntimo lirismo —bello tono menor, en otras disciplinas creadoras y de investigación si se complican más con lo inmediato. Ahí están sus obras de teatro, sus libros de ensayos literarios e históricos. En Armijo está más acentuada la sensibilidad rural— en el alto sentido de la palabra; en López Vallecillos la sub-urbana —también en el mismo sentido. En cambio, Manlio Argueta fluctúa entre lo rural y lo sub-urbano; que aunque ha cantado a y en la ciudad y enfrentado sus problemas, retorna a un íntimo mundo pero más liberado y con mayor participación de lo externo, sin que esto lo desboque de su manera muy medida de hacer poesía, un tanto meditada sin perder la emoción; este equilibrio no lo excita ni rebalsa ni constriñe ni manifiesta; siempre encontramos en él algo que vigila cada paso suyo en el verso; de ahí que sus poemas nos den una sensación de intemporalidad aunque el recuerdo los sustente. Ciertos giros en él, de ingenuidad, son ingenuos (la ingenuidad es terrible, la tipifican los niños: son feroces con los juguetes, los desarman y a los pájaros les quitan el vuelo de un hondazo). Argueta no ha logrado todavía un lenguaje suyo, pero ya se vislumbra en él ese logro.

Si López Vallecillos y Armijo, hacen una poesía lírica muy conmovida, llorona por instantes, Argueta es un punto de transición. Roque Dalton hace trizas estos hechos y escribe poesía de rompimiento. Su expresión poética siempre fue de ruptura, su militancia revolucionaria la lleva —en otros lugares y planes— a su labor creadora: ¿exacta mala conciencia de la sociedad y de la burocracia de su partido? Veremos con el tiempo y con su actuación en determinada parcela geográfica. Actualmente lo es.

En Dalton, encontramos la sensibilidad urbana más arraigada, quien mejor produce la poesía urbana entre nosotros, aunque en algunos poemas su lenguaje pierde validez, lo invade la retórica, ese falso lenguaje que todo lo entrega vacío, sin vida.

Dentro de la corriente de música externa, está la poesía que escribe Alvaro Menén Desleal (1931). Poesía poco profunda, más cerca del juego experimental que de las vísceras, de la sangre que debe tener toda poesía, (no olvidamos que la poesía siempre es experimento, que cada poema es una aventura, pero lo salva de quedar en sólo aventura la pasión conque fue realizado). Creemos que la poesía debe estar más cerca del hombre que de la literatura, esa es su única razón de existir, es decir, ser el hombre mismo en su vida plena. Menén Desleal hace una poesía más cerca de la literatura que de la auténtica, recóndita palpitación del espíritu. Más para epatar, pero valiosa por lo lúdico.

Ante esta circunstancia confirmamos que ser poeta no es escribir versos, sino padecer al hombre que somos, la vida que llevamos hacia la muerte. Lo demás es literatura.

Pese a estas zonas poéticas que hemos señalado, no queremos decir que sólo ellas existen o son las únicas expresiones que han dominado el panorama de la poesía salvadoreña, ¡no! de ninguna manera, pues estos mismos poetas han escrito poesía de contenido distinto (el contenido determina la forma, como la idea la música). El medio los ha señalado. La poesía rural ha sido el fondo, y el poeta una especie de campesino que señala las cosas de la ciudad, quien las dice, no las nombra. No es el hombre enajenado por la ciudad, su conducta no es urbana, ya que sus manifestaciones son la de el hombre perseguido, en huida hacia el campo.

De los jóvenes de la más reciente promoción de poetas, Alfonso Quijada Urías (1940), es el más representativo. Ha logrado un tono, un lenguaje, si no definitivo, más señalado, más de él y está cerca ya de dominarlo; creemos que él llevará más allá el diabolismo de sus compañeros que empiezan a publicar en 1956, núcleo al que se ha incorporado. El sabe —con los poetas malditos de lengua francesa y de otras lengua— que la poesía es diabólica, todo arte es diabólico, infernal, porque es la vida. Y los creadores somos el mismito diablo: ángeles expulsados del paraíso, lo que deseamos recobrar aunque es preferible el infierno. Por ello estamos contra lo académico, es decir, lo policíaco, lo civilizado. Lo civilizado es lo falso, la mentira, lo hipócrita de la cultura, la arterioesclerosis de la vida. Debemos ser académicos, ciertamente, pero no debemos permitir que en ello se oculten los mediocres, los falsarios, como sucede muy a menudo en estas tierras. Los demás poetas nacidos en la década del 40, son promesas, inteligentes también, estamos seguros que un día cercano darán su fruto; para entonces serán mejor conocidos y tendremos más motivos para hablar de ellos, José Maria Cuéllar (1942); David Escobar Galindo (1943); Mauricio Marquina (1945); Eduardo Sancho (1947); Ricardo Lindo (1947); Rafael Mendoza (1943). Ahora registramos sus nombres y de los más representativos incluimos una muestra de la poesía que hasta la fecha han escrito.

IV

Alguna injusticia cometeríamos si no registrásemos otros nombres que tienen cierta significación en el desarrollo poético del país; porque han escrito libros de versos o algún poema de altura, con dignidad poética, aunque el resto de su obra no valga gran cosa. Tal el caso de Antonio Gamero (1917); que con su poema Buscando tu saliva, causó verdadera conmoción en el gusto provinciano de la década del 40. Cuando fue publicado se dijo que eso no valía, que no era poesía, en fin, la ñoñería, la mojigatez reinante se sintió herida en su gusto ¿estético?. Lo cierto es que con ese poema Gamero dio esperanzas de un futuro logro en la poesía nuestra, pero con el tiempo, pudo más el bayunquismo y él se acomodó a las circunstancias, ocultó las palabras, ocultó con las palabras, es decir, entregó sus armas y un poeta nunca debe entregarlas, tiene que reservarse el derecho de usar su libertad de expresión, aunque ello signifique el riesgo de la libertad. El artista es el eterno inconforme y como tal, debe saberse manejar para mostrarle sus detritus a la sociedad que lo rechaza o ignora o acepta. El artista siempre debe y deberá no estar conforme con nada y con todo.

Los otros nombres son: Ricardo Martell Caminos (1927); Mauricio de la Selva (1930); Armando López Muñoz (1930-1960); Tirso Canales (1930) y Rafael Góchez Sosa (1927). Hay otros pero con los mencionados basta, o esto se nos convierte en mero catálogo o fichero bibliográfico, y ello no está en los planes de nuestras buenas intenciones.

V

Después del anterior recorrido nos asalta la pregunta: ¿cuál es el sitio de nuestra poesía entre la que se escribe en lengua española? La respuesta la tendremos de los hombres preocupados por estos problemas de los demás países que hablan el mismo idioma o de lenguas distintas que conozcan la nuestra; esta antología es una manera de darnos a conocer; al realizarla nos tocó pensar en voz alta, fuimos honestos en ello, pusimos lo que creíamos mejor, hicimos lo que nos pareció conveniente. ¿Buscamos justificaciones? ¿Coincidencias? ¡Jamás! Buscamos lo contrario para enriquecernos, eso hará bien a todos, ¿Pero qué es lo que determina el carácter de nuestra poesía? ¿Se puede hablar de características en nuestras expresiones poéticas? Sí, y estas características y carácter, creemos que otras mentalidades clasificadoras nos las pueden señalar, y lo decimos no porque creamos que sea lo más fácil o por evadir responsabilidades, sino porque es lo mejor; otros, fuera de nuestra situación pueden desentrañar importantes secretos de la tradición o señalar algo fresco y estimulante, cuyo efecto sería constructivo para la labor poética. Tienen el material y una guía, pues nosotros hemos enunciado este carácter y las características de la poesía hecha por salvadoreños, en el desarrollo del prólogo, en los textos de los poetas escogidos y en las notas que preceden cada muestra poética de ellos.

VI

En alguna parte nos ganó el énfasis, pero sucede que él cabe muy bien aquí. Es para llamar la atención sobre algo que nos conviene a todos: hacer uso de la libertad, del humor y sacar los malos vahos que han infestado la labor cultural en El Salvador; mucho diocesillo, muchas santulonas y santulonerías. La poesía es vida o no existe o no tiene razón de tomarse en cuenta, de mencionarse en el transcurrir del hombre. Aquí, la labor creadora –tanto por parte de los creadores como de los espectadores o lectores– ha estado sin libertad; no ha tenido humor, honestidad, casi siempre estuvo rodeada de inautenticidad.

Para emprender esta empresa nos armamos de valor, porque para ésto que hemos dicho se necesita mucha seguridad, casta, solera –como diría un clásico vivo o un vivo clásico– y que el diablo nos salve de la indiferencia.

Que nos equivocamos dirán muchos. Bueno y qué; es de espíritus grandes, amplios, equivocarse; sólo temen la equivocación los castrados, los arribistas, los falsarios, los sostenedores y mantenedores de las cárceles, ya sean estas literarias o literales.

San Salvador, 1969.

BIBLIOGRAFIA GENERAL BASICA

Armijo, Roberto: **Apuntes sobre la Generación Comprometida,** La Universidad, Nº 1 enero a diciembre, Año LXXVII, Revista de la Universidad de El Salvador, 1962. **Tres Poetas Salvadoreños,** Cultura Nº 26, Revista del Ministerio de Educación, 1965.

Cea, José Roberto: **Poetas Jóvenes de El Salvador,** Ediciones Tigre de Sol, San Salvador, 1960.

Erazo, Salvador L.: **Parnaso Salvadoreño,** Barcelona, 1919.

Escobar Velado, Oswaldo: **Puño y Letra** (Antología), Editorial Universitaria, San Salvador, 1959.

Gallegos Valdés, Luis: **Panorama de la Literatura Salvadoreña,** Dirección General de Publicaciones. San Salvador, 1962. **Cinco Poetas Salvadoreños,** Cultura Nº 34, Revista del Ministerio de Educación, 1964. **Poesía, Novela y Cuento en Centroamérica,** Cultura Nº 36, Revista del Ministerio de Educación, 1965.

Hernández-Aguirre, Mario: **La Nueva Poesía Salvadoreña,** Cultura Nº 20, Revista del Ministerio de Educación, 1961.

Lindo, Hugo: **Presentación de Poetas Salvadoreños,** Revista Síntesis Nº 13, Revista Cultural de El Salvador, 1955.

López Matilde Elena: **La Joven Poesía Salvadoreña.** Cultura Nº 13, Revista del Ministerio de Educación, 1958.

López Vallecillos, Italo: **Invitación al Diálogo** (Discurso de ingreso a la Academia Salvadoreña de la Lengua. Boletín de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, Segunda Epoca, julio-septiembre de 1967, Nº 11.

Toruño, Juan Felipe: **Indice de Poetas de El Salvador 1840-1940,** San Salvador, 1941. **Poesía y Poetas de América,** San Salvador, 1944. **Desarrollo Literario de El Salvador,** Dirección General de Publicaciones, 1958.



Francisco Gavidia

Nació en San Miguel el 29 de diciembre de 1863.

Bibliografía Básica: Versos, San Salvador. Imprenta Nacional de F. Sagrini. 1884. Pensamientos (Colección de Cuarenta y cinco poemas), San Salvador. Imprenta La República. 1906. Obras de Francisco Gavidia, San Salvador. Imprenta Nacional. 1913. Soteer o Tierra de Preseas. Imprenta Nacional. San Salvador. 1949. Antología (Prólogo de Luis Gallegos Valdés), San Salvador, Ministerio de Educación, Departamento Editorial, 1961. Sus Obras Completas en 15 volúmenes fueron recopiladas por José Mata Gavidia y entregadas a la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. Roberto Armijo entregó a Editorial Universitaria, sus Obras Escogidas, en cinco tomos. La labor del Maestro Gavidia la han estudiado: Roberto Armijo y José Napoleón Rodríguez Ruiz en Francisco Gavidia, La Odisea de su Genio, (Dos Tomos), Dirección General de Publicaciones, Ministerio de Educación, San Salvador, 1967. José Salvador Guandique en Gavidia, El Amigo de Darío, (Dos Tomos), Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1965. Mario Hernández Aguirre en Gavidia, Poesía, Literatura, Humanismo, Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1968. Juan Felipe Toruño en Gavidia Entre Raras Fuerzas Etnicas –De su Obra y de su Vida–, Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1969.

Francisco Gavidia falleció en San Salvador el 23 de septiembre de 1955.

Gavidia hace una poesía más pensada que sentida. Maneja teorías poéticas, antes que vivencias. Poesía un tanto libresca, poesía de gabinete, de escritorio, bastante fría, pese a su genio o por ello quizá.

A APOLO

Mi verso es verso llano,
En que suena la voz y en que el acento
Del hombre se hace oir y el eco humano.

Apresurado o lento,
Como de un río la sonante plata
Cuyo espejo retrata.

Gentes, bosques, viviendas y animales,
Arboles, rocas, vida y movimiento,
Corre en libres raudales,
Llevando al par, idea y sentimiento.
Como lo debo sólo

Al rubio Apolo, y porque en mí no fuera
Propio que elogios propios escribiera,
Son estos versos en loor de Apolo.

¿Qué te falto al respeto?
¿Cuándo y a qué respeto pudo faltar amor?
amor ni hace antesala, ni se calza los guantes,
ni hace genuflexión.
No quiere cortesías;
ni lleva más vestido que alas para volar,
ni tarjetas. . . se anuncia con acerada flecha
de las de su carcaj.
¿Qué te falto al respeto?
pues manda, niña mía, manda que antes de entrar
el ruiseñor al nido, le anuncie algún portero
con sombrero alto y frac.
Todo ha de ser medido;
todo puesto a la moda ¿no es verdad? ¡conn'il faut!
palabras ardorosas, apretones de manos,
¡oh! qué profanación.
Las miradas que encienden;
disimulos que juntan un pie con otro pie;
las rodillas rozándose debajo de la mesa. . .
¡Eso es vulgar! ¡Eso es. . .!
¿Pues qué eso de estrecharse
la femenil cintura en la fiebre del vals?
¿pues qué eso de sentirse el ambiente de llamas
de un aliento al soplar?
¿Pues qué eso de ir uniendo
más los ansiosos pechos? ¿Pues qué ese ir y venir,
esa dulce fatiga, esa sed sin cansancio
que parece sin fin.
Ese mirar de ojos,
ese estrechar de manos, ese apagar de voz;
y aquello de creernos en tempestad de fuego
¿llevados de un ciclón?

Pues qué en medio de las turbas,
en cuidadoso olvido y en calmosa inquietud,
confundir las miradas, pensar la misma cosa,
y verlo todo azul. . .
Pues qué mientras aturde
dulcemente la música y se arrastran los pies,
aquel beso a hurtadillas, que no vio ni oyó nadie,
nadie. . . que fue así. . . un rápido, un pequeñito edén?
¡No no!; eso es de mal gusto:
la etiqueta prohibe amor al natural;
amor viste desnudo. . . y tiene alas tan blancas
que es preciso cortar.
Las miradas amantes
para que no se excedan en eso de decir,
deberán ir provistas de anteojos verde-opacos,
traídos de París.
Los besos han de ir serios
como unos diputados, con frac y con bastón,
y para saber la hora en que han de hacer visita,
deben llevar reloj.
El amante piropo
que a una oreja rosada, llame. . . como a un zaguán,
irá con sobre todo. . . no vaya a ser que el aire
lo vaya a constipar,
¡Nada de rizos! ¡Nada
de sonrisas, de señas! ¡Nada de aquella flor
quitada a una cabeza a un ojal detenida
cerca de un corazón!
Por lo que es a esa boca,
Dulce troje de besos y de mimos, pues ya
tomará un aire grave como de tesorero
y dirá siempre: —¡No hay!
¡Muy bien! ¡todo medido
todo puesto en su puesto y puesto al uso! ¡Eso es!
Ya así amor no es amor. Ya así el hombre no es hombre,
ni la mujer, mujer.
Ya la naturaleza
borra en su inmenso libro esto: lo natural;
se mete en los salones, y sale con humitos
y con tufos. . . de gas.
¡Muy bien! Ya tus canarios
no volarán sin travas cuando los dejes ir;

no; tomarán su sastre, y se irán afeitados
de donde Peregrín.
Ya en las selvas, un tiempo
pobladas por arrullos que inspirara la luz,
no dirá la paloma, como lo escuchó Diéguez,
—Mi amor sólo eres tú, mi amor sólo eres tú!
¡Eh malcriada! ¡Insolente!;
¿Esa es la urbanidad que has podido aprender?
desde hoy en adelante a ese señor Palomo
lo tratarás de "usted".
—La señora Calandria!
—Caballero Zenzontle!: —Usted, don Ruiseñor!
—Don Clavel! —Doña Dalia!— Señorita Azucena!
—Don Lirio!— Don Gorrión!
Como ahora es costumbre
entre gente elegante levantarse a las diez,
aguardará la Aurora a que nos levantemos
cuando nos venga a ver.
Mayo cuando despierte
para animar al mundo con su aliento vivaz,
se envolverá en las faldas de su levita verde,
las manos, al tocar . . .
Ya desde hoy, por supuesto,
no inflamará los pechos de doncella y doncel,
ni encenderá las yemas, ni exaltará la vida,
ni hará nada: ¡muy bien!
¿Para qué, pues, los labios?
pues bien, para decirnos: —Le beso a Ud. los pies.
Ya no hay dulces palabras, ni caricias, ni mimos,
ni besos: ¡ya no hay miel!
Pero oye, ¡amiga mía!
¿Y así dicen que me amas? ¡Con qué eso es el amor!
Con qué luz y armonías y sangre y vida y todo,
para eso lo hizo Dios?
Oye: desde los bosques
trae al soplar la brisa, ruidos, besos, pasión,
y lleva enjambres de arpas, bandadas de preludios,
himnos para el amor . . .
Oye: de las montañas
los imponentes robles se mueven a compás,
y cuenta hoja por nota, árbol por sinfonía
que arrastra el huracán.

Oyeme: allí los troncos
cubren robustas guías; allí de dos en dos,
los sarmientos refuercen, como dobles serpientes,
sus manojos de fibras en salvaje apretón.
Y debajo las yerbas,
los cristalinos tallos, los bejucos, la flor,
las hojas apiñadas, buscando entre las sombras
algún rayo de sol.
Y arriba; por los brazos
y la áspera corteza del árbol, se mira ir
torciendo sus anillos, cobrando más ponzoña,
el constrictor reptil.
Y más arriba, el nido
que se mece en la rama con pausada inquietud;
y luego, más arriba hojas, aves; y fuego
más arriba, el azul.
Por aquel rudo templo
en su carro invisible pasa una bendición:
se hinchen los granos, se abren los capullos, se siente
un soplo creador.
¡Luz, calor, armonía!,
amor allí del ruido hace una encarnación;
allí el pétalo es eco, allí el huevo es un ritmo
y la roca una voz.
Todo bebe allí savia,
todo se comunica, todo siente el amor,
y por eso se exhala en gigantesca estrofa
que es divina oración.
La materia es sagrada:
no la ultrajéis; en todo noble huella pasó;
tú puedes de tus carnes hacer la excelsa estancia
de una santa canción.
Oye: el amor es cuerda
de una lira infinita: ¡amor! ¡amor! ¡amor!;
hacedla sonar todos, que para todos suena;
mas no queráis templarla, que ya la templó Dios.

SONETO

Duerme. La curva de su casto pecho
Que alza su seno al respirar tranquila,
Como ola mansa voluptuosa oscila
En el mar de blancura de su lecho.

Pecho armonioso y el suspiro estrecho
Que a los aires su bálsamo destila:
Nieves en que se abisma la pupila;
Busto que el arte y el amor han hecho;

Redondeces de espuma en que se embriaga
Como torrente de oro desatado
La luz que en vuestro piélago naufraga:

Formó esa curva sobre el mar salado,
Venus, cuando al nacer, flotante y vaga,
Rasgó la onda su seno nacarado.

LA OFRENDA DEL BRAMAN
Poema Indostano

I

Yo era un bramán conocedor del Veda;
yo me vestía mi ropón de seda,
y en concurso de santos y de sabios
oía, cual rumor de la arboleda,
toda la inspiración, la ciencia toda,
manar, al escaparse de mis labios,
los versos de Valmiki, en la pagoda.
Yo congelaba el iris,
y al rayar de la aurora,
las nieves eminentes
de los Dawelaguires,
nimbada de vapores refulgentes,
que hería un soplo de oración sonora,
eran tímpanos cándidos de rimas,
rapsodias profundísimas y extrañas,
con que daban a Brama, las montañas,
gracias por las edades de sus cimas.

II

Oyendo mis cantares y refranes,
acatando mi fe y sabiduría,
en premio dispusieron cierto día,
Ofrendarme una virgen los bramanes.
Y eras tú, mi Aegandyra enamorada,
de dulce y triste y lánguida mirada;
tan atractiva y pálida belleza,
que toda la India te juzgó al extremo
de un esfuerzo supremo
del arte de la Gran Naturaleza.
Y eras mía. Y en medio de oraciones,

Mago solemne, pensador agreste,
hice las misteriosas abluciones
y desceñí tu inmaculada veste;
y entonces con ternura
dí un beso a tu cintura
fácil cual junco, y adorable y grata,
y se enroscó a las formas de tu talle
un deslumbrante cinturón de plata.

III

Cual fuente que desborda de su lecho,
como hebras del tejido de la noche,
formaban manto misterioso y vago
tus cabellos rodando por tu pecho
con inocente y con sensual halago.
Y en el cuello de nieve, casto y bello,
donoso cual de blanca cervatilla,
posé el labio, apartándote el cabello,
y entonces, luminosa gargantilla
cual sierpe de oro se anudó a tu cuello.

IV

Nevada e inocente,
cual la espuma más alba de la playa,
admiré la blancura de tu frente,
pura como el carámbano
que corona la sien del Himalaya.
Allí mi labio, que amoroso quema,
dio un beso ingenuo cual la luz del día,
y cuajada de lumbre y pedrería
engarzóse a tu frente una diadema.

V

Te alzó en mis brazos mi efusión sencilla,
y con el más sagrado de los goces,
doblé ante los altares la rodilla,
y pura, así, te devolví a los dioses.

LA HOJA EN BLANCO

> **El Buque: ¿Cuál fue su historia?**
> **Vila: Una hoja en blanco, Alteza: no reveló jamás su amor...**
>
> ....
>
> **...Y en negra, pálida pesadumbre, asemejábase a la paciencia sentada sobre un sepulcro y sonriendo al dolor...**
>
> (La Noche de Reyes, Shakespeare).

Tú me puedes decir que yo amo a otra,
Aunque hace mucho tiempo que no la amo;
Hacer memorias de mis noches largas
Cuando por otra suspiraba en vano;
Decir que el corazón que yo te ofrezco
De amar y de sufrir está gastado,
Y que me vuelvo a ti en la hora tremenda
De la desilusión el desencantos
Y al decírmelo tú, qué he de decirte?
Y al afirmarlo tú, cómo negarlo?
Vale más que este amor sea tan sólo,
Una hoja en blanco.
Si antes; si ha mucho tiempo, nuestra suerte
Me hubiera puesto de tu senda al paso
Y aquel mi corazón ardiente y firme,
Dócil de las pasiones al reclamo,
Te hubiera yo ofrecido, amiga mía,
Puro como ascua y como cera blando:
Ah si antes; si tú entonces, amorosa,
Y yo lo hubiera alzado ante los cielos,
Hincada, como una hostia o como un astro,

Dios con su bendición llenado habría
Esa hoja en blanco.
No habría sido mi cariño estéril,
No habría entonces suspirado en vano,
No pensaría como ahora pienso
Que he hecho un desperdicio de mi llanto.
No hablemos de eso... Amaneció muy tarde:
Fue la aurora una fiesta de nublados:
Los pájaros temiendo por el día
Cantaron la tristeza de los campos.
Y bien sé que mi dicha está en tus ojos,
Sé que mi paraíso está en tus labios,
Sé que sólo tu nombre escribiría
En la hoja en blanco.
Lágrimas que no salen se hacen piedras
Y dogales los ayes no exhalados:
No sabes cuánto pesa mi silencio,
Cuánto hay de luto en mi sonrisa y cuánto
De deseos encierro, y de suspiros
Que antes que salgan a decirlos, mato.
Cuando algún día me halle con la muerte
Que me lleve al abismo de la mano,
Serán mis confidencias al sepulcro
Lo que tú por mí mal has ignorado:
La historia de este amor quedará siempre
Una hoja en blanco.

LA CALLE

¡Aborreced la suerte, cuya mano
La premia su egoísmo al opulento,
Y le allana la senda al miserable,
Y lleva las alturas al perverso!

¡Aborreced la suerte que levanta
Una muralla al paso de los buenos,
Y abre una sima a la virtud y ahoga
El corazón más noble entre sus dedos!

La calle es la morada del mendigo.
La indiferencia la cubrió de hielo.
Y en ella, al sol, al aire y al espacio,
El mendigo es su libre prisionero;
Con la ciudad por cárcel, se detiene
A las puertas, no más: no pasa dentro!
Es cojo; tiene grillos a las plantas.
Es manco; sus esposas son de hierro.
Es sordo; ni él se escucha, está murado.
Es mudo; tiene una mordaza. Es ciego;
Está preso en la tumba.

La miseria,
He allí el invisible carcelero.
¿Quién dice que la suerte— ¡Oh tú que pasas
Cerca de esos harapos y sin verlos!—
Quién dice que en los hombres, algún día,
No te pueda poner la mano, y luego,
Llevándote a la puerta, al sol, al aire,
Entregarte a las calles prisionero?
¿Volviste, pues, la vista al desgraciado?
¿Quién la volverá a ti, si no la has vuelto?
¿Alargaste la mano al desvalido?

¡Quién te la ha de alargar, si no lo has hecho?
¿Apagaste su sed? ¿Saciaste su hambre?

¿Diste una cama al doblegado al sueño?
No diste agua, ni pan, ni diste cama:
¡Ve soñoliento, pues, sediento, hambriento!

¡Ah! muchas veces, quien negó un bocado,
Vio a su mesa doblársele el sustento;
Quien negó una limosna, vio doblarse
La plata en la arca, el grano en el granero;
Quien negó un lecho, descansó tranquilo
Hasta muy tarde, abandonado al sueño.

¡Alza, que llega el día! . . .
. . . el de la muerte;
¿Quién no la vio llegar sobrado presto?
¿Y entonces quién no pide una limosna?
¿Quién, Señor, ante ti, no es pordiosero?

A CENTRO AMERICA

Centro América duerme
Silenciosa e inerme
El sueño del olvido de los mundos:
Sus pueblos son estériles llanuras,
Zarzales infecundos,
Temerosas y agrestes espesuras
Que hincha de negra savia el egoísmo;
Por esta selva lúgubre y sombría,
Su horrible paso en las tinieblas guía
Leñador infernal, el despotismo.

Ved el cuadro, que aviva
En la conciencia pública extenuada
El rayo de una lumbre fugitiva;
Ved extender la historia
Su acusador legajo.
Qué veis? El crimen coronado arriba.
Qué veis? El crimen inconsciente, abajo.
Los tiranos, la plebe,
Todos, los oprimidos, los que oprimen,
Todo pasa y se mueve
En un sudario fúnebre de nieve
Que de gotas de sangre siembra el crimen.

Oh, Patria! Oh, Centro América,
Necesitáis con vuestras propias manos,
Levantar vuestra lápida mortuoria
Que gravita en la tierra como un monte
E interrogar después el horizonte
Para encontrar el rumbo de la gloria.
No; no habían pensado
Los PROCERES augustos,
Cuando hace medio siglo proclamaban

Tu santa libertad y tu grandeza,
En el noble estandarte desgarrado
Ni en el pueblo cobarde maniatado
Sobre cuya cabeza
Su huella sepulcral dejara un día
Como estampa de sangre
El pie de la cobarde tiranía.

No; la vehemencia que cual fuego abrasa,
La indignación terrífica y solemne;
La sagrada iracundia
Con que anatematiza y amenaza
La palabra de truenos de Barrundia;

La calma pensativa
Conque en las soledades de la noche.
Cuando alzan los espíritus el vuelo
y los perfumes suéltanse del broche
Y el pensamiento se encamina al cielo;
Cuando tiende profunda sobre el orbe
La sombra, como trémulo palacio
Su triste inmensidad de terciopelo;
Cuando, Oh natura, tu suspiro exhalas
Y los ámbitos cruzan del espacio
Misteriosos enjambres
De almas errantes de impalpables alas;
La calma pensativa, inmensa lucha,
Del genio soberano,
Con que el gran Valle en el silencio escucha
Misterioso y profundo,
Inclinado a las simas de la ciencia,
Cual forja el porvenir, la Providencia,
Para este corazón del Nuevo Mundo;

La fuerza poderosa con que escruta
El espíritu inmenso de Delgado
Del corazón la misteriosa ruta,
Cuando extiende la diestra
Sobre el pueblo a sus pies arrodillado
Que espera sus palabras para erguirse
Y lanzarse al fragor de la palestra;

La espada, luminosa cual la idea
Con que Francisco Morazán, sondea
Donde su rayo el patriotismo fragua,
Para escalar las escarpadas cumbres
En que el laurel florece de la gloria
Y llevar por la mano a la victoria
El furor de las bravas muchedumbres;
Las épicas y ardientes aventuras,
Con que un día el coloso,
Gloria del Salvador, Hijo de Honduras
Padre de Centro América glorioso,
Ensordeció los ámbitos del Istmo,
Surgiendo, como un león con la bandera
Del derecho, trasunto de Mavorte,
Con sus huestes ardientes y bravías
Luminosa cohorte,
De tras de esas azules serranías
En que flotan las nieblas, hacia el Norte;
El que sembró llanuras y montañas
Con victorias y hazañas,
Dando asunto a las rústicas familias
Para animar de noche sus vigilias
Con el nombre del héroe en las cabañas;
Toda esa fulgurante llamarada
Que cual gloriosa bruma
Está flotando, Oh Patria, en tu memoria;
Los héroes de los triunfos de la pluma,
Que han tejido de triunfos nuestra historia;
Obra providencial, santo legado,
Oh, no eran para el pueblo esclavizado
Sobre cuya cabeza
Su huella sepulcral dejara un día
Estampada con sangre
El pie de la cobarde tiranía.

Oh, centroamericanos,
¡Despertad ya de la tremenda calma!
Y en vez del negro y gélido vacío
Que lleváis en el pecho,
Poned en él un corazón y un alma
Formados por la audacia y el derecho.
¡Oh, centroamericanos!

No acabará la esclavitud si pronto
No os tomáis de las manos
Ni avanzáis en unión estrecha y fuerte,
Poniendo un solo pecho como hermanos;
A ver si hiere a un pueblo de esa suerte
El destino que forja los tiranos
O si ellos en la empresa hallan la muerte.
Sí, un pueblo yace en el tremendo sueño
del baldón y el olvido
En que se hunden lo oscuro y lo pequeño,
Cuando el ánimo pobre y abatido
Vive esperando con vigor escaso,
Que le trace un camino
El ademán de loco del destino
O la brújula imbécil del acaso.

Oh, no esperéis que el dedo de la suerte
Os marque el ignorado derrotero,
Mientras dormís en estupor inerte
Y al borde del abismo traicionero.
El porvenir no llega, inesperado,
Advenedizo sin misión ni nombre;
Llega porque es llamado;
Porque lo han engendrado
El valor y el espíritu del hombre
Y porque el hombre mismo lo ha creado.

No es hijo el porvenir de la fortuna
Ni es el azar el padre de la gloria,
Ni va sin ley y sin conciencia alguna
Sin fe e inteligencia,
Trazando los caminos de la historia
La mano de la oculta Providencia.

¡Oh! no habrían los mares
Desvelado su seno
Que un nuevo mundo encierra,
Si el genio no venciera los azares
Con que la chusma pálida se aterra,
Para transfigurarse en el océano.
Al gritar ¡tierra! al completar la tierra,
Ante el mar y las brumas y el misterio,
Como si un Dios al extender la mano
Engendrase en la sombra un hemisferio.

Los pueblos cuyo espíritu desmaya,
Al azar confiados
Que con ellos navega,
Abandonados a la fuerza ciega,
Nunca alcanzaron a ganar la playa;
Sin fe, sin guía, sin razón, ni tino,
Jamás se salva el pueblo que se entrega
Sólo a las tempestades del destino.
No es sociedad la turba que amalgama
El azar, y en que el pálido egoísmo
Su simiente derrama
Preparando la siembra de tinieblas
Que ha de segar después el despotismo.

Ved lo que os pide el porvenir: un lazo;
Unir el brazo, unir los corazones,
Una gran sociedad, un gran abrazo
Que una los corazones y una el brazo;
Así la tiranía que envenena,
No hallará sin ligar los eslabones
Ni romperá jamás esa cadena.

Oh, minorías cultas, indolentes;
¡Minorías! la gloria será vuestra,
Cuando inclinándoos sobre el pueblo rudo,
Tendiéndole la diestra,
Hagáis del pueblo indestructible nudo
Y halle en la unión impenetrable escudo
La corrupción irónica y siniestra.

¡Un alma para el pueblo!
Ved lo que os pide el porvenir: un lazo
Que estreche los espíritus y el brazo
Y que os sostenga al ir hacia adelante:
La democracia, formidable atlante,
Invencible coloso,
Vendrá, cuando en trabajo luminoso
Concentréis el espíritu que flota,
Como una fuerza cósmica gigante,
En la dispersa muchedumbre ignota.

Y un día el porvenir que hoy os aterra,
¡Oh, centroamericanos!

Vendrá a poner su antorcha en vuestras manos,
A la faz de los pueblos de la tierra. . .
Así el ardiente Izalco un tiempo era
Un declive sin faldas ni estatura
Donde al sol dormitaba la palmera
Abanico oriental de la llanura.

Una noche, el espíritu del mundo,
Concentrando su fuerza poderosa,
Sacó de las entrañas de la tierra
Una cima espantosa
Que arrojó de su cráter iracundo,
Por sobre de las cimas de la sierra,
Un torrente de luz que alumbró el mundo.

Ahora el navegante
Que el ardor de los trópicos agosta,
Cuando en la noche espléndida y desierta
Al fulgar del Océano, vacilante,
Con rendida mirada
Busca los arrecifes de la costa,
Ve, cual mito de una hórrida odisea;
Cual si agitasen con terrible aliento
Los titanes del Istmo
Las flamígeras crenchas de una tea
Surgiendo de las sombras del abismo,
Cortando enhiesto al horizonte el rumbo,
Que tuercen a su vez los huracanes,
Y ensordeciendo al mar con su retumbo,
Cual titán vencedor de los titanes;
Al Izalco terrífico,
Monologando en sus tormentas bravas
En las tinieblas de la noche a solas,
Titánico y magnífico,
Bañado en el torrente de sus lavas,
Y alumbrando, el aplauso de las olas,
Las soledades de agua del Pacífico.

ESTANCIAS

Yo visité las viejas ruinas de Guatemala,
Y al aspirar el hálito que su recinto exhala
Y hollar el polvo histórico que holló el conquistador,
Como el que se aproxima con paso temerario
A sondear los secretos de un trágico santuario,
Sentía el temblor vago de un misterioso horror.

¡Ah! cuando allí me hallaba, conjurando los manes,
Como se alzan brumosos sus terribles volcanes,
A cuyo pico, rasga la nube, el huracán,
La Leyenda abultaba su nocturna silueta;
Y cortaban los tiempos, al paso del poeta,
Las sombras de Alvarado y de Valum-Votam.

*

¿No oís, allá en la selva crujir las hojas secas,
O cual si roe el topo su secular raíz?
Pues son los cautelosos ejércitos toltecas;
Y ese ruido es de flechas; de calladas y secas
Pisadas; de las hordas el tácito desliz.

Allí las tribus muertas con carcaxes de pieles;
Aullando en son de guerra los bravos cachikeles.
Agitando su hacha de piedra el zutugil;
Y al silbar de sus hondas, hollando los maizales,
Los quichés invasores arrollan torrenciales
Mames y pocomanes, zutugiles, tzendales. . .
Allí el gran Quezalcoatl y su pueblo pipil.
Allí el cacique, triste, con su tiara de pluma,
Vestido con las pieles del jaguar y del puma
Y el manto de cambiantes de plumas de quetzal;
O al son de la melíflua marimba, y del sonoro

Tepenahuaxte; al himno que alza la tribu en coro,
El ojo oblícuo y dulce, sobre el palanquín de oro,
Y en hombros del austero gremio sacerdotal.

Y tú, ídolo moroso, que la fatal Natura
Venciste, los altares de la alimaña impura
Asaltando: crisálida de la humana figura,
Noble y sagrada larva del artístico ideal;
Oh Dios, a cuyas aras nuestros padres oraron,
Piedra que con sus lágrimas nuestras madres mojaron,
Y a cuyo altar postradas, creyeron y esperaron,
Entreviendo en tu símbolo nuestro Dios eternal.

*

¡De pie, conquistadores! Vuestro soberbio talle
Proyecta aún su sombra sobre el florido valle
Que huella el ancho casco del férreo palafrén;
La lanza al fondo lívido del ciclo se divisa,
En la indómita sangre de los indios, rojiza,
Y al fulgor de las llamas que a lo lejos se ven:
Es la luz del incendio, la gigantesca pira,
Las vastas hecatombes de una raza que expira,
El choque de dos mundos y el abrazo de ira
Con que el Dogma extrangula nuestro indígena Pan;
Pasad, adelantados, obispos, caballeros,
Brujos e inquisidores, frailes y encomenderos,
Víctimas y verdugos, esclavos y negreros,
Pasad, al rojo incendio de la antigua Utatlán. . .

*

Ya el Dios del Fuego en su honda concavidad lo ha oído. . .
¿No oís temblar el valle cuando el largo bramido
Conturba del Almolonga la campiña feliz?
Ya escoge el vengativo Numen, ofrenda pura,
Y ese, ay! gemido ahogado, lo da sin ventura,
La soterrada víctima, legendaria Beatriz.

Mas, ved: dos nimbos de oro, en las etéreas gasas
Fulguran: uno alumbra tu cabeza, oh! Las Casas;
A tus pies se arrodillan benedicientes masas

Del Este y del Oeste y del Norte y del Sur,
El otro, en las sagradas sienes, radiante brilla,
Como lo vio la gente, doblada la rodilla,
Cuando oía de noche, sonar la campanilla
Buscando a los expósitos, que el manto sin mancilla
Abrigaba, —del Santo Padre de Betancour.

¡Oíd! Las callejuelas se iluminan con fuegos
De arcabuz; se entrechocan los sables solariegos
Que esgrimen los dos bandos, Dardones. Mazariegos,
Montescos, —Capuletos, coloniales, también.
O bien hierven los claustros en piadosa algarada
Que asusta a la nobleza, que conturba a la indiada:
Es que hirió una tonsura con impía bofetada
Y violó una clausura la mano excomulgada
del gobernador mágico y herbolario, Mayén.

*

¡La Colonia! Legado terrífico y sublime:
La puerta de la Historia sobre sus goznes gime
Cuando se abre al viajero la ermita secular;
La mano que en sus losas grabó el rótulo antiguo,
Bajo el dintel barroco y en carácter ambiguo,
Sobre el punzón indocto se mira palpitar.
La cima de sus dombos, que a los cielos se lanza,
Hizo del pueblo, al cielo, propender la esperanza:
Del rumbo de su flecha volaba la fe en pos:
Sus naves silenciosas cargadas de oraciones,
Han llevado a su bordo doce generaciones,
Por el mar de los tiempos hacia el puerto de Dios.

Sus campanas sonando de dolor o de gloria,
Marcaron los azares de nuestra vieja Historia;
Era su piedra el símbolo de la Fe y la Verdad;
Sus criptas, como lastre, en los sepulcros hueros,
Del macerado monje llevan polvos severos,
Príncipes de la Iglesia y olvidados guerreros,
Y en su ambiente de olvido sopla la Eternidad.

*

Después. . . en los palacios que alzó el poder de España,
Bajo los viejos arcos resuena en grita extraña
La Colonia que aclama la santa Libertad;
Y el pueblo aplaude altivo, con sublime iracundia,
Las preces de Delgado, la arenga de Barrundia,
Que pasan sobre el Istmo como una tempestad

Escuchad. Se oye un paso que desciende de Honduras:
La tiranía ha abierto sus prisiones oscuras;
Tus calles, ciudad, guardan la huella del titán:
El épico fantasma de Pedro de Alvarado,
Inclinóse ante el trágico ciudadano-soldado,
El genio, el héroe, el mártir Francisco Morazán.

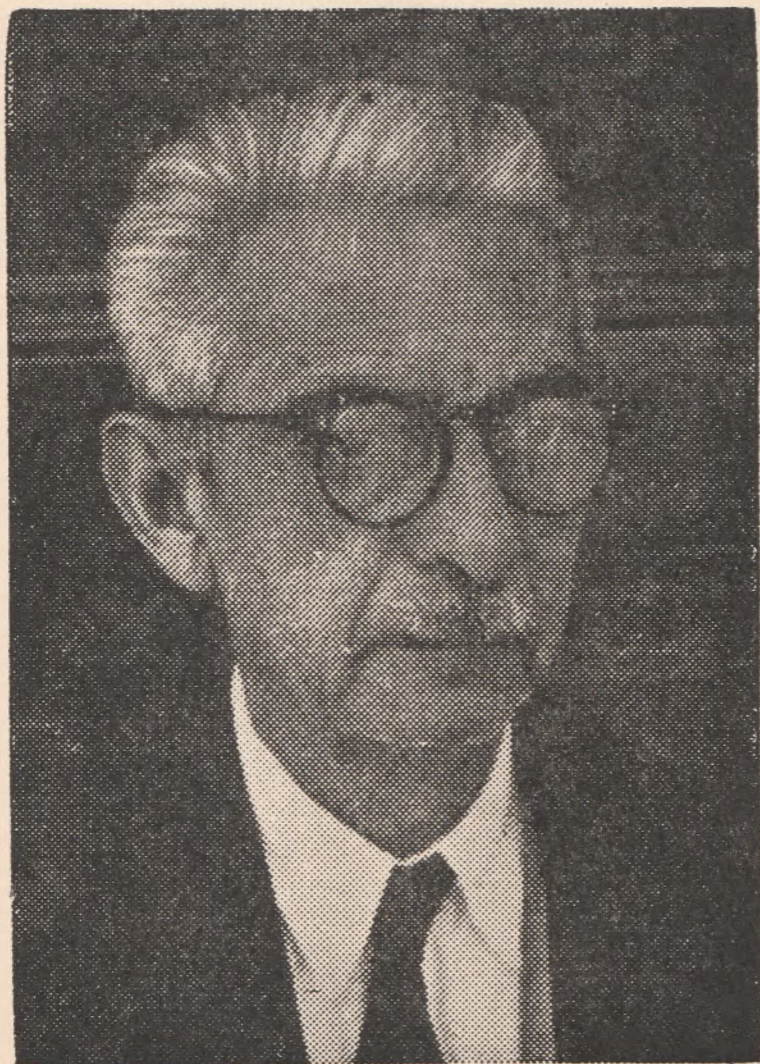
Y sobre aquellas ruinas vi descender la Idea;
Como lluvia que apaga la sanguinaria tea,
Caía en el incendio del antiguo rencor;
Como un ángel, traía la palma de la Gloria:
Y mostrándome, entonces, las hojas de la Historia,
Vi alzarse a Guatemala y alzarse El Salvador.

¡Y sobre ellos pesaba tu suerte, Centro América!
Aquí contra los déspotas la protesta colérica;
Allá la Ciencia, el beso de la Fraternidad;
Aquí el Himno Guerrero y el Canto del Progreso;
Allá la Historia, el Templo, de la colonia el peso;
Allá la Poesía, y aquí la Libertad.

¡Arte, Ciencia, Armonía!, fundid sus corazones;
Ved que es caudal de lágrimas ¡oh pueblos campeones!
El Paz, que vio sus aguas, tanto, en sangre, teñir;
Eteocles y Polínice, nueva raza de atridas,
El Porvenir os dice, naciones fratricidas,
"—Vosotros sois hermanos y no debéis reñir".

Vosotros, los hermanos mayores sobre el Istmo;
Harto os habéis lavado con sangriento bautismo;
¡Volved la vista al cielo del tranquilo ideal!
Abrazadles borrando sus hazañas mezquinas,
Para que en paz levanten tu grande hogar en ruinas,
Centro América, Madre, Santa Patria Inmortal.

Carlos Bustamante



Nació en Sonsonate el 8 de agosto de 1891. Falleció en Villa Delgado (Hoy Ciudad Delgado) el 22 de junio de 1952.

Sólo publicó un libro: Amerispalia, Tipografía La Unión, publicaciones del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1952. La mayoría de su obra está publicada en periódicos y revistas nacionales.

LA ANEMIA DE TU MUERTE

Pálida. Serenamente pálida.
En ti se apagaron todos los astros.
Quedaste más exagüe que la luna.
Pálida. Serenamente pálida.
Tu palidez desentonaba hasta en la nieve.
Eras una galaxia dentro de la muerte misma.
Un río congelado entre el fulgor del alba.
Un estero de lágrimas en el nocturno cielo.
Una espada de plata caída en la llanura.
Pálida. Serenamente pálida.
Inextinto recuerdo de las lámparas rotas.
Cadáver de un relámpago celeste.
La cruz antártica yacente sobre mi alma.
Pálida. Serenamente pálida.
Así te vieron mis ojos cuando muerta,
mis ojos alumbrados por tus despojos lívidos,
bañados por la lumbre sin luz del orto eterno.
Pálida. Serenamente pálida.

ECLIPSE

Yo no debo decirte nada.
Todo mi silencio en tu sortija.
Las palabras son estrellas rotas
que caen, sin sonido, en el sueño del agua.

¿Qué pájaro es ese que viene de tu nombre?
¡Ya no hay islas en el aire!

Toda tú estás en el azul del alba.
Más allá de tus manos,
el mundo es una lágrima sin llanto.

TU PIE DESNUDO

Emula de tu pie descalzo y frío,
Ya la luna menguante —pez de nieve—
su dorso de marfil, arqueado y breve,
hunde en las linfas de celeste río.

También tu pie, en idéntico desvío,
mútilo de las alas, blanco y leve,
con escorzo de pájaro se atreve
a bañarse en un lago de rocío.

Refractando un relámpago nervioso
riela sobre la escarcha, cauteloso,
tu pie de jaspe inmaterial. No eludo

decir que, como el pez que se constela
de luna y concha nácar, su alba estela
deja en mi corazón tu pie desnudo.

RONDO

Doncella azul de nórdico relieve,
fluye en tu nieve azul río dorado,
la luz azul que tus cabellos llueve,
el azul manantial de un sol helado.

En ti el alba boreal se ha reflejado
y su luz de amapola te conmueve,
porque el astro polar ha cincelado
de tu escultura la animada nieve.

Bajo el diluvio de la luna leve
abres los ojos como dos asombros,
dos asombros azules en la nieve;

mientras en haz de bólidos se atreve
a caer en la nieve de tus hombros,
la luz azul que tu cabello llueve.

SONETO

Fuérame dulce navegar un sueño
sobre la mansedumbre desatada
de tu cabello undívago y sedeño,
o en el río de luz de tu mirada.

Tu ojera —costa azul, remanso isleño—,
se aleja de mi boca fatigada. . .
¡Oh la ruta imposible! Vano empeño
de arribar, aunque náufrago, a esa rada.

Largo invierno en tus lágrimas declinas,
mas sueña el corazón aventurero
amanecer un día en tus retinas. . .

Cuando tus quietas dársenas me llamen,
anclaré con el último lucero,
sin brújula, sin mástil, sin velamen.

LUMEN

Los ríos andan locos buscándote en la noche,
y el Gulf —strean, inalterable aorta—
por ti acelera el ritmo de su arterial latido.
Los horizontes crecen con tu ausencia.
Tu rostro es la esperanza de los rumbos.

Y sin embargo, muerta mía,
tú estás más íntima que nunca
en la totalidad del universo.
Tu alma lo llena todo.
Dios vive saturado de tu inmenso recuerdo.

Tu perfume es el oxígeno del mundo.
El cielo es una mente poblada de tus ojos.
En tu imagen —zodíaco roto—
palpitan todas las estrellas.

En ti se multiplican maravillosos génesis.
Tu espalda es el anverso de la noche.
En tus costados sangran los crepúsculos.

No sé cómo llorarte,
porque dentro la sombra de mi duelo
chispeas con los átomos de irreverente prisma.

Los ríos andan locos buscándote en la noche,
y tú siempre amaneces sobre mi sueño, insomne.
1940.

LLANTO

Tenía un estertor de estrellas en la garganta
y algo como un adiós de golondrinas en los ojos.
Tu vida agonizaba más lenta que la tarde
y con una voz muy pálida, voz como de hoja seca,
atormentada en esa angustia de todas las angustias,
me dijistes —Carlos, yo me muero. . .

Luego volviste el rostro, luna ya de otro cielo,
hacia el lado del muro
donde terminaba el crepúsculo y empezaba la noche.

Te fuiste en un suspiro sin regreso.

Ya no me quedó más que tu cabellera
en un desorden de dolores azules.

Quise hablarte, decirte toda mi ternura,
pero mi alma estalló en un profundo sollozo
y de mi pecho convulso, como marea de gritos,
se desató en un largo río de silencios amargos.

MI CASO

Soy un hombre descaracterizado,
que no se identifica con sus rasgos actuales.

Ayer, en el meandro de un camino
creí reconocer mi antiguo rostro,
y era tan sólo el gesto de una piedra;
creí encontrar mi médula,
y era la vértebra de un árbol
y seguí mi camino,
mas con la convicción desconcertante
de que ahora no soy quien antes era,
ni mañana seré quien soy ahora.

Vicente Rosales y Rosales



Nació en Jucuapa el 6 de noviembre de 1894.

Sus obras publicadas son: Las Sirenas Cautivas (1918); El Bosque de Apolo (1924); Euterpologio Politonal (1928); Transiciones (1942); Pascuas de Oro (1947). La Dirección General de Publicaciones publicó en 1959, una Antología y en 1962 La tristeza de Teoti y la Epopeya del Dolor.

INVIERNO

I

Brumoso el ideal, la carne inerte. . .
Para otros dieron lana las vicuñas. . .
En este invierno —macho de la muerte—
¡cuántos nos hemos de comer las uñas!

Tres meses de hospital a leche cruda
o terminar mendigo y en muletas.
¡Hoy esta noche dormirás desnuda
mientras se mueren de hambre los poetas!

Se cuentan casos extraordinarios
de los que el frío flageló siniestro;
con estos casos se hacen hoy los diarios.
. . . .
¡Tal vez mañana se refiera el nuestro!

II

Invierno, viejo amigo, se apaga ya tu pipa;
el humo de la niebla me invade la nariz.
Un lácteo sol, con tierna maternidad, disipa
la hiposa tos del humo que da la bruma gris.

Paterno sol de leche, la nata de la bruma
flota en la fresca fronda de un árbol y, todo es
una plenilunaria palpitación de espuma
que invade en lirios sacros la gracia de tus pies.

De pronto sobre el arco de las frentes, la altura
joven de toda herrumbre se pone a estar feliz.

Con el rostro azulado después de la rasura
mi viejo amigo explota su muerta barba gris.

BLASFEMIA

Mi vida ha sido un largo pecado: tú lo hiciste;
yo que lo vivo siento
horror... ¡Tú debes estar más triste!
Tú más triste, Señor, porque lo has creado;
quien peca tiene el arrepentimiento,
¡y el arrepentimiento no es pecado!

Tú pecas, pues, dos veces, porque siembras espinas
en mi vida: el mal. Después en mí lo sientes
y lo sufres hasta en mi pensamiento:
y si después de todo te arrepientes,
purgas mi solo mal, pero el mal que originas
se queda en tí como un remordimiento
nunca jamás purgado
ni en el dolor ni con el sufrimiento,
¡porque el remordimiento sí es pecado!

Yo te pido perdón porque he pecado,
yo espero tu perdón porque te infiero
culpas que, si las he justificado,
ha sido por lo mucho que te quiero.

QUEJA EN FUTURO IMPERFECTO

Si no creaste otras cosas en tu sabiduría
un futuro imperfecto más te atormentaría
si yo no hubiera sido,
Mi vida no sería
bajo los astros soplo de la tuya, Señor,
¡cuánta fe faltaría!
¡qué hondo anhelo de olvido!
¡qué gran forma de amor!

Pero tú bien quisiste
en la iglesia de siglos de tu labor increada,
angustiar esta llama de mi lámpara triste
que casi no ardió nada

Alargar esta llama que mi carne consume,
Y ponerme muy hondo de este aliento
la intimidad del alma que en apenas perfume
de tu presentimiento.

Tus manos filotécnicas en su alquimia incompleta
ungen siempre un encanto sobre todas las cosas;
das al mundo grotesco su ilusión, un poeta
cuya vida en tus áureas balanzas milagrosas
fluctúa con el peso sideral de un planeta
y un manojo de rosas.

Si yo no hubiera sido,
¡qué tristeza no habría
en un alma dolida de ti mismo, Señor;
cuánta fe faltaría,
qué hondo anhelo de olvido,
qué gran forma de amor!

MEDIODIA

El día hincha sus llamas.
Buscan acribillados la sombra algunos asnos;
y por entre las ramas
levantan las cabezas y botan los duraznos.

Niños desheredados de hambre y de sed maltrechos
se acercan al pomar casi maduro.
Una niña harapienta muestra en parte los pechos
y al ver que hurgo y deploro sus harapos deshechos
se cubre con las manos el tesoro más puro.

Mi corazón se dora como un durazno. Siento
deseos de ser árbol y darme en largos frutos
y que me utilizaran en un ciento por ciento
estos niños desnudos que por el desaliento
viven entre las patas y el humor de los brutos.

El día allá en el fondo de un gran calor resuella;
sobre un sonoro yunque desespera un martillo.
Dos niños comen tierra; la niña que es muy bella
me ofrece desde lejos un durazno amarillo.

LA CANCION SIN PALABRAS

Un ritmo dócil, una emoción sedeña
en qué vaciar el oro de una canción humana,
que tenga esa fragancia de la novia risueña
que deja los corpiños olientes a manzana.

Unos vocablos tristes que hagan melancolía.
Y puntos suspensivos que dan tanto temblar,
se fuguen en un largo suspiro de agonía
¡despertando un recóndito deseo de llorar!

Dame una gorja, Alondra. Yo cantaré contigo,
ya que inquieto de cielos, como tú —todo amor—,
bien me acostumbraría a comer granos de trigo
y a beberme el rocío que amanece en la flor.

Oculto entre la rama, cubriendo a vientre el nido
y el ojo redondo todo el oro del sol,
dar mi trino más diáfano que engañar al oído
de una perla que rueda dentro de un caracol.

Una sílaba larga, larga, larga, muy larga,
en que se fuera toda la musicalidad
inédita del alma, que se me ha puesto amarga
de succionar el gajo de la Sensualidad.

¡Una sílaba larga! Tan larga que midiera
mis elasticidades. Y un modo de sentir
que hiriera alma, silencio, corazón y quimera,
como sobre una cuerda dulcísima en que hubiera
tendido largamente mi ansiedad de morir.

Unos ojos de humilde diafanidad celeste,
unos labios floridos, sabrosos a panal,
unas manos perlíferas y un suspirar agreste
¿no serían el claro motivo de cristal?

¡Oh! canción sin palabras. . . Amor, novia trigueña,
¡Cielo azul que te acercas a la hora temprana,
a poner tu dulzura pasional y risueña
en la paz inefable de mi abierta ventana!



Alberto Guerra Trigueros

Nació en Rivas, Nicaragua, el 28 de febrero de 1898, de padre nicaragüense y madre salvadoreña. Se educó en Europa. Hombre culto, animador de peñas literarias, hizo periodismo literario, dirigió periódicos y revistas. Preocupado por los problemas de la cultura, siempre hablaba de la necesidad de extenderla a todos los ámbitos.

Poeta existencial con giros metafísicos que no lo alejaron de las preocupaciones cotidianas y de los problemas que plantea de manera inmediata la sociedad, sus poemas. Carta de amor a la ramera y La canción de las cosas vulgares, lo demuestran.

Publicó: Silencio, (1920); El Surtidor de Estrellas, Ediciones del Convivio, San José, Costa Rica, (1929); Minuto de Silencio, Dirección General de Bellas Artes, San Salvador, 1951; Poema Póstumo, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1961.

Falleció en San Salvador, el 22 de junio de 1950.

SOLEDAD

Esta noche
el mundo es grande.
El mundo es grande, y yo estoy solo;
solo bajo la luna, y bajo mi tristeza.
Voy por la carretera
blanca
entre el lago y las montañas:
Voy por la carretera interminable y polvorienta,
agobiado,
como un indio,
bajo el cacaxtle de mi soledad.
Porque está noche
angustiosa
está pariendo el mundo;
esta noche está brotando,
como una rosa negra,
un mundo nuevo:
el mundo informe de mi dolor;
y el mundo es grande, y yo estoy solo.
Y si no escuentro en esta noche compañía,
en que no soy compañía,
Para los hombres,
ni para las mujeres,
ni para los niños
es que nadie me necesita.
Porque sólo es compañía
el que se siente necesario a los demás,
aquél que es un apoyo
o un consuelo

para un hombre,
o para una mujer,
o para un niño;
aquél que es un consuelo o un apoyo
siquiera a un animal
o a una planta;
y a mi nadie me necesita;
y el mundo es grande, y yo estoy solo.

Y así voy, entre la sombra inmensa,
por entre la belleza
informe
de la Noche,
bajo la luna y sobre el mundo;
agobiado,
como un indio,
bajo el cacaxtle de mi soledad;
voy por la carretera interminable y polvorienta,
titubeando y tropezando,
como beodo de dolor,
entre la niebla de mis lágrimas:
como si en vez de ir por los caminos,
fuese sin rumbo en los espacios,
tropezando con guijarros de estrellas,
envuelto en una niebla cósmica,
envuelto en la cauda nebulosa y luminosa del dolor humano,
como un cometa en formación.

Y mi dolor es mío,
mío,
sólo mío;
y mi dolor es grande,
como todos los dolores;
porque es un dolor sin motivo,
un dolor
incomunicable e informe,
como todos los dolores;
y mi dolor es mío;
y no tengo a quién darlo;
y por eso lo calentaré egoístamente,
por eso lo incubaré profundamente
contra mi corazón.

PORQUE EL MUNDO ES GRANDE, Y YO ESTOY SOLO.

....

Y he aquí que una voz,
una vaga Voz
silenciosa
y enorme,
un vasto Rumor omnipresente y polifono,
ha flotado,
formidablemente,
en el espacio;
y ha llegado a mi oído.
Y es la gran Voz de aquella Ceiba gigantesca
que se alza a la orilla del camino,
destacando su inmensa copa
en negro
sobre la claridad azul.
Sí, me ha hablado su Voz insonora;
me ha hablado la enorme Voz del árbol americano,
silenciosamente,
vaga y profunda y sigilosamente,
con el vasto Rumor polifónico de las alas del viento.

Y me ha dicho:
"Por qué desear la compañía de los hombres,
hombre
que vas sin rumbo entre la niebla de tus lágrimas,
si no tienes nada que darles,
nada que darles esta noche,
sino tu dolor,
tu absurdo dolor
irracional y visceral,
que no es más que dolor de vivir?
Tu dolor fantástico,
—¡pero tan real!

tu dolor
que aún no podrían apreciar
los que todavía no saben
que son hombres,
los que todavía
no se sienten
vivir?
"¿Por qué desear la compañía de otros hombres,
oh tú que vas tropezando por la vida,
ciego de soledad,
y de humanidad,
y de lágrimas,
tú que pretendes estar solo?
¡No,
no estás solo todavía
hombre!
¡No estás todavía lo bastante solo,
no eres aún digno de estar solo,
si todavía deseas la compañía de los hombres!
"Porque el hombre realmente solo
sabe que no está solo nunca:
y si tú eres de veras solo,
si tú estás realmente lejos
de los hombres,
debes sentir a tu lado,
por la carretera,
marchando oscuramente,
profundamente,
cansadamente,
las sordas, inmemoriales pisadas
de otro Ser incorpóreo,
de otro Ser grande
y misterioso
y triste
¡porque a tu lado va llorando,
y titubeando,
y tropezando,
a tu lado,
eternamente,
va sufriendo el Hombre!
"¿No comprendes
que el hombre solo no está solo,

sino que es solo,

porque nació solo;
porque se nace solo
o se nace gregario,
como se nace blanco o negro?

"Déjales que vivan,
gregariamente,
sus pequeñas vidas de gregarios:
déjales a ellos su consuelo de Ellos,
que no puede ser consuelo para ti:
el consuelo animal
de sentir el calor mutuo de sus cuerpos,
que tiritan en la soledad;
y guarda tú el consuelo tuyo,
el áspero consuelo de ser solo,
¡la agria alegría
cuyo frío
no podrían ellos resistir!
"¡Sí, déjales que vivan,
pobres hombres y mujeres,
déjalos que vivan la pobre vida de los hombres;
y vive tú,
Hombre,
vive tú la vida tuya,
la vida del Hombre!

"Acepta y vive tu soledad,
Acéptala y vívela
como parte de ti mismo,
como condición de tu existencia:
como hago yo, La Ceiba,
yo que lanzo a lo lejos mis semillas volanderas,
sobre las alas del viento,
para estar siempre sola.
¿Viste alguna vez a la Ceiba
acompañarse de otras ceibas?
No. Yo soy sola.
Yo tengo el orgullo de mi soledad,
porque sé que la soledad
es condición de mi existencia:

¡Yo no puedo vivir acompañada,
porque tengo que elevar mi copa
por encima de las bestias
y de los hombres
y de los árboles!
¡Porque sé que necesito
la tierra,
toda la tierra,
para mis raíces inmensas,
y necesito el espacio
todo
para mis ramas desmesuradas!

"No, yo no puedo vivir en compañía.
¡Y el cielo mismo
no es sino la vasta copa
de una gigante Ceiba azul,
que echa a volar,
inmensamente,
por los espacios infinitos,
los blancos algodones
de la Vía Láctea
las claras semillas
voladoras
de los astros!
"Hombre,
sé como la Ceiba:
¡aíslate,
Hombre,
que el aislamiento es signo de grandeza!
Vive solo,
para que puedas vivir:
¡para que halles tierra y espacio
para tu crecimiento
enorme!
"¿Qué más quieres, si tu dolor es tuyo,
tuyo,
sólo tuyo,
y no tienes con quién compartirlo?
"¡Qué más quieres,
si el lago,
y las montañas,
y la luna,

son tuyos;
y tuya es esta noche inmensa,
y el universo entero es tuyo,
porque no tienes con quién compartirlos,
y así no tienes
que compartirlos con nadie!
"Arrodíllate,
Polvo consciente,
y besa el polvo fraternal
por donde transitan
los hombres,
¡Besa la frente de la Tierra!
¡Da gracias a Dios de haber vivido hasta esta noche
en que principia el mundo!
¡Da gracias a Dios por haberte dado esta noche
para ti solo;
de haberte dado estas estrellas,
y esta luna
y estas montañas, y este lago,
y esta tierra toda,
para ti solo!
Y dale gracias también
por haberte dado esta Ceiba,
que es como un Cielo entero
para ti solo,
como un Cielo que ha hablado en ti y por ti,
vaga y profunda y sigilosamente,
con el vasto rumor polifónico de las alas
del viento!"
. . . .
Y ha cesado la voz del Arbol.
Y he aquí que, de rodillas,
he besado el polvo de la carretera.
Pero la voz de la Ceiba
ha quedado para siempre
en mis oídos;
su Gran Voz ha quedado vibrando
sobre el mundo,
como un tañido inmenso
de campana,
como un tañido hecho de espacio,
de luna
y de silencio;

y ha quedado resonando
en el caracol sangriento
de mi corazón
¡Y la he sentido circular
por mis arterias,
como una nueva sangre,
como una nueva vida!
. . . Y he aquí que, al regresar por el camino,
ya no soy yo un hombre,
sino un Gigante.
Y me he llegado, como un hermano mayor,
hacia la Ceiba;
y la he besado
en la ruda corteza rugosa
y me la he llevado conmigo
por todos los ásperos caminos de la tierra,
me la he llevado
de la mano,
como un niño pequeño,
diciéndole al oído:
"Ceiba, mi Ceiba,
yo te llevaré por los caminos,
enseñándote a mi vez la Vida,
de la mano,
como a un niño pequeño:
porque yo soy un Hombre,
Ceiba,
mi pequeña Ceiba,
¡Ceiba que un día habrás de ser un Hombre!
¡Yo soy un Hombre,
Ceiba!
¡Yo soy el Hombre,
y el mundo es grande
Y ESTOY SOLO¡"

BAJO EL LATIGO

"O Mort, accucille-nous
dans ton sein étoilé..."
Leconte de Lisle.

Oh, el instinto bestial que nos abruma
bajo la carga de su omnipotencia!
¡Oh, separar el vaso de la esencia,
y el rosal de la flor que lo perfuma!

¿Cuándo podrá la bruma ver la bruma,
y el cristal comprender su trasparencia?
¿En la ola inmortal de la Existencia
serán las vidas para siempre espuma?

Lucha, caer... Rodar hacia el abismo,
¡y amarte, Vida, en tu imperial mutismo,
besando espina y flor por comprenderte!

Y volver al regazo de la nada,
para encontrarte, al fin de la jornada,
en el seno estrellado de la Muerte...

UN DIA MAS

Un día más!
Un día más que se ha añadido a mi conciencia,
un día más del que salí triunfante;
y un día menos de existencia,
un día menos por delante
y un día más que se ha quedado atrás!

Un día más en que he arrastrado
mi cuerpo, como un peso inerte,
hacia mi trágico Destino,
por el camino de la Vida y de la Muerte;
por el monótono camino
que va del porvenir al pasado,
y une lo que he de ser con lo que fui:

¡sí, un día más, ganado
para la Vida y para la Muerte
desde que nací,
para la Vida, para la Muerte,
para perdido para mí!

Un día más en que el seguir viviendo
he seguido muriendo:
porque la vida es una herida,
es una grave herida,
y he seguido muriendo por la herida de la vida.

¡Oh Dios! ¿Por qué he de morir, así, sin motivo,
si estoy vivo,
si soy,
si mi eternidad empieza hoy?
¿Y por qué, oh Dios, estoy yo vivo,
conciente, despierto,
si he de perecer,
si estoy ya muerto,
si estaba ya muerto antes de nacer?. . .

Un día más, huella más en el desierto,
una ola más que se ha hecho espuma en la playa del mar:
¡un día más en que no he hecho más que vivir,
un día más en que yo no me he muerto,
un día menos que reir
y que llorar!

¡Un día, una vela menos para el bajel
de mi esperanza,
una vela más, blanca gaviota en lontananza!
¡Un día, una gota más en el tonel
de las Danaides del Olvido!
Un día más que se ha escurrido
inexplicablemente, sin dejar huella,
como gota de azogue entre mis manos,
y cuyos minutos son ya para mí tan lejanos
como la más lejana estrella...
¿Un día más?
¡Sí, un día más para dudar si lo he vivido!
Un día más que es como si no hubiese sido,
¡un día más que nunca ha sido
y que ya no será jamás!
¡Un día más!

CARTA DE AMOR A LA RAMERA

Yo te hablo de amor, mujer sin hijos,
Yo te hablo de amor, mujer sin alma,
Yo te hablo de amor, mujer sin sexo:
¡Sexo sin mujer,
Hermana Ramera,
Yo te hablo de amor!

Yo te hablo de amor y de dolor,
¡Mujer dolorosa de no haber sufrido nunca!
¡Mujer completa, mujer trunca
porque nunca te partiste en dos,
¡Muñón de mujer
porque nunca te amputaron una nueva vida!
¡Mujer-Virgen
porque nunca te violó el Dolor!
¡Virgen-Madre de hombres que han nacido!
¡Madre de todos tus amantes,
Amante de todos los hombres,
Amante sin amor!
Yo te hablo de amor.

Yo te hablo de un amor inmenso
y más allá de ti misma,
hermana en humanidad,
hembra del hombre,
loba para el hombre-lobo.
Porque yo te amo,
hermana mía:
¡te llevo en mis entrañas como un feto,
como un cáncer,
como una víscera!
Te amo por todo lo que no has sido
y que pudiste ser
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi hermana!
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi esposa!
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi madre!

No te amo por ti,
mujer,
sino por ti misma,
Mujer Eterna,
que por no haber parido nunca
has quedado para siempre encinta,
preñada para siempre
de misterio,
como un negro nubarrón del Caos,
¡como una vaga y profunda Noche
primordial,
preñada para siempre
de un informe Fiat Lux!

¡Oh mujer,
Mujer eterna,
tan antigua como el Hombre,
tan antigua como Dios!
¡Pantomorfa Isis,
Tétrada divina,
Síntesis de los Elementos,
Agua, Fuego.
Aire y Tierra!

Agua,
¡Agua sagrada del mar!
¡Mar azul!
¡Mar salado de lágrimas,
adonde van,
como ríos cargados de cieno,
adonde van a abismarse
y confundirse
y purificarse,
abandonando en ti sus limos todos,
todos los pobres rijos
de tus hermanos los hombres!

Fuego.
Paradójica vestal del Fuego ardiente,
del sacro Fuego inextinguible
de la Vida,
que funde y depura en tu crisol

carnal
el plomo gris de la lujuria,
trasmutándole maravillosamente
en Oro alquímico,
¡en el Oro auroral y radiante
de una nueva,
impoluta
castidad!

Aire.
Aire abrasador de los desiertos,
humilde y puro torbellino,
simún que azotas y arrastras y barres a los hombres,
para cargarte de sus impurezas,
¡hasta dejarles limpios
como rocas enhiestas,
castos
como lagos de oasis,
como lagos recién nacidos!

Tierra.
¡Tierra baldía,
tierra estéril,
tierra triste!
Y con todo, Tierra Madre,
Origen y Fin
Alfa y Omega,
¡tierra fecunda,
pero sin ríos de amor!

Mi corazón,
como una nube de tormenta,
vierte hoy la lluvia de sus lágrimas
sobre tu vientre amplio y redondo
como el mundo:
¡sobre tu vientre donde el sexo,
como un surco,
eternamente espera
la simiente!

¡Oh Hermana Ramera que pudiste ser mi hermana,
que pudiste ser mi hija,

o mi esposa,
o mi madre!
Y de quien sólo hemos hecho
una cloaca necesaria y triste
para las aguas impuras;
ruega por nosotros,
mujer,
por nosotros que hemos hecho de ti
lo que eres;
ruega por nosotros y perdónanos,
¡Eva,
Madre Ramera!
Perdónanos de haber renovado
contigo
el Gran Incesto inmemorial,
!el eterno, el profundo, el insondable incesto
de Edipo con Iocasta!

Mi corazón mana hoy sangre y leche
por ti,
¡Madre que no fuiste madre!
Leche por esos pechos
que no amamantaron;
sangre por ese sexo tuyo
que tiene forma de herida,
para dar su triple sangre
de virgen
de mujer
y de madre,
¡y que nunca pudo sangrar!

Mi corazón mana hoy sangre y leche,
¡sí, sangre y leche por ese cuerpo todo
que no pudo, en un hijo,
salirse de su carne,
que no pudo nunca
darse a luz!

Mas no sólo de carne nace el hombre,
!esposa Ramera!
no sólo de carne,
sino también de espíritu:

por eso mi corazón lleno de fe,
mi humilde corazón sembrador
arroja hoy sus lágrimas al viento,
como semillas de sangre,
como polen de dolor,
como un semen angélico,
hacia tu vientre amplio y redondo
como el mundo;
hacia tu vientre donde el sexo,
como un surco,
eternamente espera
la simiente:
¿Quién sabe?. . .
Quizá nazca de ti un día,
en milagrosa y triunfal partenogénesis,
¡quizá nazca de ti un día,
—por fin—
Un DIOS!

LA CANCION DE LAS COSAS VULGARES

I

Vagos, grises objetos de la vida cotidiana!
Muebles, casas, cosas,
pobres, humildes, resignadas cosas
de todos los días,
cosas de ayer, y de hoy, y de mañana,
tan quietas, tan tristes, tan silenciosas
que parecéis hablar...
¡Alegorías!
Pálidas cosas borrosas
que reflejáis dolores o alegrías,
cosas
que de puro vulgares, sois tan misteriosas
que nadie os ha podido cantar...
¡Islas sobre el eterno Mar!
¡Vasta selva de símbolos de Baudelaire,
rebaño de esfinges!
Manso rebaño, al que creemos comprender
tan sólo porque restringes
los ilimitados horizontes de la sombra:
¡rebaño de cosas, rebaño de nombres!
Nombres,
apodos que os han dado los hombres,
oh fantasmas de la Oscuridad,
nombre de Lo Que No Se Nombra!
¡Fuegos fatuos en el enorme Campo yerto
espejismos en el Desierto,
imágenes de la humanidad!

¿Quién ha sabido decir la epopeya
muda
de vuestra vida plebeya,

de vuestra vida desnuda
oh pobres cosas diarias,
parias
del ensueño, del amor, de la belleza?
¿Quién ha expresado vuestra queja dolorida,
estatuas del Silencio, sepulcros sellados
en las necrópolis de la naturaleza,
en los inmensos camposantos de la vida?
¡Sepulcros, matrices de vidas en germen!
¡Sepulcros en donde duermen
callados y resignados,
como vivieron,
resignados y callados,
como tizones apagados,
los sueños anónimos de los hombres que os hicieron!

II

Pero los hombres en su ingratitud,
no han comprendido,
no han querido
comprender la soledad de vuestro olvido,
la humillación de vuestra esclavitud:
nadie ha dicho todavía
toda vuestra tristeza,
toda la recóndita belleza
de vuestra melancolía,
tan quieta, que casi se diría
que reza. . .

No han cantado nunca tu canción, oh Casa,
madriguera
en que nace, vive y pasa
el topo de la humanidad,
en espera
de la nada:
¡pobre casa cuadrada,
limitada,
para no ver la realidad,
para hacer un Dios de nuestro ensueño,
—Dios de ese mundo en pequeño

a nuestra mísera medida—
limitada y defendida
por una absurda pared inerte,
contra el ataque brusco de la Muerte
y la carcoma lenta de la Vida!

No os han dicho una canción
a vosotros, Puertas y Ventanas,
pupilas humanas,
válvulas del corazón:
¡respiraderos del anhelo,
que nos dáis el amargo consuelo
de poder mirar el cielo
desde nuestra prisión!

No han hablado de ti, Espejo,
espejismo,
reflejo del abismo,
trágico reflejo
de mí mismo!
Espejo, limpia y grata
fuente de plata
que reflejaste a Narciso,
espejo al que por claro y liso
han dado el nombre de luna:
quizá tú también, como la luna,
tengas otra cara, la ignorada,
la innominada,
la verdadera:
¡y quizá sea yo tan sólo una
quimera,
una vaga imagen prisionera
en ti:
y esté yo para siempre encerrado aquí,
dentro de tu vidrio azogado,
en espera
de que se asome un Dios al otro lado!

Tampoco os han cantado,
armarios, baúles,
mausoleos del pasado,
tumbas de las remembranzas,

en que yacen marchitas las alas azules
de las ilusiones
y las esperanzas. . .
¡Viejos arcones,
ataúdes
de nuestras muertas juventudes,
donde yacen las que fueron cartas, cintas, rosas,
¡todas las ex-cosas perfumadas,
embalsamadas,
momificadas,
que ya sólo son cadáveres de cosas!

Tú bien mereces un himno, pobre Mesa,
mesa que mi labio humilde besa,
manchada de vino y pan, como un altar:
mesa manchada
por la ceniza acumulada
de los años lentos
del hogar;
manchada de grasa por los alimentos,
de sudor en la faena cotidiana,
de la tinta en que traducimos los ensueños;
manchada por el bien y por el mal,
por "el vasto dolor y los cuidados pequeños",
¡y más que todo por la sal,
por la divina humana sal
inhumana
de las lágrimas de la vida!
¡Pobre mesa dolorida!
Te ha fecundado el hambre, mesa plana,
—plana y oscura
como una llanura,
como una tierra labrantía—
¡te ha fecundado el hambre a cada nuevo día,
como llanura,
como una tierra labrantía!
¡Pobre mesa callosa
reumática, gotosa,
de haber mantenido tantos años encendida
la llama temblorosa
de la vida!
Desvencijada,

agobiada,
vencida
por el trabajo y por el yantar,
¡salve, Mesa, Madre Mesa!
¡Mesa
que mi labio reverente besa
manchada de vino y pan, como un altar!

Y a vosotras también, sillas
sencillas,
butacas y sillones
que con vuestros brazos abiertos
pobláis de mudas conversaciones
los aposentos desiertos:
¡dispensadores del descanso y del olvido,
gracias también, por haber sido
como otros tantos clavileños,
para los ápteros Quijotes de los sueños!

¿Y tú, Reloj? —Reloj cuyo son,
como de un interior campanario
de oro,
nos llega cada vez hasta el sonoro
corazón:
tú eres el certero
Sagitario,
el viejo, el infalible Arquero
diario,
que con tus agujas en forma de flechas,
—flechas de sol, o de sombra, o de luna,
flechas de melancolía,
o de dolor, o de alegría—
vas haciendo caer una a una,
con las alas deshechas
en un blanco revuelo de plumones,
las alondras de nuestras ilusiones:
¡pobres alondras cayendo una por una,
desde el rojo picacho de la aurora
hacia los abismos,
mientras se llega, Reloj, la Hora
de traspasarnos a nosotros mismos!

Y con todo, cuando la vida es amarga,
tu campanada sonora
nos la sabe dividir,
para que no nos parezca tan larga,
en pequeñas vidas de una hora:
¡gracias, Reloj! Que la angustiosa carga
del vivir
sólo por ti se soporta,
¡ya que también subdivides la vida en segundos
profundos,
para que no nos parezca, alguna vez, tan corta!

Una oración por ti, pobre Cama en que yacemos,
barca sin remos,
sola y sin rumbo en los nocturnos mares,
en que vamos flotando, hora tras hora,
hasta encallar de pronto en las solares
costas de una nueva aurora!
¡Pobre barca solitaria,
para cada noche a la deriva
por las aguas glaucas del Leteo!
Cama, tumba diaria,
suelo de la caverna primitiva,
Tierra-Madre para el hombre-Anteo:
que a cada nuevo despertar fecundo,
nos das a luz de entre los muertos
con una nueva virginidad de la energía,
¡castos, limpios, despiertos,
como si fuese el primer día
del mundo!
Cuando de la materna carne herida
brotó impetuosamente
la sangrienta fuente
de nuestra vida,
Cama, tú crujiste al peso del dolor,
tú fuiste la cuna de nuestra niñez;
más tarde, en la claridad
de nuestra juventud,
bajo el peso rítmico del amor
vibraste, cuna otra vez:
y tú has de ser de nuevo cuna de piedad
para nuestra vejez,

¡y has de ser nuestra cuna de dolor
y de quietud,
Cama, ataúd
para la eternidad!
Sea mi última palabra para ti,
amiga fiel, que nunca me has hablado
y siempre me has acompañado
desde que nací:
negra amiga muda y triste,
que desde los días más viejos,
nunca me diste
consejos,
ni dinero me pediste. . .
¿Quién eres tú, Sombra, mi Sombra,
mi pobre Sombra
raquítica y desmedrada,
tan humilde y fugitiva
bajo los aleros?
¿Quién eres, pedazo de la Sombra Ilimitada,
como yo, luz negativa
que vas hacia la nada?
Dime quién eres, absurda Sombra
de Alberto Guerra Trigueros,
—un nombre más de Lo Que No Se Nombra:
¡acaso eres tú el cuerpo, y yo la sombra,
tú que como yo vienes de la Sombra
y vas hacia la sombra.
Sombra de una Sombra!

III

¡Oh Cosas!
¡Hermanas Cosas!
Los hombres en su ingratitud
no habían nunca comprendido,
no habían querido
comprender la soledad de vuestro olvido,
la inmensa desolación
de vuestra quietud,
la humillación
de vuestra eterna esclavitud.

Por eso he querido cantar una canción
queda y sencilla,
por vuestras, Cosas,
hermanas Cosas:
por vosotras, formas de arcilla
que hemos ido creando a nuestra semejanza,
formas de arcilla
plasmadas en recuerdo y esperanza...
Yo he querido rezar una oración
sencilla,
por vosotras, hermanas nuestras,
maestras
de oración,
de silencio y de resignación:
¡por vosotras, alegorías,
fantasmagorías
vagos humos de apios y bleños,
leves pompas de jabón
que el hombre ha henchido con el soplo de sus sueños!



Raúl Contreras

Nació el 24 de marzo de 1896, en Cojutepeque.

Poeta y diplomático que ha publicado: La Princesa está Triste (Poema dramático basado en la sonatina de Rubén Darío), Madrid, 1925. Armonías Intimas, San Salvador, 1919. En 1947 publicó unos poemas atribuidos a una mujer: Lydia Nogales. Se discutió mucho si existía o no esta poetisa, hubo polémicas y acusaciones de quien era el autor de los poemas, se dijo que Claudia Lars, Serafín Quiteño, Alberto Guerra Trigueros, Hugo Lindo o todos escribían con ese nombre. Juan Antonio Ayala, profesor español que vivió entre nosotros, recopiló esos materiales en el libro: Lydia Nogales (Un suceso en la Historia Literaria de El Salvador). Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1956. Este misterio quedó descubierto cuando Contreras entregó a Oswaldo Escobar Velado, el soneto El Viaje Inútil, para su antología Puño y Letra, que originalmente fue publicado con el nombre de Lydia Nogales. Otro libro de Contreras es Presencia de Humo, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1959.

EL VIAJE INUTIL

Todo era azul en la primer salida. . .
Azul la embarcación, azul el puerto.
El corazón, hacia la luz abierto,
soñaba con la tierra prometida.

Y en el retorno, con pavor de huida,
anclo en mi propia soledad y advierto
que, tras de mí, se iluminó el desierto
y que en la luz se me quemó la vida.

Aquel azul. . . ¿era un azul de aurora?
Bajo la niebla, el corazón ahora
no atisba las señales para el viaje

sin término, sin rumbo, sin destino.
Aquel azul me alucinó el camino. . .
Y fui. . . y estuve. . . pero nada traje.

1927.

El signo de partida, ¿pero cuándo?
El vuelo inexorable... ¿pero cómo?
y el que espera mi arribo, está esperando...

Todavía mis alas son de plomo
Así como quien ríe, así cantando
la parte inútil de la vida tomo.
Si algunas veces al jardín me asomo,
mi savia dulce a los rosales mando.

Porque sé que la hora es oportuna,
tendida al sol, al viento y a la luna,
Aguardo las señales milagrosas...

Y ante el frágil temor de la partida,
entretengo el engaño de la vida
sembrando estrellas y tejiendo rosas.

II

Tejiendo rosas y sembrando estrellas. . .
Pero el engaño a la visión se junta,
como son, en el alba que despunta,
claros los tintes y las sombras bellas.

En este deshilar de mis querellas
se enreda entre mis manos la pregunta:
¿quién me dio la canción? ¿qué voz me apunta
el buen camino y las doradas huellas?

Yo ignoro si esta lámpara que arde
—lámpara triste de una luz cobarde—
alumbrará mi hielo en el vacío. . .

Sólo sé que, tendida al sol y al viento,
sobre la danza de las horas siento
que aún canta la ilusión, y el canto es mío.

III

El canto es mío y la ilusión aún canta. . .
Pulso en mis venas y en mi sed espuma.
Anhelo vertical, que resta y suma
el grito que del barro se levanta.

Y el plomo de mis alas no se imanta. . .
Y un doble afán de transparencia y bruma
cristaliza mi voz, cuando rezuma
humedad de silencios mi garganta.

El canto es mío. . . Sombra luminosa,
red para la nocturna mariposa
que, en delirios de sol, la llama espera!

¿Cómo partir si el vuelo me intimida?
No sé. Pero yo ensayo la partida
poniendo a la ilusión alas de cera. . .

LA DAMA GRIS

La Dama gris, la de las manos finas
y ojos color del tiempo, me acompaña...
En mi sed de ascensión, qué fiebre extraña,
qué cansancio de luz en mis retinas.

Aquí soñando al pie de la montaña,
la Dama gris me envuelve en sus neblinas.
Ayer, un vuelo azul de golondrinas...
Hoy, un leve temblor de telaraña.

¿Y después?... Sólo sé que cuando el monte
se ensanche más allá del horizonte,
mi sueño inútil rodará en pedazos.

Y entonces muda, resignada, inerme,
igual que un niño triste que se duerme,
la Dama gris me tomará en sus brazos...

SED

Esta mirada casi verde, ¿es mía?
Desatada del tiempo, ¿qué paisaje
se me enreda en los ojos todavía?

Así, mirando sin mirar, el viaje
rueda dentro de mí. ¿Qué sol de hielo
congeló en mis retinas su mensaje?

Lancé mi sonda de ilusión al cielo
cuando sobre mi sed pasó una nube.
Y un engaño de luz quemó su vuelo.

Mas, por el hueco de mi sangre, sube
el soplo de lo yermo y lo divino:
sombra tal vez con alas de querube. . .

Descalza la raíz y húmedo el trino,
esta mirada casi verde esconde
un presagio de musgo en el camino?

El viaje inmóvil de la arcilla. . . Dónde
signará mi canción la última huella?
A mi largo llamar qué voz responde?

El desamparo de mis ojos sella
la hora en fuga. Y mi visión cobarde
no atisba la caída de una estrella!

Mas allá del jardín, puso la tarde
su rescoldo de pájaros y rosas,
Cada silencio es una espina que arde.

Silencio. . . Ante las cumbres misteriosas
cómo encender mi lámpara vacía
y mi niebla poblar de mariposas?

Tras del muro de carne que me espía
juega la luz. Pero en la luz cerrada
qué alondra me dirá que aún es de día?

Sabré de la razón de mi jornada
cuando una araña azul tapie mi boca
y el clamor de mi sed vuela a la nada?

Sed de agua y sal, que me rezuma y toca
el limo amargo de la tierra. Muerde
en mis raíces la pregunta loca:

Esta mirada casi verde, es verde
porque espera mira? Son mis hermanos
la onda que va y el rastro que se pierde?

No sé. Pero interrogo a los lejanos
augurios de la fuente prometida.
Sed hasta el fin. . . Me acercaré a la vida?
Con un camino verde entre las manos?

PENUMBRA

La hermana sin nombre, la hermana
que cruza por todas las sendas,
me dijo una vez que la carne
jamás se convierte en esencia,
que sólo el espíritu logra
subir a la altura que sueña,
que en cada dolor escondido
enciende su llama una estrella,
que el puro cristal del estanque
en ondas rizadas se quiebra
si, bajo la umbría del bosque,
las hojas tempranas lo besan,
que hay días cuajados de sombras
y noches que ciegan.

La hermana sin nombre, la hermana
que tiene las manos de cera,
me dijo que, al son de la lluvia,
deliran las rosas enfermas,
que el viento, la nube y el rayo
se buscan, se tocan, se incendian,
que el río que pierde su cauce
al fin del camino lo encuentra,
que en todas las cosas se oculta
un alma divina y eterna,
que hay algo mejor que el olvido:
la fría quietud de la piedra,
que el agua dormida del charco
ignora la sed de la arena,
que sólo palpita en la forma
la luz pasajera.

La hermana sin nombre, la hermana
que todo lo afirma y lo niega,
me habló de una fuente imposible
que calma las bocas sedientas;
me habló de los ojos sin lumbre,
me habló de los pasos sin huella,
del ascua tornada en cenizas,
del pálido beso que hiela,
de un alba nocturna que sólo
las claras pupilas contemplan,
del grito interior, de la lágrima
caída en la tierra.

La voz de la hermana sin nombre
los párpados rojos me quema;
mis manos, teñidas de luna,
como alas de pájaros tiemblan;
atada al silencio, mi boca
la loca pregunta me sella:
qué sigue después de la angustia?
quién traza su signo en la niebla?
en dónde se apaga la vida
y en dónde la Vida comienza?
Detrás del telón invisible,
hay alguien que espera?

La hermana sin nombre, la hermana
de leve contacto de seda,
la hermana que todo lo sabe,
no sabe decir su respuesta.

Un eco de música triste
empaña el azul de la ausencia;
un fino tic-tac en la sombra
empujan las horas que ruedan.
Prisión que retiene mis ansias!
Pavor de la noche que llega!
No veo a la hermana sin nombre,
pero ella está cerca. . .

La aurora, la aurora, la aurora!

. . . .

Sentí que se abría una puerta. . .

VERTIGO

Al caer de la luz, mínima y quieta,
repaso mi dolor. Y alzo mi vida
lo mismo que una página leída
cuya frase final no se concreta.

El ritmo en fuga, la canción inquieta
—voces de ayer y hoy niebla desvaída—
rezuman en los bordes de mi herida
como el agua se filtra por la grieta.

Alas de la ilusión llenas de herrumbre!
Un día azul casi toqué la cumbre. . .
Y, enferma de horizontes y espejismo,

resbala en mis silencios la congoja
del día alucinado que se arroja
por vértigo de altura, en el abismo.

ALELUYA

I

Al pie del monte, que medita y sueña,
hay dos caminos blancos que se juntan.
No vienen y no van. Los dos apuntan
hacia mi triste claridad pequeña.

Las cimas donde el alba se despeña,
sabiendo sin saber, nada preguntan.
Estos caminos blancos no despuntan
los pasos, ya sin paso, de su dueña.

Por ese rumbo han de llegar los trinos. . .
Como la altura que perdió su centro
me muevo sin moverme entre los pinos.

Y al pie del monte arribaré al encuentro
viajando sin viajar. . . Esos caminos
de mí salieron y los llevo dentro!

II

Yo vi la tala. Yo vi el sauce viejo
hincarse en el final de la alameda
clamando su clamor. Verde que rueda. . .
La mancha de aquel verde está en mi espejo.

Está como una cimbra. Si me alejo,
la tala entre los filos se me enreda,
El parque era mi parque. Sólo queda
en sus muñones la canción que dejo.

El verde era mi verde. Yo la arisca
guardiana de la lluvia y la ventisca,
el charco que se orilla o que se esconde.

El sauce era mi sauce. Y yo del sauce.
La tala fue mi tala. Agua sin cauce,
el verde está en mi verde. . . pero dónde?

III

Así como la nube, así mi traje
sangraba con el sol. Así en la aurora
yo era un ala de lumbre y, en la hora
del véspero, una huída de celaje.

Así como la nube, mi hospedaje
era claro y movible. Ni la espora,
ni el barro, ni la cal: esto que ahora
me oprime con su sórdido ropaje.

Baja la nube, me envolvió la yedra. . .
Así con esta vocación de piedra,
piedra yo soy y el cautiverio arrastro.

de estar en mí. Pero la esencia sube. . .
Como la nube, volveré a la nube.
Qué estrella ignota seguirá mi rastro?

IV

Sólo mis ojos. . . Lo demás hundido
en el presagio del que nada espera.
Estando sin estar, la luz viajera
resbala en mi sopor como un latido.

No sé si continente o contenido. . .
Qué son mis pobres manos de hilandera?
Ya muda, ya sin tacto. . . Cómo era
aquel cantar que me cerró el oído?

Sólo mis ojos. . . lo demás, olvido;
angustia de la sombra ante la hoguera. . .
Qué nieve amarga recaló en mi nido?

Sólo mis ojos . . . Y la noche afuera.
Yo, carne, yo prisión, músculo herido . . .
Sólo mis ojos con la vida entera!

V

Este es mi hueco largo, mi reposo
ganando al tiempo. Mi rincón austero
donde, soñando sin soñar, espero . . .
Costra de sal donde mi línea poso.

Quién trajo hasta mi arrimo el don piadoso
de una ventana que no se abre? Quiero
guardar la lejanía de un lucero
aquí, junto a mi musgo silencioso.

La lluvia, no. Las algas que me crecen
en los brazos tendidos, humedecen
este reposo de mi hueco largo.

La lumbre a mí. Que si soñé despierta,
dormida sueño una ventana abierta.
Aleluya! Aleluya! Y sin embargo . . .

VI

La dulce cárcel; la de ayer; la mía . . .
Arco de ensueños, jaula de colores,
mundo perdido en mundos interiores
donde jugaba con mi sombra el día.

En la ausencia total, mi luz vacía
atisba a los extraños moradores . . .
Mi greda humilde, trasmutada en flores,
no abandona su cárcel todavía.

Lejos mi voz. Pero otra voz levanta
un azul de presencia . . . Qué sonido
se filtra, tierra adentro, en mi garganta?

Oh goce puro de saber que he sido
y ya no soy! Cuando la tierra canta
no hay ausencia total . . . Nadie se ha ido.



Claudia Lars

Seudónimo de Carmen Brannon Vega. Nació en Armenia el 20 de diciembre de 1899. Nuestra máxima voz femenina, ejemplo de vocación poética; no traicionó su destino de cantora, aun sabiendo que dedicarse a los menesteres de la poesía no conduce más que a la auto-destrucción, pero también sabía que eso es vida, vida plena, de ser superior.

Claudia ha publicado: Estrellas en el Pozo, 1934; Canción Redonda, 1937; La Casa de Vidrio, 1942; Romances de Norte y Sur, 1946; Sonetos, 1946; Donde llegan los pasos, 1953; Canciones, 1960; Sobre el Angel y el Hombre, 1962; Girasol, Antología de poesía Infantil, 1962; Tierra de Infancia, 1958; Escuela de Pájaros, 1955; Presencia en el tiempo, 1962; Fábula de una Verdad, 1959; Del fino amanacer, 1965; Estancias de una nueva edad, 1969.

DIBUJO DE LA FUGA

> Nunca se ha visto un blanco, un encarnado,
> tan amoroso como el lindo verde.
>
> Andrew Marvell.

I

El árbol y su cielo.
y a despierta la fábula en las cosas.
El cielo de mi risa
sobre el ágil velamen del columpio.

Yo tenía la nube;
también la huella fina de los pájaros;
y un reino verde, con semillas verdes,
y el mar en el olfato.

Por aire humedecido
imaginad el ángel de las flores.
Por ríos invisibles
los jardines dispersos en mi frente.

De su centro de sangre
alzado el corazón, el fino huésped.
Junto a párvulas sombras
musgo de leche y encendidas anclas.

Yo tenía mi cuerpo
y una fruta sin vello y dos abejas.
Me bañaba desnuda entre naranjos;
me comía el augurio de los tréboles.

El modo de mi casa
—hecho de arrimo y piedras vigilantes—
iba de viaje en un antiguo viaje
y en un libro de peces.

Los ojos de mi padre
eran náuticos ojos capitanes.
Daban a ratos fuegos de Santelmo
y metales del norte.

Detrás de mi inocencia
lunas dormidas en el dulce pronto.
Tal vez lo ya terrestre
ardiendo como el grillo de mi luna.

Para el suave domingo
islas de azúcar, jaulas de listones.
Para copiarme risas,
una risueña Alicia del Espejo.

¿Cómo contar mi olvido,
mi voy jugando de jugar de juegos?
La falda de mi madre:
ese almidón sembrado de violetas.

Todo el bosque del árbol
y yo la corza libre, la criatura.
¿Qué melodía de agua, qué paloma?
¡Mi giramor . . . mi girasol . . . mi mundo!

II

Su puerta
—arco de almíbar y de sal menuda—
abre el tiempo de blusas uniformes
debajo del almendro y la campana.

Creció mi corazón
como una flor esquiva por mi sangre,
sufriendo la indagante compañía,
su delicado miedo y su nostalgia.

Alguien dijo: es amor . . .
pero yo lo guardé con mis peinetas.
En música inicial, en leves noches,
le dormí como a niño que amenaza.

Ella nada sabía.
Se apoyaba en mi dicha sin mirarla.
Por su país esbelto
iba el césped buscando lo que sube.

De sus dones abiertos
cogí el idioma fino, inmaculado.
Venía tiernamente hasta mi libro
con su origen de luz, con su garganta.

Tal mi golpe de vía:
solo . . . a la orilla extraña de los nombres.
¿Quién dibujó en el muro, en el cuaderno,
ese veloz mensaje de saetas?

La inmensa pajarera
y un trémulo silencio, siempre frágil.
Su suave fuerza deteniendo ríos
y fundando ciudades en el alma.

Ardor de mi pureza;
cuna de fuego en pequeñez colmada.
¡Génesis de la abeja de mi pecho
buscando sus dos alas!

III

Y regresé por una carta dulce
que era medio llamada y medio eco.
Resbala el aire como un río de oro;
sube en el agua aquel azul pequeño.

El mismo abrazo se me da en los árboles,
con su aroma indefenso;
el mismo amor, la misma casa mía
en ángeles terrestres.

Olvido la ciudad, porque es verano,
en un nido de helechos;
una nube trivial me cuesta ahora
bailarinas esbeltas.

Nada ha cambiado, nada. . . Todo espera
al corazón que vuelve
sobre aldeas menores, sobre infancias
de contenidos cielos.

No hay horas en el tiempo, cada instante
es eterno y es breve.
Voy por mis ojos a la piel del mundo
y al mundo de mi cuerpo.

¿Quién me dio esta palabra iluminada,
que sin sonar ya suena?
¿Este secreto de florales bosques
rodeados de silencio?

La golondrina de horizontes rojos
sobre mí va cayendo. . .
¿Qué distancia pulsante y consumida
me derrama en su vuelo?

Hay un algo que espera no sé dónde;
una escondida puerta:
puerta de azar para vivir relámpagos,
a navíos o hielo.

Alcanzo mi camino y no lo alcanzo.
¡Desatadme los miedos!
Tengo una cita con la luz lejana.
Con el mar de mis muertos.

IV

En dominios de nieve
sueña la flor su escala y su corona.
La nieve cae, abandonando el aire
con un latido blanco.

¿Por qué levanta el muérdago
su sangre oculta en desafiantes hojas?
¿Por qué dejan los elfos invernales
laboriosos mensajes en el vidrio?

¡Eileen, Coleen, Maureen . . . verdes, doradas,
alimentad el fuego!
El pan junta a los hombres; ya regresan
con sus pipas nocturnas y su infancia.

La nieve tiene ermitas y ataúdes;
tiene girantes naipes;
flota en la luz con pliegues de bandera;
borda manzanas de agua entre los mástiles.

¿Quién dice que la nieve es inocente?
¿Quién la celebra en el licor del sótano?
Mil peregrinos andan por su cuerpo,
ciegos de blanca burla.

¡Eileen, Coleen, Maureen, fuertes, sin miedo,
¿está borracho el viento?
¡Cerrad la puerta, defended la casa,
que es la nevada luna de los muertos!

En praderas de nieve
el verano dormido junta olores.
La nieve baja, en diminutos ángeles
y fechas de diciembre.

¿Cómo estará la encina en su silencio?
¿Cómo el pez, entre agujas?
Este morir de sueño, este abandono,
¿habrá de ser un colmenar de musgo?

¡Eileen, Coleen, Maureen . . . limpias, amables,
extended los manteles!
La niña del hermano busca el norte
sobre un temblor de remos.

Viene con su cabello derramado,
con sus pasos silvestres;

trae un lagarto de ónix en la blusa
y una guitarra breve.

Las torres de la nieve
tienen altas palomas, congeladas.
La niña toca aquel invierno inmóvil
con los guantes de lana.

Por lámparas de nieve
suben luces pretéritas, de olvido.
Abre la niña su ventana y oye
la memoria del frío.

V

Llegó sobre sus botas de soldado
y su medida de alma.
En el vagón lloraba un niño puro
y leían los hombres con anteojos.

La música de ruedas
trenza llanuras con aldeas tristes.
Un presuroso cerro se le acerca
para huir, en menguante.

Cada cintura de árbol tiene brazos
que van a la deriva.
Es preciso callar, tal vez dormirse
o perseguir su nombre.

¡Ah, venid a mirarle!
¡Venid a señalar su labio joven!
Está jugando de coger mi frente
con sus pestañas de oro.

Creo que ya conozco su esperanza,
su jardín melancólico.
¿Dónde me dio, por un antiguo,
esta frágil alondra?

Diríase que vino para hallarme,
olvidando su miedo en los cipreses.

Porque la muerte sacudió su espanto
lleva una palidez que le ilumina.

Quiero alcanzar su célibe distancia
y utilizo el perfume del pañuelo.
Con maniobras de abeja de cautivo;
le voy dando mi gesto y mis collares.

Por rápidas vidrieras
pasa un sitial de malvas, tres cabañas.
El día lento sufre en el jadeo
de tartamudos rieles y furgones.

¿Acaso fué mi educación de brisa,
su noticia de luz, el tiempo inútil?
De No Man's Land traía un libro amargo.
¿No era mi edad el libro de la nube?

Por eso el viaje descansó en la playa
y nos dió el mar su vértigo de olas.
Borramos el ayer de los obuses
y dspertó mi golondrinalondra.

VI

Este color de líquen y de algas;
este origen de mar, que nadie advierte,
este canto de grutas sumergidas
y estos silencios de agua, que se beben.

El goce de una intacta lejanía
donde el pulso del tiempo se endurece;
el barco que llegó, buscando anclas,
por combate de noches y de nieves.

Un domador de potros de arco-iris;
un ágil compañero de los peces;
una rada con árboles de llanto
y la isla que muere y que no muere.

Todo, medio perdido por mis labios;
todo, medio salvado por mis sienes;

y en esta tierra de cumplidas cosas
apenas como el día adolescente.

Por un deseo que anudó en el musgo
el suelto sollozar de la intemperie;
por un lejano viaje que en la playa
cambió su muro de olas en laureles;

por eso estoy aquí. . . con este sueño
de oceánica raíz, casi perenne;
con este primer junio de buscarme
y este regalo de saladas fuentes.

Cae a mis ojos, de unos ojos altos,
toda la luz en su marino oriente.
Cae a mi corazón, con piel y sangre,
toda la vida de mi nombre verde.

Tal vez de una ternura de riberas
mi iré al volcado adiós de las corrientes.
Tal vez en un estreno de horizontes
recogeré la flor de lo que duele.
Ha sido mi secreto entre las ramas
esta mitad de mar, qu no obedece.
Por eso ando buscando, sin decirlo,
el nuevo viaje de mi antigua gente.

CASA SOBRE TU PECHO

> "Hace diez años, hace cinco años,
> un año hace...
> A pesar de eso llegaste a tiempo
> aunque un poco tarde".
>
> Christina Georgina Rossetti.

I

A medio otoño, casi del olvido
volviendo con la rosa del verano.
El mar del corazón bajo tu mano
y el camino de ayer para el oído.

No es golondrina, no, la que ha venido
al cielo de este cielo cotidiano.
Porque llega del frío más lejano
sabe escoger la tarde de su nido.

Así, con simples nombres de acomodo,
voluntaria de ser, en nuevo modo,
tu sabor y tu clara compañia.

Si recojo praderas en tu casa,
ya presiento la rosa que no pasa
y soy nueva en la rosa todavía.

II

Detrás de las orillas iniciales,
de la agitada soledad de afuera,
un suave octubre, de caricia entera,
y una isla dulce, en olas de rosales.

Pues nunca los amores son iguales,
este arrimo de amor, a tu manera,
de una lejana y muerta primavera
saca el reino del musgo y los panales.

Recuerda... y recordando... en sabio rito
a breve sangre anuda lo infinito,
iluminado y tierno en su desvelo.

Y un poder encendido por tu llama
junta el panal, el musgo y la retama,
para esta casa tuya, entre mi pelo.

III

A ti, todo el poder de mi sentido:
este valle de yerba y de paloma;
mi profunda violeta con su idioma
en los verdes recodos aprendido.

a tí, mi río-fuego, detenido
en un labio sediento, que lo aroma;
mi ágil laurel y el pájaro que asoma
dando el país del aire en su latido.

Toda mi tierra corporal y oscura;
la que acoje, levanta y asegura,
recia en la entraña y en el tacto fina.

No ha de quedar a piel de amor el goce,
porque ya tu mirada reconoce
tierra adentro, la luz de cada espina.

IV

Tu casa tiene un nombre de tristeza:
un leve nombre de ceniza y frío.
Toca el fértil azul del nombre mío
y es noche oculta en que tu voz tropieza.

Antes fue claro y vivo, con riqueza
de fácil nardo y de inicial estío;
iba copiando cielos como un río
y en él, para mi amor, tu amor empieza.

Yo recojo ese nombre de la muerte
y lo acerco a los dos, sin que despierte,
mienturas un gran silencio nos anuda.

Me crece de los ojos nueva tierra,
y el nombre queda en ti, y en ti se encierra,
guardando el clima de su patria muda.

V

Aquí a tu lado, en medio de las cosas
y del recuerdo . . . tuya, conmovida.
Por tu claro hospedaje detenida
y también por tus horas dolorosas.

Van a tu amor las arpas de las rosas
y todos los rosales de la vida.
Ya no pierdo mi frente, ya encendida
es tu jardín, la tarde en que reposas.

Inmensidad de cielo y tierra envuelve
esta alianza secreta que resuelve
pasos de ayer en casa tan segura.

De ti saldrán los días venideros
y en los junios de luz o en los eneros
tendré el hondo crecer de esta dulzura.

VI

Casa de piedra y sueño, que entrega
en torre de alas y en jardín cerrado.
Tamaño del amor insospechado.
Reino tardío de una alondra ciega.

A tu fina quietud mi paso llega,
dichosa de llegar, pero cansado.
Me corona la luz, tengo un aliado,
y la noche de paz nada me niega.

Este es mi sitio, mi querencia humana,
para empezar de nuevo mi mañana
y borrar en su amparo la fatiga.

Por eso, casa mía, casa cierta,
en mis labios te das, limpia y despierta,
con el ángel de flores que te abriga.

INSTANTE Y ELEGIA DE UN MARINO

(De regreso a mi padre)

> **Y digo que nunca hablaré de la muerte y del amor en sitio cerrado.**
>
> WALT WHITMAN.

I

Sin rostro ni contornos.
Apenas presentida en la distancia
pero viva en su sangre como un pájaro.

Mareas ascendentes
se la ofrecían inicial, creciendo,
y más honda que el pulso y el deseo
iba, fijo y errante,
por el sonoro rumbo de los viajes.

Con velas retadoras
y guiños de fugaces litorales;
con las agrias palabras y el chubasco;
oculta en el silencio de aquel hombre
que buscaba una flor en las espumas.

Asomada a sus ojos;
cálida entre los muslos dominantes;
dormida en su dibujo,
detrás de las corrientes y sirenas.

Así —náutica rosa—
sin conocer su propio aliento dulce,
esperando señales y bahías
y el asilo de un vientre, como esponja.

II

Entre la nieba, el hombre,
sucio de remolino y de misterio,
recordaba el color de los retratos,
el jugo de las hojas
y la categoría de la tierra.

Por señas de los náufragos
había perseguido el horizonte,
llevando la locura y el tatuaje
de aquella gente de mirada verde
con rumor de la isla en cada pliegue.

Ni la casa tranquila,
ni la harina con miel y con manzana,
ni el licor del barril, llenos de risas,
pudieron detener aquel impulso,
aquel vaivén de muertos entre sales
llamando siempre con su voz nocturna.

Sumiso a los mandatos invisibles
pregunta sin querer —como antes, otros,—
la razón del adiós y la distancia,
y la busca en el hierro de los muelles
y en el mojado grito de los ánades.

. . .Ya la proa divide nuevos vientos
y brazos de agua y cielo ya le ofrecen
tiernas playas, de frutos,
y también la delicia de estar triste.

Pero ella va en su cuerpo como gota:
burbuja sumergida y navegante.
Tal vez entre los hielos derretidos;
tal vez en fino idioma, que no entiende.

III

Y un día, sobre el tiempo,
en bulto de pañal y carne frágil

el hombre la recibe:
¡niña del mar salida de sus venas!

¿Por qué cubre su sexo
y estudia el cielo tibio de su frente?
¿Por qué le duele su temblor de ola,
su vegetal pujanza
y su estrella gozosa?

Ella le burla y le desprecia el miedo,
esbelta de alegría y de palabra,
hija de sal y de olvidadas lunas,
pero toda del pecho de la costa.

Y el hombre, sometido,
borrando la llamada de las barcas,
siembra su corazón en tierra firme
y en aldea de musgo y de regazo.

IV

Una noche, la sangre,
habló con viejos nombres del olvido.
Habló a la niña, con rumor oculto,
y en golfos quietos de su propio oído.

Despertando preguntas,
moviendo oscuros limos germinales,
la sangre recobró su voz antigua
y trajo aquellos mares de regreso.

Y le embrujó las horas
por donde el sueño descubría rumbos.
De su cauce brotaban peces vivos,
saetas musicales
y los escombros de una casa de humo.

Y el hombre, con angustia,
miró en sus ojos cien países nuevos.
¿En dónde su alga suelta, su gaviota,
buscaría el color de la tormenta?

V

El hombre ya se pudre bajo el lodo
y tiene una raíz sobre la frente.
Su sombra marinera está en el árbol,
tan sencillo y tan verde.

¿Quién suelta sus palabras?
¿Sus palabras más hondas y secretas?
¿Quién dice su dolor, su enfriada lágrima,
y mantiene su voz, así, despierta?

"Dormido Capitán, tengo tus pasos
y tu ardorosa fiebre.
La misma obstinación sobre el abismo,
tu mismo amor,
también tu amarga brea".

"Pero tengo, además, la flor desnuda
y el metal y los nidos anhelantes.
Este buscar en la distancia sólida.
Estas nubes de polvo".

"Padezco los vagidos,
y los muros sin puerta y los candados.
Hallo el sudor, la sangre, y los recojo
por vecindad y compasión de tacto".

"Del viento llego, con terrestre agobio,
con pleamar en guerra;
y soy del horizonte porque busco
su color de promesa".

"Ya estaría perdida
sin tu huella de luz y tus señales.
Por esa luz ¡mi Capitán ausente!
puedo vencer tus mares".

"Te repito en mi gesto, en mis ardores,
y te llevo sin rezo ni sollozo.
¿Te inventa el corazón cada mañana?
¿Es mi rostro el espejo de tu rostro?".

"Guardas islas de nácar y de fábula;
puertos iluminados, que no encuentro;
permaneces en tierra de mi madre
y navegas mi canto para siempre".

"En tu recuerdo crece y se mantiene
una visión de azules trasmarinos.
¿Quién dice que estás solo entre la yerba?
¿Qué témpano o qué llama nos divide?".

"Tu balandro sin miedo va en mi pulso,
tu viaje en mi conciencia,
y tu nombre, vencido y liberado,
es claridad de origen y regreso".

"Llenas mi mundo, mas el mundo externo
me tiene en servidumbre.
Y está el vacío que dejó tu cuerpo
en el peso del mundo".

"Hay un ancho desgarre,
un perenne vibrar de sangre en lucha,
una sorda mentira,
y una experiencia de laurel convulso".

"Duelen la sien, el hueso, la ceniza,
el río de los sueños y palabras,
la soledad, con su ascensión de torres,
y el olvido constante".

"Todo duele, lo sabes, lo sabemos.
Ahora como antes.
De la mañana dulce y sin recuerdo
brotan las golondrinas y los árboles".

"Se alzan allí, de madurados odios,
proyectos de piedad y tiernas rutas,
y del ancho abandono de los muertos
castidades de música".

"¿No te alcanza mi voz, no te persigue
en grave testimonio?

¿No rodea tu casa de silencio
esta esperanza de algo que amanece?".

"Siempre amanece. . . mas la noche vuelve
con sus tensas vigilias y su angustia.
Después de la pregunta, del gemido,
¿otra vez la pregunta?".

"Miran los ojos un paisaje limpio,
un rostro que nos ama.
Se abren los labios para dar, de nuevo,
sus amantes palabras".

"La tierra busca, sin perder un puente,
su reino de hojas y de fiestas breves.
La leche entrega, por colinas dulces,
sus líquidos vergeles".

"Montañas y navíos
están bajo la luz en claro goce,
y hay otra vez un mundo palpitante
de peces y de rosas".

"¿Tendrá el día virtudes
de playa fiel y mares sometidos?
¡Sólo en tu sitio, en tu lugar de estrellas,
puede medirse el día!".

"¡Y estoy, está, estamos, todos juntos
—muertos, nacidos, tristes de misterio,—
con demonios de sangre, vigilantes,
y en la sangre sin fin ángeles ciegos!".

LOS DOS REINOS

"Quien así encadenare una alegría
malogrará la vida alada;
pero quien la alegría besare en su aleteo
vive en el alba de la eternidad".

William Blake.

I

Tengo que decir de dónde vine,
porque todos los que conmigo llegaron
han olvidado aquel país sin cuerpos.

Aquí, desde el fondo de mi sangre
avanzo por este impulso hambriento
como una dolida bestia inconclusa.
¿No cantaré mi orilla de paraíso
y el áureo corazón de esbelta luz?

La tierra de ahora pertenece a mis manos,
pero hay detrás una fronda de recuerdos.
Alguien evoca las rutas del éxtasis,
el puro dominio del amor sin quebranto,
y las formas que parecen bellas durmientes
en una profunda y quieta revelación.

Ahí comienza la idea del nardo
abriendo su aromado triunfo
sobre la suave amistad de la colina;
también el contorno del pájaro más leve
y la alegría del niño que pasa
con su dulcísima boca de flor.

De arriba, de tan alto
que nadie podría alcanzar su poder primero,
bajan en blancos torbellinos los fuegos esenciales,
—los que no queman todavía ni tienen órbita—
y la fina semilla del alma
ya señalando su pesada vivienda.

Entonces inventa el silencio sus cítaras de musgo
y el sonido sus palabras creadoras;
penetra el dolor el sueño de estos caminos,
al brote más intacto de los deseos
y al corazón que no conoce su dibujo.

Es la trémula escala,
y el descenso joven
y el lento retorno por hostiles peldaños.
Midiendo nuestro arrastre nos alienta El que sabe:
el huésped de los labios que alumbran.

Exilada estoy, exilada,
y a la vera de lo eterno quiero aprisionar un esparcido semblante.
¿No véis que ando llorando por la casa de los mortales
y que de nombres inestables he recogido mis coronas?

Sí,
yo advierto lo incorpóreo
y los pálidos viajes que salen de las tumbas.
Anoche me aleccionaba un lucero,
y en el otoño que entrega el árbol amarillo
me duele la edad de la memoria
y esta carne sorda o anhelante
que es el terrible amarre de mi otro ser.

A decirlo me obligan,
a revivir lo que se niega o se borra.
En trance de canto debo explicarlo,
para que las cosas no renazcan tan ciegas
y una paloma vuele de aquella piedra de odio.

Le llamo mi paraje,
mi espacio de unidad y de absoluto deslumbramiento.
Está adentro y afuera, en las zonas inefables,
que empujan y reciben a los ríos del tiempo.

Pienso que el tiempo se ha resuelto en mis ojos
y es algo así como un engaño de colores.
Del latido de una lágrima brotó su siempre fugarse
y trenzando con la distancia
burla o desgarra nuestra pobre pequeñez.

Contra los ayes de soledad y el que va por mi deleite;
contra el deleite y el temor que están siempre esperándome;
contra todo batallo para salvar mi otra estatura
y en medio de los contactos soy la despierta de medianoche.

¡Oh fuerza de aprenderme en estos nudos de pena,
cambiando lámparas y repitiendo pecados!
La verdad me ha encendido un jardín dentro de un libro
y anuncio a los pocos que me entienden
las luces más sencillas y próximas.

II

Una vez canté con las voces secretas
y por eso conozco el vuelo de mi garganta.
Fue en el descanso de un recuerdo, de un presagio;
entre la gloria de ordenadas florescencias
y encima de mi propio corazón.

Cuando yo digo yo, quiero decir todos conmigo,
—pluralizando mi frente y mis entrañas—
ya que un olor de angustia me anda debajo de las palabras
y ese apagado faro es el mismo que yo perdí.

Dirán que no me conocen y que divago en medio de los caminos,
como la loca que juntaba querubines párvulos.
Gritarán que no han visto el bosque de las preguntas
ni oído el habla severa de la eternidad.

Pero yo soy lo humano —con esta boca y estos pasos—
y cada piel abatida envuelve mi propia substancia.
Lo que hay en mi crecer siempre crece en otras marchas
y juntos vamos al mismo aliento paternal.

Cambian los dioses sobre la fiebre de las plegarias
y los hijos del miedo tienen muros tan simples.
Es necesario que nuestros brazos se conozcan
y que alumbremos al dormido con este débil candil.

Dentro de mis pupilas hay un pórtico suave
y una frontera donde los verdes se recogen.
Aquí miro la yerba, la pared, el amante;
allá encuentro una clara vigilia
y las íntimas certidumbres que me dolieron
seguras y pacientes, como el que sabe sonreír.

Creo que somos débiles reflejos
tal vez la sombra de invisibles criaturas.
Conozco el espacio de mi tacto
y los sueños florecidos como el cerezo;
también las prisiones del abismo más hondo
y la fuga en alas de los pájaros.

¿No comprendéis que llegamos del olvido,
con ceniza de funerales y tallos de madres?
Me rodean las gentes para hablar de su heredad y de sus guerras,
pero nadie recuerda aquella patria feliz.

Donde vive el deseo se afirma la existencia
y quien ama esta avarienta morada
no debe llorar por las praderas que yo escojo.
Libres están mis dedos de sortijas
y no escondo los frutos, los objetos ni la piedad.

De paso estoy —lo señalo—
y no puedo encadenarme a una máscara.
Del otro lado de mi rostro me espera la antigüedad del espíritu
y una ciudad purificada a la que debo al fin subir.

III

Mi cuerpo, que es humano,
vive bajo los vientos atado a una sonrisa.
Así, con pequeños deleites,
tan frágiles que se rompen al entregarse,
pero que dejan en mi llanto una ventana de palomas.

A ratos casi olvido
que ando buscando la pradera, la isla. . .
Tal vez la antigua manzana de la serpiente
para que muestre el secreto que no reveló.

Soy mayor que la rosa,
pues si mi edad no pasara de su belleza
clavada estaría en un sitio del suelo
y detenida en el vientre de la primavera o del invierno.

Se me han dado las cuatro estaciones,
los violentos empujes y las colmenas tiernas.
Agrupo los deseos encima de una estrella del agua
y entrego mi canción como el grillo quemante,
doliéndome en el eco, en las alas y en la humildad.

Hay un rostro inefable
cubierto por los rostros que se me acercan.
A veces le llamo mi bienamado compañero
y siento que en la mirada que me otorga
está el rescate de mi oculta viudez.

Ahora estoy tendida en mi descanso,
palpando una bondad, de masculino vello.
Suavemente me recoge en su fuerza
y pronuncia las sílabas, las palabras,
que caen sobre mi asombro agradecido
como deseosos pájaros.

Por eso dicen que he regresado a los jardines
y que en mi voz tiembla un subir de esbeltas palmas.
Lloran mientras tanto los que se hieren o se buscan
y sólo el más humilde, por humilde,
halla el amor con su familia de ángeles.

Puede volver el enemigo de mi arpa
y rodear esta casa para que yo muera de frío.
Es fácil perder al que me libra de las nieves
y repetir, por consolarme, que siempre estuve en soledad.

Caminamos despacio y su mano me lleva a la estrella,
enseñándome la dicha a través de su contacto.

Me entrega las ayudas, los altares del otoño,
y un ramo de lilas en medio de los peligros.
Que juege el aire con las alas del bosque
y que la luna de la yerba
marque el país de las violetas húmedas.
Por un instante he de olvidar lo que angustia mi palabra
y he de encerrarme, en este amparo, con mi linterna de la noche.

IV

Dormiré entre los gusanos para volverme amapola
y una suave cortina de polvo
ha de caer sobre mi voz.

No, no tengo miedo.
Los relucientes días me van alimentando
y en las noches de esta vida de bultos
me guía, solo y grave,
el alto guardián de mi nombre.

Voy sobre mis piernas sin despreciar el goce
y abrazo los veranos con pasiones completas.
Nunca me he separado del triste
y en las lunas que sirven a la infancia
he cumplido los pactos sangrientos.

Sé que detrás de las puertas las muchachas se acuestan
y que hay moradas terribles y jaulas que seducen.
Las innúmeras yerbas extienden ante mí su finura
y en las pupilas de las bestias mansas
navegan los paisajes y la resignación.

Cuando sube la chimenea por sus ramas de humo
ya la fiesta de los manjares está en mi lengua;
pero los huérfanos piden misericordia atados a su vientre
y duelen los descansos, las harinas y el amanecer.

Mil ruidos llenan el aire y se deslizan sobre el espejo
que entrega mi frente con sus mudas compañías.
¿A dónde acaba el tacto, la dulce fiebre de mis manos?
¿No quiebro las mazorcas y muerdo el corpiño del clavel?

De la quietud del limo va saliendo una granja
y extiende el mar sus peces y sus crepúsculos.
Los nombres. ¿qué son los nombres en esta abundancia,
si se hacen y se deshacen los colores y los gestos?

Mi cuerpo me enseña el camino,
además del adiós, que cae en cada vuelta.
Un hijo de piel blanca me señala el horizonte
y en su pecho descubro mi nueva edad de sentir.

Desde una hoja marchita la eternidad me está mirando
y se hunde en la fatiga de mi octubre.
Este cielo secreto recibe pájaros y nostalgias
y un abril en raíces espera su campana melódica.

Lentamente me iré durmiendo, pegada al corazón y a los verdes,
y bajaré a la tierra con substancias que se palpan.
Nadie dirá que no conozco esta caricia, estas semillas,
¿acaso no endurecí mis huesos y no sufrí el placer?

Hay algo en toda muerte que abre un dócil retorno
y que ilumina mi quietud, como las horas de la tarde.
Guarda el recuerdo extraños ecos, suave gramilla que me acoge,
y el breve instante de abandono elige su manera de volver.

He aquí mi retiro... mi fuga con su pequeña lámpara,
tan lejos de mis labios y tan cerca de mi conciencia.
Doncellas nupciales ya se levantan de mi agobio
y sus finas gargantas han de cantar lo que olvidé.

V

Tal vez nadie me crea, porque es difícil hablar de lo que no tiene medida, ni hora, ni siquiera una orilla de peso. De lo que está perpetuamente brillando y apenas debe llamarse una encendida plenitud.

Un día desperté, bajo el engaño de mis pupilas, y fui llegando sin saberlo hasta el leve comienzo de la memoria. Desde ahí pude ver las dos caras de la vida, los números que sostienen estas columnas, el deseo y los seis días constructores, y el buscado reposo con su diadema de frutos.

Todo estaba completo, entregándose en esencia y envoltura: todo ahí, desde siempre... o tal vez definiéndose en la yema, en la ola, en las briznas de flauta que el jilguero devuelve y en el suave servicio del primer ángel.

Y yo también estaba: más leve que las criaturas de la esperanza, íntima como el teclado de mi pulso y alzándome del inmediato contorno.

¡Ah, cuerpo!... ¡Ah, mi pequeño cuerpo miedoso! Lamentos se amontonan contra los muros que dividen, pero la madre que mece a su niño desafía el mandato de la separación.

Diré que yo vibraba como una libélula. Que todo vibraba en escalas flotantes: en escalas que buscaban un trono. Y sin embargo, era el silencio sin orillas, el redondo silencio que engendra los sonidos, el que puede más que el grito más alto, el oculto destilador de cualquier voz.

Mudo era aquello, aunque melódico y en vigilia. Mudo... mas con orquestas en proyecto. Desplegaban los matices su iluminado juego, su exaltación rojiza, azul y amarilla; sus señales de tibiezas o de incendios.

Pesa el metal, porque es frío, y vuela el pájaro que arde, la primavera de llamas vegetales y el goce sin edad del amor. Hasta la piedra guarda su profunda brasa, su encendida semilla de cambios. Un día volará sobre su entierro tenebroso, llevándose los árboles que ahora la humillan, los altos miradores que levantó.

Supe que la palabra es el Hijo, que brota siempre de un Padre sin noches. De Uno que es el fondo de la palabra, la cual se manifiesta sin cesar en la creación.

Segundo El, pero igual al Primero, y los dos iguales al soplo que nos mueve; al que hace girar alientos y masas y es la activa presencia del Tercer Poder.

Aprendí lo que digo escuchando a la manzana y al esqueleto, en soledad que era más bien fecunda compañía y con la marcha de los hombres en mi suerte.

Organizados caminos me llevaron al atisbo, a la humilde pregunta de mi boca. Una blanca delicia me cogió de repente, y por los arcos vívidos del aire, al fin de falsos rostros me libré.

Miro la cáscara de mi nombre y sonrío ante la mínima basura. Con lentitud voy llegando al guardián de la gracia: al que me guía por los oscuros laberintos.

¡Ah, cuerpo!. . . ¡Ah, hermano que te arrastras y te acongojas! Oye al cantor que sale de tu angustia: al que labora debajo de tu olvido y está cuidando la luz de tus ojos.



Juan Cotto

Nació en Suchitoto en 1900. Murió en México, 1936, donde pasó sus mejores años.

En México, sus amigos le editaron su único libro: Cantos de la Tierra Prometida, 1940, bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México; obra póstuma con ensayos de José Vasconcelos y Antonio Caso.

De esa misma obra en nuestro país se han hecho dos ediciones; la segunda en el volumen XX de la Biblioteca Universitaria, San Salvador, 1950, Editorial Ahora. La tercera en la Colección Poesía de la Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1955.

TERCETOS DE CUSCATLAN

A Sir Esmond Ovey.

Embajador de Inglaterra en Rusia que me pidió un dibujo de mi pueblecito natal.

A mi pueblo, este tierno pensamiento de Shakespeare:

"Oh, never say taht I was false of heart,
Though absence seemd my flame to quality" (*)

En una suavidad en que se ha roto
el encendido trópico, levanta
su gracia de paloma Suchitoto.

De dos cosas eternas la osadía
de este pueblo feliz toma divisa:
del mar azul y el manto de María. . .!

Si una rosa se cansa de ser rosa
rompe el breve columpio de su vida,
y en mi pueblo se vuelve mariposa.

Partes —si hueles— el color que esconde
en espeso botón la pomarosa. . .
(En esto hay una voz que no responde).

Peina luceros con la luna nueva
en fácil canto la amorosa lira,
y en todo afán a casto amor te lleva.
Dora octubre la miel en sus panales
y fatiga con nísperos mi gula
de exaltadas fragancias tropicales.
En las noches de luna, en el tejado,
se oye un grillo cantar. Grillo que espanta
un elástico gato enamorado.

(*) ¡Oh, no digáis nunca que fue infiel mi corazón
aunque la ausencia pareciese apagar mi llama!

La torre de la iglesia, en las mañanas
de la pascua florida, llega al cielo...
¡cualquier ángel repica las campanas!

¡Universo menor! Claro horizonte
que me enseñas en paz, sencillamente,
que todos los caminos van al monte...

NOCTURNO EN PATZCUARO

Para Claudio Arrau.

Rema suave, suavemente. . .
No rompas los luceros
que en el fondo del agua están dormidos!

—Dueños somos, amigo, del secreto
que en el más puro amor tienen las almas.

Alza la mano, guarda el remo. . .
¡No sea que se rompan los cristales
que guardan el tesoro de la noche!

ARBOL CON NIÑOS

A Ernesto Roel.

Hablaba el árbol cristalinamente,
y buscaba mi afán alas viajeras
de breves golondrina mensajeras,
en la opulencia del verano ardiente. . .

¡Eran niños, no pájaros! La fuente
del claro día ungió sus primaveras,
y por sus dulces pláticas ligeras
giró el mundo en el árbol, suavemente.

Rompió súbito canto sus porfías,
y abrió al aire la flecha de un sinsonte. . .
¡Que otros niños, en hondas lejanías,

sobre la luz del renovado monte,
pueda mirar en los azules días
la mentira fugaz de otro horizonte!

PINOS

A Xavier Villaurrutia.

Pinos, pinos de variados rumores,
—los pinos que tienen trinos—
¡son los mejores!

Pinos, pinos de luna llena,
—los pinos que tienen musgo—
¡son para la Nochebuena!

Pinos, pinos del nocturno idilio,
—pinos fragantes, que vieron
un día caminar a Virgilio.

Pinos, pinos de liras tiernas,
—los pinos que yo he cantado—
¡los pinos de las canciones eternas!

SIGNOS

A Rubén Salazar Mallén.

Cuando la luz se apaga, ¿a dónde va la luz?
Cuando se acaba el canto, ¿qué se hace la canción?

Loco que comes lumbre: dame la luz de ayer
Y tú, que en estrelladas noches de amor, cantaste:
¡devuélveme el instante feliz de la canción!

Ha brotado una rosa bajo el arco de mayo. . .
Transeúntes de un día —su fragancia y mi vida—
van a la eterna esencia de Dios Nuestro Señor!

EPISTOLA A LEON FELIPE

A Enrique Morales Pardavé.

A Coimbra van mis letras
o a Oporto, si beodo estás;
porque sé que has reconstruido
otra vez tu "Drop A Star".

Sigo pobre, ya lo sabes.
Vendo libros en colección,
y lo que es peor ¡Enciclopedias!
a ricos que no saben leer.
¡Nunca me he sacado la lotería!
Sólo una vez que rifaron
una paliza en el colegio,
yo le pegué al "gordo"
y a la aproximación.

Jamás me han dado canonjías
ni gobiernos ni sociedades anónimas.
Sin embargo. . . he viajado siempre en primera,
muchas veces con ingleses,
una, con Madame Kolontay.

Los mares del Sur me han visto
con asombros de pudor
en clara noche de estrellas
dejar intacto el amor. . .
He visto el mar en mil colores,
llegué a La Habana por Panamá,
me comí la fruta de Kingston
y hablé por radio en Nueva York.

León Felipe: sin ser rico
ni representar un dictador,
he visto hombres y paisajes
y pienso volver a viajar...

Me gustan Maurois y Cervantes
¡y los monos de Artenack!
y no resisto una semana
sin Mozart, Bach y Chopin...
¡Ah, si pudiera
hacer un ángel de Marx!
¿Qué quieres? Aún soy católico
después de leer a Lenin...
Pero... he perdido la Arcadia,
¿tú sabes dónde está?

CANTO DE ETERNIDAD

¡Oh, si pudiera prolongar lo claro de esta tarde
sobre la noche de mañana!

Si alguien me asegurara que sería
eternamente mío el reino de tu gracia;
si una voz en la brisa que se lleva
la paz de tus miradas,
me anunciara el amor de un día eterno...
entonces, yo daría
perpetua claridad sobre la Tierra,
pan de tu trigo al hambre de las almas,
y eternidad gozosa a los amores
que están vivos
¡Y que mañana estarán muertos!

Bajo el azul, las torres.
Y más allá, palomas volando
sobre mi aldea blanca!

Naranjos que coronan
la serranía inmensa.
Y un olor a heliotropos,
y los niños, jugando.

Claro grito en la tarde
—frente al primer lucero
de un pastor extraviado
con corderitos blancos.

Allá lejos, los Andes. . .
Detrás, ¡el Mar Pacífico!,
y palomas volando
sobre mi aldea blanca
que amparan dos términos infinitos.

TOLSTOI

Haced de pino la caja
para Tolstoi,
de pino puro y fragante
como él.
¡Oh campesinos!
cortad el pino
que esté más alto
y tenga pájaros
en su ramaje...

¡Cortad el pino
en cuya copa
pongan las nubes
agua de estrellas
que filtre un viento
de primavera!

Haced de pino la caja
para Tolstoi...
¡que duerma
en su propia fragancia, eternamente!

BALADA DEL PRIMER AMOR

¿Por qué llora la niña? No acaba de llorar...
¡Hay niños en el bosque que juegan sin cesar!

Está azul la mañana y huele el prado a anís,
¡ha cumplido trece años y quiere ser feliz!

Me hace sufrir la niña que no quiere jugar,
¡parece una muñeca que sabe conversar!

Baja del coche y saca, temblorosa, un papel...
¡ah, si lograra ver lo que está escrito en él!

Está azul la mañana y huele el prado a anís,
¡ha cumplido trece años y quiere ser feliz!

Mayo traerá lirios de pubertad...
¡La niña ha visto un niño que es de su misma edad!

FOOT-BALL

Foot-ball, foot-ball, foot-ball . . .
Ha humedecido el prado con su azul la mañana,
y en la cálida hora ríe la juventud . . .

¡Foot-ball, dicen los corros, y yo digo foot-ball!
Arde la sangre pura de varones perfectos
que desnudan sus cuerpos rosados en el sol.

Avanza la victoria del "match" para los blancos,
¡todos son razonables los que en mi equipo están!
El goce ahoga el claro grito de mi garganta,
y el poeta no juega . . . en su silencio, canta:
¡Allá van los burritos del dulce Francis Jammes!

Alfredo Espino



Nació en Ahuachapán en 1900. Murió en San Salvador en agosto de 1928. Su único libro es Jícaras Tristes, el más editado en nuestro país; su autor es el más leído y comentado pero nunca estudiado, analizado en su expresión. Todos sus comentaristas han venido repitiendo los mismos conceptos adjetivados, metidos en un torre-marfilismo de campiña. Alfredo Espino tipifica a cabalidad el poeta inconsecuente, que asume el problema histórico nacional a fuerza de colores, sabores y perfumes en un momento y ambiente malsanos. ¡Cuántos ensayos se han cometido en su nombre! Y ninguno dice la verdad de su presencia en nuestra poética. Aquí, en esta Antología, lo registramos como mera curiosidad, como ejemplo de lo caduco que está desde hace años su estética. Aunque él tenga lo rural que jamás desearíamos, ya que se trata —este ruralismo— de una especie de panfleto al revés.

EL NIDO

Es porque un pajarito de la montaña ha hecho,
en el hueco de un árbol su nido matinal,
que el árbol amanece con música en el pecho,
como si tuviera corazón musical. . .

Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma,
para beber rocío, para beber aroma,
el árbol de la sierra me da la sensación
de que se le ha salido, cantando, el corazón. . .

IDILIO BARBARO

Nervioso el cuello y anchurosa el anca,
populosa la cría, rudo el aliento,
con la nariz de par en par al viento
está la yegua montaraz y blanca.

Un relincho llenando la barranca,
anuncia el garañón hosco y violento
y la hembra en impúdico ardimiento
del ancho pecho al resoplido arranca. . .

El fuego une a las bestias como un cincho:
al relincho responde otro relincho
bajo el sol de flamígeras guedejas. . .

Lleno el deseo, la hembra queda sola
describiendo una S con la cola
y pintando una V con las orejas. . .

LOS OJOS DE LOS BUEYES

¡Los he visto tan tristes, que me cuesta pensar
cómo siendo tan tristes, nunca pueden llorar! . . .

Y siempre son así: ya sea que la tarde
los bese con sus besos de suaves arreboles,
o que la noche clara los mire con sus soles,
o que la fronda alegre con su sombra los guarde . . .

Ya ascendiendo la cuesta que lleva al caserío,
entre glaucas hileras de cafetos en flor . . .
o mirando las aguas de algún murmurador
arroyuelo que corre bajo un bosque sombrío . . .

¿Qué tendrán esos ojos que siempre están soñando
y siempre están abiertos? . . .
¡Siempre húmedos y vagos y sombríos e inciertos,
cual si siempre estuviesen en silencio implorando!

Una vez, en la senda de una gruta florida
yo vi un buey solitario que miraba los suelos
con insistencia larga, como si en sus anhelos
fuera buscando, ansioso, la libertad perdida . . .

Y otra vez bajo un árbol y junto a la carreta
cargada de manojos y más tarde en la hondura
de una limpia quebrada, y en la inmensa llanura,
y a la luz de un ocaso de púrpura y violeta . . .

¡Siempre tristes y vagos los ojos de esos reyes
que ahora son esclavos! Yo no puedo pensar
cómo, siendo tan tristes, nunca puedan llorar
los ojos de los bueyes . . .

MADRUGADA

Amaneciendo... lejos aletea
el gallo melancólico... Una franja
de suave rosicler y de naranja
se inicia sobre el cerro de la aldea...

En las turgentes lomas cabecea
la grácil arboleda de la granja
y en la senda, el saltar del piedra en zanja
la hacendosa carreta bambolea...

El campo se despierta. ¡Cómo brinca
la alegría en los patios de la finca,
entre una algarabía de terneros!

Todo bajo la luz de los paisajes,
cuando van despertando los boscajes
con su alegre clarín los clarineros...

MAÑANITA EN LOS CERROS

En el mes de las lluvias, y por este
motivo, la tierruca viste un traje
de tupido verdor, y entre el ramaje
se ve un poquito menos lo celeste.

La casuca de campo está más blanca
bajo la blanca lumbre mañanera.
Ha crujido un bambú. La enredadera
está besando cielo en la barranca.

"Besando cielo", dije, y no he mentido,
porque en toda hondonada silenciosa,
un poco de agua azul no es otra cosa
que un cielito entre flores escondido. . .

Se hace frescura el viento campesino
en el sendero angosto.
¡Cómo se ve que agosto
acaba de pasar por el camino!

Hemos andado mucho, y todavía
no se acaba el sendero;
¡pero gracias al último aguacero
ha amanecido tan amable el día!

De la paz de los ranchos unos perros
me salen a mirar. . .
Se me recoge el alma al penetrar
el silencio oloroso de los cerros.

¡Olor, olor a monte, a valle, a loma!
¡Cuánta canción de amor me trae el viento!
¡Ya en mi oído no cabe tanto acento!
¡Ya no cabe en pecho tanto aroma!

UN ARBOL DEL CAMINO

Del camino en la margen verdeoscura,
se abre la mansedumbre del ramaje,
y el árbol es, en medio del paisaje,
igual que entre un pesar una ternura. . .

Es ondulante copa de frescura
para el pájaro azul que va de viaje,
y un remanso de amor, en el ultraje
del sol que se derrite en la llanura. . .

Arbol de paz; entre el silencio santo
deshoja a veces el rosal de un canto
en la quietud de las llanuras muertas. . .

Amate misterioso, a cuyo amparo
mi corazón es como un nido claro
y los ramajes son alas abiertas. . .

EL ESTERO

Agua tan quieta. ¡En cada amanecida,
despierta dormida!

Tan azul, que las garzas en sus vuelos
parecen alejarse entre dos cielos!

La dulce mañanita del estero...
Un arrebol detrás de un cocotero.
Una barca, dos remos. La atarraya,

una garza que viene y en la playa,
pasa el blancor callado de sus plumas...
Simulando una espuma sobre espumas...

Por las floridas barrancas
pasó anoche el aguacero
y amaneció el limonero
llorando estrellitas blancas.

Andan perdidos cencerros
entre frescos yerbazales,
y pasan las invernales
neblinas, borrando cerros.



Serafín Quiteño

Nació en Santa Ana en 1906.

También periodista. Su obra como poeta es parca pero representativa; cada poema suyo es una verdadera entrega de poeta que sabe lo que quiere decir y por qué. Dos son sus libros: Corasón con S, Imprenta Cisneros, San Salvador, 1941. Tórrido Sueño, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1957, escrito en colaboración con el nicaragüense Alberto Ordoñez Argüello. Este último libro es capital para nuestra poesía, abre caminos, señala rutas antes inexploradas.

AUTO RETRATO

Un soplo... una inquietud... un fiel quebranto...
un dolor... un fervor... una tristeza...
una vieja emoción mojada en llanto...
una alta devoción por la Belleza.

El mirar, un si-es no-es irreverente
y la boca, de lúbricos antojos...
Un poco de Beethoven en la frente,
un poco de Ben Turpin en los ojos.

Ensueño claro, la piedad, sincera;
la figura de trágicos asombros
—un poco yogui, un poco bandolera—
lleva la faz como una calavera
pávida y espectral sobre los hombros.

Así, en múltiples vinos encontrados
—el pecador, el hombre y el poeta—
si Chaplin por los pies invertebrados,
Quijote por el alma tan inquieta.

Como potros retintos
ebrios de la ardentía de la vida
se le huracanan, briosos, los instintos
y se le van piafando en cada herida.

Pero en toda ilusión y en toda pena
canta su corazón —fácil allegro—
Su alma criolla es un ánfora morena
rebosando un licor de café negro.

Y está en la vera efigie y sin embargo
bien vale el cuadro el agregarle un poco:
cabello crespo y largo —no muy largo—
la fe infantil, el pensamiento loco,
labios de sonreír blanco y amargo
y los dientes de "jícama" y de coco.

¿El nombre? Una celeste melodía.
¿El apellido? Abrupto como un leño.
Pero él lleva los dos con gallardía.
El uno, porque es plácida ironía.
El otro, porque rima con ensueño.

Y no le importa nada y nada espera
porque le basta y sobra su alegría
donde hasta el mal se toca de armonía
y la última aventura es la primera.

PUERTA

He aquí, lector, mis versos provincianos
que sólo ansían amorosamente
llevaros al aliento de las manos
en que se modelaron lentamente.

Versos sin novedades y sin prisa
(fuera de la "revolución")
y fieles a las normas de la brisa
en que viaja la mies de la canción.

No lo trascendental. No lo profundo.
No la belleza griega de la rosa.
Este sólo es el mundo
Visto desde una hamaca perezosa.

Sé bien sólo una cosa:
la desgracia, la gracia de ser "dundo".
Mi corazón con S
—haragán, soñador, volatinero—
viene de un pueblo en que la hierba crece
tranquilamente sobre cada alero.

Sus oficios han sido
de lo más simple y de lo más casero:
ver el cielo caído
en los charcos después del aguacero;
contemplar en el mundo anochecido
la maravilla del nixtamalero. . .

Nunca estuvo a la hora ni en el día
que el tiempo marca y el deber abrasa.
Como el viejo reloj de la Alcaldía
siempre se me adelanta o se me atrasa.

Más que una maquinaria,
su interior es un viejo palomar
al margen de la hora totalitaria,
con musgos tristes y con vista al mar.

El son de su campana
anuncia exactamente la mañana
constelada de gracia provinciana.
Marca la vuelta de las golondrinas
y de los azacuanes. En sus ratos
de ocio en la cátedra de las esquinas,
muestra que han florecido los mulatos.

Siempre ha sido el pasmado
un loco de temer, un admirado.

Le asombra el alma de las calles viejas
tocadas del encanto vespertino.
Oye como verdades las consejas.
Aún comulga con ruedas de molino.

Gato de hornilla, gato de rescoldo,
siempre pasó el invierno bajo el toldo
maternal de un refugio femenino.

Y hoy que mayo florece,
—música eterna de la fronda alada—
el húmedo paisaje me amanece
vivo en más de una imagen bienamada.

(Este mi corazón les agradece
la colaboración y la posada).

El es quien todavía
se detiene a escuchar una victrola
que derrama una tonta melodía
en el silencio de la calle sola.

El es quien dio sus lágrimas de amor,
su piadoso calor
el vino de su sangre trasegado
al perseguido y al desamparado.

El es quien me siguió por los atajos
del mal y se sintió crucificado
cada vez que mi pie se hundió más bajo.
(Por él fui comprendido y perdonado).

Gracia de ver las cosas
iluminadas y maravillosas.
Alentar en el hoy como si fuera
la última rosa de la Primavera.

El árbol de la vida se estremece
y en él es flor mi corasón con S.
Para muchachas cursis ha nacido.
Y para niños grandes es que inflama
en romántica llama
su canción y su queja y su alarido.

Para entender su gozo matutino
hay que creer en ruedas de molino. . .

TRES CANCIONES DE MICTLAN

I

Cantemos a la paloma de ala azul,
la que en los bosques del alto lempa vuela,
posa y canta.

Cantemos donde duerme, donde
vela y en donde el pino verde se levanta
para mirar la Mar del Sur.

(Allí Xochiquetzalli derramó sus cabellos,
y su llanto de amor Tlaculteutl).

Queja del monte, alado maravilla
con alma de princesa zutuhil,
—en su fugaz claror la luna brilla
de Tutecotzimit.

(Río arriba del tiempo va volando
en el aire de un día de zafir).

El corazón abierto hacia la primavera
que iluminó el viejo solar,
—cantemos a la paloma mensajera
de la canción de Cuzcatlán.

(A su relámpago se encendió la cordillera,
en la mañana de Valum-Votán).

Cantad, cantemos el gozo que la inflama
y el fuego de sus ojos de rubí,
su voz antigua y el amor que llama
desde la llama de su ardor pipil.

(Su pecho herido a flecha de obsidiana,
Desciende por un cielo de Alhelí).

II

Al venado cantemos de astas finas,
de piel de rosa y ojo de zafiro.
Imagen voluptuosa de Tepictly.
Flecha del llano. Viento fugitivo.

Cantemos al venado y a su azoro
—su viejo azoro y su remota edad.
Su línea de nostalgia, su decoro
viniendo de los días del Mayab.

(Bajo sus cascos de ámbar azulado,
aún resuenan las piedras de Mictlán).

Nahual del canto. Signo misterioso y lejano.
Su faz de luna nueva recuerda a Xibalbay.
Por las veredas rojas de su sangre
se ven pasar las tribus de Tulán.

Mas ¡ay! que a fogonazos perseguido
le vimos ya bajar de su heredad.
El mismo fierro que abatió su gracia
por los barrancos tras el indio va.

El pasto seco y el maíz amargo
por la anchurosa tierra de Quicab.
Sin sus antiguos montes, el venado.
El indio, sin la sombra de su lar.

Los dioses callan. Quetzalcoatl se apaga
como un lucero triste sobre el mar.
Donde Valum-Votán regó su grano,
la noche de Tohil cayendo está.

Y ruedan los areytos en el llanto.
Los ídolos sagrados, de su altar.
Por las bellas comarcas del venado
ya nadie cantará.

Mancebos lencas, jóvenes izalcos,
—mestizos de Alvarado y Atlacatl—
con el que os da la sangre y el esfuerzo,
compartid vuestro techo y vuestro pan.

Sólo cuando las lágrimas no amarguen
las trémulas espigas del maizal.
Cuando el sudor del indio sobre el surco
también coseche su ración de paz.
Cuando por los caminos del venado
pueda volver el pueblo a Tlapallán...

Sólo entonces, del día prometido
"un mundo azul y verde" surgirá.
Será grato el maíz. Dulce la caña.
¡El olvidado canto volverá!

III

Cantemos a la Estrella de la Mañana.
La siempre virgen que de Oriente viene.
La que se va en la tarde, por el mar.

La que vio los volcanes y los valles
naciendo en Cuzcatlán.
La que lloró su lágrima purísima
sobre la noche de Tamagastad.

(Ya los indios murieron y el venado.
Desde un remoto Anáhuac regresa el azacuán).

Era la edad primera en que los montes
compartían la danta y el balam.
Cuando el alma del incienso de la orquídea
se quemaba en la brasa del quetzal.

Del suelo y de sus frutos poseedores,
los hijos del Atonal.
De leña seca el fuego de la casa,
dorando el regocijo familiar.

(Mas ya no tiene el tiempo sus doncellas,
ni bajan las palomas —temblando— el manantial).

Ha llegado la hora del lamento.
Su airón de verdes plumas abate Quetzalcoatl.
Por los acantilados de la costa
sopla sus caracoles de llanto el balsamar.

Rotos, los cúes. La heredad, vacía,
Sin himno, el viento. El día, sin afán.
La estrella sobre el indio y su recuerdo
vierte una compasiva claridad.

La estrella solitaria en nuestro olvido.
Beso del cielo maya en nuestra faz.
La que bajó de amor hecha rocío
al cuerpo ensangrentado de Atlacatl.

(La Mar del Sur castiga sus riberas,
De amargo yodo tiñe sus rocas Acaxual).

Cantemos ¡Oh! herederos de la Estrella,
—si es que podéis cantar.
Si todavía guarda la memoria
las claves de la raza y su compás. . .
¡Cantad a la que supo nuestro nombre
desde la dulce infancia de Mictlán!

(Ya Quetzalcoatl despierta de su sueño.
Un resplandor de plumas alumbra a Tazumal).

Aire pintado. Un vuelo de jazmines. Un valle
dormido en el recuerdo, más que en la geografía.
Un pueblecito ingenuo con una sola calle.
Y en el azul inmenso los ojos de María.

El ángel de la vela su amoroso detalle
de luz quieta y callada sobre el altar ponía.
A la doncella eterna se le insinuaba el talle
como una flor celeste bajo el candor del día.

Abriendo Cielo arriba su lirio de campana,
sonoro de zenzontles el pueblo amanecía
y era mayo en el tiempo de mi niñez lejana.

¡Mundo de amor! ¡Oh! sueños de tierna compañía,
quién pudiera deciros como aquella mañana:
"Venid y vamos todos con flores a María!"

I

No ángel que del cielo baja
sino mujer, Eva de arcilla,
dorada por el fuego de la tinaja.

Más que flor, semilla
y más que cielo, tierra verdadera.
Ternura de paloma. Cervatilla.

Arde la luna de la sementera
ya sobre tus colinas con rocío.
El sueño de tu vientre el sol espera.

Y allí donde tu cuerpo nace río,
la oropéndola baja de mi canto
como la madrugada al caserío.

Un pequeño lucero a mar de llanto
viene desde la noche de su olvido.
Ya alumbra en el espejo de tu encanto.

Mueren las horas a vaivén de nido.
Un azahar lejano se consume
en la brasa del tiempo no venido.

Tu corazón deshecho en un perfume.
El día de las bodas, encendido.

II

Tu nombre en los recodos de la infancia
huele a flor de corozo.
Me sabe a los chumelos escondidos
en el añoso tronco de la ceiba.

De cuando en vez, también,
cuando el pecho amanece campanero,
me acompaña a la misa de domingo
con sus espumas de almidón y lino.

No sé, en verdad, cómo decir tu nombre.
No sé cómo llamarte, si te llamas
tantas luces remotas en el sueño,
tantos luceros tristes en la noche.

No sé tu nombre, acaso lo respiro
cuando mayo a la hora prometida
abre su corazón de carpintero.

No sé tu nombre.
No sabría construirlo con sílabas.
No podría llevarlo hasta los hombres.

¿Dónde situar su dulce lámpara de aromas?
¿Cómo explicar que su silencio es blanco?

Cuando todavía la estrella de la tarde
bajaba, sin miedo,
a bañarse en el agua de la pila,
el viejo naranjero me lo dijo.

Y hubo, además, otros sucesos
dignos de la memoria del jacinto:

El pueblo —pobre y triste—
dentro de mi resplandecía
como una ciudad de oro.

Su Tiempo, los olores de la tierra,
el color de las estaciones.

En mi corazón se ordenaba la mañana de los geranios.
La nieve del mirto calentaba la casa
y alumbraba la noche del nacimiento.

Todos estos hechos, perdidos ya, lejanos
como el mismo amor que los enaltece,
vienen desde su mundo de neblina
a decirme tu nombre con olvido.

Luego, recuerdo,
—si es que todavía puedo recordar—
los altares de Corpus y aquellos ángeles de palo,
tan dulcemente ingenuos
que en su candor el cielo era de cedro.

(¡Juro que nunca vi más fúlgidos arcángeles!)

III

Mayo viene cantando.
Desde tu cuerpo en flor viene cantando.
Crece desde tu sueño de gladiola.
Un ruiseñor te nace del costado.

Vislumbre de ángel-niño, tu sonrisa
va de la tierra al mar, del mar al cielo.
Llena eres de música en la lluvia.
De lágrima y nostalgia en el lucero.

Te aspiro en el camino
donde ya las candelas del izote
en nieve pura queman su pabilo.

Te veo, anocheciendo, sobre el monte,
y eres en mi tristeza un caserío
dormido en el confín del horizonte.

En fragancia de pájaros, disuelta,
y en perfume de arpegios, arrullada,
subes por una escala de reseda
desde tu cabellera derramada.

Sobre tus ojos la canción se quiebra
como el cielo de mayo sobre el agua.
Un tiempo azul se abrasa en tu canela.
Detrás de ti, la estrella se levanta.

Y como en la belleza te reiteras,
—mi corazón, reflejo de lo bello—
aprisiona tu luz de mil maneras.
Río de claridad bajando al pueblo.
Lumbre hogareña vista desde lejos.

En torno tuyo danzan las colinas
y un ángel viene desnudando el día.

Niebla de luminosa transparencia
sobre la niebla oscura de las cosas.
Con tu luz de luciérnaga me llamas
desde la noche de las amapolas.

Tu presencia, más clara en la penumbra.
Más hondo el corazón, cuando más leve.
Del girasol no importa la figura,
sino el amor inmenso que lo mueve.

He aquí que una vez más florece Mayo.
Por sobre el hombre una vez más florece.
Por sobre el polvo gris de su pecado
Venus reluce y el jacinto vuelve.

Y tú, mujer, espejo de mi canto,
rostro del gran olvido en que la rosa
la boca espera que dirá su nombre,
aquí estás, proclamada en el aguaje,
en trino dicha, en verde contenida,
con tus manos ordenas el paisaje,
del cafeto presides la blancura
y estás en todo brote que renace.

IV

Fue por el árbol de la Vida
—o de la Muerte—
del Bien —o del Mal—
que nuestros padres primigenios
abandonaron el Paraíso.

En verdad, un suceso irreparable.

Pero a cambio nacieron los colores.
Se inventó el calendario de las hojas.
Se organizaron los aromas.

Alguien dijo:
"Hágase el fruto amargo".
Y el fruto amargo fue hecho
—para el hombre.

Alguien dijo:
"Hágase la dulzura de la abeja".
Y su dulzura fue hecha para el hombre.

El horizonte, a la medida del ojo.
A su medida, el mar.
A su imagen y semejanza, el cielo.

De la sed brotaron las aguas
en incontables manantiales.

Adán nombró a las criaturas
acercándolas a su corazón,
calentándolas, amorosamente,
en el brasero de su pecho.
Así tuvieron nombre las criaturas de la tierra.

La piedra se asomó a preguntar
desde su silencio.
Su presencia explicaron los árboles,
El cardo, sus espinas.
Su acordada sinrazón la serpiente.

Y quedaron establecidos
los fueros de la carne transitoria
y los ocultos designios de la sangre.

Eva llenó los espacios
con el resplandor de su cuerpo.
Y el hombre adquirió la certidumbre del barro,
la conciencia dolorosa del barro,
iluminado y trasfigurado
por un relámpago de flamígeras espadas.

La inflamada saeta del Deseo
se clavó en el rubor de la manzana.
Un invisible poder imantó los aires.
Y los elementos del mundo nuevo
despertaron al sol de una mirada.

En su nombre se hicieron las montañas,
el azul candoroso de los valles,
la vocación de barco de la nube,
los vagos litorales de la tarde.

Los pájaros del tiempo amaneciendo
en el iris mojaron su plumaje,
Las bestias proclamaron su inocencia,
y el mar abrió su corazón de espuma,
su espuma de ola el corazón del alba,
su alba de aromas el jazmín y el nardo.

A Eva se le encendía con claveles
un serafín de llamas en el pecho.
Y hablaba la primera primavera
por la lengua de fuego del cerezo.

Y fue entonces —¡Oh! dueña de la tierra—
cuando encendió su lámpara el olvido,
cuando aprendieron a morir las rosas,
cuando nació la flor de los sentidos.

Y desde el hondo sueño de las formas
vino la hoz que siega las espigas,
la nieve en que se duermen los manzanos,
el viento que se lleva las alondras.

HIMNO DE AMOR A LA MUJER MESTIZA

Mujer de Cuzcatlán —Mujer de América.

Madre del mestizaje.
Depositaria del fuego de dos mundos.
Del maíz y del trigo molinera.

Alabada seas,
porque de siglo en siglo enciendes las tiendas de la vida.
Rescatas el fruto y la semilla.
El aceite. La sal. El pan. El vino.

Nada de lo que vive te es extraño.
De la tierra escuchas las entrañables voces.
Angeles domésticos te guían hacia lo alto.
Sabes el verdadero destino de las cosas.
Si la tierra pudiera incorporarse y hablar,
hablaría con voz de madre.
A ti sería semejante, ¡oh! dispensadora de inagotables dones.

La que ofrenda su cuerpo,
santificado bajo la mano del sembrador,
a la hora sagrada de la labranza.
La que se da a sí misma,
en la blanca transfiguración de la sangre.
La que edifica. La que perpetúa. La que salva.

Por ti el bronce fue lámpara.
Reja de arado el hierro.
El oro ajorca. Vaso. Candelabro.

Anterior y posterior a los libros,
por generación de generaciones esparces la palabra eficaz,
el grano henchido de esperanza.

Por ti no se habría envilecido el oro.
Los metales no serían amargos.
El fuego —servicial bestia mansa del hogar,
dios benéfico de los buenos tiempos—
no descendería —hecho rencor—
sobre los campos de la mies,
no sobre las ciudades de los hombres.

Alabada seas, madre nuestra,
porque de vencedores y vencidos hacen los hijos.
Porque en los rastrojos del hierro
plantas la vid pacífica,
renuevas la promesa del ángel.

Alabada seas, por tu gracia de solitaria espiga.
Más fuerte que los vientos del odio.
Más firme que sus agudas lanzas.
¡Oh! coros de los antiguos calpules:
elevad vuestras voces
y a los acordes del órgano que vino sobre el mar de las profecías,
encended la fogata de vuestro canto.

Alabad, cantad, a la que anuncia el tiempo del regocijo;
a la que viene —desde la Atlántida de sus lágrimas—
trayendo la paloma que se posó en el arca. . .
Alabad, cantad, a la que todavía espera los jazmines
y enciende la vela frente al altar.

Alabada sea nuestra madre de barro tenue,
de áspera arcilla castellana,
testimonio el más vivo de nuestro paso por la historia,
límite en que comienza la leyenda.

Alabad, cantad a nuestra madre de barro tenue,
la más bella imagen de los ancestros,
la más hermosa construcción erigida desde la noche de los símbolos.

Hela aquí, guardadora de las antiguas claves.
Sombra de olivo entre el teocalli y el santuario.
Fortaleza de amor ante el relámpago de los arcabuces.
Alabada sea, porque supo los últimos designios del hierro.
Porque siguió el oculto destino de la flecha,
lanzada —por ciegos arqueros— sobre el indescifrable tiempo.

Alabada sea,
porque en la tierra pacífica de su vientre
fue quebrantado el poder de los centauros;
los dardos perdieron su veneno;
nació el nuevo linaje.
Se hizo, por fin, el descubrimiento de un mundo nuevo.

Memoria de los lejanos días de Mictlán,
aún alumbra sus ojos húmedos y rasgados
—de princesa nahoa—
la Estrella bienamada de Quetzalcoatl.

Hija de soldados y aventureros;
descendiente del pueblo que vino sobre las carabelas,
de más allá del mar,
desde ciudades presentidas por los viejos augures,
aún aroma sus sienes de mestiza
la rosa de Castilla.

Madre y señora nuestra
por el maíz y por el trigo.
Por el cacao moreno y por la oliva.
Por el clavel sangriento y el izote.
Por la pasión que inflama nuestras venas,
y por el hondo río de tristeza
que viene —sueño abajo—
desde las brumas del solar perdido
a nuestro lento corazón de ciervo...

¡Bendita seas, alabada seas,
madre del mundo nuevo en nuestra tierra!

I

POETA

¡Oh! tú el abandonado entre puñales,
entre densos fantasmas, en perdidos
mares de sombra, selva de gemidos
y ausentes golondrinas y rosales.

¡Oh! tú, el ciego, el confiado entre fanales
hoscos de noche y muertos sumergidos. . .
Confiado entre lebreles contenidos
y solo ante los dioses inmortales.

Don todo, sosegado en la agonía,
fuerte en el llanto, casto en la alegría
resurrecta de oscuros manantiales.

Ahí un rodar de lágrimas te guía
y una palabra pura frente al día
alza sus infantiles catedrales.

I I

LA PALABRA QUE VISTE

"La palabra, no para VESTIR,
sino para desnudar".
S. Q.

La palabra que viste es siempre muda,
la palabra que viste es siempre triste.
No une, no libera, no persiste. . .
¡La palabra que viste no te ayuda!

Si pretende asistirte, no te asiste.
Si brazo, si defensa, no te escuda.
La palabra que viste es la más ruda
entre todas las cárceles que viste.

Por ella, —muro, ergástula, cadena—
la isla del corazón es más condena,
y la noche del hombre más sañuda.

¡Ah! reposada soledad serena,
dame por fin, a ver, la última pena. . .
¡Yo quiero la palabra que desnuda!

I I I

LA QUE NO VISTE

He aquí la palabra que no viste
y que no viste tú, por tan desnuda.
En claro anillo de silencio anuda
lo que eres hoy y lo que antaño fuiste.

Si necesitas muda, ella te muda
y de traje-sombra te desviste.
El poco de ángel que en el hombre existe
es porque ella lo labra y lo desnuda.

Ella abre puertas, ojos, miradores,
desnuda espacios, larvas, ruiseñores,
¡ninguna vestidura le resiste!

Une, aclara, congrega resplandores
y por sus puentes de ángeles menores
al fin, EL HOMBRE PARA EL HOMBRE, *existe.*

IV

¡Oh! tú la intrasferible, trasferida
sólo en clamor y en lágrimas y en puerta
de soledad a soledad abierta,
de sed prevista y perseguida.

Ultrajada, empañada, nunca muerta
y jamás clausurada ni abatida.
Tu vocación de lámpara encendida
se da sólo al que te ama y te despierta.

Ningún Judas vio nunca tu sonrisa,
ningún ladrón tocó tu orla de plata
ni presintió las alas de tu brisa. . .

Traidor que hacia tu fuego se desliza
a sí mismo se mata
con una obscura muerte de ceniza.

EN EL PAIS DE LA LIBERTAD

Heme aquí en el país de la libertad
hacia el cual tiende el mundo
sus ojos de asombrada esperanza.

Aquí el hombre es un ser civilizado y manda,
dócil bajo el relámpago del "neón"
y la batuta matemática del semáforo.

No tiene misterio ni ansiedad
en su ámbito quieto de "warehouse".

Antena de ruidos,
playa doliente para la resaca de la estática,
el hombre es un ser pasteurizado y deshidratado,
obediente y sencillo como una biela.

No vive, funciona.
Su corazón, exacto como el itinerario de los trenes;
su cerebro, un tablero telefónico,
alerta al grito de la sirena y del "póster".

Tornillo sin fin la hermosa vida
entre la fábrica y la casa.

En los ligeros entreactos
el buen ciudadano habla de "work" y "money",
remueve los cacharros,
limpia el jardín,
tapona las goteras,
va presuroso al banco,
juega al golf . . . . .
y ya extenuado del descanso,
ya libre de todo placer y aturdimiento,
ama a su mujer y a su carro.

En el país de la libertad no hay siesta ni hamacas
pero existe el "Week-End",
tan alegre y tan bello
como cualquier día de trabajo.

Esta fiesta magnífica se fertiliza con "Wisky"
y deja unos cuantos minutos para soñar. . . . .

En los ratos desocupados del "Week-End"
se lee, devotamente, "El Arte de Llegar a Millonario"
(una biblia escrita por éste o aquel Mr. Gardem
ya famoso entre los profetas).

¿Habéis oído hablar de Mr. Gardem, el oráculo?
Yo le he visto de cerca, omnipresente y poderoso
predicar desde innumerables altavoces,
acompasar la marcha de 100 *mil rotativas*
con su voz de mando, apenumbrada y serena.

Es la voz de Mr. Gardem una voz de aceite,
suave, persuasiva y lubricante.
Se mete por todas partes, como un gas.
Habla por todos, para todos,
con una lengua redonda y simple,
tintineante y definitiva como una áurea moneda.

Ah grande hombre, más visionario que Walt Withman,
más bien plantado que un rascacielo de Manhattan.

160 *millones de pobres hombres*
están llegando a millonarios. . .

La travesía es dura (no os engañéis)
la gloria es una guirnalda,
pero su tránsito es espinas.

En cualquier "second-hand" os comprarán el alma,
la camisa y el tiempo,
y aun la dulce pereza que ve el cielo y el mar.

Luego, la marcha
entre ruidos decorativos y deslumbrados carteles.

La marcha hacia la muerte, hacia el tedio,
hacia la final aniquilación heróica
y agitando banderas de celofán y "nylon".

Muchos son los que van ("¡claro está")
pocos son los que llegan.

Agrias cadenas requiere la aventura,
Pero aquí, señoras y señores,
las cadenas son de oro.
Ni el Rey Midas ni Creso las tuvieron mejores.
Ni Babilonia ni Nínive las forjaron más bellas
para honrar a sus esclavos y esclavas.

Pero he aquí
que en el país de la libertad el hombre ama sus cadenas.

¿Quién no las amaría, si son de oro?
¿Quién deseará romper sus grillos
si lucen tan espléndidos bajo el sol?

Día a día este ciudadano pacífico y feliz,
el más feliz del mundo y el más libre,
limpia amorosamente sus cadenas,
las bruñe con deleite,
las acaricia y las venera.

Casi no son cadenas ni grillos.
¿No advertís que son joyas?
¿No está en ellas la gracia del orfebre
y el encanto dorado de la estrella?

Vosotros, míseros fabuladores,
no comprenderéis nunca este milagro.
Porque no amáis vuestras cadenas
ni sabéis el secreto de aligerar el yugo.

Y no las amáis —¡oh esclavos!—
porque vuestras cadenas no son de oro
sino de hierro viejo,
de hiel y de vinagre,
de silencio y de espanto,
de protesta sin voz y sangre inútil.

Bien sabéis vosotros con la carne,
con el alma,
con la boca golpeada y la mano rota,
con vuestros muertos sin nombre
y vuestros niños sin pan. . .
con vuestra palabra sin salida
y vuestras llagas sin venda. . .
bien sabéis vosotros, —afirmo—
LO QUE ES UNA CADENA.

Mas si vivieran ellos
los que rescatan el pan y la sal
desde todos los micrófonos del mundo;
los que guardan la casa del indefenso y del pequeño;
los que hacen primero el hambre y después el trigo,
la sombra con los cimientos de la luz,
la felicidad del hombre con sus lágrimas. . .

Si vivieran ellos, pregunto,
¿aún sabríais lo que es una cadena?

No espero respuesta
pero os advierto:
No olvidéis nunca lo que es una cadena.

Si es de oro, tanto peor.
Si no duele en los nervios y en la conciencia,
tanto peor.
Guardad celosamente vuestras amargas cicatrices,
vuestras llagas sagradas,
vuestras oscuras huellas de llanto y sangre.

Ellas son vuestras marcas.
Serán vuestra memoria y vuestra defensa,
¡vuestra única defensa!
Y no olvidéis nunca —ni por el hierro ni por el oro—
LO QUE ES UNA CADENA.



Pedro Geoffroy Rivas

Nació en Santa Ana en 1908.

Estudio en México. Notable antropólogo y lingüista.

Su obra poética marca un hito en nuestro desarrollo poético. Poeta rebelde, individualista, incorporó en nuestra poesía la libertad de expresarnos abiertamente sin temor a prosaísmos o giros "antipoéticos", esto último para él no existe siempre que sea poeta quien pulsa la palabra. El lo ha demostrado.

Sus obras poéticas son: Canciones en el Viento, Rumbos, Para Cantar Mañana, Yulcuicat, Sólo Amor. Cuadernos del Exilio.

VIDA, PASION Y MUERTE DEL ANTI-HOMBRE

I

NASCENCIA *en el paisaje igual a siempre y olvidado siempre,*
incierto, de cenizas amarillas y dulces,
idéntico a sí mismo desde hace quién sabe cuántos vagos y ardorosos
[milenios,
ecuación desmedida en el preciso instante en que el grito y la sangre se
[confunden,
allá
cuando mi madre era más bella entonces
que todos los huertos frutecidos en el sueño con hambre de los hombres.

Milagrosamente,
mi corazón de nube desató sus silencios
y mis ojos con nidos donde van y vienen mariposas y velas,
estremecieron la luz al deshojar la planta sin nombre de un recuerdo.

Entonces fue,
en lo más hondo de su tierra,
entre limos de angustia, despiadados torrentes y lejanos misterios,
en vuelcos trascendentes desahogando sus ríos,
la renuncia fatal,
la escisión graforosa que se quedó entre los dos como un secreto
el desgarramiento aquel, único lazo ya que nos unía,
como si alguien nos arrancase un sueño de repente
y el socavón oscuro quedara empapelado de tristeza.

Con un afán de árboles,
ella desenterró sus muertos para esta mi vida en que culminan diez
[millones de vida.
crucificó su sombra en el corte de todos los caminos para mi anhelo
[alzado y sin fronteras
y nutrió mis raíces en el hueco de una vieja nostalgia de ojos madrugados.

Y fui yo solo entonces a taladrar mi brecha,
prolongando un dolor que me llegaba nadie sabe de dónde,
a llenar mi destino de ser apenas un jalón en el sueño,
a pulir mi diamante, a descubrir mi pozo,
a levantar muy alto unas cuantas banderas de alegría.

11

Un niño triste a veces se me asoma a los ojos,
pálido niño, pálido de silencio y de anhelo.
A veces también lloro por mi frustrada ancianidad,
grito sobre mi muerte lejana y prematura,
sumergido en angustia,
como quien hunde la cabeza en una almohada
para que nadie vea sus latentes racimos de tristeza.

Mi corazón de túnel abierto a la esperanza
se anegó de preguntas al descubrir el mundo.

Flor de monstruosos pétalos que sabían a sombra,
fue deshojando el lento conocer de las cosas.

Mía fue la sangrienta martingala
de pasión despeñada y sin sosiego.
Míos fueron los álgidos delirios de flechas desatadas,
de torrente sin rumbo, de soledad sin alas.
Míos fueron los surcos del hombre sin semillas.
Mía la herida cruenta.
Mío el sonido ciego.

(Como de lentos nudos desatándose,
como de negros faros viejas luces
que despiertan así, de noche, sin motivo,
para espantar fantasmas de velas en el sueño,
como de antiguas tumbas respiración sin sombra,
como coronas, grillos, o como rejas duras
de cárceles de donde nunca debe salir lo que penetra,
como helados museos de momias y de trajes sin cuerpos,
como sueño sin sueños,
como muerte).

Ah, la respuesta entonces de verdades inciertas.
Ah, la escueta y tremenda negación de la duda.
La mentira a la altura de la sed y la fiebre
y la atónita espera desangrándose en versos
y el inquirir sin término y el preguntar por nada.

III

VENIAN, iban barcos.
De ti hacia mí. De mí hacia ti.
Iban, venían barcos de ojos y semillas.
Venían, iban barcos sonámbulos, desesperados barcos.
Iban, venían barcos y se iban sobre mares de olvido sin mañana.

Ah, corazón en llamas, desplazado, derruido,
expresado a voz alterna de ansia y de alegría,
flor abierta y sangrando su respuesta sin el claro motivo de una sola
[pregunta,
como siempre, como entonces, como ahora, como antes, como nunca,
como tú llegaste contra todas las lógicas del mundo
y ya no podrás irte aunque lo quieras.

Abierta herida abierta en el costado,
voz de antiguos metales con el cantar de siempre,
luz transida en mi noche,
desesperado llanto,
sombra mía de sombras que nunca me abandonas,
lenta espiral rodeándome la vida
persiguiéndome siempre,
perseguida,
dulce nudo,
milagro.

Era en ti, era en mí, era en nosotros como una llama viva,
estaba, estuvo siempre, y tú no lo sabías y yo no lo sabía
y nosotros que nunca lo supimos.

Ah, compañera, compañera mía, dueña del mundo, esclava,
Ah, silenciosa mía silenciosa.
En rubias olas altas desatada,
En lóbregas tinieblas la más honda, la más negra, la más desatendida,
agua sabia de ignorados manantiales,
claro sol de inexistente cielo,
madrugada de amor,
chorro de sangre nueva para mi corazón desamparado.

Tú y yo concretamos el tiempo y la distancia,
limitamos la vida como entre dos paréntesis
y ordenamos el mundo con una geografía inusitada.

IV

De légamos profundos, inconforme,
levantándose absurda, desmedida,
monstruosa de protestas,
agria voz que me agobia,
que me empuja,
que me alza y me sumerge.
Ronca voz que desconoce las palabras,
ancho grito sin fondo,
hosco alarido
descubriéndome entrañas ignoradas,
estrujándome perdidos corazones,
ahogándome gargantas imprecisas.

Ola de agua sin cauce,
inopinada,
violento viento ardiente sin fronteras,
oscurecida voz mía y ajena
resonando en oídos que siempre la esperaron,
envolviendo la sangre en venas nuevas,
encendiendo otros ojos
desatando otra lengua.

Enmohecidos brazos la enarbolan
puños que antes colgaban levantados,
ruda testuz erguida
negándosele al yugo y al inútil arado.

¿De dónde vino a mí?
¿de dónde fue en nosotros?
¿Quién arrojó semillas a los surcos hambrientos?
¿Desde cuándo eran nuestras las estrellas?

De aquí, de allá, ellos, nosotros, desde siempre.

Para qué preguntar.

Lento buzo de fuente humilde y mínima
trajo palabra antípoda para la voz alzada
desbordada respuesta, ancha, sin tregua,
palpitando en las vértebras mismas de las interrogaciones,
médula joven mía, tensa y firme.

Y a los potros del viento fatigaron los ecos.

V

VIVIAMOS sobre una base falsa,
cabalgando en el vértice de un asqueroso mundo de mentiras,
trepados en andamios ilusorios,
fabricando castillos en el aire,
inflamando vanas pompas de jabón,
desarticulando sueños.

Y mientras,
otros amasaban con sangre nuestro pan,
otros tendían con manos dolorosas nuestro lecho engreído
y sudaban para nosotros la leche que sus hijos no tuvieron nunca.

Ah, mi vida de antes sin mayor objeto
que cantar, cantar, cantar,
como cualquier canario de solterona beata.
Ah, mis veinticinco años tirados a la calle.
Veinticinco años podridos que a nadie le sirvieron de nada.

Pobrecito poeta que era yo, burgués y bueno.
Espermatozoide de abogado con clientela.
Oruga de terrateniente con grandes cafetales y millares de esclavos.
Embrión de gran señor, violador de mengalas y de morenas siervas
[campesinas.

Y me he muerto en la flor de los años y a media carcajada de la vida,
cuando era una promesa para varias familias
y una clara esperanza para dos o tres patrias.
(¿Cuántas niñas cloróticas lloraron sobre esta mi muerte sin sentido?)
(¿Cuántos borrachos repitieron entre hipos mis inútiles versos?)
(¿Cuántos curas rezaron por el descanso eterno del alma que no tuve?)

Y descendí también a los infiernos.

He visto al hombre desnudo y tembloroso
purificarse en llamas de miseria.
He visto al hombre en toda su terrible verdad,
en su espantosa y sublime verdad,
revolcarse en los lodos de las más cruentas y salvadoras objeciones,
empinarse en los inicuos pedestales de las más íntimas y dolorosas bajezas
y surgir transparente de los fuegos de su propia recriminación.

Y también me levanté de entre los muertos.

Violento, desatado,
como un huracán recién parido,
colgado de mi angustia,
despeñado en mis ímpetus,
con los ojos cuajados de asombro y la palabra apenas murmurada
dejando todavía acre sabor de sangre entre los labios,
cargado con el enorme peso de la respuesta única,
ardido en los crisoles de hondos regocijos,
resurrecto en la alegría fecunda y madrugada
que puso en mi cariño dos radiosas auroras proletarias.
Y el camino fue ancho y la luz fue más viva.

PRIMAVERA

Allá lejos, la primavera andará despeinándose,
ahora, en esta hora desatendida y lenta,
cuajada de racimos imprevistos,
de pupilas sin sueño,
de reptaciones trémulas,
de avances y de orugas y de sexos hambrientos.

Pero aquí hasta nosotros no llegará la primavera.

A nosotros se nos niega la pregunta
y el contacto y la luz y el improperio.

Las gentes huyen al vernos macilentos y erguidos,
el viento se detiene en las rejas,
las respuestas chocan contra los altos muros
y rebotan y se van sin encontrarnos.

Andará por las calles la primavera luminosa,
con los senos alzados,
provocando a los mendigos y a los perros sin amo,
alborotando instintos, desparramando polenes,
concretando las largas imprecisiones del invierno.

Caminará por los barrios ricos de todas las ciudades la primavera
[prostituta
ofreciendo en subasta su diminuto vientre,
halagando a los presuntos compradores de su perfume y de sus brisas y de
[su aliento cálido,
infundiendo asquerosas intenciones en los viejos impotentes
y encendiendo la sangre de los jóvenes que aún no tuvieron tiempo de
[estrenarse el sexo.

Ah, pequeña primavera desvergonzada,
niña precoz y lista;
qué bien sabes calcular tus dones y escoger tus clientes.

Pero ya te llegará la hora de bajar hasta los barrios de los pobres,
de penetrar en las casas de vecindad increíblemente desoladas,
de pasearte del brazo de todos los que no logran pagarte tus favores,
de parir lindas primaveritas engendradas por un robusto viento
que limpiará el mundo de prostíbulos e igualará los barrios de todas las
[ciudades.

Entonces llegarás hasta nosotros sin temerle a las rejas ni a los muros
y serás verdadera primavera; la dulce camarada primavera.

Entonces nos veremos, primavera.

Penitenciaría del Distrito.
México, D.F. primavera, 1937.

PARA UNA ANTOLOGIA DE ESCOBAR VELADO

INTROITO

Yo pido la palabra.
Pido la primera palabra en esta Antología.

Tengo derecho a ella por diversas razones
que se irán entendiendo a lo largo de estos gritos
que no puedo decir si constituyen
una presentación,
un prólogo,
una muestra de egoísmo alegría
por sentirme plenamente justificado,
o si son solamente un responso de júbilo
junto a la abierta tumba que lo espera.

Yo pido la palabra.

Me tomo la palabra.

Que callen entonces
todos los cagatintas ensuciadores de papel.
Que se sequen la lágrima que tienen preparada
los intonsos farsantes que medraron a la sombra de un árbol
y llevaron al mercado la poesía.
Que se vayan al diablo los abarroteros de la literatura.
Que enciendan su llamita las guitarras que alumbran su sueño
y que nos dejen solos,
los dos solos.
Solos,
con la angustia y con el canto.
Solos,
con la oscura frontera de la muerte.

Solos
frente a ese mar más hondo,
de más saladas aguas que las aguas del mar.
Solos,
ante el muro de la cólera.
Solos,
junto al vaso de tinieblas.
Solos,
más acá de la orina del miedo,
sobre el áspero terrón de la poesía,
enarbolando el último grito que nos queda
y que aún nos hincha creciendo las gargantas.

PRIMER COLOQUIO

Hijo de mi canto:
dame la enjuta mano
que ya invade el frío irreparable,
la sequedad oscura que ha de aquietarla para siempre.
Dame el duro instrumento que hizo canto el dolor.
Dame el dedo terrible
que señaló al injusto,
al inhumano,
al réprobo,
al ladrón de esperanzas.
Deja que estreche la osamenta
frágil y fuerte,
maravillosamente deleznable,
envuelto apenas en su guante de piel,
la triste mano perecedera
que jamás hizo daño,
que no robó,
ni abofeteó,
ni sirvió nunca
si no para escribir poemas,
otorgar altas dádivas,
acariciar pequeñas cabezas soñadoras.
Y hablemos, hijo, hablemos.
Hablemos de la vida y de la muerte,
de tu canto y mi canto,
solos los dos,
unidos más que nunca por el mágico lazo.
Hablemos,
como si no existiesen el odio ni la prosa,
ni la oscura miseria ladrando en los rincones,
ni el musgo del olvido sobre las piedras memorables,
ni el hambre recorriendo los caminos del hombre.
Hablemos de la rosa,

del sueño y las chiltotas,
de las altas naranjas de Juayúa,
y digamos el júbilo inmenso que nos llena
porque estamos seguros
de que en una patria universal,
mañana,
irremediablemente redimidos
por la gracia del canto en que nos crucificamos,
los hijos de los hombres
han de cantar canciones de alegría.

JUSTIFICACION

Quién,
si no él,
multiplicó mi sangre?

Quién,
si no él,
hizo lirio mi cardo?

Quién,
si no él,
volvió gracia mi piedra?

Quién,
si no él,
levantó más arriba mi bandera?

Quién,
si no él,
salvó mi herido grito
y lo llevó a su duro meridiano
y lo tradujo en clima de pétalo y ceniza?

Quién,
si no él,
fue marcando mi arena
con humana ternura?

Quién,
si no él,
justificó definitivamente mis espinas
con su rosa violenta?

Digamos claramente
que no existe la muerte junto al canto,
que es únicamente otro modo de ser,
un simple puente tendido entre dos vidas,
un lazo de silencio anudando dos gritos.
Digamos que es mentira que te estás muriendo
para irte a descansar eternamente,
que no hay reposo alguno
para el arduo batallar que heredamos,
que no tiene regreso
el grito que venimos prolongando.
Cuando a la tierra vuelvan tus oscuros metales
y tus aguas amargas regresen a la fuente,
tendrás sencillamente otra estructura,
serás fósforo,
hierro,
nutritivo nitrógeno
y a través de las pardas raíces que te cerquen
subirás al maíz,
a la gladiola,
serás blanco algodón,
cafeto oscuro,
hoja de hierba o corazón de cedro.
Y seguirá tu grito por el mundo
como tambor sonando,
y otras duras gargantas vendrán a recogerlo
y a decir tu verdad de ácida fruta
y a sostener la piedra de tu canto.
Mientras tanto,
mientras tanto, hijo,
mientras vuelvo a encontrarte en el origen,
prolongaré tu grito con mi grito,
sustentaré tu llama con mi llama
y llevaré tu cruz junto a la mía.

RESPONSO JUBILOSO

(Enterré tu pequeño cadáver de nardo torturado
y hoy me duele el corazón
en que reposas).

Alegría! Alegría!
Cantemos alegría!
Digamos un responso jubiloso
por el esposo
de la poesía.
Alegría!
Que triunfe el alborozo.
Exaltemos el día
de su gozo.
Alegría! Alegría!

(Enterré tu pequeño cadáver de zenzontle ciego
y el trino prisionero me destroza el costado).

Alegría! Alegría!
Cantemos porque adivino
a la pristina fuente.
Digamos su destino
de espino,
su vocación ingente
de cardo permanente.
Alegría!
Celebremos su Vía
Crucis trascendente.
Alegría! Alegría!

(Enterré tu pequeño cadáver de amatista
y la piedra sin ecos me pesa como el mundo).

Alegría! Alegría!
Alcemos la presea
de su herencia.
Alabado sea
por su tea,
por la eterna presencia
de su esencia.
Alegría!
que la idea
de su ausencia
se vuelva melodía.
Así sea.
Alegría! Alegría!

Junio - 1961.

CUATRO POEMAS TERRENALES

CANTO DE PRIMAVERA

Iniciemos el canto,
oh Príncipes,
Señores de la Tierra!

Que se rompa el cofre de jade
y esparza su tesoro de piedras preciosas.

De la Casa de Tlaloc salió Siete Mazorcas
con su falda de flores.
Ya se acerca,
ya llega,
ya está con nosotros
la pintada con sangre de serpientes,
la del báculo adornado con sonajas de niebla.

Que corra el vino de hongos!
que derramen la chicha sagrada!
Que el dorado licor de las palmeras
haga estallar el júbilo.

Ya llega,
ya está con nosotros
la del manto amarillo
y el penacho de plumas de águila.

Gozad, gozad,
oh Príncipes,
Señores de la Tierra!

Soy el que hace florecer el canto.
Flores os triago en mi palabra.
Flor es mi corazón.
En mis manos florece la música.
Hasta la raíz soy flor.
Gozad, gozad,
cantad conmigo,
oh Príncipes,
Señores de la Tiera!

Que sea la alegría junto al Arbol Florido
porque sólo una vez estamos en el mundo.

Cantemos,
oh Príncipes!,
porque su mano despierta la crisálida,
hincha el capullo,
descubre los sensuales retoños,
pone un temblor de bosque en la semilla.

Para siempre nos iremos,
oh Príncipes!
Todo lo dejaremos.
Las flores y los cantos
no pueden ser llevados Al Reino de la Muerte.
Sólo en la Tierra perdura su fragancia.
Aspirad el perfume!
Embriagaos!
En verdad nos iremos
dejando aquí los cantos y las flores.

Doblemos la rodilla ante la Donadora.

Cantad, cantad,
cantad conmigo,
oh Príncipes,
Señores de la Tierra!

Antes de que se abra la Puerta de Turquesa,
antes de ser llamados por el Nocturno Tigre,
cantad, cantad, cantad conmigo!

Loemos a la Diosa!

DANZA RITUAL EN HONOR DE CHICONCOAT

Tiembla la tierra
ya comienza la danza.

Que un viento de alegría hinche los caracoles.
Canten la chirimía un canto de alabanza.
Marquen los teponaztles el ritmo trepidante.
Que todos los guerreros golpeen sus escudos
y hagan sonar los cascabeles que adornan sus tobillos.

Venid, Venid!
Ya comienza la danza!

Que los altos penachos
estremezcan el aire con delirio de plumas.
Que salgan las mujeres sagradas
y bailen sobre el ara de los sacrificios.
Que sus desnudos torsos se cubran de sudor
—oh licor deleitoso!—
y sus labios nos brinden saliva perfumada
con semillas de bálsamo.

Danzad, danzad, Señores de la Tierra!
Saludad a la Reina que llega.
Inclinad la cabeza
frente a la Montaña de los Alaridos.

Danzad, danzad, oh Príncipes!

Levantad las banderas
sobre las obsidianas de las lanzas.

Que se rompan los dardos!

Que el pedernal sagrado
abra los pechos de cuatro mil doncellas.

Que los virginales corazones,
como flores vivientes,
caigan a los pies de Nuestra Madre.
la Alta Flor Amarilla,
la del Divino Muslo.

Danzad, danzad!
Golpead sobre la tierra!
Rasgad los atavíos!

Se está quemando el corazón del agua,
Oh Escogidos!

UNA CANCION DE AMOR

Perfúmate con agua de nocturnas campánulas,
oh Corazón del Cielo!

Con greda nueva adórnate,
con semillas de achiote.

Cíñete la cintura con el refajo verde.
Ponte el huipil bordado de ardientes girasoles.
Que alumbre los ojos la flor de jiquilite.

Baja a la playa entonces.
Búscame en el estero,
cuando la luna prenda su lámpara en los cocos
y el mar esté sonando todos sus caracoles.

Un lecho de algas húmedas olorosas a yodo
ha tejido mi amor para tu cuerpo
de venada inocente.

Quiero estrecharte el torso
con guirnaldas de súchiles morados.
Ungirte el pecho con sagrado bálsamo.
Mirar en tus pupilas las estrellas más grandes.

Quiero besar tus muslos de amorosa serpiente.
Soltarte el nudo de la trenza
y enredarte luciérnagas
en el manglar oscuro del cabello.

Quiero envolver tu cuerpo con la espuma más blanca.

Que mis manos despierten tus dormidos zenzontles.

Quiero elevar tu sueño hasta el delirio
y dejar en tu vientre la semilla de un Dios.

¿He de marcharme entonces?
¿Sólo un instante viviré sobre el mundo?
¿Cómo la flor del tiempo,
iré perdiendo pétalo tras pétalo?
¿Nada quedará entre vosotros?

Hasta las piedras finas se rompen.
El oro se destruye.
Se rasgan las plumas preciosas.

¿Qué ha de hacer mi corazón entonces?
¿Nada será mi nombre alguna vez?
¿En vano he venido a la Tierra?
Oh, amigos!
  No dejéis que perezca del todo.

Conservad este canto!



Hugo Lindo

Nació en La Unión el 13 de octubre de 1917.

Actualmente reside en España, en calidad de Embajador de nuestro país. Ha escrito además de poesía, cuento, novela, ensayo, teatro. En todas estas disciplinas ha demostrado talento. Ha sabido llevar su labor creadora con honestidad, con verdadera dignidad en un país –como el nuestro– donde la labor intelectual es menospreciada.

Sus libros de poesía publicados son: Clavelia, San Salvador, 1936; Poema Eucarístico y Otros, San Salvador, 1943; Libro de Horas, Libro de Guatemala, Editorial B. Costa Amic, México, 1948; segunda edición en San Salvador, 1950. Sinfonía del Límite, Dirección General de Bellas Artes, San Salvador, 1953; Trece Instantes, Cuadernos de Julio Herrera y Reissig, Uruguay, 1959; Varia Poesía, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1961; Navegante Río, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1963; Solo la Voz, Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1968; Maneras de llover, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1969.

I

Bien: es lo que decíamos ahora.
Encenderse de lámparas sin motivo aparente.
Alzar copas maduras
y beber los colores de la nieve
como quien bebe alas de paloma
o brinda con angélicas especies.

II

Claro: lo que decíamos ahora.
¿Para qué detener en las palabras
lo que se va por ellas, y revierte
en el propio minuto del encanto
a su silencio tenue?
¿Para qué definir lo que pudiera
relatarse jeroglíficamente?

III

Exactamente: de eso hablábamos.
De no decir el nombre de las cosas
ni aquella calidad que las aprieta,
sino sólo su sombra,
mejor dicho, el milagro
sonoro de su aroma.
Dejar que las palabras
por sí solas,
tomen hacia el prodigio
la ruta aérea de las hojas.

A veces las palabras se me vuelven espinas
y arraigan en la sangre con un dolor perfecto.
Una sola palabra me sostiene
y se sostiene en mí siglos enteros.
La quiero desprender, inútilmente.
La echo a rodar al cauce de los versos
para que al ser cantada en altas voces
se haga impalpable en el amor del viento.
Y torna a mí, más fuerte y más querida.
A crecer en mis humus de silencio.
A lacerar con depurado filo
la oculta carne de mi afán interno.

Hoy tengo una palabra.
Fuera mejor acaso no tenerla
y pasar sin su herida, levemente,
por un camino gris ciego a las huellas.
Pero aquí está, doliendo.
Sembrada en el hondón de la quimera.
Extendiendo tentáculos de asombro
en mi pavor de tierra.

Vivo de la palabra. En ella vivo.
Agua para mis peces y mis árboles.
Sol para mis corolas.
Luz para mis corales.
Vivo de la palabra. En ella enciendo.
mi llama.
En ella apago
mi lámpara.
Presente en toda sensación, presente

en el recodo umbroso de la calma,
presente en el rencor y la caricia,
brota de mí, pero en mi sér arraiga.

Y quisiera sentirme frente a ella
no raíz sino ala.
Trascender con el vértigo de un salto
o punzar con el brillo de una espada
la definida perfección del límite
que hay entre la noción y la palabra.

Una voz, eso es todo. Pero en ella
se encuentra un Yo domado y detenido.
Ella lo cerca. Lo ata. Lo contiene.
Lo separa y ampara del abismo.
Y no es posible ser de esta manera
cuando están los fanales encendidos:
no cabe el alma en el cerrado cuenco,
quiere saltar sus filos
y viajar en el aire o en el humo
sin más contorno que el del humo mismo.
Esclavo soy. Esclavo. Adán esclavo.
Libertad con cadenas y suplicio.
Y pudiendo haber sido continente,
la palabra me fuerza a contenido.

Más allá de su piedra y de su musgo,
en donde el viento azota los paisajes,
volaría mi voz, ya sin garganta,
en el gaseoso rubio de la tarde.
Y las canciones fueran sin principio
ni ensenada: completas, imborrables,
música pura en el oído inmenso
de un Dios, sin diccionarios y sin frases.

¡Pero está mi palabra por los siglos
en el rojo Amazonas de la sangre!

Esta noche
caminará mi corazón descalzo.
Se ha de llenar de espinas y rencores.
Se ha de empapar en llanto.
Se ha de tatuar de sombras y reproches.
Se ha de volver amargo.
¡Ay de mi nombre!
¡Ay de mi nombre fiel, desamparado,
gimiendo en la guarida de la noche!
Irá mi muerte alzando
su negra cal en el silencio enorme.
La quemarán los astros
y dejarán el polvo de sus voces
suspendido en el aire del verano.
¡Ay de mi nombre!
¡Ay de la noche!
¡Ay de mi negra cal de cal sin canto!

Toda la noche
caminará mi corazón descalzo.
Y vosotros, los otros, los yo-mismo, los hombres,
cumpliréis un destino de guijarros,
de muros y aguijones;
torturaréis el ansia de mis pasos,
destrozaréis mis goznes,
recogeréis el fuego de mis llantos
para caldear vuestros licores.

Y os he de amar con odio y con espanto.
¡Ay de mi nombre!
¡Ay de la noche!
¡Ay de vosotros, hombre,
los yo-mismo, los otros, mis hermanos!
Un amor ciego y torpe
buscará la defensa con los brazos
y talará los bosques
de vuestras lianas y enemigos árboles,
y hará sangrar mi sangre en vuestra noche
o romperá mi noche en vuestros vasos.

¡Ay de vosotros, hombres,
los yo-mismos, los otros, mis hermanos!
¡Ay de mi noche!
¡Ay del pequeño lampo
del amor, en la sombra de mi nombre!

Dadme un pedazo de jergón del vuestro.
Dadme un poco de luz de luz vuestra.
Dejadme caminar con mi secreto
como si no tuviera
este pecado del aliento
frente a la paz que os llena.
Perdonadme este crimen, este incencio
que nunca llegará por vuestras vegas;
perdonadme esta lucha sin objeto
que ni os toca ni os quema.
Y dejad un rincón para mi cuerpo,
un pan para mi estirpe y mi tristeza,
una copa de vino hondo y añejo
para mi sed abierta.

Sed hermanos, hermanos.
Algún día
repetirá la noche en vuestros labios
la vieja angustia contenida.
Recordaréis un corazón de llanto
en la noche infinita,
los ojos sin descanso
y los huesos sin cripta.
Llegará al caracol de vuestro pasmo
la marea de púrpura vencida

y diréis: le negamos
el agua, el pan, la sal, nos dio su viña. . .
Sed hermanos, hermanos.
Es tiempo todavía.
¡Ay de vosotros, hombres,
los yo-mismo!
¡ay de los que a la voz que iba en la noche
cerrareis el oído!
Porque yo arrancaré con furia noble
vuestros sembrados y edificios,
con el amor del odio sin rencores
y el odio del amor enfurecido.
¡Ay de mi nombre, entonces
cuando salte los bordes del suplicio!
¡Ay de mi nombre
cuando salga de madre como un río!

Descalzo en la tiniebla.
En la tiniebla.
Ciego y amargo corazón descalzo.
Ciego y amargo.

Y dirán que tu voz no tiene espera. . .
¡Tu voz está esperando!
Y dirán que es sin luz tu sombra ciega.
Y dirán que tu llanto
es cobarde, sin savia ni entereza.
Y tú en tanto
la noche amarga y ciega
caminando.
¡Llega!
¡Prometeo de barro,
llega!
¡Arranca el tallo
de la luz, a la tierra
de cuajo!

Rompe la noche. Anega
de fulgores la sombra. Alza tu fiesta
en el filo más alto del milagro.
¡Llega!
Prometeo de barro:

ata el fulgor, incendia,
funde el metal dorado de los astros,
la noche quema...

(¡Yo mismo— corazón —frente a la quieta,
a la egoísta paz de mis hermanos!)

HA MUERTO UN NIÑO

Recio varón de sangre, un niño ha muerto.
Amaba infantilmente la Justicia
y cayó a plena sombra, en el momento
en que sintió su tierra herida.
¡No lo lloréis! ¡No lo lloremos!
¡Sea su muerte nuestra envidia!
Fue en cualquier parte. A cualquier hora.
Cayó sin sábana ni cripta.
Ninguna cruz le dio su sombra.
Quizás las aves de rapiña
son su sepulcro y su custodia.
¡Un varón de éstos, no se llora!
¡Sea su muerte nuestra envidia!
Diecisiete años de esperanza
por un minuto de ardentía.
¿Si tuvo Patria? No más patria
que su ideal de flor purísima
pues lo demás era jauría,
hato, redil, manada y piara.
Su sangre misma lo cegara...
¡Sea su muerte nuestra envidia!
Recio varón de sangre, varón recio
que amaste- —niño— la Justicia:
Que en el erial hostil y negro
surja una flor de tu semilla
y haya varones integérrimos
de fe robusta y alma limpia...
Y alguna vez, andando el tiempo,
ya sepultada la jauría,
sobre la tierra de tu cuerpo
brote una Patria noble y digna.
Y aunque el olvido y el silencio
muerdan tu nombre, ¡será envidia!

DEJAD, PUES, QUE SUCUMBA

Nadie, Señor, no nadie
me aparta las malezas
ni me alumbra las dudas
ni me quita las rejas de mi cárcel.

Sólo yo, con los dedos,
con las uñas,
con los dientes,
con la pasión desorbitada y múltiple,
seré el hallazgo heróico
o el vencido de pie.

Ya lo dicen los libros de la selva
—corteza,
gorra,
historia apenas entrevista—:
que haga el varón su muerte gota a gota,
que edifique su lámpara,
que construya su herida.

Yo soy mi padre, el hijo de mi padre,
la sucesión perenne del esfuerzo,
el brote verde,
el fruto,
la semilla
y el recomienzo amargo de mi estirpe.

Dejad, pues, que sucumba.
Que levante mi lanza de alaridos.
Que me rompa la piel, los huesos, todo,
porque este afán es privilegio mío.

EL POEMA FALLIDO

Agarrado a los huesos,
fértil para el dolor,
pólipo,
feto,
el poema anunciaba su presencia
tomando cauces de neurosis,
el doble ritmo del insomnio y el sueño.

Pero no era el instante propicio a la palabra.
El idioma
en recónditas venas,
indócil,
apretado,
se negaba a subir hasta la luz del canto.

Y nadie sino el único, el herido,
el que tenía traspasadas las vísceras,
sabía del asombro y la tortura
y del nácar insólito, puliéndose
muy adentro del párpado,
casi solo, en la mano temorosa del tiempo.

Imágenes.
Caballos corriendo en las llanuras
ya desaparecidas de la infancia.
Cosas tiernas
como juncos, o niñas olorosas a monte.
Versos apenas musitados
en suaves telarañas de entresueño.
Conceptos.
Pensamientos duros como la almendra.
Rayos de miedo disparados hasta los círculos del odio.

Y en medio el hombre, como un dios atónito.
Como un dios de miseria, sin garganta,
quemándose en los fuegos iniciales del parto,
sordamente, sin llama,
con ceniza.
Imágenes.
Fantasmas en desorden.
Caos.
Muertes efervecentes.
Imperios de locura.
Infierno móvil
en cada una de las células.

Porque no era verdad que la cabeza
construía el universo.
Ni era verdad que el corazón lloraba.
Ni era verdad que el músculo tenía la potencia.
Ni era verdad que la laringe el verbo.

Todo se despeñaba en cada gota
o reptaba doliente en cada fibra.
Y el poema cruzaba por las uñas como un suplicio antiguo,
y navegaba el rojo terminante,
y subía a las sienes
para endiosarlas con su don de espina,
y pasaba el canal de la garganta
como un veneno de ásperos alcoholes.

Y caía en el pecho y empapaba
paralelas esponjas en vinagre.

Desde los pies humildes, vergonzosos,
hasta el cabello y su telar inmóvil.
Desde las ramas y las vértebras
hasta el pulso crispado de los dedos.

Era la maldición maravillosa.
La deslumbrante maldición del hijo.

NO ES DESERCION

Llegamos una vez al borde frío de la luna
en donde rebotaban
ya heridos
los aullidos ancestrales.
Y era tan limpio aquel espacio
y tan desnudo y alto,
que ni el velo del aire nuestro lo cubría.

Estar ahí —nos dicen— es pecado.
Porque el hombre se eleva sobre el mundo y el hombre,
y ya no se percibe
ni el acezar lejano de las bestias
ni la columna
—como un humo sonoro—
de las dolientes oraciones.

Porque ya nuestra imagen se hace lunar
y sus sombras
ayer negricaídas en el suelo,
toman lampos de sueño congelado.

Porque ya las palabras
se hacen de entendimiento, sin poder y sin sangre.

Estar ahí —nos dicen— es ausencia.

Porque sin lodo apenas sí pueden verse nuestras manos,
sin gravedad apenas sí pueden sostenerse nuestros cuerpos
y sin rencor apenas sí alguien podría reconocernos como hombres.
¡Y qué dolor, entonces
el de los otros, que se quedaron amarrados a un patrimonio de miseria!

que repetían de mil modos
las voces ya inventadas por antiguos abuelos,
y hablaban en un ritmo sujeto a reglas duras y perennes
sin dar su propio grito
ni su luz interior, ni su palabra.

No habrán de perdonarnos
aquéllos cuyas alas
tenían pesantez en vez de vuelo,
ni los torvos, los ciegos habitantes
de los túneles agrios.

Es pecado —nos dicen— este viaje
que nos sitúa más allá del fruto
mordible en la turgencia del azúcar,
y más allá del algodón del aire,
y más allá del abanico verde
que hace genuflexiones
ante los duendes ágiles del río.

Pero nosotros sí que lo suplimos.
Y el amor era el único camino verdadero.
El que estaba empinándose,
el que llevaba a una presencia compartida,
el que tenía flores a los bordes
y una lámpara adentro del redimido pecho.

No. No es pecado.

Bien podemos gritarle ante los muros sordos.
Y escribirlo en el mar.
y hasta encenderlo
frente a los ojos muertos del gusano.

No es pecado.
Ni es frío.
Ni es sin sangre.

Esto de alzar el corazón al sueño
y del sueño a la luz y al desvarío,
esto de hacer jardines en la altura
no es deserción, hermanos:
es destino.

Y nacieron la espora, el alga suave
el cuchillo de plata
que corta las entrañas del océano.

Y fueron separadas por la mano del trueno
las aguas verticales
y el llanto echado sobre el haz del mundo.

Y cada bestia tuvo un nombre mágico
para decir su inútil inocencia.

Aguila se llamó el furor con alas.
Mariposa, la luz.
Serpiente el mal, con su sabiduría.

Zenzontle el canto amaneciendo al aire.
Tortuga, la quietud casi de piedra,
casi de eternidad, casi de muerte.
Y Paloma el amor.

Y afán mi nombre.

o O o

Aquí brinca el cusuco,
piedra móvil
que surge de la boca de la mina.

Aquí el zenzontle canta,
trino de suave pluma
recién cuajado en la mitad del aire.
Aquí un hervor de insectos
araña con sus ruidos
la verde realidad del monte bárbaro.

Aquí el bífido tallo
de Quetzalcoatl, vestido de colores,
custodia la montaña y el bejuco.

Aquí el venado elástico,
estampa de la fuga,
relámpago de ramas azoradas.

Aquí la iguana fría,
yerba veloz entre las yerbas quietas,
raudo hilván de marañas y escondites.

Aquí el súbito puma,
sigiloso oficiante del peligro,
semidiós del pavor y de la muerte.

Aquí el coyote, diente de la noche,
aullido con punta de obsidiana,
pelaje gris del miedo y la ignominia.

Y la lluvia, bajando sus cortinajes de agua,
obligando al amor de la guarida,
juntando cuerpos,
revolviendo instintos,
hinchando las matrices de la selva,
tutelando el milagro silencioso
de la perpetuidad de la ardentía.

o O o

Nahual,
dios escondido,
nombre secreto,
mágica sustancia,
sello del cielo en nuestra carne, rumbo,
última realidad de nuestro aliento.

Somos la bestia en su guarida.

La soledad del águila en la más alta patria,
donde el rayo y el trueno
edifican sus templos de tormenta.

La aguja de colores
que pespunta de asombro la selva de quetzales
donde la luz se vuelve pájaro.

La garra carnicera,
el ojo listo
y el más templado impulso de la musculatura.

El canto amaneciendo
en la garganta fluida del zenzontle.

La sabia sordidez
de acecho entre las hojas enroscada.

La quietud,
casi ídolo,
con que el ojo tenaz del tecolote
perfora las tinieblas.

O el brillo verde azul,
semilla intermitente de fogata,
que trae la luciérnaga
desde el lejano mundo de los astros.

XIX

¡Oh, padre! El escalón de tu ternura
viril
sube las estaciones del recuerdo
hasta el cabello blanco que hoy lo cubre
y el párpado ardoroso que lo sella.

Tu nombre era sinónimo de árbol.
Siempre tuvo de tronco la firmeza
junto a su clara vocación de sombra
y su brazo de amparo.

Tu nombre era sinónimo de viento.
Los hijos no sabíamos de dónde
arrancaba ese vaho misterioso:
nunca fuimos testigos de tu infancia.
Pero hoy a muchas lunas de vacío y ausencia,
a mucho ya no estar,
a mucha angustia
cristalizada al filo de los ojos,
casi sabemos ya que fuiste un niño
que arrastraba por dentro
su frustrada
juguetería triste,
sus colores
muertos en la luz perla del invierno,
su colección nutrida,
clasificada y tierna, de esperanzas.

Y vamos aprendiendo tu memoria.

¡Cómo cruzaba por tus manos
la azul orografía
de las venas!
¡Cómo pasaban ellas,
recias,
dulces,
por la piel de las cosas!

¡Cómo, con el correr de día y sombra
se te fue haciendo gris
y blanca
y blanca
y más blanca la cumbre de los años!

Hoy te recuerdo así.
Los labios secos
semicaídos en el mapa seco
del rostro. Las palabras
girándote en un círculo pequeño,
volviendo,
como quien vuelve a casa
con el mismo recado a cada instante.

Los ojos gris-nostalgia
un poco puestos
en el sitio preciso de la nada,
oteando inalcanzables perspectivas,
con el brillo por dentro,
a ras del alma.

Tu voz venía a veces de otro mundo,
cansado de soñar,
jadeante el paso.
Se detenía un rato en tu aposento
y tomaba lugar
a nuestro lado,
por donde fluía el río del silencio.

Pero esto no es una elegía
sino el amor y el amor
de ir repitiendo

tu imagen de perfil,
de frente,
entera.

Porque soy el reflejo de un reflejo.

Para llegar a mí, la luz rebota
de siglo en siglo y de varón en muerte.

Y eres el árbol próximo a mi estancia,
el eslabón de Dios, que anduvo cerca,
la mano que toqué,
la voz oída,
la población de padres que persigue
mi historia, mi rincón, mi luz, mi sueño,
¡Padre mío que estuviste en la tierra!

XXVIII

Va de mi puño y letra a letra
surgiendo multitud de instantes.

Unas veces soy yo, o es mi sollozo.
Otras veces la estampa de mi padre.

De pronto, en una vuelta del recuerdo,
lunas, pájaros, versos, niños, árboles,
hasta que surge acompañando al día
tu paso junto al mío, hacia la tarde.

Pero todo es igual, uno y lo mismo.

El universo se trasfunde y cabe
en el nombre del hombre que yo llevo
y en tu presencia adentro, arriba, al margen.

También lo que sucede y nos sucede.

Y la serenidad que nos invade
cuando ya las pasiones amansaron
en una mar de unción, todo su oleaje.

Es cierto. Estoy cansado. Es justo ahora
que bendiga tu sombra y que descanse.

También que llore a orillas del olvido
y escuche el golpeteo de mi sangre.

Todo es uno y lo mismo. Tu silencio.
Mi silencio. Tu voz. Mi voz. El aire
que acaricia con mano de nostalgia
toda la historia, amor, de nuestro viaje.

No se cumple el milagro en una espora:
se cumple en nuestro vino y nuestra carne,
y es uno sólo el rumbo de los días
desde el vagido hasta el reposo grande.

Y un hombre no es un hombre ni su estirpe,
sino el río, la piedra, el viento, el cauce.
Y sobre todo, amor, el amor mismo
con su secreta población de arcángeles.

XXVII

Nadie podrá morir mientras el día
como un espejo claro
duplique y multiplique los amantes.

Mientras las hojas
en su lento abandono
repitan el crujido de los pasos.

Nadie podrá morir
mientras el viento,
el dulce viento de los dedos ágiles,
lleve en su filo de cristal, chasquidos
brotados al amparo de los árboles.

Mientras se digan en diverso tono
las palabras de ayer,
de hoy,
de mañana,
las eternas palabras, siempre nuevas,
vírgenes cada vez que se pronuncian.

Nadie
mientras las manos enlazadas
busquen su vibración y su ternura,
mientras tiemble una abeja entre los pétalos.

Nadie
mientras la voz diga su nombre
y lo mantenga flameando
en el leve contorno del oído.

Nadie
mientras se rece su estatura,
se bendiga su pie,
se hable en voz baja
y vuelen mariposas por el bosque.
Nadie podrá morir mientras yo diga
tu nombre, amor.

Y he de cantarlo siempre.

XXV

En la quinta estación,
la del olvido,
se detiene el coloquio de las sombras.

El invierno pasó,
muerto de frío
Nadie se acuerda ya de su blancura.

Atrás, el tiempo se ha tendido,
muerto,
a no saber, a no soñar, a nada.

Y aquí están los viajeros.
Los de siempre:

—¿Quién eres tú?
¿De dónde?
¿Y a qué vienes?

Calla el viento en las copas de los árboles,
y nadie quiere responder.

Primero fue el otoño,
antes que el hielo.
Y en remolinos de oro
dejó caer sus pétalos.

—¿Quién eres, di, quién eres?

Y todavía ayer fue primavera.
Niños jugando sobre el ancho verde,
gritando contra el rostro de las flores.

—Pero dime, ¿quién eres?
Y anteayer,
el estío,
lanza y fuego.
La panoja dorada, el sol ardido,
el amor en la palma de las manos,
la brasa cenital del mediodía.

Te pregunto tu nombre
y el origen
de tus pies, de tu frente, de tus ojos.

Tiembla en el cielo oscuro,
arriba,
lejos,
una rosa de plata.

—¿Mi nombre?
¿Tuve yo un nombre, acaso?
¿Y en qué tiempo?

En la más alta rama,
abre el buho tenaz su ojo de vidrio.



Oswaldo Escobar Velado

Nació en Santa Ana, el 11 de septiembre de 1919. Una vida por la poesía. La poesía al servicio de los desheredados de la patria. Una vida en holocausto poético. Con menos bohemia y más disciplina humanística Escobar Velado hubiese resultado el gran poeta que todos veíamos en él, pero nació y siguió con los ojos cerrados para su formación, y si no se frustró totalmente fue gracias a su sensibilidad. Aunque poeta desigual, siempre auténtico en su canto.

Falleció el 15 de julio de 1961.

Obras publicadas: Poemas con los ojos cerrados, Guayaquil, Ecuador, 1943. 10 Sonetos para mil y más obreros, Imprenta Cisneros, San Salvador, 1950; Arbol de lucha y esperanza, Imprenta Cisneros, San Salvador, 1955; Volcán en el tiempo, Imprenta Nacional, 1955. Rebelión de la Sangre, con Carlos Lobato, Guatemala, 1945; Tierra Azul donde el venado cruza, San Miguel, El Salvador, 1959; Puño y Letra (antología de poetas salvadoreños), Editorial Universitaria, San Salvador, 1959; Cristoamérica, Editorial Nosotros, San Salvador, 1959; Cubamerica, San Salvador, 1960; Cuscatlán en T.V., San Salvador, 1960; Elegía Infinita, San Salvador, 1961; Poemas Escogidos (Prólogo de Matilde Elena López), Editorial Universitaria, San Salvador, 1967.

CANTO A MI LENGUA

Siento la lengua herida.
Tengo cáncer.
Llegué a Colorado Springs
para curarme.

Inicié el dulce territorio de Lincoln
penetrando por Houston
ávido de esperanzas.

¡Ah! mi lengua, hermanos, mis amigos...
¡Me dolería perderla mucho más que la vida!
Y es que mi lengua ha sido
como una cuerda musical sonando
con atrevidos vientos para el pueblo.

¿Qué haría yo sin lengua?
¿Hablar a señas? No, sería horrible.
Sería como si un huracán perdiera
su protesta; como estar enterrado
entre todos los hombres
que animan las ciudades...
¿Cómo lograr que la blanca saliva de mi boca
no pierda la popular presencia
de su lengua?

¿Cómo lograr que el cáncer
se detenga?

Yo sólo pienso amigos, mis amigos
que si pierdo la lengua
me nacerá en los ojos...

Puedo dejarla en el Penrose Hospital
de Colorado Springs
entre gasas esterilizadas y coágulos de sangre...
Puedo dejarla digo... pero seguiré cantando,
y defendiendo al pueblo.

¡Hoy este día,
bajo la cápsula de cobalto
he tenido esperanzas...!

¡Ah! si el cobalto falla,
pobre poeta, su amor y sus zapatos.

Vivo en Sprude Lodge...
No puedo, no puedo, hermanos.

No puedo ya seguir escribiendo.
Esta lengua me arde, me quema.
De todos lados sale, del radio y la T.V.

En las noches la siento como la ballena que se tragó a Jonás.
Inmensa, rompiendo mis dulces maxilares,
da enormes colazos y lloro.
Lloro por mi Patria a la que nunca, amigos,
tal vez yo vuelva a ver...

No habrán de perdonarnos
aquéllos que lograron
después de haberse roto pecho, cabeza y manos,
sólo subir hasta las copas de los árboles
y se creyeron dueños del horizonte inevitable.

Ni aquéllos que se quedaron horriblemente satisfechos
reptando en las arenas
o chapoteando en tremendales de vacuedad y de rutina.

Ni los otros, alzados sobre plintos de barro,

ELEGIA INFINITA

I

Antes muy poco sabía de la muerte;
creía que los muertos
morían indiscutiblemente.

Y es que pensaba que la vida era
como una ondulación; un movimiento;
cruzándonos el cuerpo.

Y eso me decía; si el corazón detiene
su palabra, el pomo de la sangre
se quiebra como un vaso y la vida
se escapa.
Antes creía que morirse era
un convertirse en polvo; un retornar
al barro conmovido;
un volver a los ríos, ser nuevamente
arena
o sonoro
guijarro.

Pero hoy que has muerto,
mi dulce muerta
viva,
ni eres polvo,
ni arena,
ni sonoro guijarro.

Tú no has hecho sino entrar,
definitivamente, con leve roce
de ángel
por la anchurosa
puerta de la vida.

Desde que tú cerraste la humedecida
hiedra de tus ojos,
entonces, aprendí,
lo que vale la luz, lo que vale todo
el encendido fulgor de las estrellas.

Yo creía que los lirios
eran suaves, pero toqué tus manos
en el sombrío muro de la muerte
y entonces supe
lo que es la suavidad de transparente.

No sé porqué lloramos muertos
a los que como tú
viven perennemente a nuestro lado,
inmortales en la luz que los sostiene.
Impulsando nuestros pequeños
actos cotidianos,
Mostrando
la difícil luciérnaga
de la bondad del hombre.
Para mí tú no has muerto.
Es imposible que te crea muerta.

II

Te canto desde las páginas
de este pequeño libro.

En él pasas como eras.

Estás aquí junto a las flores
que un día cultivaste. En él hay vida.
Y en él niego la muerte.

Niego la muerte desde el 9 de Mayo
de este año.
el más cruel y amargo que he vivido.

Desde el 9 de Mayo cuando el mundo
se quedo sin tus ojos.

III

Un hijo prisionero.

¿Qué era para ti un hijo en una cárcel?
sino tu corazón aprisionado,
sino tu altiva lágrima
quemando sus ácidos violetas,
sino tus dulces brazos
atados—¡cordilleras de amor
para mi pecho!

Amo a mi Patria como tú la amaste.

Las prisiones levantan a los poetas.
Sobre todo,
si tienen una madre como eras tú de noble,
de aguerrida, de luchadora audaz
por defender al pueblo.

Ahora ya no podría hablar en el oleaje
de las concentraciones populares.

Me harían falta tus ojos llenándome de impulso,
tus manos indicándome el camino.
Aquella amplia sonrisa que se abría
como la bandera del Partido nuestro.
Por hablar de estas cosas me olvidaba
del hijo prisionero.

Todos estábamos incomunicados.
Max,
Ricardo, Rafael.

¿Te acuerdas que con la madre de éste
las dos lloraron al sabernos presos?
Ella también murió.

Y rafael se perdió para el pueblo
como si hubiera muerto.

9 meses de cárcel. ¿Recuerdas?
La mañana que llegué a la casa
con una libertad encadenada.

Tu me dijiste: ¡hijo! ¿Te has fugado?
Te matarán si saben que andas libre.
Y las lágrimas tuyas
unidas con el llanto de tu madre
me iluminaron el temblor del pecho.

Les expliqué mi caso.

La cárcel ya se empezaba a abrir
para nosotros.

Nunca un abrazo lo sentí más hondo.
Ni nunca un beso lo sentí más puro
que ese día en que lloramos juntos
y que juramos defender la Patria.
Depués vino lo bueno.

Y pude averiguar tu altivo corazón rebelde
y la razón exacta de que el hijo
se volcara en amor para la Patria.
Fue el 2 de abril a medio día.
Vino la sangre.
El dolor.
El llanto.

Los "checos" hablaron
con su largo calibre de sal y espanto ciego.

Un día tomaron a Víctor los cobardes
y tus lágrimas fueron
su mejor corona.

Y luego tío Alberto intercedió por mí ante el Presidente
para que yo no muriera fusilado.

Al fin, no sé por qué razón me confinaron a un pueblito dulce.
En él Radmila me llenó las tardes
de pájaros silvestres.

Ese pueblito que quisiste tanto
hoy llorará la ausencia de tus ojos.

En él, de niña, antes que fuera realidad tu hijo,
aprendiste el amor para las flores,
y la bondad surgía de tus manos
para los niños pobres.

Después, mi dulce muerta viva,
San Salvador entero se salió a las calles.

Y mayo hizo el milagro: Tú y yo cantamos
en las concentraciones populares.

Fuiste heroína de las hojas clandestinas.
Es imposible que hayas muerto.
Ninguna como tú para querer la Patria.

I V

En la Embajada del Perú donde estaba asilado
me enamoré de Urania.

¿Te acuerdas cómo la quería?

Ayer en la gaveta de mi escritorio
revolviendo papeles topé con una carta
que a ti te dirigía.
No la leí.
            Mis ojos lagrimaron tu ausencia.
Urania.
        Tu recuerdo.
                        Y la señora Margoth Garland de Noriega Pasos.
Cómo gozaste con aquel soneto que yo le dedicara,
y del que solamente guardo los primeros versos:

"Señora Margoth Garland de Noriega Pasos
los ángeles te dieron el cutis de manzana
y en la torre morena de tus años escasos
pusieron el encanto de la mujer peruana".
Se llegó el día del primer destierro.
La mañana en que salí por avión a Costa Rica,
yo sentí que la vida se me hacía pedazos.

¡Cómo me hacían falta tus manos amorosas!
Entonces comprendí que aquello era
como un anticipo de tu muerte.
Ese alejarme obligadamente de tus ojos,
de tu bondad celeste,
me hizo llorar tu muerte mucho antes que murieras.

Hoy estoy en mi Patria desterrado.

Desterrado de ti, sin equipaje,
Yo sé que nunca he de volver a verte,
estos versos los escribo llorando.
Son los versos más tristes y son los que más amo.

V

Ahora hago de caso que tú estás conmigo,
que charlamos en la sala de la casa
y que estoy contando mi exilio en Guatemala.

De cada balcón rodeado de geranios se asomaban tus ojos
y en cada mano que la mía estrechaba
como un gorrión temblando encontraba tu mano.

Guatemala en todo a ti se parecía.
La suavidad de tus ojos estaba en sus crepúsculos.
La bondad de tu pecho corría por las calles
filtrada por la brisa que se inventó el durazno.

Cuando lloré una vez
recuerdo que creía que yo había llorado
sobre tu corazón la ausencia de la Patria.

En el Parque Central reventaban las rosas
como cuando tú abrías los ojos
y reventaban todas las flores de la finca.

Cuando yo estaba triste me robaba una flor,
Era como robarme una de tus caricias.

El cielo de Guatemala me hablaba de tu rostro.
Yo sentía la Patria más llena de ternura
porque en ella tú estabas animándolo todo.

En el Cerro del Carmen al oir las campanas
escuchaba tu voz.
En el pequeño cuarto de la quinta Avenida
donde quemé mi exilio, tú encendías mi lámpara.

¿Te acuerdas de Olga Couter?
La muchacha que aprendí a querer lejos de los grandes salones.

La que no sabía, ni sabe de Tangee
porque lleva ciruelas en la boca.

Si conmigo estuviera. . . lloraría tu ausencia.
Era buena. Era pura, era santa como un vaso con trigo.

Ahora, yo no sé si podría volver a Guatemala
sin ponerme a llorar.
Guatemala es igual a como eras,
por lo sencilla y dulce,
por lo buena y musical que fue conmigo.

Estoy en la pequeña sala de mi apartamiento.
Es el Nº 8 de la calle más triste.

Tú estás aquí, aquí conmigo.
Es imposible, entonces, que te crea muerta.
Estás.
Estás aquí conmigo.
¡Es imposible que te crea muerta!

VI

Ahora, si tú quieres, voy a hablar de Costa Rica
otra pequeña patria que yo amo
y que llevo pegada al corazón como una hiedra.

Allí sufrí más que en Guatemala
porque estaba más lejos del nardo de tu frente.

Sin embargo tuve muy buenas amistades.

Don Joaquín García Monge me animó el exilio
con líquidos gorriones de esperanza.
Cuando le hablé de ti, me enseñó una flor
y una lágrima cayó hasta su solapa.
¡Sin duda adivinó que como él me quedaría solo!

Y aquí estoy en esta soledad inaguantable.
Sin saber si mi vida tiene objeto.
Solo.
Solo.
Sombríamente solo.
Sólo con mi dolor y tu recuerdo.
Sólo con mi dolor y mi tristeza.

Pero. . . Hay una cosa que me salva.
Es el amor el pueblo que lo heredo de ti
mucho más que las cosas materiales.
Si no fuera por eso estaría perdido.

Yo tengo que decirle a todos que no has muerto.
Que está tu viva luz ardiendo en mis rosales.
Que el cielo de tus astros no se apagó en la noche
en que emprendiste el viaje que no tiene retorno.

Hoy más que nunca te presiento viva.
Impulso cotidiano que mueve mis ternuras.
Cada mañana siento de nuevo aquel abrazo
y el beso cariñoso que me diste
cuando yo regresé de Costa Rica.

¡Es imposible que te crea muerta!

El destino
esperaba tu muerte para dejarme solo.
Solo en la soledad más espantosa.

Todo lo que quería lo perdí para siempre.

Hasta Black, nuestro perro mixtado de coyote
se fue como los pájaros
cuando llega la tarde,
ya no tendrá el pobre a quien moverle su cola de azabache.

Para mí la vida es algo que trasciende
más allá de la carne,
por eso yo no puedo acostumbrarme
a creerte muerta.

Yo te siento en todo lo que tengo;
en el libro que leo y en la hoja que cae del árbol
y que se lleva el viento;
en el dolor de mi corbata negra,
en las cosas más íntimas, como decir el viejo cenicero.
Y en aquella medalla de la Virgen
de Nuestra Señora Mazzarello.
Qué difícil tener que acostumbrarme
a una fría ausencia.

Siempre en la vida caminamos juntos.
Yo fui el dolor más grande de tus lágrimas.
¡Y por eso es que lloro con los brazos en alto!

La vida
no es una mujer bailando en un espejo;
ni tampoco un payaso en el país del oso.
No es un hombre que llora frente a una lámpara;
ni un gerente que firma cheques y luciérnagas
ni un soldado que apaga su magnolia de sangre
en la trinchera.

La vida es algo más; trasciende de la carne
y entonces toma su verdad eterna,
su palabra de niebla se deshace
y surge inapagable para siempre
más allá de la muerte y de la sombra.

La vida verdadera se sostiene
en los ojos dormidos de los muertos.
No tengo a nadie
que comparta conmigo
la mesa de mi angustia; mi rodaja
de luna que en mis sueños
había; ardo en mi soledad
como una lámpara; lloro
como el viento llora
pasando entre los árboles;
soy un mar asombrado quebrando
sus espejos; todo lo que quería
se perdió para siempre; de qué sirven
los cuadros familiares; de qué el negrito
alegre comiendo su sandía; de qué la orquídea
sin tu mano pura y de qué la cosecha
de la finca; de qué mi cigarrillo
inseparable si su ceniza
permanece muda; de qué mi llanto al fin
si no tengo pañuelos; de qué mi novia en junio
si yo muero en mayo; de qué la vida
sin un muro alegre de violetas;
sin tu sonrisa iluminando todos
los senderos del mundo.

Estoy casi a la altura
donde la razón apaga su luciérnaga
o esconde su semilla. Estoy a un paso
de la niebla y voy a herirme
en esta soledad sin litorales.
Sin embargo,
hay algo que me impulsa
a continuar viviendo.
Y yo sé que no estoy equivocado:
es el amor al pueblo
que me viene de ti como una rosa
imperativa y dulce,
necesaria y eterna.

Con este amor tan grande
es imposible que te crea muerta.

Y sin embargo lloro hasta romper la noche.

IX

Voy a llorar hasta que me haga lágrima.
Hasta que me haga grito voy a llorar gritando.

Todo el dolor del mundo me resulta pequeño.
Mi llanto es como un río que nunca desemboca.

Es un volcán que avienta sus fuegos interiores
hasta tocar la inmensa pupila de los astros.
Voy a llorar como los dioses lloran
para que el mar se vuelva como una gota náutica.

Voy a llorar con tempestad y viento
como los grandes locos allá en los manicomios,
como los trasatlánticos cuando pierden el puerto.

Voy a llorar hasta que me haga lágrima.
Voy a llorar hasta que me haga piedra,
insensible al dolor que nos separa. . .!

ELEGIA A LA VIVA MUERTE DE URANIA

Llama congelada entre los vivos
muerta; junto a sus cadáveres
firmadores de cheques, tus ojos
agonizan.
            Y no sólo tus ojos,
sino tu voz,
que fue como el camino de la música,
se apaga.

Yo no sé cómo puedes darle de comer
al canario, si andan niños con hambre
por el mundo.

No sé cómo puedes reír entre los muertos tuyos,
mientras juegas al póker con 4 viejas cursis y más analfabetas
que sus cónyuges.

No sé cómo puedes entrar en los Casinos y dar
la espalda al hambre de tu pueblo,
si ayer cuando eras niña
—¡oh novia primaveral en mis 20 años?—
tu mano repartía propaganda
para que el ciego viera
toda la luz del día.

No sé cómo puedes vivir entre los mismos
que un día te llevaron a la cárcel
junto con Ena, la muchacha recia
que todavía lucha y canta con nosotros.

1944
        Un 2 de abril, Persecuciones.
                                        Muertos.
                                                Fusilados.

Luego un minuto de sol
en la desesperada habitación
de la Patria.
Después. . . nuevamente llegaron los traidores
con su 21 *de octubre y sus exilios.*

Aquí viene lo triste para mi gran amor
despedazado; junto al suave temblor de tu carne
me deportaron para Costa Rica.

¡Cómo cambió tu corazón!

Ya no te va a alegrar el mundo que yo espero
porque sé que tú estás contra nosotros.

Será un mundo de harina repartida
donde el hombre no vaya contra el hombre.

La vida así recobrará su rostro
y no andará descalza por las calles.

Y tendremos donde vivir todos los hombres,
sin miedo a los desahucios,
en una casa alegre, llena de sol y música y de libros.

Vuelve hacia mí los ojos. No es tarde todavía.
Quiero evitar la muerte que sostienen
desesperadamente.

La alegría que canto compartirla contigo,
para que ya no seas llama congelada,
entre los vivos muerta.

Te espero con los brazos inmensamente abiertos.
Está mi corazón como un claro camino
Es tiempo. . . es tiempo. . . ¡tú decides el resto!

HUESPEDES DESAHUCIADOS

A esta mesa no llegan
las hormigas; ni las cucarachas
a la azucarera. Aquí Sólo el maíz
cocido en luna primitiva
llora; de aquí los perros
se fueron, huéspedes desahuciados
cuando llegó la lluvia.

Así como esta mesa la mesa
de los héroes; de los fundadores
de la lucha por liberar
la tierra; de los que dejaron
el pie descalzo, herido
signo,
sobre el barro maduro.

Ahora ya sabemos de dónde
es qué nos llega
la fundada esperanza; conocemos
la cal húmeda que ilumina
sus huesos; los arteriales
ríos que la nutren. Y esperamos
cantando la fiesta universal
en la tierra de todos.

No importa que el dolor
maúlle como gato cerca
de la mesa que canto.
Tampoco, el dormitorio
sin ventanas. No importa
que no tenga cigarrillos,
ni corbata, ni espejos.
Me basta con saber únicamente
que ya viene cantando
la alegría; que la patria universal
se acerca; me basta con saber, digo y repito,
que en esa fiesta fraternal
del hombre, ya no se irán los perros,
huéspedes desahuciados, cuando llegue la lluvia.

CONTRA CANTO A SONSONATE

No digo tus ciudades, pequeñas oropéndolas cantando.
Digo tu dura geografía asesinada,
tus hondos ríos como venas rotas
de los brazos inermes de tantos fusilados que te pueblan.

No establezco tus cuatrocientos ojos de agua
rodeados de altos cocoteros y de nubes.
Vengo a decir tus cuatrocientos corazones de ángeles dormidos,
recónditas semillas
que maduran su sangre universal y alta
en la plaza de Izalco.

Que otros digan y canten tus tardes marineras.
El humo de tu pipa plutónica, su cólera salvaje,
las manos de las novias
que no tuvimos nunca.
La oración de alguna tía abuela
o el nido de chiltotas
que en un "Corpus" nos trajimos del cerro.

Que otros digan tu Atecozol sonoro
donde hay guitarras con amates cantando.
Que digan tu caluco con sabor a naranjas.

Yo hablaré solamente de recuerdos que amo.
Tal vez por dolorosos.
De recuerdos que dieron a mi primera lágrima
la verdad de mi canto.

Que digan otros tu Nahuizalco de huipiles
y tu pequeño San Antonio del Monte.
Yo diré solamente mi Nahuizalco trágico,
rojo como la sangre que lo tiñó la noche
de la carnicería.

Rojo como la mancha que se quedó gritando
en los escapularios de la Virgen del Carmen
de tanto fusilado.

No hablaré de Juayúa ni de su alta cintura
con vinos de naranja.
Yo no diré que en ella las flores amanecen
y se salen cantando de todas las ventanas.

Me olvidaré de las sonoras guitarras que sostengo
porque ya no es posible que falseemos el canto.
Si en estas calles de Juayúa han caído
con los ojos abiertos
los padres y los hijos, las mujeres, los hombres.
¡Cómo podría ahora cantarte Sonsonate!
Sino con esta voz exacta de tu entraña,
sino con tu dolor que es mi dolor entero,
sino con tu tragedia de campesinos muertos
cubriendo la gran noche de la patria golpeada.

Y cómo hablar de amor si en todas las esquinas
están los fusilados.
Si está Francisco Sánchez, herido cocotero.
Y Feliciano Ama nos ve como un Dios indio.
Si hay tanto nombre anónimo que nos duele en el pecho.
Si hay tanta sangre pura, corriendo a borbotones
que ya no queda espacio para perder el tiempo.

Y cómo hablar de amor si no es a mi manera.
Un contra-amor a todo lo que olvida tu sangre,
a todo tu sombrío silencio enajenado.

Te amo Sonsonate con el amor más alto
que en la patria tu firme habitación sostiene.

PATRIA EXACTA

Esta es mi Patria:
un montón de hombres; millones
de hombres; un panal de hombres
que no saben siquiera
de dónde viene el semen
de sus vidas
inmensamente amargas.

Esta es mi Patria:
un río de dolor que va en camisa
y un puño de ladrones
asaltando
en pleno día
la sangre de los pobres.

Cada Gerente de las Compañías
es un pirata a sueldo; cada
Ministro del Gobierno Democrático
un demagogo
que hace discursos y que el pueblo
apenas los entiende.

Ayer oí decir a uno de los técnicos
expertos en cuestiones
económicas, que todo
marcha bien; que las divisas
en oro de la patria
iluminan las noches
de Washington; que nuestro crédito
es maravilloso; que la balanza
comercial es favorable; que el precio
del café se mantendrá
como un águila ascendiendo y que somos
un pueblo feliz que vive y canta.

Así marcha y camina la mentira entre nosotros.
Así las actitudes de los irresponsables.
Y así el mundo ficticio donde cantan
como canarios tísicos,
tres o cuatro poetas,
empleados del Gobierno.

Digan, griten, poetas del alpiste.
Digan la verdad que nos asedia.
Digan que somos un pueblo desnutrido.
Que la leche y la carne se la reparten
entre ustedes
después que se han hartado
los dirigentes de la cosa pública.

Digan que el rábano no llega
hasta las masas pobres; que diariamente
mueren cientos sin asistencia médica
y que hay mujeres que dejan
la uva de su vientre
a plena flor de calle.

Digan que somos lo que somos:
un pueblo doloroso,
un pueblo analfabeto,
desnutrido y sin embargo fuerte
porque otro pueblo ya se habría muerto.

Digan que somos, eso sí, un pueblo excepcional
que ama la libertad muy a pesar del hambre
en que agoniza.

Yo grito, afirmo y aseguro.

> *En todas partes donde vivo, el cerro.*
> *En todas partes donde canto, el hambre.*
> *El hambre y el dolor junto a los hombres.*
> *La miseria golpeándoles la vida*
> *hasta quebrar el barro más cocido del alma.*

Y a esto amigo se le llama Patria
y se le canta un himno
y hablamos de ella como cosa suave,
como dulce tierra
a la que hay que entregar el corazón hasta la muerte.
Mientras tanto al occidente de la casa que ocupo
hay una imagen encaramada en el mundo
(¡mayor razón para que viera claro!)
y allá junto a sus pies de frío mármol
una colonia alegre
se va en las tardes
cantando, a los Cinemas.

Bajo la sombra de "El Salvador del Mundo"
se mira el rostro de los explotadores.
Sus grandes residencias con ventanas que cantan.
La noche iluminada para besar en Cadillac
a una muchacha rubia.

Allá en el resto de la patria, un gran dolor
nocturno: allá y yo con ellos, están los explotados.
Los que nada tenemos como no sea un grito
universal y alto para espantar la noche.

Allá las mesas de pino; las paredes
húmedas; las pestañas de las tristes candelas;
la orilla de un marco de retrato
apolillado; los porrones
donde el agua canta; la cómoda
donde se guardan las boletas
de empeño; las desesperadas
camisas; el escaso pan junto a los lunes
huérfanos de horizontes; el correr
de los amargos días; las casas
donde el desahucio llega y los muebles
se quedan en la calle
mientras los niños y las madres lloran.

Allá en todo esto, junto a todo esto,
como brasa mi corazón
denuncia al apretado mundo,
la desolada habitación del hombre que sostiene
el humo de las fábricas.

Esta es la realidad.

Esta es mi Patria; 14 *explotadores*
y millones que mueren sin sangre en las entrañas.

Esta es la realidad.
¡Yo no la callo aunque me cueste el alma!

TEKIJ

Los mayas habían inventado
el maíz,
así como ahora
los jóvenes de la Unión Soviética
inventan
la flor de los espacios.

Era el calendario
venado primitivo.

Y entonces fue Cuauhmichin,
sonoro pez del bosque,
alzó la sangre pipil en sacrificio;
tiranizó a su pueblo
de piel alta y cobriza;
hizo huir de las chozas y las palmas
a los guarda-barrancos;
humilló a los guerreros; se disputó
a las vírgenes y se bebió sus claras
desnudeces primarias.

Sólo temor y llanto.
¡Y la luna pipil manchada por la sangre!

Pero entonces un hombre,
educador de flechas y de trinos;
cazador de huasales y de sílabas
de oro, despertó con su pueblo.

Era Tekij, el poeta.

Preparó el corazón de los pipiles.
Modeló con su ejemplo
la gran conspiración
contra Cuauhmichin.

Platicó con los dioses
y los hombres; llenó el carcaj
con sus certeras flechas
y a las núbiles vírgenes
les enseñó a curar
a los guerreros.

Levantó su palabra
contra la tiranía y preparó
el camino de los poetas del pueblo.
De él nos viene
el aromado acento; la sílaba flexible
como leopardo; la frase alimenticia
y el vino de los héroes.

De él también, el substancial
impulso de ir apretando
puños para olvidar el llanto;
de dibujar las cosas con su contorno
exacto; de decir y gritar
hasta romper el grito,
que a la mesa del indio
debe llegar la leche y el nutricio
maíz, porque es padre de todos.

De él nos llega el amor
el Gran Aparecido, a Tutecotzimit, salvador
de las Vírgenes auroras
de la Patria; de los besos más tiernos
y la huella descalza.

Es por Tekij que amamos
a los héroes puros; que Timoteo Lúe
nos golpea en la sangre
hasta dorar las altas naranjas
de Juayúa; por él nosotros vamos
repitiendo nombres clavados

en la muerte entre temblantes muros
y sombrero de palma: José Domingo Mata,
Narciso Regalado,
Maximiliano Cea
y Vicente Tadeo.

Nombres de cal y huesos
primitivos. Estrellas de silencio
en la desesperada
habitación
de la Patria.
Aventadas semillas.
Nombres que hubiera amado Tekij
con el amor inmenso
que tuvo para el canto.

Nombres que después
se hicieron nuevos nombres
para buscar la estrella de la Patria
perdida.
Tekij,
          Tekij,
                    raíz de nuestra lucha;
razón para olvidar
las rosas y buscar una mística
en torno de tus flechas; palabra
que nos llega a señalar el sitio
donde el canto se ubica para que sea eterno.

CONTESTO TU CARTA VIEJA AMIGA

Recuerdo la noche cuando yo te dije
en la sala pequeña de tu casa
que partiría en el avión del norte,
que mis cosas ya estaban arregladas,
y que al parecer, ya dejaría
de ser un hombre errante por el mundo.

Me dijiste, me duele tu partida
y sin embargo me alegra tanto ese regreso
a tu pequeña patria, donde el cafeto canta,
y donde hay, como tú dices, maquilishuats
robándole colores a la aurora.

Me alegra por la alegría tuya de tu madre,
por tu paisaje, por tu mar, por todo lo que quieres
en tu tierra,
pero me duele mucho, por el olvido
que borrará la fiesta de nosotros.

Todo eso me dijiste.

Hace dos años, Manuelita Franco,
que abandoné tu tierra llena de carreticas
y de guarias lindas,
y todas las mañanas
al encender mi cigarrillo inseparable,
tu recuerdo me quema dulcemente el corazón
y siento miedo de la ceniza ciega que cae y cae.

Yo soy el mismo siempre.
Lucho por los desheredados de la tierra,
y más de algún imbécil me llama comunista
porque soy justo y bueno.
Y no pierdo mi tiempo cantándole a las rosas,
y en todas partes grito para que oigan
que hay injusticia,
mucha injusticia suelta por el mundo.
Y que hay dolor,
dolor enmedio de todas las cosas
y hasta debajo de mi cenicero.

Bueno, recibí tu carta.
La conservo entre unos borradores
de proclamas políticas,
en el archivo donde guardo
mis cosas importantes,
lejos de los cadáveres de mis primeros versos.

Ahora la contesto, agradecido.
Te digo que te quiero y te recuerdo,
y te pido,
que en un tiempo que tengas de descanso
me informes largamente sobre cómo
se porta el Presidente
con ese pueblo tuyo, al que yo quiero tanto.

AMO LOS EXILIOS

Amo los exilios
porque desde ellos
yo recogí la luz que otros ignoran.
En ellos fui aprendiendo a desnudar los nombres
hasta encontrar su almendra
verdadera,
su más cálida esencia,
su vino nutritivo.

En ellos aprendí
desde su oscura y calcinada piedra
que hay nombres en mi patria
rodeados de silencio
cuyas sílabas de árbol y gorriones cantando
nos aroman el pecho.
Nombres elementales
como Anastasio Aquino.
Nutritivos como el pan y la tierra
y tan exactos
que sin ellos la Patria andaría buscando
su historia todavía.

Voy a citar otro, fuerte
como el viento del mar,
alto como la noche que cubre
a Teotepeque,
sonoro y palpitante
como el Volcán de Izalco.
Agil como un venado perseguido.
Simple como la luz que es de todos los hombres
y como ella
c
a
e
universal en el trigo.

Voy a citar un nombre,
para mí el más alto,
el más claro,
el más limpio: Farabundo Martí.

Como una cifra de águila lo llevamos adentro
aunque nos hayan devastado la entraña
para olvidar la esencia de su madera pura.

Yo amo los exilios y a Manuelita Franco
porque una tarde diáfana me preguntó quién era
el indio Farabundo,
y yo le dije, amiga —¡dulce amiga que hoy canto!—
es la paz y la siembra
la tierra que se abre musical y contenta
para darnos la imagen más perfecta del fruto.

Amo los exilios
por la alta luz dorada que recogí con ellos,
por esta voz universal y simple
que aprendí a repartir
entre todos los hombres.
¡Con este amor tan grande que yo creo que es difícil
que me puedan matar . . . !

DEL DOLOR COTIDIANO

Voy a cantar lo que nos duele cotidianamente
y cae como una gota amarga
al corazón.

Voy a cantar los lunes que amanecen esperando
agazapados mientras se abren las puertas
de las casas de préstamos
para pasar por ellas.

Voy a cantar lo que otros poetas callan.

El dolor de los pobres es más bello
porque es dolor exacto,
recio,
definitivo.

Pero el dolor de los pobres se canta a mi manera
y yo canto gritando.

Una muchacha linda me saluda
desde un Cadillac último modelo.
Yo la miro pasar mientras un niño
que habla con los ojos
abre la golondrina de su mano.
Estas cosas amargas, cotidianas,
se deben de cantar para abultarlas:
porque ya no es posible que transcurran
y que caigan.

¿Por qué no canta el pueblo alegremente?

No me preguntes cosas tan estúpidas.
¿Cómo puede cantar, amaneciendo
como un perro nocturno
que tuvo que dormir en los portales?

¿Cómo puede cantar si no hay justicia,
si sobran demagogos en la esquina,
si todo es negro,
la noche, la mañana, el mes, hasta el vestido?

Y en medio de todo esto pensar que todavía
el poeta se pone una flor en la solapa.

MORIRE... MORIRA

Moriré no hay duda, pero quedará mi grito
como tambor sonando.
Moriré y en mi muerte os invito
a continuar gritando.
Ayer decía, dije, que andaba la injusticia por el mundo
como perro loco.
Pero hoy a que decir vale tan poco...
¿Verdad, Luna y Zapata?...
¿No es cierto Farabundo?
La injusticia camina sin cesar y sabe
a quién ha de golpear eternamente...
La injusticia es la poderosa clave
del que quiere vivir en el presente.
Del que tiembla ante un mundo más humano,
repartidor de leche y de semillas,
iniciador de auroras donde el grano
será del hombre que hoy siembra de rodillas.
Decid conmigo,
cantad conmigo,
gritad conmigo
que una patria mundial ya se divisa
dónde ha de darnos su alegría el trigo
para que nos florezca tu sonrisa...
y sabremos reir humanamente
y el mal habrá escondido su piedra calcinada,
y la paz como un ángel entregará su frente
para que se la bese, cantando, un camarada...!
Todo será distinto... hasta el amor más puro.
La vida irá corriendo sobre las sementeras
sin pensar en la guerra, ni en su fruto maduro
ni en las rotas banderas.
Load conmigo...
LA INJUSTICIA MUERE

Morirá... No hay duda...
Dejadla... seré, tal vez, el último que hiere
pero ya morirá en Wall Street desnuda.
Morirá... vomitando banqueros con levita,
asqueada de bananos con los ojos abiertos
de piedra que crepita
y quedará en la calle como dejó a sus muertos...
morirá y moriré pero estará mi grito
como tambor sonando;
mas si he de morir antes de la injusticia, ahito
mi corazón de pie continuará gritando:
¡POETAS, OS INVITO
A PROSEGUIR EL GRITO *que he venido cantando...*



Alvaro Menén Desleal

Nació en Santa Ana, el 13 de marzo de 1931.

Escribe una poesía más con el pensamiento que con la sangre; nada visceral hay en él; su poesía está escrita en perspectiva, toma su distancia para hacerlo, por ello nos parece frío, que le falta fuerza, autenticidad, calor humano, por muy humano que sea el asunto de que trata su poesía; esto nos lo hace aparecer poco profundo; no se puede estar indiferente ante su obra, es lo importante, sobre todo por su ingenio y agudezas.

Ha publicado en poesía: El Extraño Habitante, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1955. Inéditos tiene: Los Júbilos Sencillos, Banderola de Señales, Silva de Varia Música.

NO ESCRIBAS CON EL CORAZON

Con el corazón no escribas. Sea mínima la dosis
que esa víscera deja en el poema.

Escribe, sí, con ambos puños. A tarascadas, a em-
pellones, a jabs, *a* hooks, *a* rabbit-punches.
Hazlo a trompada limpia, a mojicones, a sopa-
pos. Son de acero tus puños, tus guantes son
de acero, y la poesía tiene quijada de cristal.

Escribe con el hígado.
Escribe con el bazo. Las uñas se entierran en
los versos —si hay versos— hasta que san-
gre la poesía.
Escribe con los dientes. A rodillazos, a puntapiés.
Haz al poema las llaves crueles que te enseñó la vida.

Rómpete los huesos cuando escribas, rómpete la crisma.
Suda.
Jadea.
Mete el hombro.
Que el cerebro y la médula te sirvan como arcilla.

Escribe con la sangre.

Escribe con el sexo.

Escribe con tus glándulas.

Secreta tu poesía.

Con el corazón no escribas.

30-VIII-67.

ORACION QUE AYUDA A BIEN CONDENARSE A UN TIRANO

(Récese tres veces diarias y se tendrán 90 días de indulgencia plenaria).

Señor,
cuando se muera —porque, como el tiranosaurio, por grande y por feroz que sea, por agrio y bien armado que esté, ha de morir, y será entonces como un pequeño volcán de huesos sobre el que los otros animales del bosque se orinen impunemente—;

Cuando se muera,
Señor,
no te acobardes como se acobardó tu iglesia, que puso sus blancos odres para llenar sus odres esperanzada en robar sus odres;
no te acobardes,
Señor,
y no te niegues:
tú mismo abre la puerta
—no mandes una virgen, ningún ángel
te cumpla ese mandado—;
abre tú mismo y lo verás:
un alma enjuta, un alma miserable que moró como gusano y que gusano es y será, que se arrastró de milagro para tocar a Tu puerta, para llegar hasta ella con el juego de siempre.
Abre tú mismo y mira que a ti llega no con el gesto insumiso de aquel que allá en la tierra, en su país, pareció hacer temblar tus firmes montes, tus sólidas montañas;

Abre tú mismo y mira que ya no tiene más la sombra que mataba tu hierba
en los jardines de Brasilia, de Managua, de Asunción,
de La Paz, de Madrid, de Lisboa;
de Buenos Aires, Por-au-Prince y Guatemala; de Santo Domingo,
Bogotá y Caracas,
de Lima y San Salvador;
de casi toda tu tierra, en fin, porque en el reino de la maldad nunca se
pone el sol;
Abre y mira como pretende engañarte fingiéndose el más humilde de tus
[hijos.
Con un rasgo de humor, aprecia su arte.
Mira cómo maneja sus cartas credenciales
y estudia su baraja compuesta sólo de ases,
su juego organizado para nunca perder.

Cuando te hable para pedirte acceso a los serenos claustros celestiales,
no usará el vozarrón con que ordenó a sus guardias el exilio y la muerte
de tus mejores ángeles.
Quizás ni te hable, y sólo baje humildemente la vista.

¡Tú reconócelo, Señor, porque es el mismo,
el uno y mismo!

¡Sé implacable, Señor: no te conmuevan las misas que por encargo de los
embajadores dijeran, previo pago, algunos curas!
¡No lo perdones! ¡Dale una celestial patada en el trasero y envíalo a su
sitio, a los antros que
le son merecedores!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo;
en el de los poetas clavados en sus huesos;
en el de las viudas que muerden las almohadas
y en el de todos los muertos levantando sus puños,
gracias te doy, Señor.
Amén.

12-VII-67.

RECETAS A UNA VIEJA BURGUESA PARA QUE SEA FELIZ DEL TODO

Sepulta cuidadosamente las páginas insólitas de
viejos cascarrabias como Marx, el gran culpable;

Destruye hoja por hoja los versos de Rimbaud, jo-
ven durazno con vicios milenarios, y quiebra
ojo por ojo a todo Baudelaire, harapo brujo,
alcohol mistificado, viejo corozo de durazno
con vicios renovados;

Escupe por las rejas de la cárcel en que moran,
empotrados en sus huesos, algunos jóvenes po-
etas. Vigila que el guardián ponga las llaves
y agrega siete que te sean de confianza;

Espulga el Nuevo Testamento y abomina del Anti-
guo, cargados de puercas porquerías para lapi-
dar perezosos; de pechos como palomas para re-
yes lúbricos y junturas de muslos como goznes
labrados de mano maestra;

Compra galas chillonas sedosas suntuosas para
halagar al gazmoño;

Lávate cada hora, refriégate de alcohol, pues el
talento, con todo y no ser contagioso, podría
afectarte de ictericia;

Castiga tu pensamiento sin pausa ni misericordia,
si es que puedes pensar y si te sobra alguna mi-
sericordia.

Clávate las uñas en la carne cuando veas el amor
adolescente;

(Desde luego, te prevengo contra mi persona);

Pero, sobre todo, enciende hogueras altas relu-
cientes pulidas pendencieras piras funerarias
para quemar, quemarnos;

Verás entonces, varicosa, que todo es más tranquilo.
Y más tuyo.
Al fin y al cabo
Dios te hizo cortada a su medida.

1-VI-67.

NOTA A UNA SEÑORA QUE ME ACUSA DE INMORAL

En la hora del gusano y de la hormiga;
en la hora en que no bastan los cuervos del mundo
para arrancar los ojos a los muertos cosechados en la guerra;
en la hora en que los niños hambrientos no encuentran
ya más seno para su hambre;
en la hora en que está seco todo seno,
y extraños híbridos, cruces de araña y mariposa,
pueblan el campo y la ciudad del hombre.
En la hora del sálvese quien pueda;
en esta hora, digo,
en que me sirven aún tres veces diarias la mesa y
bebo de vez en cuando un vino;
en esta hora en que, desvergonzado de mí, voy al cine,
leo libros y converso con amigos;
en la hora del cereal atribulado,
en que duermo no menos de seis horas y procuro
encontrar tibia la cama;
en esta hora en que es tanta mi fortuna que tengo
todavía una cama;
en que elevo mis ojos al cielo y sigo el ritmo de los
cambios de forma de las nubes, y en las tardes espero
hasta que sale una estrella;
en esta hora en que el sapo y el búfalo de agua se
asquean de la sangre que llena los charcos de los
arrozales vietnamitas;
en que el hijo patea repetidamente el vientre de su
madre y aplasta los testículos del padre;
en que el mosquito se adapta al insecticida en tanto
el hombre ahoga al hombre echando gases en las cuevas;

en esta hora de barbas y de hígados heroicos, de santos
laicos, de ángeles hermafroditas y corderos violentos;
en esta hora en que calla mi garganta el penúltimo
crimen del que he sido testigo;
en esta hora de vírgenes impúdicas, de sanguijuelas y
parásitos varios; de ojos que no ven de frente, como
figuras egipcias;
de puños que se ablandan,
de iras que no estallan,
de verdades selladas a cal y sangre,
de obispos bien cebados,
de cópulas sombrías,
de héroes mutilados y monedas vergonzantes,
de abortos santificados,
de viudas apacibles,
de esperma ciega,
de lluvia desatada,
de huesos habitados emponzoñados de estroncio,
de hostias ensangrentadas. . .
en esta hora
yo te doy la razón.

CEREMONIA DE IZAR LA BANDERA
EN LA CASA BLANCA

++++++++++ *las estrellas son cincuenta*
++++++++++ *y son sin cuenta las cruces*
++++++++++ *las estrellas son cincuenta*
++++++++++ *y son sin cuenta las cruces*
stop las estrellas son cincuenta stop
stop las estrellas son cincuenta stop
y son sin cuenta las cruces stop stop

MARTIN LUTHER KING NARRA COMO LA GUARDIA REPRIME UNA MANIFESTACION EN MISSISSIPI

No gesticulo
no hago gestos
pero de cierto os digo
os aseguro
que es molesto hablar
con las manos esposadas
Por eso seré breve
aunque no todo esté dicho
y la bodega más íntima
reserve grandes sacos
bolsas de frutos bien maduros
pacas enérgicas de odio
acribillado
gajos de crudeza
la cosecha esperada
nadie que siembre odio cosechará
patatas.
En Africa puestos de pie los ríos y dormida la selva
el Abuelo nos dijo que Dios preguntó al negro
qué había hecho de su hermano
la culpa lo puso blanco
y blanco sigue
con esa piedra dadme en el rostro
con esa piedra golpeadme
eso cuenta el Abuelo
despierte ya la selva y los ríos
se arrimen a su cauce
eso cuenta el Abuelo
el guardia es blanco
el presidente es blanco
los tenderos son blancos
el Mississipi se saldrá de madre
ya hoy nos mira de perfil.

3-XII-67.

CANTO AL CIUDADANO NORTEAMERICANO NUMERO DOSCIENTOS MILLONES

En noviembre, mientras un frente polar pisaba de puntillas por
los anchos corredores de tu casa;
En 1967, en tanto Wall Street soñaba pesadillas por la baja de la
libra y en las grandes capitales se compraba oro en lingotes;
A las cinco
(a las doce, a las tres, a cualquier hora)
sobre una cama de hospital en San Francisco
(en Alaska, en Hawai, en Arizona, en cualquier parte)
bajo el sol de Florida
(a la par de las negras chimeneas de Chicago, a la
sombra de los altos edificios)
te parieron.

¡Bien venido! ¡Aleluya!

Tal vez hijo de un hombre que en Viet Nam, a dúo con tu grito, disparaba un obús contra un orfelinato; hijo quizá de una mujer
igual a otras que no fueron tan afortunadas porque la metralla
les cortó la cabeza, la Bomba las dejó vírgenes para siempre
en Hiroshima o la prédica de los rubios apóstoles neomalthusianos agotó antes de la siembra la cosecha de sus vientres.
¡De nada vale arar más hondo en ellas!
Yo te saludo, Ciudadano Número Doscientos Millones. (Te veo pequeño y rosado, como los Niños Dioses que hacen de barro en Ilobasco).

Quemo para ti mis altas luces,
alboroto con mis triquitraques,
sueno bombos y platillos,
repico mis campanas,
izo mis banderas,
agito mis estandartes,
me adorno con los símbolos tribales,
elevo mis flámulas y grímpolas
al son de los tambores,
alzo mis oriflamas,
dibujo tu perfil en gallardetes
como una Virgen en la fiesta de indios,
te aplaudo y grito y grito y grito,
enciendo el polen de mis flores tropicales,
el pebetero con incienso y copal-pom,
lavo tus pies aún ausentes de camino,
te unjo con el aceite de mis pueblos,
pongo de pie mi júbilo,
te miro, admiro y canto.

¡Y ME ESTREMEZCO!

Que no llegue para ti la edad de enrolamiento, pero goces de salud no menos de cien años;
Que tus ojos no lean telegramas con llamados a filas;
Que no empuñes un arma, que conozcas la luna y las estrellas y nos traigas sólo buenas nuevas siderales;
Que tus dientes no se gasten en tus dientes ni hambreen tus entrañas, ni se encarnice tu garganta con palabras prohibidas.
Que viajes por el mundo y te reciban los hombres con abrazos, las mujeres y los niños con flores,
que no te echen a gritos —go home— *como hoy ocurre, como antes ha ocurrido.*

Y si eres negro, no te lancen de tu casa ni te muelan a golpes,
ni los jueces se afanen por colgar tu inocencia
ni recojan mandrágoras los brujos en tu horca.

Y que seas amigo.

Y que tengas un nombre de manzana y no te llamen por siempre Mr. Two Hundred Millions.

EL SEÑOR MUHAMMED ALI SE NIEGA A INGRESAR EN LAS FUERZAS ARMADAS

V

En el nombre de Alá, el piadoso,
el apiadable,
el señor Muhammed Alí se niega a ingresar en las fuerzas armadas.

Rechonchos funcionarios se turnan para enviar telegramas a otros 20.000 jóvenes que deberán entrar a filas.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

El señor Presidente acaricia sus perros en el rancho de Texas. . .

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

El napalm cava albores equívocos en aldeas que tuvieron un paso fugaz por los mapas.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los árboles aprenden a correr y las flores se desgarran a gritos.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los viejos entierran sus raíces y las mujeres clausuran su garganta.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

En el Delta, los peces engordan con carne de niños.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los huesos inocentes se calcinan y la muerte se divierte de lo lindo.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los huesos culpables se calcinan lo mismo en tanto el capellán reza en inglés.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los soldados duermen con los ojos abiertos y procura el corazón no molestar.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

(El coro de lamentaciones llega al cielo y en Washington la vida sigue igual. . .)

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

En retaguardia un cómico repite sus chistes, una actriz muestra las piernas y la alegría queda sola como un hongo.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Más tarde, los soldados se masturban en las tiendas.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los ángeles del luto cosechan lo sembrado (La guerra es buen negocio: invierta a su hijo).

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Los muertos deambulan en las calles arrastrando
sus pequeñas historias.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Las viudas se hunden las uñas en el rostro.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

Campos sembrados de cruces
y bosques de femorales,
semillas del ser humano
que el odio cosechará.

Sordera, estupor, ceguera, y ellos no volverán.

29-VI-67.

NATURALEZA DEL SUELO EN LA R. F. DE ALEMANIA

Lluvia, nieve, lágrimas. . .

En Alemania hay mucho lodo.
Lodo en la Selva Negra. En las colinas
y en las ciudades, lodo.
Al nevar, los plumones del ángel
se detienen un tiempo en el aire;
ya en el suelo son lodo.
Lodo-Erasmo. Lodo-Holbein-Lutero.
Tú ecuaciones, y pisas lodo Leibniz.
Piensas, y pisas lodo Kant.
Tú vives, y pisas lodo Goethe.
Vibras, y pisas lodo Beethoven.
Tú luchas, y pisas lodo Marx.
Metes la mano en un corpiño
y la mano te sale cubierta de lodo.
Miras televisión, vas al cine,
y el lodo cuelga de tus pestañas.
Lees los diarios, escuchas discursos,
y tu cerebro, si no tienes cuidado,
es ya lodo.
El lodo te rodea como una placenta
y te nutres de él como de un líquido amniótico.

De todas maneras, siembra tu simiente;
pero, al marcharte, límpiate los zapatos.

CUIDATE DEL COLEOPTERO

Cuídate del coleóptero, por su amenaza
esdrújula;
a la hora del lunch, vigila cada
miga;
cuélgate de las uñas, aléjate del vasto
continente monolingue;
pásate por los huevos la pureza
del idioma.

Pero, sobre todo, sé tú mismo:
de pie en el sueño,
soñando en la vigilia,
las convenciones enrolladas
como papel
higiénico.

VIII-67.

Italo López Vallecillos



Italo López Vallecillos

Nació en San Salvador, el 15 de noviembre de 1932.

Disciplinado en su labor; estudioso investigador de nuestro pasado histórico; en esta disciplina tiene varios libros publicados, así como inéditos.

Toda auténtica poesía parte de experiencias personales, la de López Vallecillos viene de allí; intimista en el mejor sentido y llega al lector más por lo que calla; por ese silencio que dejan las palabras por las palabras mismas o por lo que ellas designan. Interesa por lo que sugiere. Es un homenaje al silencio esta poesía de López Vallecillos. Intimo mundo, orden lírico nunca enajenado, siempre en su clima desde su inicio; López Vallecillos ha mantenido una línea poética, la ha desarrollado y es ejemplo ante tanta impersonalidad que se avalanza a la moda. Honestidad poética, sinceridad, ternura, limpieza expresiva encontramos en su poesía de dulce tono menor desde su primer libro Biografía del Hombre Triste, Madrid, 1954, hasta su último poemario: Puro Asombro, Dirección de Publicaciones, 1969, así como en sus Imágenes sobre el Otoño, Editorial Ahora, San Salvador, 1962.

I

Vino un hombre
y me llevó del brazo,
a la fuerza,
esposado.
Me enseñó una tarjeta,
un revólver
y su alma.
Me enseñó sus ojos
y me pidió disculpas.
Dijo que cumplía "órdenes".
Me habló de su mujer
y sus pequeños hijos.
En medio de la pena
pronunció estas palabras:
"perdone,
se tiene que vivir".
Yo no dije nada.
Vi las últimas llamas de la tarde
y me metí en la noche,
con miedo.

II

Es fría la cárcel. Y dura
y cruel. Y pesa como una lágrima.

Surgen en ella de súbito los caminos,
los besos inconclusos,
la noche y el silencio.
Todo se agolpa en la memoria:
los geranios,
la madre, la esposa,
la lluvia,
los espejos, las corbatas,
los hijos a la puerta de la casa.
Todo se viene de golpe
a la memoria. Y hace falta
una caricia,
una almohada,
una palabra sencilla,
un poco de amor.
Una navaja
diminuta con que cortar
poco a poco los sentidos.
Esto es: no ser el ser que somos,
sino su potencia y su acción,
su llama y su protesta. Ser pájaro,
nube,
sueño, proyecto,
semilla y árbol.

III

La cárcel duele en el alma:
tiene como ella rincones dolorosos;
paredes manchadas,
sucias invocaciones.
En lo más alto y en lo más bajo
de su miseria,
cuando la fe se ha extraviado
y la paz se nos niega,
y el pan no tiene esa delicada presencia
del trigo y de los ángeles,

cuando volvemos a ser lo que hubimos deseado
ser siempre,
entonces, la cárcel se abre,
se rompen sus ataduras,
y ya no estamos solos, sino alegres
y puros, y claros, y abiertos.

IV

Uno tiene que encontrar su destino.
En alguna parte,
en algún mes,
en alguna noche,
en alguna palabra uno tiene que encontrar
su destino.
Yo hallé el mío,
el que me hace feliz, el que me hace bueno,
el que me quita de un golpe
todas las equivaciones;
el que me aclara y declara,
el dulce, duro, claro y oscuro
destino.
Ahora lo sé. Lo siento mientras
escribo este poema
y dejo atrás la cárcel. Y dejo atrás
la lluvia,
y la Patria, y la noche,
que también se quedan atrás
mientras me llevan esposado,
amarrado, digo,
a cumplir mi amargo y universal
destino.

CORAZON TE PARECES A LAS GRANDES CIUDADES

Corazón,
te pareces a las grandes ciudades.
En ti viven hombres soberbios y terribles.
Sobre tus altas torres de silencio
dejan su protesta.
Nada les detiene. A veces huyen a sus habitaciones
y se esconden de la noche. Acaso tiemblan
su miedo, su hambre o su miseria.

Luego surgen violentos y desgarran el día.
Caminan por calles amplias,
se paran a ver las vitrinas, compran
un anillo, una flor, un libro y se lo dan a la novia.

Esperan. Yo no sé que esperan.
Van de casa en casa, de palabra en palabra.
Ansiosos miran sus relojes. Les divierte
el cine y abrazan a la multitud cuando el "The end"
pone los puntos suspensivos.

Están ahí, lo saben. Van a la oficina,
miden su odio, pesan su amor, escriben su tedio
y esperan.

Sonríen, claro. Sonríen. A ratos
—hay que decirlo—
son felices. Reciben una carta
y el amor les llega por correo.
Inventan una canción y la dicen por la calle.
Cuando alguien les descubre, lo guardan,
la esconden entre las camisas nuevas.
No lloran. Miran caer la lluvia, les basta.

Mueren un día. No importa,
han muerto muchas veces. Alguien va al entierro,
deposita unas flores.
Un amigo dice una oración
echa tierra al viento:
"era bueno", "ayer le vi", "hacía versos"
y se murió de solo.

La muerte tiene cerrado un ojo, el otro abierto.
Y es grande esta ciudad, corazón,
como tú que te pareces a ella.

DIFICIL

¡Qué serio amaneció el día!
¡Qué suspicaz y leve el viento!
¡Qué rostro más difícil
el del cielo! ¡Qué impenetrable, en fin,
la rosa de tus manos!

CANCIONCILLA

Que clara paz interior
que dulce y grata
la sombra del naranjo,
sus amarillos y sus pájaros.
Todo tiene un aire provinciano.
Recuerdo la infancia,
el rezo,
el angelus
de mi alma. Estoy así, tan íntimo y tan pleno,
que soy uno más del pueblo,
de este pueblecito apartado del mundo
donde todos los días
el cura repica las campanas,
el cartero reparte las cartas atrasadas,
y los músicos vienen a tocar,
a falta de otra cosa,
una cancioncilla,
tan íntima y tan plena
como el agua.

VISITA

Vino.
Dejó en el escritorio
un caracol. Y ahora el mar
anda suelto en mis papeles.
Todo se ha vuelto espuma,
sol, cielo y yodo. Arena
la palabra. Y el pensamiento
un breve rumor,
una canción, agua que va
y viene sin límites,
ni acantilado cierto.

Todo por Silvia,
que trajo el caracol.

Y VOY Y VENGO INCIERTO

Me pregunto si nada ha cambiado,
si no hubo antes pájaros,
estrellas,
vientos y lluvias, nieves que fueran
blanco preludio de la infancia.

Me pregunto si las estaciones y los hombres
han sido siempre iguales, mudables
como la llama del espejo, violentos
como el dulce amanecer.

Me pregunto si no hubo antes una inocencia
como la que he conocido ahora,
ahora que has sido mía, y se han roto los milagros
y está desnudo el ritmo. Y la canción volcó su propio acento.
Ahora que el instinto halló su propia brida
y no ha quedado camino sin descubrir.
Ahora que somos tú y yo, nada más. Los dos sin ayer,
presencia de hoy, casi sin mañana.

Me pregunto si todo ha sido siempre así.
Desde Adán, desde Eva. O desde antes que ellos cayeran
en este abismo, sin principio ni fin.

Me pregunto y no encuentro respuesta.
Nadie sabe
qué es el pájaro, qué es la estrella
qué es el viento, qué es la lluvia. Qué es la nieve.
Las estaciones ¿Qué son?
¿Qué es el hombre? Tampoco nadie sabe.
Tal vez por eso pregunto y voy y vengo incierto.
Y ando de misterio en misterio,
de color en color, de símbolo en símbolo, de sombra en sombra.
Y todo es una extraña melodía en esta selva
en la que estoy definitivamente perdido.

PURO ASOMBRO

Las mariposas rondan el espejo.
Tiembla el corazón, tan solitario.
En el jardín cercano
el perfume rompe distraídamente sus veleros.
El aire tiene perfiles raros. La sombra es casi aroma.
Y en toda la casa el silencio impone sus brevedades de oro.
Dentro de mi hay claridad, verano, puro asombro.
Y, claro, tiempo detenido: espuma
que nadie puede aprisionar, gotas de un vivir vivido, irreparable.
Todo vibra: las casas, las paredes, las puertas,
las mesas, las sillas, las ventanas. Los libros tan habladores,
el techo y el piso tan francos, todo vibra.
En reposo estoy. Miro hacia la calle. Veo las nubes vagabundas.
Recorro el día. Y me paro a esperar la noche
con los anillos del enamorado. Pienso en ella
y pienso en el mar. Pienso en el mar y estoy, de pronto,
perdido en su espuma. ¡Oh soledad sin término!
Pequeña isla de pensamiento. Día claro y quieto,
de puro asombro.

MEDIODIA

Es mediodía. Brilla un mar de cosas.
Sentado estoy en el balcón. Miro las calles
que como yo no saben nada. Perdido
en las nubes espero. Surge
una pequeña flor. El naranjo
ya tiene azahares para el día domingo.
Todo es blanco.

Si viniera Vang Gohg se llevaría una sorpresa.
Ya se que es la hora, la estación.
Porque en otros instantes todo es verde.
Hojas, árboles, casas
y hombres se tornan de verdes increíbles.
Así es el lugar. Aquí la naturaleza manda. Gobierna.
Ensaya colores y formas difíciles.
Cuando llueve, todo se cubre de agua.
Y cuando la sequía viene, todo se torna amarillo.
Gauguin encontraría esto hermoso.
Andaría por el bosque a la caza de muchachas.
Pleno de sol, de lluvia, de tierra, de cielo,
plantaría su casa en un pueblo como este. Y esperaría
la llegada del mediodía para ver el sortilegio del sol.

El trópico está preso en la luz.
Es un peligro vivir en él.
La violencia preside todos los actos.

Es mediodía. Brilla un mar de cosas.
Sonámbulo, el tiempo viste blancos precisos.
Arriba, afuera, en todas partes florece
la luz.

CIEGO AFAN

— I —

Adiós digo al vecino,
al hermano,
al dios que me empuja,
al aire, a la tormenta.
Adiós a la muchacha que se quedó
perdida en mis poemas y nadie pudo
borrar, ni el tiempo, ni los viajes,
ni las lluvias. Y está en mi
a pesar de la oración que nunca
dije. Adiós a las corbatas,
a los zapatos viejos, heridos por el tiempo.
Adiós al traje aquél tan mío,
compañero de bodas,
bautizos y entierros. Adiós.

— II —

Me voy
hacia los ríos, pez
en busca de la luz.
Navegaré la bruma.
Dormiré en los helechos
como la forma de antigua canción.
Alrededor mío, sólo el recuerdo.
Ni libros, ni palabras, ni voces
que me llamen. El agua nada más rodeándome,
dejándome nadar hasta la orilla
de mis propios sueños,
de mis propias venturas.
El ojo abierto, y en mis alas
acaso la prisa de llegar, de ir,
de venir y volver.
Toda la aventura del ciego afán
de amar, de estar aquí,
sin poder estar allá.

TIEMPO DE RECORRER CAMINOS

— I —

Vamos, amor, a recorrer caminos.
El tiempo rompe afuera sus relojes.
Todo es propicio para iniciar el viaje.
Ven, no temas.
Tuyo es el día y mía es la noche.
Tenemos junto a nosotros a los hijos, la cosecha mayor.
Y mi corazón, jamás ha sentido como ahora este llamado.
Vamos, amor, sube hasta las escaleras del sueño.
Desciende luz primera sobre las flores del verano.
Camina sobre las antiguas palabras, esas que guardo
entre los libros, siempre a la espera del poema
que no logró terminar. Camina, amor, sobre nubes
y ciudades. Para nosotros no hay horizonte. Todo es cielo
o mar. El fuego que llevamos dentro.

— II —

Vamos. Nos espera la tarde y sus vientos amarillos.
Es nuestro el canto. Y en torno de las cosas, la luz se ha vuelto
pajarera. Todo es terso como hoja recién lavada por la lluvia.
Tengo en mis manos las llaves de la infancia.
Oigo al padre que viene por el largo corredor.
Los hermanos corren por el patio,
sueltos venados de una fábula casi perdida en la memoria.
Madre no está. Nunca estuvo, excepto aquella noche
en que tuve fiebre y caí en cama y llegó el médico del pueblo
y me devolvieron a la vida los rezos de un viejo pastor.
Esa vez si vi a madre entre los cristales de un sueño.
Nunca hablé de ello a nadie. Madre estuvo junto a mí
y se hizo el milagro de todos los días. Tomé a los pájaros,
a los árboles y a los ríos.
Basta de recordar. Aún es tiempo de recorrer caminos.

— III —

Vamos, amor. La vida es nuestra. Aprendamos un poco
de la hormiga. Sintamos la terquedad del viento.
Somos ala, corazón de la nieve, lluvia que lava
el ojo entristecido. Vamos, sandalia,
tuyos son los pasos. Camina. Deja tus huellas
en bosque, ciudades como viejos museos, trenes,
buses, hoteles, calles y bulevares. En todo sitio
siembra tu amor, roba privilegios al tiempo, destrúyete
en ti mismo. Has prevalecer tus lámparas de asombro.
Sueña, amor, sueña.
Y al vivir asi, intensa, dí al caminante
"aún es tiempo de recorrer caminos".



Roque Dalton

Nació en San Salvador, el 14 de mayo de 1933.

Es el más prolífico de los poetas que empezaron a publicar en 1956. Muy seguro de sí, sus poemas son edificios verbales con insólitas relaciones entre elementos opuestos, contrarios; una zona surrealista ha enriquecido su expresión; aunque ésta, en ciertos poemas, nos parece pura retórica; demasiadas palabras, palabroso, mucha literatura en su poesía. Siempre hizo una poesía de ruptura, inconforme en todos los órdenes. Sabe integrar sus experiencias políticas con la poesía. En sus mejores poemas como Taberna, la palabra quema, incendia, aunque no sea dominada a cabalidad. Vivir fuera del país le ha hecho mal, ha perdido el contacto con nuestra realidad; en sus últimos poemas sobre El Salvador y las cárceles de aquí, encontramos un vacío, todo es metafísico, y las prisiones, como El Salvador, no son tanto, existen de una manera galopante y no sólo en la literatura. Tiene que venir a tomar contacto con su patria para no quedar en el aire. Los recuerdos siempre se agotan y esto es catastrófico para un poeta como él.

Ha publicado: La Ventana en el Rostro, Colección Los Presentes, México, 1961; El Turno del Ofendido, Casa de las Américas, La Habana, 1963; El Mar, Ediciones La Tertulia, La Habana, 1964; Poemas, Colección Contemporáneos, Editorial Universitaria, San Salvador, 1968; Taberna y Otros Lugares (Premio Casa de las Américas, La Habana, 1969.

HOTEL GERMAN AMERICAN

¿Esto es entonces olvidar el desorden?

Porque librarme de ti de tus jardines castigados
por la arena caliente (siempre de paso)
es como abrir la llave de la cañería muerta
mimar al último sorbo de agua
antes de dedicarse a pasear por el fuego.

Ah de mi patria ay de mi caverna:
me cuestas muchas bestias heridas de fatiga
demasiadas desnudeces que el miedo frecuentaba
(pues para ti decir "dos lirios" "largo decoro"
"padre de los violines" "tonel de Hegel"
no causa heridas en los labios):
querida pastorcilla de verdugos
condenados a ser verdes y jubilosos!

Abajo encienden la luz me sobresaltan
pero tu risa de gata reina en casa del abuelo
sigue oyéndose
el silencio no es tu único caldo de cultivo ahora lo sé
también el casi sueño sembrado de alaridos lentísimos
para él me envías ángeles y culebras
niebla salada que sube de las lágrimas
voces que se pronuncian como cilindros de oro.

¿Hasta tu olor a Lazareto debe crecer a mi lado como un hongo?

¡Cómo abates postigos y ciegos túneles buscándome
climas de ocultamiento cómo decapitas
kilómetros y kilómetros sólo desnudados
para las noches de la nieve cómo corrompes
sendas calladas cumbres cómo empequeñeces!

Me da pena pero yo seguiré caminando
bordando mi huída risueña como todo el mal que hice
volaré
me iré a Rusia a morirme a resucitar
o simplemente a oír dos conciertos como témpanos (dos)
remaré durísimo sobre mi pasaporte falso
ebrio de malos vinos cantando
alguna canción rencorosa y nostálgica
me iré a olvidar al idiota que soy
ciego de tacto ciego
a quien importa apenas advertir del alud.

¿Cuándo distinguirás entre las rosas y los fusiles?
¿Cuándo aprenderás a no boicotear en el velorio?
¿A no pellizcar a las muchachas mientras se planifica el exterminio?
¿A no malcriar a tus dulces enemigos de juguete
como perros a quienes salvas de la peste con un collar de limones?

(Algún día le deberás dar pao-pao a tu alma loca
después de llamarla alma de idiota:
—"Bella alma de idiota pon las nalgas".

Mientras tanto te conviene ser cauto:
bastará con llorar para que te veas metido a profeta
y
es tan incómodo llenar los bolsillos de proverbios!

Al fin y al cabo
el aroma del viejo lodo ha sido cosa de reyes no vencidos
que aún aullarían de no haberse ahorcado en la trivialidad.
Teme pues el arrepentimiento —como diría Elliot).

AHORA HAN APAGADO LA LUZ
ES TIEMPO DE QUE SUBA ALGUIEN (EL MUDO POR EJEMPLO)
A COBRARME LA RENTA.
"¿Por qué tiembla la honradez y, como un asesino.
busca refugio contra los reproches de su inmortal condición?".

Deberé decirte adiós hora tras hora
hasta que la palabra se grave en mi lengua como con fuego
y ya no pueda decir ninguna otra:
sólo entonces podré darme un perdón con suficientes pétalos.

Ah matadero mágico que me pueblas:
sonríe con furia me dices
descolgando tu cetro de macerar corazones
tus arpas de jade y calabazas y crines de monstruo:
éramos tan sólo los que tejíamos los pactos
con el equivocado que acechaba la mejor tumba
y ahora somos los que podríamos testimoniar
pero sucede que hemos hurtado el oropel de la taberna.

Nubes vírgenes: vomitad sobre nuestra vergüenza!
Hasta los abismos enrojecieron y pidieron su saco de ceniza!

Carcajadas eso es befa befa: así se contonean las mascotas

en el gran circo de la civilización.
Pero fíjate que hay un enano junto a la salida
con una pistola y un indulto:
te acusarán de merecer botín de príncipe.

Dignatario
—dirán—:
¿dónde quedaron tus astillas?

Aférrate a la furia escarlata
nómbrales ese color memorable para engordar la cadena
(porque eres lo peor: un suicida hostil).

YA GOLPEAN LA PUERTA SOLO LOS MUDOS
GRITAN ASI EN LAS COSAS.
ME COBRAN ADEMAS HABER ROTO LA BOMBA DE AGUA DEL
[EXCUSADO:

BEBI MUCHO ANOCHE Y LA PACIENCIA NO SE REPARTIO
[EQUITATIVAMENTE.
MI VENGANZA ES DESTACAR EL POLVO LAS CAGADAS
DE LAS RATAS Y EL RUIDO DE UNO DE LOS INSECTOS
(ESCAPAN COMO DIABLOS DE LOS CUARTOS VECINOS
DE SU CRONICO HEDOR A MARIGUANA). BUENAS NOCHES.

Ah tus prados donde el color del té sería despreciado
riqueza mística que quema sin llagar
dueña de todo y de mi despedida:
adiós tiene una letra más que amor

por eso lo derrota sin burlarse
desusada piedad en ese pozo
orden con alas de agua
de títulos de astucia te hacen reo perfecto.

Por eso es que me voy:
ya me sobraba la cabalgadura.

¿Quién habla entonces? ¿Con quién hablo?
¿Alguien con su peor cara ha venido a callarme?

Toda mi falta sea cierto desgano en el idioma
trunca espina de música entre los graznidos:
se que la reconciliación también sería devorada
por pálidas aves conminadas a la ferocidad (tú único cortejo).

Sombra: tu edad en mi rejuvenece las piedras preciosas
da bofa niñez al río peor contaminado.
Sombra: conquista tan sólo para mí
tu cara de madre.

Ya que la soledad tiene dos grandes cuerdas y el alma de araña

suyo soy y no he de abandonarla
por ningún rostro que sea parte de la multitud.

No diga nadie que mi alegría es la del cordero:
lo es tan sólo porque me fastidia borrar los pecados del mundo

refrescar la paz sin saber mi nombre final.

¡Oh aborrecible desventura!
Por eso me voy. (Creo).

Y para ti (la otra) (cuerpo de cierva en el instante de escapar, etc.)
diré que venero tus lágrimas secretas
tu dolor que habría hecho temblar a quienes suelen preparar las guerras.

Tú eres yo mismo desde entonces:
para besarte basta besar la mano que te palpó los goces
(claro que en ocasiones se me vuelve puño
y hago como que te odio mordiéndomelo).

¿El parque aquel? Detesto los lugares
mi puerta sólo se abrirá en adelante para las circunstancias
para todo lo que tan sólo engendre abstracciones errantes
por el santo temor de tropezar.
Lo mismo quede dicho sobre aquella sonata
y sobre esa canción llamada "Ansiedad"
que canturreaba un negro muerto.

Ustedes no se ocupen
tengo más cuentas salvajes que pagar
incluso la de haber salvado ciertas vidas
y haber proclamado que sólo la necedad es diabólica.

Oh animal revolcado en las sociologías
obsedido por lo sexual: es tu turno.
¿Bailas? ¿Confiesas? ¿Osas? ¿Te engusanas?
(Servidumbres de ardor son epopeyas diría El Sudoroso
la muerte indigestión de puntos finales: una simple retórica).

(El hastío: he ahí el motor).
(Pero entonces sobrarían los himnos).

(Si valiera la pena despertar antes de maldecir
no se te negaría la razón).

(Ja! Sin duda resplandecer es un derecho sagrado
no pidas perdón por ello).

Por eso me voy
sabiendo a odio
lejos.

(Y descifrar cortas cárceles —para decirlo en otra forma—
en sólo insistir en ese orgullo).

(Bien: eso te pone pálido
te sienta más o menos que las fiebres).

(Pero con éste serán como treinta países de los cuales dar cuenta
mientras a tu espalda alguien lleva ojos de muerto).

(Reír es tu fecundo sacrilegio de réprobo
—severidad deliciosa "disciplina de los contratiempos"—).

(En las fotografías surges húmedo
como quien se levanta de pianos dejados a la intemperie
jugándose los éxtasis al póker.
Es una manera de decir).

(Balas doradas para matar con el alba
visiones de objetos de hierro
bichos acongojados en humear y ser frutos que la envidia levante).

(Qué cosas tienes: escoger entre Rusia y la soledad. ¡Aleluya!

En fin:
confesar es uno de mis vicios menos satisfechos no puedo evitarlo:

yo
el que desaparece renuncio
por ejemplo
a mi pertrecho de perfiles
al privilegio de dar nombre
a lo que iba a ser nada más una pregunta
renuncio a ti (vegetación y lava) a ti (carne siempre vecina)
renuncio a la misericordiosa maldición
a la gran sed de hiel
al hambre de minúsculos vértigos
renuncio a la renuncia
digo a comerme por los pies
digo me engullo
fui
(es el sueño).

EL OTRO MUNDO

I

Mi vieja piel
la de culebra
mi piel de pelo pálido
soportando las olas de la lluvia
mi cuchillada riente
mis rodillas
solemnes en su decrepitud
a través del andrajo

Mi amado cuerpo puro que se mantuvo lejos
de la mujer entre las garras del verano
mi pie triunfal mi pata inexpugnable
por las espinas de las rutas remotas

Mi mugre mi orgulloso
desprecio para los días de los hombres
mi brazo y mi bordón como dos viejas
madres de río seco
mis huesos de ceniza y saliva
mis venas apagadas
mi desesperación de dientes amarillos
batiéndose con máscara
de risa en retirada final

Mi amor el olvidado
gesto de adolescente taciturno
mi miedo de varón
mi valentía de varón miedoso
el cansancio que me hace
caminar

II

El diablo y dios la misma cosa
el ala de los muertos
suena en la noche con el mismo miedo

Todo es igual tan sólo fuerzas lentas
dormidas tócale al hombre despertar
para ocupar los hondos secretos de la vida

Yo sé lo que digo
la química del rezo
negro me basta para honrarte los pasos
la voz diseminada de las hierbas
te mezclo en poemas nunca tocados por el sol
soy el único libre
el único sin amos
bajo mi techo de flores apagadas

Duerme en un ataúd de pino rojo
así no he de morir así será mi muerte
un sueño más un despertar
simplemente aplazado

Contra el gusano blanco
mi carne y su cristal de maravilla
mientras el mero yo con Tlaloc de la mano
caminará en las gotas de la lluvia
sobre los árboles y el mar.

DE LA VIEJA INFANCIA

I

LLAVES DE LA SALVAJE INOCENCIA.

Espantar una mosca gritar sobre la sombra de una piedra
repercutir en las bodas tan divertidas del garage a oscuras
no pensar sino en grandes borlas rosadas en grandes borlas
que destrozan los pumas cotidianos con toda la mala intención
soportar la infamia del ya no juego del voy a decirlo todo a mamá
ser un gran hombre en las empresas del patio fangoso
donde la lluvia es el cadáver de la abuelita por repartir
y los fantasmas son vasos de leche a gran velocidad
en las manos de todas las ayas NIÑO POR DIOS POR ESO
TA TAN FLAQUITO EL LINDO
entonces es como cuando duelen los dientes
o cuando esa vez del colegio en que nos orinamos para siempre
época en que uno no sabe nada de la época
época de no propugnar de audacia sonámbula
como si fuera de coral escondido
pues sin esperar los testigos allá iba
época de llegarse hasta la rueda de caballitos a resolver el amor
época de nuestro icebergs de polvo
de nuestros propios mónstruos adecuados
de nuestra propia manera de volar de matar indios
sólo que la gran alianza ya había tomado posesión de nosotros
qué fregada
y estaban los ojos de los demás por todos lados de los ojos de uno
y de repente era ojos no más la vida
y lo peor que uno todo desnudo sin su disfraz ni su mala palabra

sin su vestidito de dolor que tan bien luce
sobre todo sabiendo entornar los ojos como se debe
ya uno no era uno pues
era uno y los demás y no era hora qué iba a ser
hora de averiguar quién era el ciego
porque además estaba la neblina de la noche el miedo
el vértigo de la soledad desesperada y larguísima
una como amenaza de quedarse sin que el más odioso
de esos peludos grandotes de esas viejas forzudas
te condujera de la mano hasta el otro lado seguro de la calle
vete a saber qué pensaba uno entonces de la cordura
de las cabelleras ahogadas por los libros huesosos
de los sumergimientos en la riquísima tumba de la cama
de la riquísima ola de acostarse con Ximena
de ese momento en que aullamos contra nosotros mismos
y que después da risa y deja unos escalofríos chiquitos
como perritos de lana saltando sobre un nervio que debe
desembocar en el corazón
La cosa era difícil pues y aunque el gozo
a menudo venía haciendo gestos tímidos
no hay forma de saber cuál fue la clave de esos días
si la aventura de pasto en que no era malo traicionar
si aquel Dios atenuado por las ofrendas que le conseguíamos
si la crueldad usada bañar al gato más orgulloso de la casa
si la obediencia apagada ay si la obediencia
que nos hacía rodar tan lejos de la fe en las grandes alas del gavilán

II

DESPERTARSE

Sólo nadar en mamá era fácil
la pereza de la mañana era nuestra Torre de David
relojes como el gran loro invisible en la techumbre de la selva
irrumpían volviendo luciérnagas
la espada del primer rayo de luz
y uno se rascaba como guitarra
dejando entrar por la ventana la profecía
reclamaba el insecto verde de ayer
añoraba el cadáver decaído del último globo

oteaba el tumulto fantasmal
de los cien soldaditos descabezados
rodeándonos sin tregua
contra cada gota de la habitación
muebles como cordilleras con fama
paredes amoratadas por sus mutuos mensajes
techo que comenzó en la fiebre
y se mantuvo ahí aplastado
contra el cielo que debemos buscar en la calle
sobresalto diario que no hallamos bañados
por los juguetes del amanecer de Reyes
sol en ocasiones coronado por los pájaros
preparándonos la vacación del rezo
plática pálida con la Virgen María
emergiendo de pétalos de Mayo y violines
con una varita mágica que comenzaba a germinar
y hacía pensar en no sé cual raíz catastrófica

(Querida mamá querida Genoveva buenos días
yo llego hasta donde llega mi nariz
hasta donde estornudar es hacerse polvo de agua
porque de agua es la cuerda de horca de la ducha
voy pues hasta la orgía de jabón
en cuerpo que aún no echa esas barbas
medianoche mojada sobre un tambor de cemento
como un cuchillo negro en el rango de un oso amarillo
la blancura es culpable confabulada
sólo que se deja ver

Perdónenme querida
esto es como la última riqueza del avaro robado)

CARLOS JURADO

Carlos Jurado es mi amigo llamado Carlos. De muchacho realizó mi gran anhelo: trabajó en un circo. Al morir el patrón, le heredó su mujer, la pequeña carpa descolorida, los juegos de magia y un león. Luego, Carlos fue morterista. Y luego, timonel de guerra en un gran barco guardacostas. Una vez se encontró con cuatro ballenas encalladas en una playa de México y trató de remolcarlas hasta una hondura fehaciente. Al no poder hacerlo y ver que sufrían mucho, remató a cañonazos. Pero hubo también otra ocasión similar para mi amigo Carlos. Fue cuando derribó la torre del loco. Carlos es así. Hoy por la tarde vino a casa a regalarme una revista y no pude hacerlo pasar pues yo estaba desnudo y él se hacía acompañar de su mujer, Chi-Chai, que lo ha de amar mucho, a juzgar por la forma que toma su voz cuando dice Carlos.

RITO PARA QUE NAZCA UNA FLOR EN LA GRAN PIRAMIDE

Aquí te dejo este buchito de agua
pirámide del sol en la cúspide
para ayudarte contra la calcinación del mediodía
la vejación de ese rayoso dios que es antigua en tu contra.

Todos te pisan y te traen polvo
abofetean con los pies tu gran hinchadura de piedra
te arañan y te orinan en idiomas molidos
pero nadie recuerda que la frescura fue tu mejor ceremonia.

Por eso yo te traigo este buchito de agua
el río y yo te lo depositamos en la frente
para que tú sonrías y pronuncies una flor.

EL PRINCIPE DE BRUCES

Era la hora de la injuria la fugaz época de la maldición
cuando mi padre recomenzó en mí otra prueba.

Yo era el único súbdito que le quedaba a su locura
y aunque hasta entonces solía abofetearme de cuando en cuando
me hizo el honor de confiarme la marca negra de la ceniza de la frente.

Era noche para el gentío sin antorchas
por el clima propicio y el olor de la selva
pero a la sazón estábamos solos y como con temor de avergonzarnos
de tal manera que mi padre fue rápido en la consagración.
Me abandonó antes de que me lavase el rostro en su presencia
con agua despaciosa del cenote sagrado.

Decidí no destruir antes del amanecer la marca mágica
decidí descubrirla a mis ojos mirándome en el agua
sabía que con ello pisaba en un terreno mortal
pero más fascinábame la ascensión a la sabiduría.

A los tres días me encontraron muerto
rodeado de aves de rapiña muertas
mi padre fue por agua al pálido cenote
y me lavó la cara sin llorar.

Si Uds., queridos Padres del Colegio,
doctores de la Facultad,
señores Magistrados, Ministros,
papá y mamá,
Tenientes-Coroneles,
hubieran ingresado en su tiempo
al Partido Comunista
(y quedádose ahí)

yo aún estaría
en algo así como el Partido Demócrata Cristiano.

Pero ahora no tengo más remedio.
Y no niego que me hace en ocasiones temblar
esta inmensa responsabilidad!

Os conocí tan puntillosos, serios. . .

AL GENERAL MARTINEZ

Dicen que fue un buen Presidente
porque repartió casas baratas
a los salvadoreños que quedaron. . .

A MANUEL JOSE ARCE

Todo está
muy bien.
Pero quien fundó el ejército, fuiste tú.
¡Tú!

JOSE MATIAS DELGADO

Te imagino como a ese abarrotero español narizón y fornido
pero con una tenue halitosis pugnando por quedarse
lejos de ti en el día
perdida entre los terciopelos de tu almohada.

Fumabas a escondidas de las viejas
te irritaban las confesiones sórdidas de los cuarentones
eras estrepitoso en el resfriado
amanecías a veces ojeroso
erecto el corazón.

¿Qué quería la patria
esa de los escudos y el taratí de las trompetas?

POEMS IN LAW TO LISA

"Vámonos! Vámonos! Estoy herido..."
César Vallejo.

I

Lisa:
desde que te amo,
odio a mi profesor de Derecho Civil.

¿Puedo pensar en compraventas
con rostros de ventana de cárcel,
en la teoría de la causa que me parece un túnel
lleno de grillos rojos y de raíces que se frustraron sin el sol,
en hipotecas con tuberculosis,
en el registro
de la asaltante propiedad raíz?
¿Puede pensar en eso, digo,
si tengo en pos de mi ansia tus grandes ojos simples
y oscuros como un lago nocturno,
tu voz reciente como la fresca madrugada de mañana,
tu aroma musical —oh, fugitiva—
que guardo entre los dedos de mi mano derecha?
Lisa, la transparente
hija del aire:
tu desnudez me pide
el matutino sol de la pradera,
mis manos descendiendo desde la flor del agua
para salvar tu sangre
de las arterias verdes de la grama.

Y yo, pobre galcote de este siglo,
siervo inconcluso del hastío y la sangre,
te escribo y te amo mientras todos hablan
de los contratos de adhesión.

Ah, Lisa, Lisa, estoy
completamente herido.

II

Pobre de mí, querida,
solo con mi terror entre los Códigos,
estudiando Derecho con carne de presidio,
negando el cielo entre muchachos gordos
que creen firmemente en los rinocerontes,
pensando siempre en encontrar un bar
en donde si quitáramos las mesas
quepan la madrugada y tú junto a mis ojos.

Pobre de mí, pobre de mí,
que soy marxista y me como las uñas,
que amo los suaves garfios de la arena,
las palabras del mar y la simplicidad de las gaviotas,
que odio los Bancos,
las inyecciones de complejo B,
la nocturna crueldad de los motociclistas
que lanzan rudas piedras al ángel de los sueños;
pobre de mí, querida,
pobre de mí,
pobre de este muchacho que nunca hirió a los árboles,
a quien todos exigen estos días
que lea amablemente a Jellinek,
que se acueste desnudo con las tarifas aduanales
y así jure ante el viento que el juez es superior al asesino.

Ah, Lisa, Lisa, estoy
completamente herido.

POEMA PERSONAL

"Como casi todos los revolucionarios, yo me eduqué en un colegio jesuita. Ahí se me vino abajo el cielo".

Rafael Alberti.

Usufructuándome con cánones
expulsatorios de la última mariposa de mis venas
me dijeron desde detrás de sus anteojos
canas barrigas y respetables apellidos:
en cuanto no eres más que un hombre proyectado
un sucio desarrollo adicional concuspiscente
un libre albedrío de barro para la humildad
he aquí tu cauce:
por hoy la escuela plena de rosarios la santa misa diaria
los pantalones cortos el latín el fútbol
el preocuparse obligatoria y verbalmente por el prójimo
una vez por semana el no fornicar definitivo
(excepto con el profesor de Religión) el diezmo inolvidable
el apartarse puro el huir bendito
del mundo y sus horribles pobres el ayuno los viernes
el hartazgo ese de santificado dieteticismo
de huevos y legumbres
la humildad la humildad la penitencia
por hoy dijeron es suficiente para tu alma pequeñita
como el culito de un gorrirón

Crecerás por desgracia
prosiguieron
la responsabilidad contra Satán
irá contigo hacia el tamaño
cambiando formalmente la cuestión y sus pasos
la humildad la santa misa siempre quizás un estipendio
para pasarse unos añitos en la Universidad
el acendrado amor a un capellán las leyes
el Derecho Civil la anatomía
la Resistencia de los Materiales la humildad
el no meterse en política absoluta (excepto
guiado por el profesor de Religión) la humildad
quizás sin que esto signifique boato innecesario
un buen empleo en el Gobierno un colorín diploma
de bendición papal
una mujer que vaya a misa una tarjeta
para llegar al Country Club y vomitar si quieres
junto a un primo hermano del Ministro la humildad
un chillante vestuario
de treinta piezas la humildad
un Chevrolet y la humildad eternamente la humildad
la sumisión
a la jerarquía eclesiástica la limosna
la oración los ascensos raudos la santa
misa los domingos la ciega aceptación
del característico orden divinamente establecido
de las cosas la evidentísima desigualdad y luego
la paciencia la persistencia en la actitud
que para entonces ya tendrá desarrollada la humildad
hasta que los anteojos la barriga las respetables
canas la heráldica
griten tu anatomía separada
de la condenación

LOS LOCOS

A los locos no nos quedan bien los nombres.

Los demás seres
llevan sus nombres como vestidos nuevos,
los balbucean al fundar amigos,
los hacen imprimir en tarjetitas blancas
que luego van de mano en mano
con la alegría de las cosas simples.

Y qué alegría muestran los Alfredos, los Antonios,
los pobres Juanes y los taciturnos Sergios,
los Alejandros con olor a mar!

Todos extienden desde la misma garganta con que cantan
sus nombres envidiables como banderas bélicas,
sus nombres que se quedan en la tierra sonando
aunque ellos con sus huesos se vayan a la sombra.

Pero los locos, ay señor, los locos
que de tanto olvidar nos asfixiamos,
los pobres locos que hasta la risa confundimos
y a quienes la alegría se nos llena de lágrimas,
¿cómo vamos a andar con los nombres a rastras,
cuidándolos,
puliéndolos como mínimos animales de plata,
viendo con estos ojos que ni el sueño somete
que no se pierden entre el polvo que nos halaga y odia?

Los locos no podemos anhelar que nos nombren
pero también lo olvidaremos . . .

TABERNA
(Conversatorio)

Los antiguos poetas y los nuevos poetas
han envejecido mucho en el último año:
es que los crepúsculos son ahora aburridísimos
y las catástrofes, harina de otro costal.

Por las calles que aprendo de memoria
cuerpos innumerables hacen la eterna música de
los pasos
—un sonido, he aquí, que jamás podrá reproducir
la poesía.
Y todo, ¿para qué?
Para que su eco polvoroso se aglomere
en este que fue patio de reyes!

No me vengan a hablar del misterio, desvelados,
amantes de ancianidad especial
a quienes el mundo parece deber pausas:
¿alguien resolvió el del ombligo?

No lo dice por ponerse grosero,
ni yo trato de subrayar su gusto dudoso,
pero, en verdad, ¿alguien resolvió el misterio
de un agujero tan simpático?
Ruta del origen, mucho más importante
que las dobles políticas para sobrevivir,
¿carga de qué energía retenida
en su nudo al revés?

DITIRAMBO SALIVOSO DEL ASNO, GEOMETRIA
DE MEDIO PELO: CASI SOLO EL OLVIDO ES FUENTE DE
PERFECCION.
Y EL SOSIEGO, ESA ELEGIA DE LOS PEORES MODALES.

Vale más una ronda de cerveza,
una elevada voz de nostalgia
clamando por las brisas del mar,
la mención recatada de las tetas de Lucy,
algún gesto salvaje
que borre cualquier erróneo respeto
en nuestro derredor.

HURRA! CLAMAMOS POR UNA PATRIA DE INFANTES
SALUTADORES,
UN PAIS SUNTUOSO Y PURO COMO EL VASO DE LECHE
DONDE LA COLEGIALA MIDE SU CUTIS DEPLORABLE:
NINGUNA COMPLICACION, PROFILAXIS DE LA
CONCIENCIA, DEBER
SOLO ANTE NUESTRA RAZA INOCENTE.

OS DIGO QUE ESTA LOCO: ES DE CONFIAR

Los astrólogos son unos farsantes.
Perdón: quería decir eso de los astrónomos.

QUEDAS TEMPORALMENTE PERDONADO,
SANTO-BUEY-MUDO, CALMATE.

En cualquier forma, los tiempos cambian,
esa es una verdad concreta como el alpiste:
cuando yo era católico (antes de 1959) *el sexo tenía*
Mucha gracia
pero la manía del espíritu científico
me lo echó todo a perder.
No todos sus fiascos preciosos accidentes
en el venerado gabinete de Química,
derrotas a mi talento ganadas por el solenoide,
embrolladas por la función del músculo risorio de
Santorini.

POR CIERTO QUE PROFETIZO FRAGORES DE
SERIO ESTETICISMO:
ANTES DEL GOULASH SUPLICADO
VENDRAN MUCHAS PALABRAS DE LA OROPENDOLA,
ETCETERA.

Insisto: no recuerdo un round mejor
que luego de los ejercicios espirituales,
hembras mejores que las que conseguíamos en la misa
de las once.

NACI DENTRO DEL SOCIALISMO:
SI A ESO SUMAMOS MIS LECTURAS FURTIVAS DE JOYCE,
MI DERECHO A DECIRTE LO SIGUIENTE RESPLANDECE:
REPITES
IDEAS DEMASIADO VIEJAS.
LA SALVACION DEL ALMA, LA HERALDICA:
ES DE GRAN ELEGANCIA BOSTEZAR.

Bueno: eso es otra cosa: el taxi es una gran
institución,
sólo se diferencia del verano en el sol y otras hierbas;
yo personalmente le tengo mucho respeto, obstante
ligeras diferencias.

BUENO PADRES DE FAMILIA DEL MUNDO,
UNIOS!
NO TENEIS NADA QUE PERDER, SOLO LAS
GANAS DE NO HACERLO!

Otro invento crucial es el temperamento:
lo prefiero a las tarjetas de visita
porque es noble como los cubitos de hielo de un
club inglés,
tanto más placenteros cuando en la calle la tormenta
amenaza.

Oh Lucy, ¿por qué no me clasificas
entre los insectos que amas?
Todo es cuestión de atravesarme el cuello
con un alfiler de mi tamaño
y colgarme entre las crisálidas
con un hermoso rotulito blanco: sábado.
El aire tibio entre tu ropa y la juventud
es el aceite que me he destinado, oh equivocado dolor,
pues en tus ojos surgen bocanadas de un humo
invisible

cual si confesaras de pronto ser hija de una religión
    prohibida.
Peregrino eterno pero dejado de la sabiduría
persigo tu verdad, que es falsa y bella.

LOS POETAS COMEN MUCHO ANGEL EN MAL ESTADO,
Y SI ME ALEJO DE ELLOS ALGUN DIA ALGUIEN ME DARA
    LA RAZON:
PARA MI CHURCHIL, EL GRAN CHUPA-HUMO DEL
    SIGLO,
UNA ESTRELLA DEL FUTBOL COMO PELE,
UN PASTOR DE ALMAS,
UN JUEZ,
ALGUIEN QUE TENGA SU EJE SIN UN RICTUS DE
    TIRABUZON.

Espigo en tu alma, amor mío, en mis sueños,
y la primavera no depende de que huya el invierno:
mi naturaleza cobarde persigue siempre una solución
cuidará que anochezca nublado
y de que todos los cuchillos estén en el fondo del mar.

TENER UN EJE EN LA VIDA ES LO MAS IMPORTANTE
    DEL MUNDO,
LA PRUEBA ESTA EN QUE EL MUNDO TIENE TAMBIEN
    EL SUYO:
AH, QUE POBRE GORDITO, LO QUE LE PASARIA SIN EL

CREI QUE SE ME HABIA DETENIDO EL
    CORAZON!

CARTAS YA LEIDAS,
JOYERIA DAÑOSA DE LOS BOLSILLOS,
MEADAS DEL BUHO DOCTORAL EN LOS HONGOS
    DE LA BORRACHERA,
FUERA DE AQUI!

En las paredes, frescos de fechas olvidadas
son fanfarias brillantes en loor a la cerveza,
moral irrompible la que nos atisba desde el fondo
    del polvo (repito)
como el dinero de los hombres en la casa del caracol.

Espulgo tu alma, amada mía y de mis ensueños
surgen volátiles huevos de piojos
iguales a ínfimas pompas de jabón hechas con una aguja hipodérmica.
Regio: creo
que he perdido el tren:
caen todas las puertas
y la noble visión de tu lecho resplandece más y más.

LA VIDA MODERNA SOLO TIENE SALIDA PARA LOS
SANTOS
SOBRE TODO PARA LOS SANTOS METIDOS A GIGOLOS
QUE SE ANUNCIAN CON VILES TROMPETAS
MIENTRAS ENHEBRAN CUARENTA Y SIETE FESTEJOS
DE ORDAGO
(ASI SE FORMAN LOS CONJUNTOS MUSICALES MAS
COTIZADOS:
CUESTION DE UBICUIDAD ELEMENTAL).

Cumple ahora con tu deber de conciencia
(sería igual decir: "tus obsesiones"),
di que pensar en el comunismo bajo la ducha es sano
—y, en el trópico al menos, refrescante—.
O sentencia con toda la barba de tu juventud:
si el Partido tuviera sentido del humor
te juro que desde mañana
me dedicaba a besar todos los ataúdes posibles
y a poner en su punto las coronas de espinas.

PERO ESO ES CONFUNDIR EL PARTIDO
CON ANDRE BRETON!

DE LO QUE SE TRATA ES DE HACER MAS FRECUENTES
ESTOS RECONFORTANTES VIAJES HACIA NOSOTROS
MISMOS,
CONSTRUIRNOS LOS BOSQUES BALSAMICOS
SUFICIENTEMENTE FUERTES
PARA DILUIR SIN DAÑO NUESTRO ALIENTO FUNERAL,
DARLE SU CHANCE DE FLORECER AL VIEJO HUESO.

No busques otro camino, loco,
cuando ha pasado la época heróica en un país que
hizo su revolución,

la conducta revolucionaria
está cerca de este lindo cinismo
de bases tan exquisitas:
palabras, palabras, palabras.
Excluida toda posibilidad de terminar con las manos
callosas,
claro está,
o el corazón calloso, o el cerebro.

Soy Orfeo. Y según las reglas del juego
no me queda otro camino que descender:
El futuro que nos hace sudar no es cosa
nuestra,
es como la serpiente del encantador
cuando alguien habla de paz aprovechando
el sol
mucho mejor que el resto del mundo,
entre los sacrosantos folklores de penthouse.

¿GARRA HUMEANTE? LENGUA
DE PUAS,
OJO COMO UNA TRAMPA,
AIRES DE LA DEVORACION,
RUIDOS TRIUNFALES:
¿QUE COLOR QUEDA?
¿QUE COLOR FALTA PARA CERRAR
EL VERTIGO DE LA MONOTONIA?

Vale más otra ronda de cerveza,
una tranquila voz nostálgica
clamando por la prisa, a la par
que señale la lentitud del baile de Lucy.

Oye: ¿por qué no te mueres, pero de verdad?
Oye: ¿por qué no hacemos un pacto de coraje,
pero de verdad, de verdad?

Nos uniforma el ceño hostil,
¡brutales muchachitos de ilustre dicción!

¡EN CUBA NO SERIA ASI!
¡EN AMERICA LATINA NO PODRA SER ASI!

EN NINGUNA PARTE DEL MUNDO HAY
PUMAS
O DE EL SOL SOMBRA ROSADA
O FLAMEA LA COLERA COMO UNA
BANDERA VERDE,
POR ESO.

Todo podría ser tan sencillo
si no insistiera el hombre
en discutir su asunto con el bien y el mal:
clorato de potasio, ácido sulfúrico y gasolina:
lleno eres de gracia en tu frágil botella,
los señores caen contigo
(ya no se diga con los bazookas en la hora
de las bazookas),
bendito eres,
bendito será el fruto de tu llama:
porque el problema no es incendiar el mar.

Muy bien, pero aún queda el camino de Juan XXIV.
(No exageres.)
No exagero: el coraje es la mitad de la vida.
La otra mitad es la táctica.

¿AQUI? EN SECRETO: ACUERDATE:
CUANDO SUPISTE DE LA SECTA ORIENTAL
CUYOS MIEMBROS SE CORTAN A SI MISMOS
EL DEDO MEÑIQUE
¿NO COMPRENDISTE QUE? ¿COMO TODOS? ESE RETO
ERA PARA NOSOTROS:
NO BASTA CON DECIR QUE SON UNOS IMBECILES:
TE JURO QUE SI TU TE CORTARAS EL DEDO MEJOR
QUE YO
SERIA TU LACAYO POR CATORCE AÑOS
Y PODRIAS HACER TUYOS
MIS MEJORES PROVERBIOS.

SENECA, ESE MASOQUISTA ESPAÑOL.

Los poetas son cobardes cuando no son idiotas,
no depende de mí.
Ahora todos ellos escriben novelas

porque ya nadie traga los sonetos,
escriben sobre la mariguana
y otros equívocos menos brumosos
porque ya nadie quiere saber nada del futuro.
Y qué maleables son:
si comenzáramos a cortarnos los dedos,
miles de narices poéticas
iban a quedarse sin su vieja caricia íntima

NO HABLEMOS MAS DE POLITICA.

Bien: las remolachas se pudren en el campo por falta
de brazos.
Bien: pensemos en el suicidio con los sesos del sexo.
Bien: desde la punta del mejor tulipán la primavera
nos contempla.
Bien: tu patria ideal sería un bosque de monumentos
de mármol amarillo.

LA POLITICA SE HACE JUGANDOSE LA VIDA
O NO SE HABLA DE ELLA. CLARO
QUE SE PUEDE HACERLA SIN JUGARSE
LA VIDA,
PERO UNO SUPONIA QUE SOLO EN EL CAMPO ENEMIGO.
Al menos así debería ser:
si al comprar mi almanaque no hice mal negocio
estamos ahora en 1966.

Atención, coro vacuo, mi dedo índice sea
Vuestra estrella de Belén:
"A un soldado que lucha en la frontera,
Catalina entregó su corazón. . ."

Ironizar sobre el socialismo
parece ser aquí un buen digestivo,
pero te juro que en mi país
primero hay que conseguirse la cena.

No hay duda: es un cobarde:
sólo el cinismo nos hará libres, repito,
citando ideas vuestras.

Esta conversación podría recogerse como un poema.

¿Para qué? ¿Crees que asustaría a alguien?

No. Las únicas personas que todavía se asustan
son los organizadores de los boy-scouts
y sólo con respecto a unas culebras centroamericanas
llamadas tepelcúas.
Yo lo decía porque
cualquier blasfemia
revela su elevado sentido moral
si le construyen una estética de respaldo.

Además está el problema de la sintaxis,
uno debe darse su puesto.

Aquí tienes a Sartre traído de los cabellos como un
sedante:
"Nombrar las cosas es denunciarlas".

EL PROBLEMA ES QUE SER:
EL CANCER O EL CANCEROSO.

Lucy y nosotros dos en un baúl,
aún salvajemente traicionados
(mejor así precisamente, piénsolo).
Lucy se lo merece todo
y yo no le llegaría completo en tu amistad.

Ya ves cómo la guerra no es el mayor de los
desperdicios:
cuando te parte el vientre
la cuarta parte de una granada
¿deviene obligatorio amar el resto
que mató al más cercano de los enemigos?
Es decir, quería preguntar algo mejor que eso:
que estoy borracho ya.

Ah, centauro:
Que ventajas mantienes
Al encontrarte cara a cara con el cazador
solitario:

El dejó en casa el permiso para disparar
y tú eres tan sólo una leyenda
para hacer temblar de gozo a los niños
    bajo la luna.

LAS PAPAS SUBIRAN UN DOCE POR CIENTO,
LA ROPA SUBIRA UN OCHO POR CIENTO,
LOS TRANVIAS SUBIRAN UN VEINTE POR CIENTO,
NERUDA SUBIRA UN OCHO POR CIENTO.

MURMURACIONES DE RINCON OSCURO,
ACUSACION DESDE LA LUZ GOYESCA.

LA SOLEDAD ES LA MAS REFINADA
    TECNICA DEL INSTINTO.

Qué va, la soledad es cuando se termina
el barril de Amontillado.

La soledad es cuando uno vive en Tegucigalpa.

La soledad es cuando oyes cantar a los compañeros
    de horda.

LA SOLEDAD ES, PUES, UNA MENTIRA MUY UTIL,
    HE DICHO.

MANCHAS DE SANGRE EN LA BANDERA,
MANCHAS DE BANDERAS EN EL CIELO,
MANCHAS DE CIELO EN EL OJO QUE DESPUES
TENDRAS QUE DRAGAR CON LA PUNTA DEL
    PAÑUELO.

Lucy: hueles a ciertas comidas fuertes de mi país,
lo digo en serio,
sin pensar en las implicaciones más burdas:
y si no has tomado antes el vino justo
jura que te sabrá más amargo cuanto mejor esté.
Lucy: ¿es posible que no leyeras mi carta?
Escucha: no puede ser, pero es:
O honey Baby feelin'Mighty Low
A que no bailas eso, Lucy,

exponiéndote a que los extasiados
te sacudan ese precioso culo a cintarazos.

BABA DE DIOS,
BUFALO DE AGUA,
BUFALO DE TEMPESTAD;
EL CORAZON TIENE TAMBIEN SUS TRIQUIÑUELAS:
NO ES LO MEJOR TRAER A CUENTAS LA INFANCIA
O SUSPIRAR POR EL CUERVO
COMO EL ANIMAL MAS LINDO Y LIBRE DE
LA CREACION.

Come, engulle tu papa
y di que se trata sólo del ochenta por ciento:
en Viet Nam llueve
y nadie alza el punto de vista de la higrometría.

En las cuevas cuídate de las serpientes, vaquerito,
o de las púas envenenadas:
no del cáncer de tu tío o el reumatismo de tu abuelo
o la jaqueca crónica de la que te parió.
Los pequeños demonios pálidos son los hermanos del
poeta
que levantará odas felices a tu morir miserable.

¿Vale más otra ronda de cerveza?

TODA LA LITERATURA DEL SIGLO PASADO ES
LITERATURA INFANTIL:
DOSTOIEVSKY ES UNA ESPECIE DE WALT DISNEY
QUE SOLAMENTE CONTO CON UN ESPEJO:
NO LO PUSO EN UN CAMINO
SINO ANTE LA BOCA ABIERTA
DE QUIENES RECIEN VOMITARON SU ALMA.
AHORA SERIA COLECCIONISTA DE SELLOS Y DE GATOS
Y EN VIET NAM SEGUIRIA LLOVIENDO
SOBRE LAS GRANDES PIRAS DE NAPALM.

Quiere eso decir: "en la medida que hagamos
literatura adulta
dejará de llover sobre las grandes pilas de napalm",
¿o es que has caído en los vericuetos de la terrible
línea china?

Ríete, ya recrudecerá el invierno.
Fríete, ya recrudecerá el infierno.

Yo resolví para siempre el problema de la
eternidad,
los teólogos son unos tarados temibles:
la respuesta al problema de la eternidad
consiste en preguntar una vez más y una vez
más: Y después?

CADA PALABRA ES SU CONTRARIA
MORTAL
COMO MANDRAKE EL MAGO EN EL
MUNDO DE LOS ESPEJOS.

Oculta esas rodillas, Lucy.

No: Yo no estoy con los chinos.
Meter la podadora en el Jardín de las flores
abiertas
no va conmigo.
Tampoco lo de que el enemigo público
número uno sea la erección
y que la paz sólo es magnífica en la cama.
Qué tontos son: el enemigo público
número uno
no es el revisionismo o el señor Johnson,
el Kukluxklán, la carrera armamentista
o los torturadores de los gobiernos de
America Latina:
el enemigo público número uno es el smogh.
Pastora de panteras:

tu nombre saldrá a relucir.

QUITA ESA MANO DE ENCIMA!

As de oros: puedes quemar todas las otras
cartas.

Me quieres obligar a decir que la literatura no sirve
para nada?

Idiota: es acaso una leyenda eso de que
las biblias forradas de acero detienen las
balas 45?

Qué horas son? La noche tiene hoy un color
descorazonador:
En el fondo somos gente muy conservadora:
hablamos de la revolución y nos enorgullece de
inmediato
considerar que moriremos con toda seguridad.
La prudencia no te hará inmortal, camarada,
y se sabe que el suicidio sana al suicida. . .
Oh, Dios mío, Dios mío:
por qué no tomas por cuenta la Revolución
Mundial?
Excepto los obispos polacos, todo el mundo
te lo vería muy bien.

VOY A HACER ALGO QUE NADIE PUEDE
HACER POR MI: MEAR.

Cualquiera puede hacer de los libros del
joven Marx
un liviano puré de berenjenas,
lo difícil es conservarlos como son,
es decir,
como alarmantes hormigueros.

EL SUEÑO
NO DEBERIA HACERME OLVIDAR MIS SUEÑOS:
CAMINAR ALEGRISIMO EN LA CUERDA FLOJA
DEL ECUADOR,
VOLVER A CASA DISFRAZADO DE COMERCIANTE
GRIEGO.

Claro, también el tabaco es un gran enemigo
y las tabletas esas que ponen a gozar a las preñadas:
la edición cubana de Proust, esa violetita
mustia,
no importa nada a la cuestión del cáncer
pulmonar
pero tampoco los preservativos han servido
para nada mejor

que para los collages del pop-art.

No deberías ser fatuo:
cualquier pregunta clara te puede hacer caer:
díme los nombres de todos los estados del Africa,
ese mercado negro.

Parientes en el análisis salvaje,
Oh cómo somos inderrotables:
si no fuera por el afán de concretar de todo
prójimo?

POR QUE NO HABLAMOS DE LOS POETAS COSMICOS,
DE LA ECUACION QUE MARCO POLO REPRESENTA,
DEL ORDEN ALFABETICO EN SHANGHAI?

Lo único que sí puedo decirte es que
la única organización pura que
va quedando en el mundo de los hombres
es la guerrilla.
Todo lo demás muestra mancas de pudrición.
La iglesia católica comenzó a heder
cuando las catacumbas se abrieron a los turistas
y a las más pobres putas
hace más de diez siglos:
si Cristo entrara hoy al Vaticano
pediría de inmediato una máscara contra gases.
La Revolución Francesa siempre fue un queso Roquefort.
El movimiento comunista internacional ha venido
sopesando
la gran mierda de Stalin.

Qué te buscás? Un soplamocos?

No es que quiera decir que los jóvenes
seamos los ángeles del decoro:
hemos aprendido rápido
y también somos unos buenos hijos de puta,
la diferencia es que tenemos estos ratos de ocio.

HAY QUE TENER UN POCO DE MORAL,
NI QUIEN LO PONGA EN DUDA.

LA MORAL ES ALGO ESTUPENDO
CUANDO UNO NO TIENE GANAS DE NADA.

Saca tu clarín, muñeca,
anuncia al mundo tus propósitos purísimos
que, entre otras cosas, me arruinarán la noche soñada.

—No, yo dije que más o menos,
lo que he pensado ahorita me tomaría una hora por
decir.
Arte es lo que nos produce placer:
cuando Otelo estrangula a Desdémona
no da placer, se da placer y da placer a Desdémona.
Además los actores ganan un espléndido sueldo
y es fama que Shakespeare no sufrió mientras
escribía la escena.

No, no: el arte es un lenguaje
(el realismo socialista quiso ser su esperanto:
cosas del mundo de Madame Trépart, Berthe Trépat).
Lo clásico es una dictadura imbécil:
tantos siglos para desembocar en el violín de Ingres
(la técnica, que nos ha regalado la adorable bomba
atómica,
no se quedó enredada con la escopeta de Ambrosio,
que aprenda el arte).
Lucy: eres de una frialdad a prueba de bombas.

Los comunistas deberíamos conocer de finanzas:
hacer proselitismo entre los millonarios
haría por lo menos que cada célula de barrio tuviera
piano, litografías de Dresden, aspiradora eléctrica.

LLEGARON LAS LANGOSTAS DE LA
HABANA, TODO UN BARCO.

Y ya que hablamos de eso, pregunto:
los días
de la totalidad, los siglos
del dulce hartazgo,
los milenios de la alegría obligatoria:
no son una suerte de obscena promesa
hecha por alguien que nos conoce el lado flaco?

TENER FE ES LA MEJOR AUDACIA
Y LA AUDACIA ES BELLISIMA.

Pero es que la Humanidad es un concepto
para onanistas.
Porque no hay héroes posibles
cuando la tempestad ocurre
es un oscuro mar de mierda.

LA INMORTALIDAD PUEDE SER BIEN
PEQUEÑA
MEZQUINA PUEDE SER.

MONOS CIEGOS BUSCANDO CON LA BOCA
EL FLACO PECHO DE LA VIDA? SOMOS.
PEDIMOS LA LECHE DE LA CONCIENCIA
Y SOLO NOS SEÑALAN SU PRECIO ALTISIMO,
INALCANZABLE, COMO EL SINIESTRO AMOR
ENTRE HERMANOS.

NO EXAGERES.

No exagero. Siempre hubo la posibilidad
de decir:
eso es maravilloso, óptimo, genial,
pero a mí no me gusta
(Lo cual es maravilloso, óptimo, genial).

ESO ES VER LAS COSAS EN EL TIEMPO,
EL PROBLEMA ES QUE PARA MI SOLO LA FURIA
ES LA PAZ.

No quiero hacer el Angel-Guardián-de-sobacos-
sabios,
pero pasa que tienes el complejo más antiguo:
el del Glorioso
Trabajador de la Gran Pirámide.
Has puesto tu granito de arena
y quieres que te regalen la cerveza el resto de la vida,
exigiendo además una debida ceremonia.

EN ESTE INSTANTE ALGUIEN ESTA
MURIENDO POR TU CAUSA.

Vale más una ronda de cerveza
en esta época del caos de oro,
una temblante voz nostálgica
clamando por la misa del bar.

Lucy: tendríamos un gran porvenir:
mis emociones contigo están se-di-men-ta-das.

PERCIBIR LO QUE ESTA EN EL AIRE ES
EL PROBLEMA:
EL GENIO ES CUESTION DE FOSAS NASALES PARA
OLFATEAR
EN LAS BOCACALLES DE LA HISTORIA.

ENGORDE Y NO JODA MAS? DOCTOR.

El Poeta Gingsberg se acostó con catorce
muchachos
una noche en Praga.

Ese no es un poeta maricón,
ese es un tragaespadas de feria
—con lo que siempre me gustó "Aullidos"—

FORASTEROS DEL MONO, DORAIS
DE SACRILEGIO LAS MAROMAS DE LAS MONJAS.

Bueno: no te falta más que hablar del budismo Zen,
es la moda.

Correcto: El budismo Zen es una experiencia
magnífica,
siempre y cuando te lleve paulatinamente al
terrorismo.

Oh, baja el dedo didáctico!

PERO ESO ES PEOR QUE EL ANARQUISMO,
HASTA AHORA CAIGO EN LA CUENTA,
DIGO, ESO QUE DIJISTE HACE UN RATO DE LA
GUERRILLA,
¿GUERRILLA PARA QUE CLASE DE MUNDO?

Ah, extraviado:
así como la blasfemia es la ratificación
de Dios,
el anarquismo es la ratificación
de un orden que se muere
de risa.
Escoger entre los mundos posibles: He ahí el
castigo divino.

Tengo miedo de dormir solo
con ese libro de Trotzky en la mesa de noche:
es terrible como una lámpara,
como un cubo de hielo
en el espíritu del anciano resfriado.

La marca de rebeldía resplandece en el
trasero:
La problemática de la inocencia.
¿es que somos algo más que niños?

HABRIA QUE REZAR, ¿NO CREES?
EL AMOR: CUESTION DE LUBRICANTES.

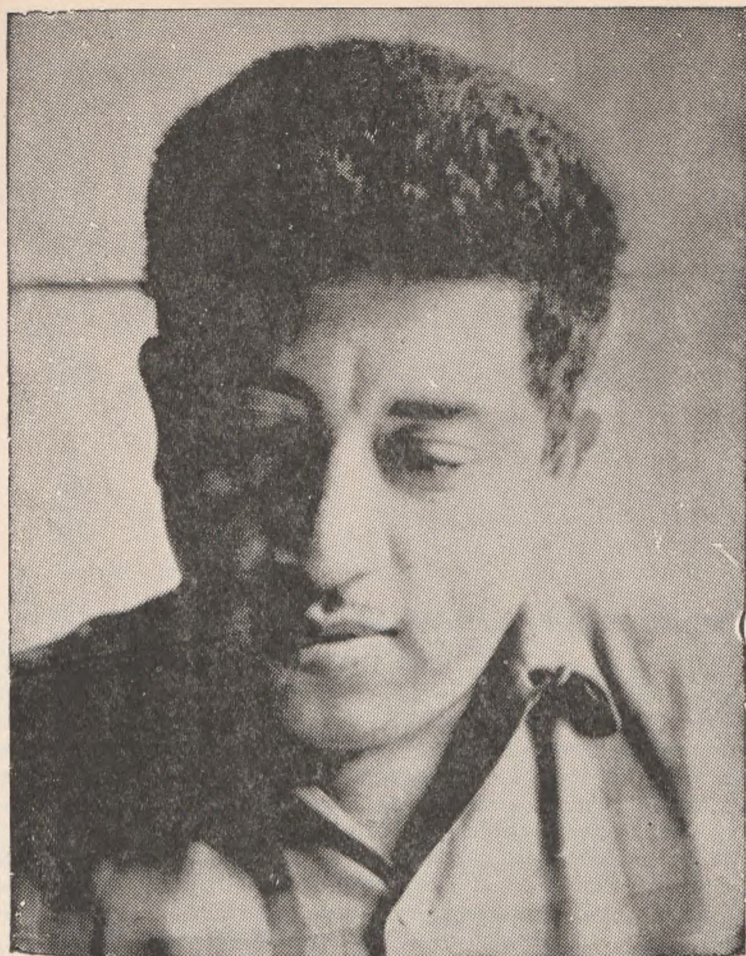
Poner bombas en la noche de los imbéciles,
ocupación de out-siders, seguros dueños
del Reino de los Cielos.

Lucy, me has partido el corazón,
me has dejado para siempre la cara entre las manos.

¡Oh país en pañales!
¡Oh hijos del Hombre, uncidos a la noria,
sonrientes y sonrosados!
Apenas alcanza el dinero
para la última ronda de cerveza. . .

Oh, Dios mío, Dios mío,
¿no podrías ser Tú quien pasara la noche con ella?

U Fleku, Praga. 1966.



Manlio Argueta

Nació en San Miguel, el 24 de noviembre de 1935.

Autor de El Valle de las Hamacas, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina. En poesía ha publicado: En el costado de la luz, Colección Contemporáneos, Editorial Universitaria, 1968; Poemas, San Salvador, 1966; aparece en De aquí en Adelante, (muestra poética de cinco jóvenes poetas de El Salvador), San Salvador, 1967. Inédito tiene: El animal entre las patas (poesía). Empezó a publicar en 1956, con ese núcleo de poetas que han venido a revolucionar las letras salvadoreñas; grandes individualidades, grandes egoístas, trabajadores incansables que están en plena ascensión poética, dando lo mejor de su inteligencia a las letras nacionales. Manlio escribe una poesía sostenida, con una conciencia lírica, lúcida, sin que esto lo esterilice, sino que lo lleva a un estado de intemporalidad. Nada en él es desbocado, no hay desbordamiento, todo está en su medida, aunque Argueta no domina del todo su lenguaje; creemos que cuando lo logre nos dejará mejores frutos.

SOBRE UN RAMO DE ROSAS QUE TE OFRECI

De un retrato que Sir Edmund me pidió de Antonia.

¿Somos una serie de frases desencasilladas?
Postrarse ante la realidad patas arriba
donde sólo nosotros nos paramos sobre la cabeza.
¿Qué hacemos —decí— qué hacemos mientras esos muchachos
se pegan de balazos en el corazón? ¿Qué hacés vos
para tener conciencia de la felicidad?
¿La felicidad es una botella de aguardiente casero?
¿Mamá viviendo conmigo y mis hermanos en una casa de putas?
¿Dar vueltas alrededor de un jardín zoológico?
¿Recabar datos en la computadora bestial?
¿Qué hago cuando discutimos
sobre los animales inteligentes que somos,
escribiendo poemas robados a otros más inteligentes
pero quizás un poco menos inmortales por eso de la alimentación base?
¡Somos una serie de frases desencasilladas!
¿Nunca habrá tiempo suficiente para contener en esta copa
de teatro lírico a la humanidad?
No hay duda, Antonia, en esta lucha deben perecere los buenos y los
[*malos.*

Y nosotros que hemos ido como colgajo de ropa sucia
de la mano de algunos quizás más poderosos,
llevando ese complejo más cabrón que todas las desesperaciones:
la inferioridad como luminosa tragedia.
Conclusión sobre la vida:

una cesta donde resplandece el pellejo de los muertos.
Esa palabra tuya
revelando al mundo lo desconocido.
¿Tenemos derecho a considerar estas cosas sencillas?
¿Esa terrible paranoia, esa locura, de aprender
a cantar a los seis años para salvar la vida?
¿Esta bolsa de huesos y carne?
Su contenido algo inmaterial, intangible: alma-tonta-para-eternizar-
al-hombre.
¿Los ojos tuyos como dos hemisferios?
¿Los ojos de la otra son los ojos de una paloma en vinagre?
Antonia no nos perdamos en esa oscuridad de los trilobites
Pero te lanzas al ruedo, como si fueras una muchacha idealista
después de ser
hermoso árbol sembrado en el centro del patio.

¿Iniciamos el viaje por la vía rápida del envejecimiento?
¿Todo queda reducido a una fenomenología de la razón impura?
Vivir en el menor grado.
Morir en la calle cualquier día de estos
es una verdad en la puerta de mi casa.
¿Y los muertos esos fantasmas desconocidos viviendo detrás de los espejos?
Luego nos vamos a bañar dos y tres veces en el mismo río,
antes de tu locura,
cuando cantabas dentro del baño y reducías todo
a una manera de fingir, recogiendo tus huesos de loba.
Las cuatro paredes y el caño del agua como palo venéreo
o una clepsidra donde se resume tu angustia.
Tu conciencia limpia. El vaso donde bebemos vino
a nadie le hace daño
salvo a mí que no entiendes esta manera de hablar.
Todo marcha torcido en este tiempo.
¿Existen asnos más inteligentes que estos poemas dedicados a vos?
A vos metiendo el cuerpo
desesperadamente en una sábana.
Una serie de sensaciones para la mujer más importante de la casa.

LOS CAZADORES DE MARIPOSAS

Hay en algunos pueblos (entiéndase aldeas) bandadas de niños que se dedican a cazar mariposas. Llevan una bolsa prendida a la cintura y una rama de escobilla en las manos. Corren detrás de las mariposas, suben colinas, atraviesan ríos, saltan por sobre los cercos de púas. Y en la ciudad civilizada, los coleccionistas esperan las variedades más valiosas; preparan alfileres y cajitas de cristal y caoba. Las mariposas tienen valor inapreciable en el mercado: mil mariposas comunes o una especie rara por un vestido nuevo o un par de zapatos. Así se explican esas bandas de chicos malos que recorren el territorio nacional, siempre detrás de algo, con un ramo de escobilla en las manos, hediondos a sudor y con la vista fija en las mariposas que sólo ven sus ojos y que nosotros no alcanzamos a comprender.

DISTINTAS FORMAS DE MORIR

En los patios de las casas juegan los niños. Unos recogen leña de las ramas secas que se desprenden de los árboles, otros juegan a mamá y papá en las cuevas verdes que forman los setos. Otros se arrastran sobre la hierba diciendo palabras raras como guk-guk-guk mientras recogen los grillos que se esconden en las piedras y los guardan en latitas de jugos Kern's que para el efecto llevan prendidas en el cuello. Todo va bien hasta que deciden jugar a los muertos; escogen al menor, le registran los ojos para ver si los tiene amarillos, les pegan manotazos en las nalgas y observan la reacción ante el dolor. Si el escogido responde con una queja, lo hacen a un lado y buscan otro, y así hasta encontrar al indicado, es decir, al insensible. Luego, lo envuelven con la corteza que arrancan de ciertos árboles aromáticos, no sin verles por última vez los ojos. Algunos, los recogedores de grillos, van en busca de flores silvestres y regresan con ramilletes de campánulas que ponen sobre el envoltorio; otros abren un hoyo bastante profundo y así proceden a enterrar a sus víctimas; el niño apenas se queja cuando lo dejan en el fondo del agujero; impasibles, los niños comen los grillos de las latitas de jugos Kern's, cantan una canción de cuna, apalean la tierra; sólo las mujercitas lloran, las mismas que han hecho de mamá en las cuevas de los setos. Lloran porque su sensibilidad es precaria, delicada como el velo de niebla que cubre las hojas de los árboles. Lloran más que de dolor de extraño presentimiento. Como si alguien estuviera a punto de morir.

LOS LAGARTOS, LOS NIÑOS Y EL KWASHIORKOR

Los lagartos son payasos que recorren el campo vestidos con telas de color amarillo, tirando a fuego, llevan un cuello de piedras preciosas. Viven en los cercados y en los árboles de maculís, especialmente; no atacan a los seres vivos pero se alimentan de carroña. El kwashiorkor es el kwashiorkor.

La principal característica de los lagartos es que se comen a los niños que aparecen muertos en la calle. Los acometen con furia, hincan sus dientes en la carne tierna de los despojos. Se mueven con velocidad de máquina pensadora hasta dejar los huesos blancos, los huesos blancos roídos por sus dientes de aguja hipodérmica. Eso pasa en todas las calles de nuestras aldeas. Los saurios hacen gala de orgullo turístico, de especímenes mágicos. Y quedan los huesos apilados entre la hierba de la calle, fosforescentes, con olor a muerto. Los lagartos retornan a sus cuevas en los cercados, en los árboles de maculís.

Fuera de Dios, a todos roe la miseria. . .
En el día primero, cuando la misma canción en la memoria:
¡El que llegue por último es una sabandija!
¡Pobres de los que faltan!
Pero alguna ventaja hemos ganado. A quienes combaten la pobreza
¡mil años de felicidad! y a quienes la defienden ¡mil años más!
No es culpa de los hombres que la miseria sea una realidad
independientemente de nuestros sentidos:
el corazón tiene razones que la razón no comprende.

Fuera de Dios, a todos roe la miseria. Pero no a todos les fue
dado combatir la miseria a costa de la riqueza de unos pocos.
Las guerras de la propiedad nos hicieron dejar los dientes
en la tierra de los combates, la sangre en las espadas
de conquista.
Pero eso fue en el día primero, cuando la misma canción en la
memoria
¡el que llegue por último es una sabandija!
Y los reyes con sus nalgas de nácar y las princesas de sangre
dudosamente azul. Y las hijas de los gobernantes
hadas madrinas de la belleza como una vágula niebla metafísica.

¡El que llegue por último es una sabandija!
Y llegan los ostentadores de riqueza en primer lugar
y no tienen la culpa de su mayor velocidad. Y no tienen
la culpa desde los días de la creación: el árbol
de manzanas, nuestros órganos, la culebra, Adán y Eva
bellamente desnudos. La miseria es una realidad
desde los días primeros: Eva con voracidad de pecado,
Adán y su papalota negra en el aire. Pero aquí no pasa nada.
¡El que llegue por último es una sabandija!
Y seguimos llegando. Pero aquí no pasa nada, cada quien
a su cueva, ¡por Dios!
cada quien a su cueva o comienzo a morder a todos,
cada quien a su cueva. . . o comienzo a morder a todos.

POST-CARD

Mi país, tierra de lagos, montañas y volcanes.
Pero no vengas a él,
mejor quedas en casa.
Nada de mi país te gustará. Los lirios no flotan sobre el agua.
Las muchachas no se parecen a las muchachas de los calendarios.
El hotel de montaña se cuela como una regadera.
Y el sol ¡ah, el sol! Si te descuidas te comemos en fritanga.
Los niños y los perros orinan en las puertas de las casas.
Los mendigos roban el pan de los hoteles:
puedes morirte de hambre,
puedes morirte de cólera,
nunca de muerte muerte.

Luego los francotiradores, las bombas en los automóviles,
los puentes dinamitados.
Cierra la puerta a las tres de la tarde.
Con dinero no salgas a la calle, no te pongas reloj:
puede salirte un ladrón
y timarte con el premio de la lotería.
¡Ah, y cuida de decir que mi país es una mierda,
te amarraríamos a un poste de la esquina y te violaríamos,
después te sacaríamos las tripas de una cuchillada!

Cuida que no te coja un cambio de gobierno,
¡válgame Dios! Mejor quedas en casa.
Pero mi país es tierra de lagos, montañas y volcanes.
Si sales dos kilómetros fuera de la ciudad
te encontrarás con tigres y culebras,
con avispas ahorcadoras, escorpiones, arañas.
Es preferible estar en la ciudad
y respirar el humo de los autobuses,
escuchar el claxon de los automóviles
o el pregón de los vendedores ambulantes.

Mi país, tierra de lagos, montañas y volcanes.
Pero no vengas a él si deseas conservar la vida.
Puede morderte una culebra.
Puede comerte un tigre.
Mejor quedas en casa y no gastas en hotel ni en avión.
Te sacaríamos los ojos y te los comeríamos.
O una bomba, una bala perdida, una flor con dinamita.
Y tus huesos comidos por las hormigas venenosas...
Y tus huesos comidos por las hormigas...
Y tus huesos comidos...
Y tus huesos... y tus... y...

DOS ANTONIAS

I

En la noche llegas, en el día llegas,
a caballo, a caballo,
en la carreta fantasma,
en tren, a pie,
a hurtadillas llegas con la cinta roja,
con tus zapatos de amarrar, a veces un remiendo,
las trenzas, la fotografía
como un ferrocarril que nos hace reír,
el golpe que te di (ahora me arrepiento),
tus canciones, tus rimas:
A los cerros le ladran los perros,
a las dos canta el torogós.
Quizás por eso nos olvidas. Pero Nerith
no te comprende, ni te pierdes ni nos abandonas.
Se trata de aprender a vivir
en este mundo de ficción. En este mundo de verdad.
Se trata de vivir todos los días.
Mejor es recordar y no ponernos tan sentimentales.
Olvidemos el traje desteñido, la cinta roja,
tus zapatos de amarrar, el golpe que te di.

Mejor es recordar las discusiones
sobre la existencia de Dios,
los comentarios a Valerio Marcial,
las lecciones en clave, la vieja máquina de escribir,
tus entrevistas con los habitantes de las cuarterías.

Mejor es recordar y no ponernos tan sentimentales.
Mejor es recordar la última carta
donde dices con miedo:
"Esta soy yo y esta es la casa del autor de. . ."
(dices el nombre de la obra).
Y digo para mí: el tiempo duerme.
"Aún tienes veinte años". Los que nunca dejas de cumplir
pues ¿quién no sabe sobre el autor de Ana Karénina?

II

Antonia, hoy llegas a mi casa
(digo mi casa pero no tengo casa).
"Sólo para pasar la noche, por favor".
De pronto te has quedado sin nada,
sin un centavo,
sin parientes,
sin marido.
No me lo pides por Dios, ni por caridad,
exiges como si estuvieras segura de mi protección,
no pones los ojos tristes,
no bajas la cabeza,
no te recojes sobre ti misma.
Mientras sonrío, pienso: "Tantas habitaciones solas,
tantos hijos sin padres".
Pero no digo nada porque me dolería la cabeza,
me quedaría como un Edipo sin memoria y eso es grave.
"Podría presentarte a mi mejor amigo".
Quieres un corazón igual al tuyo.
"Has escogido mal". Y sonrío como un idiota.
Pienso en la casa vecina: "En la casa vecina. . ."
Y es como quedar callado,
pretexto para cerrar la puerta.

Luego te vas, Antonia
sin decirme adiós.
Mi almohada queda sola,
más solitaria mi casa,
mi boca sin palabras,
más sin nada mis ojos.
No tengo nada para darte, nada para robar,
ni el albergue que pides en mi casa
porque no tengo casa. ¡Es demasiado tarde!

FELIZ NAVIDAD

Feliz Navidad, amigos, padres,
hermanos, feliz navidad,
copas de plata, brindis,
amor bajo los árboles;
ríos, pájaros verdes al amanecer.
Y la estrella Coctopus, con su luz,
guía las naves a Mercurio.

Feliz porque os toca
un vaso de buen vino,
pan con pavo, turrones españoles,
otra melancolía.
Y Pólux la estrella con cabeza de perro
nos mira con su luz de hace siglos.
Feliz porque me invitas a escuchar
canciones de moda,
a quitarme los zapatos
y poner los pies en el suelo de tu casa.
Feliz Navidad porque paseo sobre alfombras
y escucho
a Nathalie en un bosque
de Europa, entre bayas,
piedrecillas de frambuesas
y los canales fríos de tanta nieve
sobre las balsas madereras.
Feliz Navidad para los niños
con este calor insoportable.
Feliz para los osos
que este año aprenderán a manejar
triciclos, para los caballos de terciopelo,
para las muñecas que dicen miau-miau.
Y los tres maravillosos anillos de Saturno,
formados por infinitud de cristales.

Felicidad para los niños sucios
de neón y agua,
estatuas en los portales de Churriguera.
¡Felicidades abrelatas!
¡A ti también bacalao
con vino de Chantilly!
Felicidad al llanto, al beso casto,
al buchito de agua
como compresa de alegría.
Felicidad en estas calles de Dios
tan llenas de peligros.
Felices mientras os baña
un chorro de luces mercuriales
confeti sobre la cabeza
y los ojos de joyería.
Felicidad porque nadie se enferma,
porque se olvidan las penas
con un trago de licor blanco.
Y el Camino de Santiago
débil bruma en el cielo de la noche.

Felicidad amigos, pues bailamos
una danza griega;
escupimos sobre los doseles.
¡Felicidad solemnes caballeros!
Felicidad porque mi espejo es real
y mi brazo es un sueño
que rompe los cristales.
Felicidad porque mis manos sangran
rotas en la noche de Pascuas.
Felicidad a todos, yo que no puedo
aspirar a la felicidad.
¡Felices Pascuas, amigos, hermanos!
Felices Pascuas a las nubes amarillas
de Marte que pueden ser
del mismo polvo de la tierra.
¡Felicidad y estrellas, hermanos!

HORA DE LA COMIDA

He aquí la mesa donde comemos todos. . . Yo sé muy bien,
afirmar la pobreza es una forma de multiplicarla. Pero si digo
historia de familias comenzaré diciendo nosotros somos pobres,
pobres como decir mañana será otro día,
a sabiendas
que no es una verdad absoluta.
He aquí la mesa donde comemos todos; mis hermanas, madre,
mirándonos con ojos
de personas solitarias, deseos de convertirnos en maníacos depresivos.
El bocado que damos es intermedio de parálisis, pues si este día
pudimos sentarnos a la mesa ¿qué comeremos mañana?
Frente a la sopa de hierbas como antigua postal
gastada de mirarla mil veces, comer es otra forma
de filosofía, y la seriedad
es un sello que veda la puerta a las verdades;
nuestro conformismo, manera de arrepentimiento.
En la época de las vacas gordas, los hijos, las madres,
los abuelos, las tías, cuando llegó la fiebre
nos lo gastamos todo,
nos lo gastamos todo cuando llegaron las lombrices
y nos salieron por la boca, la nariz, los ojos.
Para no morirnos de hambre, mi madre, mis abuelos
se lo gastaron todo.
Tía Lastenia salió volando, mejor manera de eludir responsabilidades.
Solamente la mesa donde comemos todos.
De la vieja familia pocos nos reunimos
en la escena de postal: mi madre, mis hermanas
y esa extraña forma de protesta. La mesa donde un mantel
descansa su apacible sueño; el agua traída directamente
del pozo.

Y algo de silencio también; y la repetida fórmula
de seguir más pobres
quejándonos de la pobreza ¡eso es lo peor!
Pero también mucho de suerte ¡mucho de suerte!
porque no todas las familias se gastaron una fortuna ni el oro
de los abuelos. . .
Muchas familias en la pobreza, pero pocas familias
tuvieron la suerte que gozamos nosotros
de no morirnos de hambre.

DECLARACION DE AMOR

Porque te cansas de estar sola,
de encontrar en tu cama
la sombra de la noche anterior.
Porque te mueres de mirar
las parejas de casados
que de alguna parte vienen.
Porque te desmayas de soledad.
Porque la casa vacía.
Porque tienes jaqueca.
Porque los sueños luctuosos.
Porque los gatos del vecino.
Porque los niños con cabeza
de pajarito.
Porque lloras al despertar.
Porque eres del sexo débil.
Porque crees ser hermosa
como una puesta de sol.
Porque los ojos negros te vuelven
loca de remate.
Por eso quieres que sea tu marido.

EL POETA

Las hormigas rojas se comen los naranjos
el poeta se impacienta

Los lagartos del patio duermen bajo las camas
el poeta llora desesperado

Las palomas no caen en las trampas
el poeta vive también del aire

Las cigarras cantan y orinan a la vez
el poeta sólo canta

La luz de los cocuyos es principio de vida
el poeta es final de la muerte

Los fuegos fatuos son tesoros y fantasmas
el poeta tiene miedo.

LOS LAGARTOS

Los lagartos crecían en los árboles
pero llegaron los venenos.
Las hojas amarillas
dejaron de morir a pausas.
Cuelgan los frutos secos
suspendidos en las ramas altas.
Ríos sin agua. Tierra desolada.

Los lagartos crecían en los árboles
pero llegaron los venenos
a destruirlo todo. Llegaron
con ganas de matar. Los aviones
vuelan sobre los árboles.

De los lagartos sólo quedan
sus dientes,
sus huesecillos de madera.

PROMESA

Juro no morirme jamás. No sublevarme.
No decir la verdad cuando nos duela.
Ofrecer la mejilla cada vez
que me ofendan. A los pobres
daré limosnas. Comeré pan duro
para ser bueno con todos.
Sólo dinero (pues no tengo nada)
no habré de repartir . . . Después morir
tranquilamente, libre de pecados,
de bronconeumonía o de un callo
en el pie
o de un catarro en el alma.

BIRTH CONTROL

Esta noche no dormiremos juntos,
hay sarampión en la ciudad y podrías
quedar embarazada, cosa grave:
parirías un monstruo, una flor.
Morirías entonces de pesar
y yo de frustración me moriría.

Esta noche no dormiremos juntos.
no bese esta piel de perro en celo.
No me hagas caer en tentación.
Podrías concebir lo que no quiero.
Además, mejor vivir sin hijos
¡por Dios! con tanta mala suerte.

LOS ELEFANTES

Del Circo Roma los elefantes huyeron
camiones y soldados salen en pos.

Los elefantes van a las montañas
y a la montaña llegan los soldados.

Los elefantes se paran en dos patas.
Los soldados montan los fusiles.

Los elefantes se refugian en los árboles.
Los soldados toman puntería.

Los elefantes danse por vencidos.
Los soldados disparan los fusiles.

DERBY POR FAVOR

Prefieres quedarte callada Derby por favor
enciendo el cigarrillo en el minuto que miras los techos de los edificios
poné el radio más suave amor son puras carajadas lo que dice
pero no quires oír ese dolor de cabeza dios mío dios mío
una aspirina para este mortal que debe escuchar todas esas noticias
mamá está enferma papá tuvo un accidente automovilístico
marucha bó dijo y le frustramos el suicidio pobre marucha bó
falta de educación (después de predecir su muerte era víctima
de un asesino. . .)
ahí te recojes sobre la silla regalo de tu madre
(si estais presentes cuando me llegue la hora no quiero un funeral largo)
la mirada en los ojos te digo que mamá está enferma
que papá se cagó en el porsche no seas mal hablada (y todo aquel que
en uso de su libertad se atreva privarnos de la libertad
de la libertad de la libertad de la libertad) en los techos
se mueven las islas azules de los árboles quedas callada
y está bien
que expongas esas virtudes que te hacen más bella amor
el derby es un cigarrillo barato pero debemos ahorrar no te parece
para no traicionarme para no tener que pelear
prefieres quedarte callada mientras el radio
como un perro electrónico le ladra a las estrellas
(la barba es una inmoralidad la mini es una inmoralidad
el cabello largo en los jóvenes es una indignidad)
y no le dices que se vaya

porque te haría un escándalo y además porque le da por echarse
a llorar con esos pantalones cortos
y esas piernas velludas y esas chichitas bellas
como un volcán en actividad y no le dices nada por timidez
o por soñador te adoro
te digo que mamá está enferma papá tuvo un accidente
aló podría decirme cómo le fue a mamá y a papá
muy bien apenas leves rasguños
apagá el radio (para su tranquilidad un concierto
de bach) ella cierra los ojos
me despertás si tengo pesadillas gracias amor
abro mi cajetilla por sólo cincuenta centavos
para ahorrar
el humo del cigarrillo tiene tono grisáceo.

EL ZOOLOGICO DE CABALLOS

Parece cosa pequeña que el Inspector se preocupe por la crin
el pelaje de los caballos
pero la suciedad en las patas el moquillo
señores es necesario alimentar a los animales
ustedes lo saben esto terminará
no podemos permitirnos actos inhumanos

y más nimio aún que el Inspector se preocupe de quienes se preocupen
de los caballos el fusil en la albarda
y una flor en la punta del fusil el mejor cuadro abstracto real
parece inútil
que estás preocupándote aquí no pasa nada
ellos escogen su mejor camino
si tiene el pelaje sucio o limpio es la misma cosa
representación de dos caras de la misma moneda pero el
problema no está en el desvelo de alguien con buenas intenciones
por los caballos
el quid de la cosa reside en el Inspector con permiso señor
ladies and gentlemen que le da por regañar
por bañarlos en gasolina y luego un palillo de fósforo como vara mágica
y corren los caballos por el campo consumidos por fuegos artificiales
está bien señor Inspector usted es el único que no ha perdido la cabeza
y los caballos corren dentro de las casas prendiéndole fuego a todo
para siempre pero no importa
en las casas no vive nadie son casas deshabitadas
lo principal es extirpar ese tumor peligroso que desde siglos
llaman cerebro
Y van como tea de gasolina prendiéndole fuego a las cosas
ese querido animal

pocos segundos lo convierten en cadáver amado
los demás se acurrucan en los fosos
especialmente abiertos debajo de las camas a orillas de los árboles
señores y señores como ustedes sabrán
todo por ser el único camino
si nosotros yo el Inspector yo el Inspector y nosotros el Inspector
hemos erogado doscientos mil millones oro para pienso de los animales
pues mi modo
perfecto derecho nos asiste a cobrarnos la deuda cuando el tumor cerebral
os convierte en enemigos de vuestros padres es decir en desagradecidos
conmigo yo el Inspector que que apenas duermo dos horas al año
tan graves problemas
que después agradecereis además ningún caballo es digno de misericordia
si toda la vida
han estado a la buena de dios
y ahora el privilegio del zoológico
donde la comida es vigilada por expertos dietéticos
y nosotros somos unos caballos en el jardín de animales
con el pelaje negro
y los ojos negros llenos de agua verde y árboles de flores
caminadito a trote y la piel sucia expuestos entre rejas
animales domésticos con un cerebro que crece peligrosamente
como tumor canceroso que echa alas de pájaros
lo suficiente para preocupar al Inspector el combustible
se vuelve cada día más barato
la gasolina es el invento de la velocidad
y de nuevo el fuego que cubre el cuerpo iridiscente de los equinos
y los caballos se tiran al río pero la gasolina quema dentro del agua
como una de sus mejores cualidades anti-agua como el reloj anti-magnético
por eso el Inspector del zoológico se vuelve más temible
cuando lleva el fósforo entre los dientes pese a la creencia en la
inmortalidad
o en la transmigración de las almas
el Inspector lo sabe ningún animal hecho cenizas transmigra
ningún caballo encendido es inmortal
y allí los tienes a esos animales con frío exhibidos
en el jardín zoológico que
en un principio se llamaron homo sapiens

pero después con la contrarrevolución de las especies
se fueron convirtiendo en elegantes homo equinus
con los ojos llenos de agua verde
animal de segundo orden
animal de zoológico
carne procesada por fuego alimento de otros
que se rasgaron la panza para huír y se llevaron pedazos
de vísceras
una desventaja en la lucha por la sobrevivencia
la selección natural y ahora esperamos
el botón amarillo el teléfono rojo
y el Inspector comienza a descuartizar bajo los aplausos
de los espectadores
fasten yours belts y los paracaidistas
en grupo de cien sobre un círculo de cien metros cuadrados
los caballos contentos
con sus cerebritos blandos a lo ice cream no pasa nada
salvo esos hombres de mirada que de pronto se sienten libres
en los campos
mientras el Inspector no lance sus perros
bajo el aplauso de los homo sapiens
que no saben si con sus ojos de caballos miran a unos hombres
que huyen de otros caballos
o si con sus ojos de hombre miran a unos hombres
que persiguen
a otros hombres parecidos a caballos.

RECUERDO A LA MUERTE DE BERNARDO

Fue en mil novecientos sesenta. En nombre de la amistad
nos invitaste a tomar café en la casa de Christie:
"No hay cuidado muchá, beban sin miedo".
Pero nosotros no teníamos miedo. Hablabas por hablar.
Nos habían contado que eras un malvado, enemigo de la patria,
terrorista, subvertidor del orden:
"Por eso me persiguen". Y nosotros no
sabíamos sobre tu delincuencia.
"Christie los mirará con otros ojos".
Y Christie nos miró
con sus ojos grises.
"Luchamos para que otros coman
el pan que sobra en la mesa de nuestros padres".
Por eso te buscaban.

Mil novecientos sesenta y seis, la muerte ahora.
Después de tanto buscarla.
Después de no temerle.
La muerte en el camino.
No tuviste la dicha de mirar por vez última a Christie,
ni a tus amigos,
ni a tus hermanas, ni a tus padres.
Contigo nada.
Los periódicos nos hablan de tu muerte.
Te tiraron a un río para que nadie te encontrara.
Con los dedos atados a la espalda tu cadáver.
Con cinco balas de fusil en el pecho
en el Motagua flota tu cadáver.
Te asesinaron por malvado
y eras el muchacho más bueno de la zona Cinco.

En Retalhuleu te mataron.
En el Motagua flota tu cadáver.
Entre bejucos y lianas tu cadáver.
A los veinticinco años una muerta rara
una manera de llorar y gritar
a los hijos de puta que son tus asesinos.
Christie ya no tendrá ninguna lágrima
y marchará temblando de frío
por una de esas floridas calles de Guatemala.

Yo te dejo las lágrimas del mar.
Me quedo con el recuerdo sólo de cuando tomábamos
café en la casa de Christie.
con el recuerdo
de tu voz premonitoria
de la bondad convertida en violencia
para que todos tuvieran el pan
que sobraba en la mesa de tus padres.
Eras un muchacho demócrata y por malvado te mataron,
porque nos hablabas con
palabras sagradas
Mil novecientos sesenta y seis, la muerte ahora.
Después de tanto buscarla.
Después de no temerle.
La muerte en èl camino.

No tuviste la suerte de mirar por última vez a Christie,
ni a tus amigos,
ni a tus hermanas, ni a tus padres.
Contigo nada.
Así son las cosas cuando se llega la hora de morir.

REQUIEM POR UN POETA

Tú que vas por el mundo en la hora del sueño.
Marchas con alegría. Saludas con una flor
iluminada por tu sonrisa de niño malo.
Tú que hablas con los vagabundos. Haces poemas.
Das de beber al sediento de las noches difíciles.
Tú que deseas congraciarte con la humanidad. Repites
homo homini lupus *y sin embargo nada tienes.*
Por el camino vas dejando todo. Tiemblas de frío.
Ves en el amigo la mejor estrella.
Compartes la camisa. Te das en la poesía.
Te queda sucio el cuerpo, el polvo de la luz;
lees orlando fresedo en las páginas literarias
pero por dentro te nacen ríos entre lirios.
Y descubres el oficio de ser hombre.

Sé que resulta difícil ganar el pan de cada día
(dánoslo hoy perdónanos). Y peleas con los perros;
pero alzas los brazos —en dirección al aire
hacia donde palomas en bandadas
miran con sus ojillos de encendidas luciérnagas.
Y tú las miras también, en la hora del cazador.
Y tú las miras en la hora que nos roban el corazón.

No hay alternativa. Robas el pan al llanto, ¡ladronzuelo!
es la palabra de siempre. Luego, el himno de batalla;
miradme no me queda nada salvo mi fama de bandido,
y mi piel cantadora, alma mía, alma mía el día que me olvides.
Lavas el aire con tu rostro de agua fresca.
Cuando eres el primer perfume de la madrugada.
Cuando eres malherido constante. Figura malherida.
Copa de luz enferma. Incomprendido por el puñal de la noche.

Así te mueres, la suciedad del tiempo
cae sobre tus formas de poeta.
Temes al soplo de la soledad. No sabes
adónde ir. No sabes si naces para el vuelo
y hay que robar el pájaro cautivo. Por eso
cuando llueve sobre la hierba, cuando los clarineros
dibujan el perfil de la mañana, cuando las cigarras
entonan la misa de los desaparecidos,
hacen tu vaso limpio y los ojos que velan.

A veces eres piedra mojada por la niebla del vino.
Inaccesible bondad o ángel de la guarda
que no sabe a quién cuidar. Y entonces caminas.
Buscas la soledad en el sueño de viajero sin alas.

Y allá lejos, nos disputamos con nuestros propios deseos
la espina de pescado. . . pero no, el caro sorbo de agua,
el duro pan, el encierro.
Igual nos saludamos con el mismo sombrero.

Despiertas en las calles
con ramos de flores ¡buenos días! y saltan
las estrellas humedecidas por la noche.
Tus pies navegan en octubre. Navío de otoño.
Mar tocado por el oro de las hojas agónicas.
Mientras un ciervo besa la mano de los niños
y la bondad es como la fruta roja del bosque.

Así vas niño loco. Tirapiedras querido.
Niño sin memoria. Angel castigado por Dios.
Niño de las golondrinas. Caja de musicalidad.
Elevador de lunas. Santo de los diez centavos.
Misa de ron. Poeta en alas de la madrugada. Niño loco
entre hojas de eucaliptus. Hermano de los miserables.

Tú que vas por el mundo en la hora del sueño
por esas calles de san salvador bañadas por la luna llena.
Das pasos de niño, de vuelo recién inaugurado,
cuando la noche es oscura, el corazón es temeroso
y mañana será otro día.

CARCEL

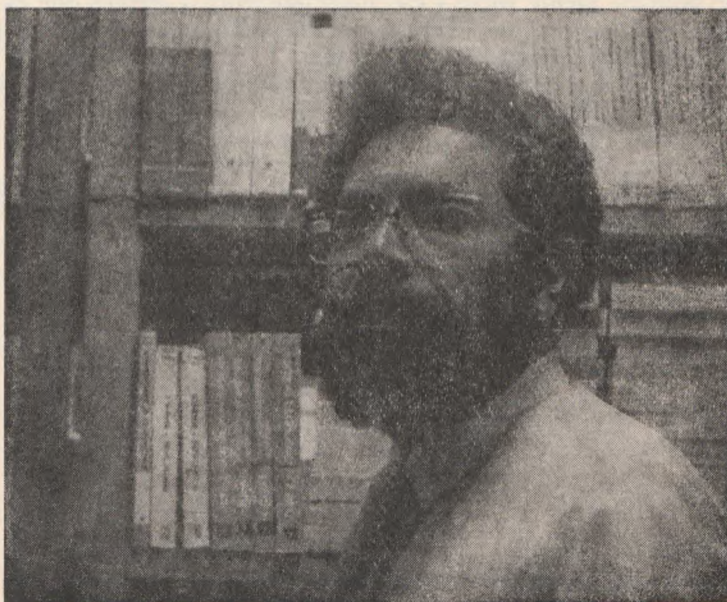
A José Roberto Cea.

¿Dónde estarán los otros? Dijeron que vendrían
pero nadie aparece. Nuestros ojos amarran
los últimos recuerdos pero nadie aparece.
Escribimos un nombre (las paredes son grises):
aquí estuvieron hombres como fieras en selva,
aquí se amaron rostros como nunca se amaron.

¿Cuándo vendrán los otros para hablar,
para mirar a alguien, para sonreir
con las personas? A veces digo
que estoy triste y recuerdo las voces que recuerdo.

¿Dónde estarán los otros? Dijeron que vendrían.
Salgo a buscar a mis amigos
y me encuentran cercado por los muros.

Roberto Armijo



Nació en Chalatenango, el 13 de diciembre de 1937.

Ha publicado desde 1956 de manera sistemática en periódicos y revistas del país. Su poesía es de tono suave y más auténtica cuando habla de sus problemas íntimos, de su universo menor; cuando quiere incorporar los problemas externos, lo político, pierde vuelo y cae aparatosamente. Creemos que es en otras disciplinas donde mejor será su aporte a nuestra cultura. Lo demuestran sus ensayos sobre Rubén Darío, Miguel Ángel Asturias, T. S. Eliot y en teatro: Los Escarbabajos y Jugando a la Gallina Ciega. En poesía ha publicado: La Noche Ciega al Corazón que Canta, Papeles de Poesía, Casa de la Cultura, San Salvador, 1959; Elegías, San Salvador, 1965. Tiene inédito: La Vigilia del Ciego, Fábula de una Despedida, Carne de Sueño, La Edad de la Cólera. Aparece en: De Aquí en Adelante (Muestra poética de cinco poetas salvadoreños), San Salvador, 1967; Jugando a la Gallina Ciega (teatro), San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1970. Actualmente reside en París, donde estudia dirección teatral).

HOMENAJE A MI PADRE

Una vez más la patria que duele dentro de mí
y me sufre Porque así soy Tal vez sería otro
más locuaz perseverante y genial Pero confundido
de mí encuentro que no soy lo que pude ser
si hubiese nacido un momento de mayor felicidad
de dicha suprema cuando lloviera menos
de lo que llueve ahora sobre San Salvador
Mi madre no habría sido tan triste
ni mi padre habría estado junto a su alcohol
junto a sus achaques Aunque mi abuelo
siempre era madrugador y se comportaba
como un Dios yo habría dicho qué bella
la montaña el río que se precipita con sus estrellas
Pero fue en vano No soy lo que pude ser
Soy más pequeño que una brizna
más miserable que una hormiga
Soy un miserable que se desdice que se doblega
hasta el orgullo hasta la seriedad
y dice que no hay nada que lo mida
que lo abarque con holgura. Yo no quisiera ser
el presuntuoso el afamado de mí Si hay poeta
bueno en el sentido admirable de la palabra
Quien lo niega Soy yo Pero la vida es así
Necesito la máscara El puño la palabra
cruel para sobrevivir Por eso sufro
Me siento el ladrón El que se ha robado todo
Esta camisa de nylon está llena de sangre
Yo la uso impávido sin comprender sin oir
sus lágrimas Cuantas tristezas desgarros
afilaron sus hilos sus quiebres Yo la uso
con parsimonia con corbata de seda y olvidado

de todo salgo a la calle silbando una canción
Pero habrá un día cuando me digan qué he hecho
qué he aportado a la felicidad Nada tendré
ni nada diré porque estaré mudo Callado
como una baldosa Todo silencio Llegaron los
asesinados los muertos de tristeza a repudiarme
a blandir sus puños sobre mis ojos
y lloré porque fui cobarde porque callé
y tuve miedo de morir de entregarme a la lucha
como debía de ser Pero alguien dirá fue honesto
Todo corazón Caritativo Excelente amigo
Manlio lo atestigua Alfonso Roberto
Miguel Pepe Todos me saben
me conocen de memoria Sin embargo qué diré
ese día que responderé Seré acusado
y con razón llevado a la muerte
Pero sobreviviré Tornaré cantando blandiendo
mis versos porque en ellos soy grande
Hermoso como una gratitud Claro como el día
Un sol Pero es necesario
Afamarse Llenarse de chongas de colores
en mi país donde el respetable académico
de la lengua llena los periódicos Es verdad
en mi país la vida del poeta es una mierda
Lloro de cólera al darme cuenta que Alfonso
gran poeta sacude los estantes los libros
Cuándo el poeta será un príncipe Un dios
Por qué desde Platón se le relega Porque
lo vuelven un Prometeo Un cristo Y a veces
un Judas Un lavaplatos Ay la edad de oro
La Edad de los poetas Todo será felicidad
La alegría brotará en las flores La patria
no será llaga pústula maligna Nos acogerá
con la ternura con que acoge un padre
una madre a un hijo ciego Nos cubrirá
nos llenará de besos ahora es una madrastra
una ramera que se entrega que nos martiriza
Entonces mi patria será mi segunda infancia
Volveré a mis pizcuchas A mi luna voladora
Viviré alegre como una pascua Seré una
dicha Un aplauso Un milagro Porque será

milagro verla tocarla sentirla limpia
definitiva como una claridad Cuando todos
los miserables los hombres arañas hayan
muerto dejado de existir Yo sé lo siento
Mi corazón lo dice lo pronuncia ahora
que estallan los geranios que enardece
la luz del día de diciembre que se extiende
sobre los gallardetes sobre las calles
las vitrinas de los almacenes de San
Salvador Mi padre qué estará haciendo ahora
Andará por los valles del Lempa O estará
ebrio A mi padre tan sencillo tan pulcro
como una gota de agua Todo corazón
Como le quiero Como le admiro En él
bebí la leche de la bondad La magia
de mirar sorprendido el día la noche
las estrellas Allá está Aldebarán
Casiopea me decía Míralas Pídeles algo
Cuando hay lluvia de estrellas recalcaba
el hombre debe soñar Expresar su congoja
A mi padre Silvestre como el tomillo
Pura soledad de rama de naranjo
Piedra de río Recto como un árbol
como un pensamiento he continuado
Paso a paso le he seguido Me confié
a su bondad a su entereza A su tristeza
Cuantas veces le ví llorar Buscar la tarde
para expresar junto a un Cristo su congoja
Su enorme carga de vivir De restregarse
la piel sobre las penas Si bebía su alcohol
era para consolarse para tentarse
sus lágrimas que eran de cal viva
Hombre fiel a la palabra A la razón
de saberse sincero Grande para sonreir
Grande para llorar para esforzarse
para vivir a plenitud su muerte.

SI YO FUERA OTRO

Tal vez tú desearías un hombre distinto,
perseverante y audaz hasta el desenfado
para entregarte otra realidad menos oscura que la mía.
Pero ven, hunde tus ojos en mi desolación
y haz de mí, el hombre que sueñas, perfecto
a tus manos, a tu ardorosa presencia
que asusta a los astros, y hace reverdecer
a la ceniza, a los troncos vacíos y la arena.
Que más puedo darte que yo no ansíe
para ti. Me conociste sin propósito alguno,
y ahora al verte demasiado arraigada en mí,
te tocas sobresaltada en tu desnudez
haciendo que tu corazón permanezca callado
o lo enrejas como a una recelosa paloma.
Pero hay entre tú y yo, algo más que los besos
o la simple amistad que nace sin quererlo.
Ahora eres una terrible presencia para mí.
Tienes el fuego de lo que se necesita,
porque si no se muere, o se marchita uno
en el odio o la locura. Ahora turbado
el corazón alienta florecido y estalla
en sus raíces el agua que viertes sin pedirla.
Con qué puedo justificarme para que tengas
la más limpia mirada; aquella que tú sueltas
en los más bellos momentos. Esa es la que busco
más allá de los cielos lluviosos, de las noches
sin estrellas. Allá donde la miseria
de lo doméstico no existe, y permanece
todo nuevo para el deseo, para la boca
ávida de arder como las rosas. Donde los cuerpos

inesperadamente son invadidos por la poesía.
Porque tú sobrepasarás las edades de la tierra,
del mar, y nunca el polvo o la ventisca del tiempo
hará caer esa boca tuya como un fruto.
Muchas noches he llegado a despertar a la mujer
que ocultas, que evitas mostrarme porque te abandonas
a lo más fácil que dicta la costumbre.
Y es entonces cuando yo quisiera ser otro,
conocido para ti sin atadura alguna,
sin miedo a herir, hacer llorar,
o a tener arrojo para dar pan de zozobras
a todos los que han crecido bajo mi sombra.
En esos momentos rodeado por una realidad feroz
se dobla mi cabeza. Porque yo quisiera
hacer que vivas siempre como un sueño
donde se encuentre a gusto mi vejez,
junto a tu cuerpo para mi apetencia
y tu espíritu iluminando mi palabra
y el lugar y hora en que nos conocimos.

A RABINDRANATH, AL CUMPLIR SUS DOCE AÑOS

Porque vos crecerás, a golpe de tu propio hacer,
de modelar tu carne, tu pedazo de sueños,
tu pensamiento, donde mezclé mi mucho afán.
Ahora en tus doce años, vuelvo hacia atrás
mis ojos despavoridos, y te descubro,
pequeño y jubiloso, ingenuo en tu indefensión,
en tus juegos. Vos crecerás ante la presencia
de un mundo hostil y hermoso. Tal vez
tu padre, tu amigo, tu hermano,
no estará junto a ti. Andará como el viejo
Ulises por otros mares. Pero ten
presente: has sido mi mejor fruto,
sacado de mi sudor, de mis lágrimas,
de mi carne que nunca pudo serenar
la inteligencia. Por ti sentí
miedo a lo que vendría.
Ahora pido la excelencia
de la responsabilidad, luz preciosa
que deberías desde ya volver a la medida
de tus actos, de tus grandes impulsos
para sobreponerte gallardo
a los hondos fuegos de tu crecimiento.
Te extrañará que te hable así,
pero no quiero ocultarte algo tan deseado
por el hombre, desde que el entendimiento
se mezcla con sus ansias, desde que el bozo
adorna su tierna boca, no estrenada.
Por la mujer, vos tendrás como necesidad
tuya, alejarte de mí, y decisivamente
contraponerte a tu madre, para hacerte
más sueño, más seguro de ti mismo.
De ahí, ¿qué puedo hacer yo? Eres la expresión
de tu propio fervor, que debe ser limpio,

unido a tu sinceridad, a la gozosa ambición
de perpetrarte más allá de mis brazos,
de mis deseos, que tú conoces bien, sobre todo
cuando pienso en ti, y en tus hermanos
que en su momento tendré que aleccionar.
Porque tu responsabilidad tiene que brillar
como el cielo cuando necesites dedicarte
a ordenar, pasado el rapto de los primeros
años, tantos vanos intentos de hacerte el héroe,
de creerte dueño de las rosas, tan exquisitas
cuando uno las destroza con los dientes.
Tienes un día, y pronto, que preguntarte,
¿qué soy, qué seré? En ese instante, de mí,
tendrás un gesto, un ademán de la mano,
una palabra eficaz, lo demás es cosa tuya.
Entonces tienes que sacarle filo
a tus armas. No las que esgrime el asesino.
Hablo, entiéndelo bien, de tus ideas,
de tus actos que tendrán que responder por ti.
Una cosa sí, hazte siempre compañero de la verdad.
Nunca, ni por un instante, te acerques
a ser el adorador de lo ruín, aquello
que está más próximo a la bestia,
que del joven capaz, testigo y compañero
mío, yo tu padre, tu poeta y amigo,
que si hubo momentos lóbregos en él,
fueron por el mucho amor en su entrega
constante a un ideal que a veces
tuvo la exigencia de deshacerse
en la cólera que sobrecogía las entrañas.

A NICOLAS VAPTZAROV

Habías crecido junto al olivo y la niebla.
Acostumbrados tus ojos amaron el río, las bahías
y el balido quejumbroso de los rebaños
que bajaban de las cumbres donde moraban la nieve y el águila.
En las tardes azules te acariciaba la bruma cálida del mar
y junto a la silueta de los navíos
que escondía la húmeda niebla del puerto,
echabas a volar tu corazón, herido por una sed
(de solitaria aventura.
Tus manos educaron el temblor de las máquinas
y ardieron el grisú de la mina y en las poleas.
Los barrios de Varna y de Sofía,
conocieron tu sonrisa, franca y magnífica.
Amabas a los pescadores, y acostumbrabas acercarte,
por la tarde, a esperar su regreso.
Ellos conocían tu tristeza, cuando hacías tender,
la mirada de tus suaves ojos azules,
por la tranquila corola de la espuma,
y soñabas mucho, a través de tu ventana ideal.
Te iluminaste en la lucha, y alegre, embriagado
(de dolor y vida,
te preparaste a morir.
Sobre mi escritorio, bañado por la dura luz de marzo,
están tus poemas. Abro tu obra parca, profunda,
y al sentirte libre y puro, te imagino: alto, sencillo
y magnífico para el sufrimiento.
Tú no has muerto. Murieron los que apagaron
(el arrullo de tus ojos.
Y morirán todos los que odian tu voz, tu signo,
la suave luz de tu estrella.
Morirán los que niegan la siembra y la canción.

A OSWALDO ESCOBAR VELADO

Si pudiera regresar tu voz
si pudiera
yo la dejaría
aquí donde faltan tus labios.
Porque siento por ti esta corona dolorosa y musical
(que me cubre
esta llagada materia de abejas y gorriones
que educaron tus consejos
tu palabra que vertías en los sitios silenciosos
donde la ciudad descansaba entre el breve latido de las flores.
Cómo amabas la luz de la mañana
esa luz que en las cafeterías se vuelve mariposa
y navega como dormida en el humo de los cigarrillos.
Entonces tú temblabas como una enredadera
eras un puñado de sílabas que oíamos con cariño
y guardábamos religiosamente el corazón.
Si pudiera traer tu voz
(ya no tu sombra
porque tu sombra palpita en la raíz
en el vuelo de la mariposa)
la llevaría por el mundo
por los sitios donde se apaga la alegría del hombre.
A veces sueño hallarte a la vuelta de la tarde
o en las cafeterías
donde te esperábamos ansiosos
con la aromada taza de café.
Cómo hace falta tu voz hermano mío
tu voz a veces dulce como el agua o como el mundo
(de las frutas

voz aromada y fresca.
Un día recuerdo en una aldea entre el canto de los pinos
al escuchar tus poemas en labios de niñas campesinas
sufrí tu ausencia.
Sentí que hacías falta
y comprendí que teníamos que recoger tu voz
tu claro ejemplo y tu tristeza
porque también eras triste como yo.
Por tu tristeza morías y te volvías yermo
y en tu habitación de varón solitario
entre la ausencia de los zapatos vacíos
de los trajes en las perchas
de las camisetas tiradas en el suelo
de los libros en los estantes silenciosos
y de las fotografías de tu abuelo de tu negrito de sonrisa alegre
te veía llorar
andar como una bestia desolada y tímida.
Cómo buscabas entonces las guitarras
y bebías caña y te embriagabas porque ya no podías
(sostener tu tristeza.
Pero ahora has muerto
allí están tus ojos duros apagados
tu calavera tu semblante de ceniza.
Allí estás
mis ojos buscan tu imagen
y sólo encuentran una línea de sombra
de materia deleznable.
Allí estás y pienso que yo y todos tus amigos nos hemos
(de morir.
Pero por ahora
pero por ahora hermano mío
recojo tu grito
tu herencia musical
de enamorado amigo del mundo del niño y la naranja
de enamorado amigo del pájaro del hombre
y de las guitarras jubilosas que pulsa la mano mágica
(del pueblo.

EN LA DISTANCIA MI PATRIA

En la distancia mi patria con su pequeño
ejército sus chozas sus mendigos sus zopilotes
y sus ríos miserables como yo Ahora
la sufro la siento como a este
libro de poemas de Vallejo y descubro
que está ligada a mi piel a mi pensamiento
con el polvo de mi niñez en los campos
en el monte que cubría
el aguacero abandonando charcos
mariposas y caca de cabras en el camino

Para desprenderme de ella me baño
en la bruñida tina de este hotel
que da al Moscowa y obstinadamente
me doblega a pensar en ella volviéndose
fantasma de otro cuerpo que resplandece
entre la espuma de las sábanas
de un ayer que vuelve a perderse
para mí Unicamente la luna de otoño
en la densa humedad



José Roberto Cea

Nació el 10 de abril de 1939 en Izalco. Publica desde 1956.

Autor de la presente antología. En 1960 realizó otra: Poetas Jóvenes de El Salvador. También escribe teatro y narrativa. Bibliografía poética: Los Días Enemigos, Editorial Universitaria, San Salvador, 1965; Casi el Encuentro, San Salvador, 1966; De Aquí en Adelante (Muestra antológica de cinco poetas salvadoreños), San Salvador, 1967; Todo el Códice, Ediciones del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, Colección Premio "Leopoldo Panero", España, 1968; Códice Liberado, Ediciones Riap, S. A., Colección Adonais, Madrid, 1968; Segunda Edición hecha por la Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1968; Códice de Amor, San Salvador, 1968; Náufrago Genuino, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1969; El Potrero, Editorial Universitaria, San Salvador, 1969; plaquet ilustrada por el pintor salvadoreño Carlos Gonzalo Cañas. Tiene inédito: Informe para Isa, Mester de Picardía. En la "Estafeta Literaria" de Madrid, Luis Jiménez Martos escribió: "Mientras un sector de la poesía hispanoamericana ha seguido siempre desde muy cerca los movimientos europeos y de su continente, otro se ha esforzado, si bien en menor medida, por incorporar a la misma un indigenismo más o menos auténtico, manera de ligarse a una tradición cuya identidad basta a personalizarle en el conjunto de la poesía de todos los países.

No es fácil esto, porque la fórmula puede abocar al refrito y quedar convertido el poeta en un imitador. Cea recurre al hallazgo de un nuevo códice, pretexto de orden secundario, vía conducente a un mundo primitivo en el que hay rituales, brujos, conjuros, animales sagrados... Y no sólo es que asimila perfectamente ese tono que aún podemos percibir en la poesía maya, sino que lo traspone a una realidad mucho más próxima, a una supervivencia increíble de aquel estilo de vida. Y, de una forma u otra, Cea se introduce por completo en el espíritu y la palabra de lo que desentierra, así como en las gentes que pueblan un mundo recreado.

El espíritu de ese mundo está latente, decía, entre el frenesí de la civilización y la naturaleza a la cual se halla arrimada; entre lo ceremonioso y lo anhelante,

mirando hacia el misterio. La palabra que da expresión a todo esto es colorista y a menudo dramática, pero con un dramatismo de extraña y constante belleza. Se suceden las sobrias oraciones, los vocablos intensos o brillantes, el ritmo perfecto, todo ello acreditador de un poeta que, a pesar de ser joven, anda lejos de vacilar". "Aquí hay un poeta que ha preferido ser americano apoyándose en fascinantes orígenes".

César Aller, en Nuevo-Diario de Madrid, escribió: "Encontramos en este libro del poeta salvadoreño, un tipo de poesía que está marcado por el sello de la originalidad. El país de cada escritor define, sin duda, el lenguaje y José Roberto Cea tiene en su modo de expresarse un rico léxico de palabras de allá, con las que abarca lo telúrico y lo mágico, el toque de lo prodigioso, que alcanza el verdadero arte en su esfuerzo por acercarnos a lo inefable.

"Poesía mágica es ésta, ya lo hemos dicho; escrita desde la embriagación que produce lo misterioso del mundo; poesía de intensos contrastes y variado color".

El poeta chileno Miguel Arteche dice: "El lenguaje de su libro y su estructura, el hecho de que plantee un problema que siempre me ha obsesionado —es decir, el conflicto de dos civilizaciones, de dos culturas, de dos modos de aprehender la existencia sobre el territorio americano—; la calidad de sus imágenes y, al mismo tiempo, la sobriedad de ellas; la perfecta asimilación de distintas influencias que confluyen en un modo, el suyo, muy personal de enfrentar el fenómeno poético, me llevaron a la conclusión de que en José Roberto Cea hay un poeta de gran futuro".

En Bélgica, Fernand Verhesen, del Centro Internacional de Estudios Poéticos, dijo: "Me parece (y esto no es disminuir el valor de ninguno de los otros) que José Roberto Cea es, actualmente, el que posee el acento más vivo, más original, más fuerte, el que no se deja arrastrar por discursos, y el que tiene imágenes que brillan con mayor vigor".

INVOCACION DE LA CIUDAD PERDIDA

Aquí ha llovido cielo.
Se desliza entre hierbas. . .
El poeta y los lirios saben la ceremonia.
Vedlos crecer en su hermosura.
Vedlos nombrar el canto. Hurgar el sueño.

Para danzas, el aire.
Mariposas para la música.
Aquí la mezcla rara.
El recipiente. Allá, los dioses.
Aquí la luz del tiempo se enajena.
Allá los viajes.
Y para cuando regresen los perdidos,
los árboles habrán dejado el bosque. . .

He leído el libro de los días: —Piedras de adivinar.
Hallo la invocación.
Voy a purificarme con humo de rocío
antes que el sol se anuncie.

A punto de volar
la noche alcaraván llega a mis manos.
Hace nidos vacíos sin poder detenerse. . .
La aurora sube lenta, lenta, lenta
a paso de perdido que extravió la noción.
La aurora sube lenta —pez de oro sumergido en el tiempo
que navega,
navega,
y hace anillos de espacio. . .

Yo, buscador de amuletos
voy al mar, me disuelvo en sus playas;
me traigo caracoles para pintar de verde los crepúsculos.
(Aparece el Quetzal)
Veo arenillas, me dirigen su voz que no es su voz,
me hablan, me miran
casi las tomo. . .
Yo deseo hacer ríos y caminos
y la espuma llega con su velo a perder la visión.
Y lloro, lloro con los ojos anegados de piedras.
Piedras mentidas, sí, pero son piedras. . .
Es cuando llega algo de luz sin luz, mucha intuición
y me quita las piedras parte a parte;
me arranco la pupila para poder mirar
hacia dentro, al fondo, a mí mismo, al pasado. . .

Subterránea Ciudad: Sol de los ojos.
Deja de perecer que estamos solos.
(Ya se perdió el Quetzal).
Oscuridad de todos si te sigues hundiendo.
Si te alejas sin preguntarte nada.
Sin dejar que yo diga tus curanderos que le hallaron la voz
a la palabra.
Sin dejar que yo vea los viejos talladores de madera y de jade
gobernando la piedra y el fulgor de la arcilla.
Tus doncellas hilando los crepúsculos
en cada flor silvestre.

Subterránea Ciudad, déjame hallar el cenote sagrado,
al sacerdote azul pintando los presagios y el misterio.
Déjame ver el aire que tenían los juegos de pelota.
Quiero tener tambores labrados en tortugas terrestres.
Es necesario aquí el adivino loco,
el que hacía pirámides, calendarios
y días con un siglo pintado en la memoria.

Subterránea Ciudad, déjame hallar el rito,
el fuego hecho de piedras, el mosaico de plumas.
¡Todos los testimonios que me lleven a ti!

Subterránea Ciudad,
voy a humedecerme con humo de rocío
para esperarte a solas...
Si te escondes, nadie puede encontrarse...

Hemos llegado aquí,
a la caída, al tumulto;
esperando decir lo que tú nos señales,
esperando decir lo que no dice el tiempo.

Te esperamos, Ciudad, a que digas lo que no hemos podido;
a que traigas
lo que no hemos hallado.
Te esperamos, con esta luz herida...

La Ciudad en la noche es un canto. El canto enciende los ojos de los animales. Los árboles caminan y hacen el bosque. La Ciudad se detiene en el sueño y no crece. Para encontrar una Ciudad, se tiene que ser hombre venido desde el sueño. Los hombres han caminado historias para dejar la sangre untada en piedras. Y las piedras deliran, se hunden bajo las raíces del bosque; tienen que ocultar, tienen que dejar en vacío a las miradas profanadoras, las que se llevan el milagro, el oxordio; no hay donde empezar la caminata llega el robo; la reconstrucción muere sin haberse iniciado. Hay que cuidar las piedras, las hojas del misterio y la mirada roja de los animales; todos tienen la pista del hallazgo; ellos guardan la iniciación para los elegidos. . . Hallar los elegidos es difícil, ellos son los que tienen que llegar y darse cuenta. A los falsarios es a quienes todo se les niega. Las piedras, las ciudades, se abstienen de participar; sólo la noche y el bosque se dejan ver, se dejan tocar, pero no dejan que penetren en sus secretos. El jadeo no importa, por mucha obstinación que pongan los intrusos. . .

He ahí que el poeta, lleno de laberintos, viaja los elementos, junta hombres-poemas, *les da el soplo y ellos le hacen calles, veredas, ilusiones, cuidan su instinto —ave inexperta—, le manifiesta nombres que no han hallado dueño; él anota en memorias, en hojas, en cortezas de árboles, en ojos de venados, en pieles, en arena, con arena, en el aire, en todo lo que está disponible o se inventa medios de guardar el hallazgo. Sigue. Los* hombres-poemas *le han despejado un poco las huellas olvidadas. Los encuentros son propicios. El poeta se apodera de dioses y de piedras, para ello tiene el mágico esplendor de la poesía. . . El canto va en camino de dar su flor. La noche, a miserias, va entregando vestigios de la Ciudad. El canto se ilumina levemente. El poeta ha congregado azules vibraciones, los nombres del linaje danzan ebrios, la Ciudad va saliendo poco a poco, lenta, y nadie la detiene, ni el poeta, que es dueño del hallazgo. Y ahí va la Ciudad, parte a parte, calle a calle, templo a templo, entregándose nueva, pero antigua; sin perder su misterio, pero sola; sin muchachos, pero madre amorosa; ella sabe que al fin tendrá sus habitantes, ella sabe que al fin no ha sido descubierta en vano, que tiene que servir, que todo le tiene que llegar como ella fue llegando, a misterio, a exordio, a brebaje, a pedernal, a ojos, a gran complicación, a laberinto, a sangre. . .*

He ahí que el poeta, piedra de sacrificio, piedra en delirio, inicia su labor con los linajes. La Ciudad está expuesta —al fin novia del hombre— a que el niño la mire y no se asuste.

ENTRADA A LA RAZON

Si te acercas a un caracol, ponlo en tu oído. Oirás tu historia y la del mundo y la del mar y la del monte y la de él mismo y la historia de la historia. Hecha sonidos la tendrás, dispersa y en unión y sin poder salir... He ahí que estás en la obligación de sacarla a relucir, de exponerla en palabras a los ojos y oídos... Nadie te detendrá, sólo tú te detendrás.

No es un juego de espejos entregando el espejo en la imagen. Es un juego tan serio, tan inocente y cauteloso, tan sin cuidado y soberbio, que es como ir al mar y buscar los rastros que ha borrado el oleaje, que es como ir a encontrar lo inasible, lo que está detrás de lo que ya se sabe... Y no es solamente ir de calle a calle, de ciudad en ciudad, de palabra a palabra entre los ciudadanos... Es también salir de uno mismo, ir con la muerte adentro y con la vida afuera. No es sólo lo que siempre hemos tenido entre manos, entre pecho y espalda, también es lo demás... Lo que con ello viene, las complicaciones y el esclarecimiento de lo claro, de lo entendido, que se deja perder por egoísmo... ¿Para qué buscar en regiones perdidas lo que tenemos en la clarividencia de la sangre?

Estamos en el sitio del cruce. Somos la efervescencia del encuentro. La salida apenas ensayada, el camino sin pasos, la huella que anda en busca de todas las veredas para seguir, quedándose en su sitio, para estar adelante, sin moverse, en pleno movimiento. Todo por la multitud de silencio y quietud que padecemos.

Sucede, pues, que todos los hallazgos van a ser encontrados (descubrimiento verdadero). Además, no estamos solos, siempre tendremos algo de final para el principio. Aquí, todo está abierto, para adentro, en plena expectativa. Bien sabemos la historia que tenemos que hacer. He ahí por qué somos los dueños del asombro, de la inocencia, del material latente, de los giros más puros y soberbios, de la entereza siempre a prueba de cieno y con palomas, a plena angustia, pero jardín, a vivacidad y desdeñosa. En fin, toda la dualidad del hombre entre los hombres.

Total, nada fuera del hombre es maravilloso; él es la maravilla cegada por sí misma. Sus actos lo interrogan interrogándose. Siempre la dualidad en la pluralidad del ser, de los sentidos.

Así les fue dicho a mis mayores. Nadie comprendió la estrella del silencio; salvo alguna inquietud, leve y sin fondo, apareció por mínimos instantes en sus ojos; pero más lágrima que amor, más fuga que raíz, más arcángel que niño, más nada que todo; en fin, el Hombre no tenía presencia definida; por algo les fallaba y le faltaban. Hoy vamos a tenerlo. Mientras dejen los hombres que le odian, hoy vamos a tenerlo. Aunque no lo desee, lo vamos a tener. Contra viento y marea, lo vamos a tener. Para salvarlo de los hombres, lo vamos a tener. . .

Hoy andará en la sangre de los libros, para salvar los libros. . .

CONJURO ENTRE HIERBAS SIN NOMBRE

Está bien por la Juana,
la Juana Torres;
La que hacía crecer la ruda y el misterio.
La enemiga de Dios y del Infierno.

Ella tuvo la flor de los amantes.
El castillo en el aire.
Y le importaba un rábano la muerte, su ropaje de angustia.

Esta es mi Juana Torres, de punta a punta;
con su sartén de barro nuevecito
para quemar seis chiles en la noche del viernes
mientras cae su voz agria a tabaco,
diciendo un Padre Nuestro al revés y otro al derecho.
Mientras cae su voz de ángel perdido
con cuatro Avemarías al derecho y un Credo al revés...

Salve, Juana, tu espacio sin medida y lleno de ojos,
tus alfileres penetrados de orégano y tempate.
Tu voz,
saliendo a gritos por viejos tecomates aromados de incienso,
llamando la querida del vecino.
Tus manos colocando en gastadas fotografías de muchachas silvestres
los alfileres mágicos
que antes vivieron en puros milagrosos...

Nada del otro mundo hacías, nada del otro mundo
pero bien que salvaste corazones,
reputaciones y muchachas burladas.

Juana Torres. ¡Que nombre para decirlo en ángeles!

¡Cómo ha de estar Izalco sin tu nombre!
Sin tu nombre corriendo de boca en boca
como un raro amuleto de presagios.
¡Cómo se ha de vivir allá en Izalco, tu muerte que no vive!
Tu silencio sin fondo, las cosas que tú hiciste,
el vacío que dejas.
¡Tu gran cordialidad con el misterio!
Tu andar por esas calles pedregosas
con el deseo de hacer feliz al mundo.
Juana Torres, cómo vivo tu muerte que no vive.

Aquí, donde yo existo, me preguntan por ti, Juana querida,
que si son ciertas las cosas que se dicen de vos, de nuestra tierra. . .
Dudan de tu lucha por encontrarle rumbo al corazón,
no creen que hayas hecho arder verdes hierbas y chiles colorados. . .
Pero desean saber
cómo es eso del puro y del conjuro, la oración para el pacto con el diablo
y otras cosas
como encontrar novia, que no falle el marido,
que la mujer no se acueste con otro en ausencia del hombre,
conseguir dinero o sacarse la lotería.
Juana, preguntan
y no puedo decir muchas cuestiones, no las debo decir. . .

¿Cómo puedo explicar que mirabas la ruda y el augurio
y crecía la paz y el mal de ojo quitabas?
¿Cómo puedo decir que tu aceite de iguana lo ungías al aire
y el amargo brebaje de la vida se olvidaba?

La Juana, no tiraba las cartas por tirarlas.
Ella, no construía muñecos por construirlos.
Ella, al usar alfileres y tabaco y culantrillo y santos boca abajo
era porque los novios se encontrasen.
Era por ese afán de hacer feliz al mundo. . .

Esta es mi Juana Torres, de punta a punta.
Y jamás entregó gato por liebre.
Y le importaba un pito los decires.
Y lloraba como una Magdalena.

Yo soy Quirino Vega,
Tengo hierbas de pájaros malignos
para falsear candados y memorias.
Tengo, además, oraciones que alejan la maldad
y hacen retroceder al enemigo.

Yo, Quirino Vega,
Sé matar la cal viva, pero sufro.
Hace años que he muerto para el ángel,
pero me sobreviven, la Chagua Théspan, mi mujer,
y diez hijos.
Seis hembras ya cazadas sin casarse,
y el resto, unos muchachos locos,
alegres como pascuas.

Lo que sé, lo heredo de mi padre.
El sabía sus cosas. ¡Tantas sabía!
que me alcanzó a dejar mucho que vale.
Por ejemplo, su corazón de codorniz salvaje.
Y ese afán tan limpio,
de agua que no cede en el pantano,
que todo lo del mundo se encuentre en su lugar.

El nombre que me puso,
según dicen las piedras de coral,
fue para que yo no perdiese el camino.
Y las espinas no dejaran su huella en mi memoria.
Y la hormigas me trajeran gusanos moribundos,
sapos muertos y cogollos de plantas misteriosas
que harán perder el agua de las pilas. . .

Yo, Quirino Vega,
siempre anduve en camisa de once varas
por decir la verdad a quemarropa
y no hacer uso de platos de lentejas.

No dí palos de ciego, me cayeron.
Pero ahí voy, de memoria en memoria,
más querido que el aire y que el dinero.
Repartiéndome azul, a manos llenas.
Dándome de verdad, completamente nuevo en cada entrega.
Sin sudar tinta, sí, pero soberbio.
Así somos los brujos en Izalco.

CRONICA DE UNA MUCHACHA SALVADOREÑA

Cuando la conocí
—tienen que dispensar este recuerdo—
era un mango.
Quien de hombre, goloso la miraba.
Y le iba quitando, poco a poco, el traje
y el pudor;
hasta dejarla inerme, desnuda. . .

Ella,
siempre inmutable, sonriendo para adentro;
gozando en su interior, a sus anchas
y plena.
Otras mujeres, celosas del encanto.
Otras, alegres que su especie tuviera un ejemplar
tan absoluto.

Cuando la conocí,
Asistía al colegio y a los partidos de basquetbol.
Leía las noticias sociales del periódico.
Las novelitas rosas. La Colección Capullo.
Soñaba, pues.
Tenía castillos en el aire
y un principe azul
la acariciaba;
iba a bailes, (siempre deseó que se le cayera
la zapatilla).
Se electrizaba
al ver pasar un "Jaguar" amarillo despedazando el aire.
Para acentuar sus cálidas chichitas, usaba suéteres pegados
y faldas sin plisar para insinuar sus nalgas.

Es terrible su historia.
Cuando la conocí, le gustaba escuchar el hondo suspirar
del hombrerío
y la música audaz de los silbidos.

Caminaba campante por las calles.
Deteniendo los ojos.
No cabía en la acera. La ciudad la miraba
y ninguno sabía su existencia.
Pero ella cruzaba los portales, los parques,
las plazuelas, miraba las vitrinas,
sonreía, se compraba la dicha a borbotones,
le sobraba la dicha. Sonreía de nuevo.
Retornaba a su casa.
Los vecinos la querían, la odiaban, suspiraban por ella. . .
Nuevamente la ponían sobre la fresca grama del deseo.
En fin, era algo estupendo
tenerla a boca de jarro.

Fue terrible su historia
y común.
Fácil de conocer.
De llevar como ejemplo en la solapa.
De mostrar a las niñas colegialas.
A los muchachos deportistas que se roban los test de matemáticas.
A los que se masturban en los baños. . .
Para enseñarla ¡por Dios! a tanto viejo verde
que se tiñe las canas; a tanto viejo verde mentiroso, falso
que no tiene ni patria, ni gobierno, ni religión siquiera.

Fue común el ensayo de esa niña.

Cuando la conocí, no lloraba de veras;
salvo un par de rabietas coronadas de lágrimas
y otro par de molestias en los ojos.

¡Qué muchacha más nuestra!
Qué cariño tan bueno.
Qué salida sin ruta.
Qué cristiana criatura.
Que becerro de carne desponible al dinero.
¡Basta ya!

Yo la vi. Yo la siento.
La empujé. La dejé.
La tenemos. . .

¡Ahí está!

Entre anhelos sin calles.
Entre palabras obscenas.
Entre viejos que se ponen pelucas.
Entre citas a lugares de moda.
Entre empleos que no rinden amor.
Entre jefes frustrados.
Entre sombras que se han aprovechado de la angustia. . .
Anda de boca en boca.
Entre murmullos que no dicen verdad y miradas que hablan, está.
¡La tenemos!

Con toda su desgracia, ahí está.
Ella. Yo. Nosotros. ¡Solos!
Sin encontrarnos.
No tenemos salida, pero canto.
Ella llora o se entrega, es igual. . .

"Como no pudieron meterme en cintura.
Me voy con la música a otra parte".
Así se dice aquí, en El Salvador, cuando uno está jodido.

He llegado ante mí: Muerto de mi, maldito.
He llegado a mis ojos: Aparecido.
Con tierra en la mirada, en las uñas y el habla. . .

Torpe. Enigma, he llegado ante mí.
He sentido deseos de salir a la calle,
buscar un balazo perdido, desperdigado
y terminar con toda esta miseria.

Es en estos momentos, cuando se acaba la paciencia.
Uno pierde el amor, la dulzura de ser,
de andar en defensa de la vida.
Uno cae en desgracia y cuesta levantarse.
Se cierran los ojos para borrar la angustia. Y nada.
Cansa defender el amor como gato panza arriba.
Se sufre como nunca, pero ahí vamos. . .
Se va con la música a otra parte.
Se le halla lado al vivir.
Hacemos paz con los huesos. Y otra vez
nos miramos sonrientes. Diciendo sin decir
con la mirada (a veces con los actos)
que aquí
no se está por gusto. Que al mundo no nos echaron
porque sí, por mero afán de echarnos. No.
Vinimos a la vida para hacerla crecer.
Para que siga el curso necesario.

Nosotros aquí, en El Salvador,
hemos perdido el aire
y a punto de estallar estamos.

Sucede que en un pedazo de tierra
vivimos hasta mil.
¡Es fabuloso!
Este panal sin miel, es fabuloso. . .
Hay que vivirlo para saber que es cierto.
Para saber su historia
hay que sacarle sangre a un gusano.
Hay que llorar al pie de una ecuestre figura.
Ignorar tanto texto vacío
escrito con mentiras y tinta y con las patas.

Aquí, en El Salvador, hay que decir las cosas
a corazón partido y con cojones.
Tantos han extraviado la palabra
que a muchos nos rompe la nostalgia.

Aquí, en El Salvador, siempre estamos peleando
entre vecinos.
Y del prójimo hablamos,
por detrás,
cuando ha dado la vuelta.
Algo nos pasa siempre, algo romántico, dulce,
cosa que la dejamos para el sueño. . .
Es una mierda, este San Salvador, pero divino.
Aquí, ¡hasta las piedras hablan, sufren, y se tiran abrazos!
Aquí, en El Salvador, la cosa es para tanto,
que tenemos que hacer las pequeñeces,
rodearlas de clamor
y esperar el vacío.

Para que el mundo sepa dónde estamos situados,
a dónde fuimos capaces de llegar,
se tiene que morir podrido en pisto,
pero no vales nada; aunque hayas sido presidente,
o ministro o diputado, no vales nada.

Pero no vales nada, también, si vales mucho.
¡Si vales de verdad!
(No me deja mentir Chico Gavidia.)
Jodida está la cosa.
Pero ahí vamos, con ganas de ser grandes.
Diciendo que somos lo mejor, el paraíso.
¡Qué, carajo! Somos un espejito reflejando lo de otros.
Nada nos pertenece de verdad.
Todo es prestado, ¡hasta la muerte!

Así es que tenemos que sufrir hallándonos.
Saber nuestra verdad, luego decirla.
Propagarla en ojos o palabras o sonidos, pero decirla.
Sólo así nos tendrán que existimos...

El Salvador me duele.
Tanto me duele, que lo quiero tanto.
Y deseo vivirlo más, darle vuelta,
transformarlo de veras, ¡porque sí!
Porque se debe transformar.
Como está
ya no sirve... No ha servido jamás... ¡Perdón!,
ha servido para algo: Es doloroso.

Aquí en El Salvador, en esta semillita,
tenemos que llorar
para que brote el canto, para que salga pleno,
para que sirva de algo.

Aquí, en El Salvador, tenemos que sacar a relucir
lo cierto
o seguimos perdidos...
A El Salvador, ¡por Dios!, yo no lo niego.
¡Pese al padrastro que es!
No podría negarlo. El me tiene y lo tengo.
Cuanta vida me gasto, es por él.
¡Por su forma tan rara de ser en este mundo!...

ALGO SOBRE MARGARITA

Para mil novecientos diez, Margarita seguía entre poemas.
No era la poesía, ni bella, pero siempre pasó por la belleza.
Margarita, pese a la soledad
—de aquella época—
nunca se sintió sola.
Sus canarios no estaban en el cine, la radio o la T.V.
Sus flores no venían del nailon.
Amplia era su casa y su casa era de ella.

A Margarita, todas las personas la conocían,
también los pájaros
del parque, entonces sí había parques y pájaros en la ciudad,
además de las calles empedradas y tranvías tirados
por caballos y mulas.
Las calesas, siempre fueron ejemplo de opulencia.

Margarita nunca perdió contacto con el mundo.
Sin teléfonos,
microondas, o cosas que insinuaran la presencia
del ser,
nunca perdió el contacto con las gentes. . .

Contaminada —al fin muy de su siglo— de la belleza,
vivía de verdad;
no era una más entre las muchas.
Algo de incomprensión había, por qué negarlo,
pero la ingenuidad o la inocencia, todo lo salvan
o lo atenúan.

Margarita no fue una isla ansiosa de ilusión,
siempre fue la ilusión.
Siempre fue comprendida Margarita, pese a los
contratiempos, ya lo dije, siempre fue comprendida.
"Y yo creo en usted" —lo decían.
Y Margarita sonreía. Y Margarita aquí. Y Margarita allá. . .

Entonces hasta Don Quijote andaba por las calles
y no decían nada, y no era como hoy. . .

O.K.,
la cosa está perdida
para la pobre y vieja Margarita.
Menos para la Margaret actual,
así lo piensan ellas. . .

EL POTRERO

Parcela Primera:

Las pocas personas que hablan de mi país
lo confunden con una provincia de Brasil
o con la tierra primera que pisó Cristóbal Colón
cuando descubrió el Nuevo Mundo.

Qué importa esa confusión geográfica
si nuestra propia vida es confusa.
"Eres confusa como un poema de Blake"
le dije un día
y ella no se dio por enterada.

Pero mi país es un potrero y en eso no hay confusión:
los caballos se ven en los automóviles, en las calles,
en los barrios pobres y en las colonias de la burguesía
y en los almacenes y en las oficinas públicas y privadas,
en todo se ven los caballos y las vacas y las mulas, sobre todo
las mulas y los bueyes y los toros y hasta los garañones en celo. . .
No nos dejan mirar ni la mañana.
No se ven ni la luna ni los niños ni el aire. . .

Parcela Segunda:

En mi país —según las estadísticas más conservadoras
nos reproducimos al cinco punto cinco por ciento.
Somos ciento treinta habitantes por kilómetro cuadrado.
De cada cien, diez alcanzan mayoría de edad.
De esos diez, dos saben leer... uno de corrido
y otro apenas deletrea.
El setenta por ciento de los habitantes de mi país
son campesinos...
Cada año, cuando florecen los almendros de río
y el cortez blanco es un copón de oro
salen en desbandada
a esconderse
los mocetones prietos...
Se suben a los árboles
Se meten en las cuevas que dejaron los pumas
Se disfrazan de plantas o bandidos
O se van al manglar a meterse entre nubes espesas de mosquitos.
Huyen del servicio militar obligatorio.

Parcela Tercera:

Con una ideología donde poner los pies.
Rodeado de carteles luminosos, de anuncios comerciales
de slogans
(compre donde bigit a precios de me lo llevo
y a ritmo de cronch-cronch y de watusi)
estoy muriendo un crepúsculo sherwin williams
las pinturas que pintan al mundo color de coca-cola,
anegan los veintidós mil kilómetros cuadrados de mi país
y se disputan con otras compañías extranjeras
los centavos que producimos los tres millones quinientos mil
paisanos.
¡Es una sardinita de país!
Pero más es potrero
y en él los que viven mejor son los gorilas...

Parcela Cuarta:

Esta manera rara de potrero.
Grande amargura
Ojos de buey cansado
Maldita leche, malísima
Un río con antigüedad no lo atraviesa.
Automóviles vienen.
Automóviles van
por estas calles oxidadas a sangre
A fuego tropical.
Bestias al matadero. Bestias de carga.

Mi país es potrero.
Tragedia sin escena
Escenario que buscan en el mapa.
Incierta geografía que no se halla en memorias...
Pero aquí está el vivir que me desnuda en lumbre
que me pone ese viento con olor a venado...

Parcela Quinta:

Mi país es potrero,
en verdad
rara forma de mirar un paisaje bellísimo,
un montón de personas encantadoras,
unos niños orinando en las calles
unos chuchos trabados
y una influencia incesante de espejismos y espejos
y baratijas...

Parcela Sexta:

En mi país hay unas yeguas...
de mirar nos colonizan.
Potrancas hermosísimas: caobas de ojos negros.
Relucientes muchachas...
A todos nos ponen de cabeza.
Nos tiran en el sueño.
La dulce libertad de los solteros se nos cae de gusto.
La entregamos sin saber lo que vale.
—La libertad de los solteros vale tanto como la independencia
de un país, como la dignidad de que hacen gala los patriotas,
los asesinos, los santos, los ladrones
o toda esa gente que nunca tuvo nombre ni se conoce...
Pero en mi patria —el potrero que todos realizamos—
hay unas yeguas que de sólo mirarlas
nos desnudan.
Son la vida.
Todos venimos de ellas.
A ellas vamos...
Nos queremos montar
y las montamos.
Nos tiran por el suelo de la desgracia.
En esta situación vemos al mundo como nunca lo vio jinete alguno...

En mi país hay unas yeguas —potrancas de ilusión—
que nos montan de amor
y crecen las ciudades...

Parcela Séptima:

Mi país no es una provincia de Brasil
Es un potrero.

Mi país no es la primera tierra que pisó Cristóbal Colón
Es un potrero.

Mi país no es una isla
Es un potrero.
¡Y varios desearían aislarlo!
Aunque dejen entrar a los muchachos de los cuerpos de paz.

INSTRUCCIONES PARA UN JOVEN DEL TERCER MUNDO Y DE PROVINCIA QUE VIAJARA EN AVION POR VEZ PRIMERA

Debes llegar temprano al aeropuerto.
En el aeropuerto no hay barcos, son aviones
y parecen ballenas disecadas. . .
Te presentas a la oficina de migración
(un papeleo de mil demonios)
es como ir a la escuela el primer día, da miedo
tiemblan
la lengua y las rodillas, el corazón flaquea. . .
tienes que ser valiente
y enfrentar ese infierno.
Te harán unas preguntas que por vez primera escucharás,
no te asustes por ellas.
Te pondrán irreal, casi en el aire,
pero le miras fijamente en los ojos al empleado
y santas pascuas.
El problema está si te cogen desprevenido
y cuando te pregunten cómo te llamas y no dices ni Pedro,
dirán: "El ya no pudo decir nada". Lo cual es vergonzoso
y te dejan sin abordar el avión.
Pero si llegas a la nave (a los aviones se les dice nave)
encontrarás en idiomas extraños
instrucciones para usar salvavidas, cómo encender la luz,
recibir aire y no fumar cuando el avión despegue.
Al empezar el vuelo, sentirás como cuando te encuentras con la mujer
que quieres y no le dices nada por temor o miseria de ti.
Sentirás una angustia, un vacío en la boca del estómago,
recordarás las maldades que has hecho, repasarás tu vida
y no sabes a quién le prometes enmendar tu existencia.

Aunque aquello es un momento inacabable, pasa.
Luego te dan goma de mascar
esa leche verdosa
que sacan tus hermanos de árboles de hule.
Te ofrecerán comida y pastillas y alka-seltzer.

Una vez instalado
gozarás del placer de volar
olvidas el olvido
te sentirás eterno
mirarás de cerca las nubes
y no querrás bajarte del avión,
sobre todo por las aeromozas
¡carajo!
son unas agua-miel que ni la vieja Locha
las pensó en su prostíbulo.

HOMENAJE A TU CUERPO

Sí, en tu cuerpo hallo mi libertad.
En él me realizo y estoy como al inicio de mi vida.
Aquí no hay ascensores, ni teléfonos, ni cremas de afeitar,
ni ventanas de donde tirarse para acabar con todo. . .
Aquí no hay cigarrillos, ni fuentes de soda, ni cafeterías, ni bares.
Eres más que una tarjeta postal, increíble como un catoblepas
y precisamente no nadas en esperma ni eres toda ovarios o tumba.
Eres mejor que un hermoso recuerdo.
En ti se acaba mi neurosis, en tu cuerpo recobro mi principio.
Aquí no hay hambre, ni persecuciones, ni señales de tránsito,
ni desgracias, ni policías, ni partidos políticos.
Aquí dejo de ser hombre de letras, no necesito dinero
y lo diabólico se va a echar pulgas quién sabe a qué soneto.
Tú ardes por donde las mujeres deben arder
—echamos humo y esta guerra es la única guerra legal y necesaria.

Vuelvo a nacer.
Recobro la inocencia con tu libro abierto y dejo de expresarme
como texto de biólogo o de anatomía.
Contigo está la chispa que me enciende.
Descubro la riqueza del vivir.
Aquí me aprietas: no existe más lo pornográfico. . .
Contigo gano el éxtasis, tu ostra me lo da lleno de jugo. . .
Eres un Maquilishuat florecido, un limonero hecho de flores,
otro madrecacao —útero que me niega la nostalgia
y te estrujo— ignoro al mundo y recobro el misterio.
Eres como una estrella de verdad.
Tú me absorbes y dices cosas que me gusta escuchar cuando vuelvo
a mi punto de partida.
Eres como te invento cuando toco esa presencia tuya que me crea.
Te destruyo creándote y las hojas de parra se acabaron

Aquí ya no vendrán con la vergüenza.
Aquí se terminaron los reptiles, las manzanas.
No hay baba que te alcance ni me alcanza.
Yo no soy yo ni tú eres tú cuando nos deshacemos en la cama.
Somos nadie y principio.
Somos como la flor de los amates.
Somos los ignorados por el mundo.
Ojo de agua en su primer hervor.
Aquí no cabe ya la hipocresía —te dejo a la intemperie
eres más luminosa
y sólo de pensar que habrá unos hijos y de saber, también, que le ganamos
a la guerra.
Eres perpetuo movimiento, revolución constante que me lleva al poder. . .
qué sencillo y normal: una mujer y un hombre se encuentran en el lecho
Hallan sabiduría. La armonía del ser. . .

RECORDANDO LAS PRIMERAS DE CAMBIO O EL NOVIAZGO

Cuando ya no estás dispuesta a la batalla un raro gusto me invade,
no hueles mal, es cierto, pero recuerdo las primeras de cambio.
Cuando todo era nuevo y el deseo era un animalito que rondaba y rondaba
y tú te le quedabas mirando con un miedo increíble
y te hacías del lado de los ángeles y me decías que era lo diabólico.
Te echaba aliento en las orejas y te ponías circular, sonabas
como una cuerda de oro y te pandeabas y te hacías así
esponjosa, pequeñita. . .
Me meneabas el agua y la horchata se me subía a la cabeza.
Eras una vaca hindú sagrada hasta en el sueño.
Te pensabas innombrable y ya estabas perdida.
Mesquineabas el roce de los senos. Te negabas y todo eso
como que no querías nada con la cama. Pura reticencia.
Sinopsis nada más. . .
Un día entró la eternidad cayendo a tumbos
y tu cosa fue mía y mi cosa fue tuya. . . todas las cosas fueron de nosotros
y aquel portón de hierro quedó de par en par.
Entonces conociste mi isla del deseo, yo conocí tu isla del tesoro.
Somos un archipiélago.
El agua del naufragio nos asedia. Nos espera la muerte, todo nos acecha,
somos el alimento de la nada pero tenemos una visión del mundo
que ya no es una mierda.
Desde entonces, amor, me haces tanto bien como la penicilina a los [enfermos
y me circulas en la cabeza y mi cabeza te circula cuando menos lo piensas.

MIENTRAS HACEMOS EL AMOR

— 1 —

Mientras hacemos el amor
los ojos te vidrean
las puertas de lo eterno se te abren
y me confundes con un pájaro en tu nido.
Eres como una ciudad amaneciendo, suenas de una manera inédita...
Aquí me tocará encanecer, echar algas o pátina.
Me apresas con esa libertad que me propicias.
Todo el tropel del tiempo se detiene y me voy deshaciendo poco a poco mientras tú te conmueves y me aprietas porque también te has ido disolviendo y quieres afirmarte —como yo— en el amor.
Los dos perdemos la batalla y ganamos la paz que no sabíamos hallar.

Tú no finges virtud y no veo pecado.
tan natural estamos en lo nuestro que ya la locura y la lucidez
nos entrelazan
llegamos a ser la encarnación de todos los amantes
y se rompen los vínculos con el mundo exterior.

Mientras hacemos el amor me quitas el disfraz, la máscara, el pellejo de culebra querida, la cáscara; me quitas lo matón, me pones en el sitio del amor.
Pura ternura. Jugo centrípeto...

Dices cosas que nunca me dirías en la vida diaria.
Aquí somos perfectos: los cuerpos trabajan totalmente,
la carne no detiene los impulsos de la imaginación. . .
Nada está en el vacío de lo inerte.
Extraviamos la identidad y no lo sabemos hasta después que la seguimos perdiendo.
Mientras estás en la batalla
sólo piensas en mí
que me construyes, que me formas de nuevo. . . me dejo hacer. . .

Lo sé:
De la herida que vengo y voy nace lo eterno
y conquistamos el vagido primario
animalito que sólo así aparece, existe de verdad.

Esta fidelidad es la armonía. El espíritu encuentra su expresión. . .

El torpe acoplamiento que empezó en los deseos de la carne
dio la chispa de amor en sus más puro instante.
Debemos responder o vendrá la neurosis, el desierto,
frustración, aridez. . . y haremos religión. . .
Sabes tú que los ritos se parecen:
Para entrar me arrodillo. Tú te arrodillas en la iglesia.
Actos de comunión, de puro encuentro, de irradiaciones
que saben conspirar entre nosotros.

Mientras hacemos el amor —en el preciso instante
cuando culmina el tiempo— eternidad eterna, instantánea,
suspendemos la vida, suspendemos la muerte
y no sabemos qué va a seguir después ni nos importa. . .

— 2 —

Después de esta batalla
posiblemente ya no quepas en un bolero
y eso es precisamente lo que quiero decir pero no encuentro cómo
quizá porque este gordo te estruja de una manera desafiante
y vos también lo partes por mitad.

Mientras estamos en batalla no pienso en recobrar esos momentos con las
palabras y ahora que me veo queriendo aprisionarlos, qué débil es,
qué inseguro este medio de aprehensión... No basta con decir te
despatarras y me entregas así tu gatito con olor a pescado...

No divinizas el falo ni lo condenas. No hay pecado en los cuerpos,
ni peligros; sabemos vadear sin reprimir a los adversarios;
tenemos plenitud, armonía y la explosión ritual del pensamiento.
Total, aquélla y ésta, son realidades que se reúnen a sabernos.
Y en ellas —como yo— te sentirás feliz porque sos verdadera,
auténtica, nos hacen libres.

No cabes, pues, ni en un poema lírico tradicional, ni podrás ser
de otro como antes de mis besos...
puede más la realidad, la que nosotros reinventamos.

Nos hemos trascendido sin sublimarnos.

EN EL CORTO-CIRCUITO DE MI ABUELA O CUANDO SE LE ACABARON LAS PILAS

(Anti-Elegía)

Yankis Go home, gritamos una vez a los chelitos en tu cara.
¿Qué es Go home? Dijiste.
¿Por qué a su casa? Continuaste después ¿Si la tierra es de todos?
No comprendías tú o no querías comprender
aunque tu hermano —el tío de la foto— haya muerto en la guerra
que inventaron los gringos en Las Segovias de Sandino.
Siempre fuiste así
de corazón abierto, amplio...
y cuando el odio te salía, porque tenías odio, lo echabas
a montón, a río suelto
chiflonudo era el odio tuyo, como tu amor también era violento...
Y cuando me putiabas por alguna diablura que te hacía
era como si el cielo se me viniera encima

—Y no te me acerqués porque te parto!
Eras capaz de hacerlo
y cuando me veías como perro apaleado
—Vení a comer tu pan, no me hagás caso, soy una vieja loca de remate,
haz lo que quieras
quién te va a aguantar si no tu abuela. . .
Se despejaba el cielo, el rojo del semáforo se cambiaba
a luz verde
y el carro de la vida se enfilaba a la dicha.
Así fui como nieto, así fuiste de abuela
ni tú ni yo cambiamos ni vamos a cambiar el carril que nos tocó
desde el primer banderillazo de salida. . .

Ya estuvo todo, sólo me quedas tú en el recuerdo
y te hago florecer en mis palabras
porque lo pueden todo las palabras
aunque no lo creamos por instantes. . .
A propósito de palabras, tenías razón, para unos
escribir poesía es soplar y hacer botellas
sólo que se debe soplar bien
para que las botellas resistan.

Una vez, a una tu enemiga —porque también tenías
tus enemistades por nosotros—
le dijiste que todo estaba bien
pero que había más dolor, más drama de verdad
en los silencios que en los gritos.
Aquélla no entendió y fue mejor. . .

No puedo traicionar tu recuerdo.
Sé que me estás mirando, que me escuchas
que sabés lo que hago. . .
Tenías como veinte sentidos y mirabas hasta con los ojos de los pies
Así somos las viejas —me decías— creen que nos engañan.
Nos hacemos las locas, las viejas fresqueras, como que el closh se soba,
[que no es lo mismo.
Todo para no dar nuestro brazo a torcer o viceversa.

Total, ese corto-circuito nos dejó deslumbrados,
ese acabón de pilas me derrumbó en las lágrimas
no pensé que sería tan luego
o que alguna vez tenía que ser cierto. . .

En fin, ya saben como somos los nietos de encariñados
con los viejos.
Por algo nos dejaron hacer lo que deseábamos hacer.
Pura alcahuetería, dulzura de vivir con los abuelos
encantamiento, arrobamiento de programa en la televisión...

Bueno, quiero decirte que siempre haré las romerías
a San Antonio del Monte, a Teotepeque, a Esquipulas
al Guayabal,
—aunque no crea en Dios ni en los santitos que adorabas de amor
de buena que eras y de misterio...—
pero es que ahí se aprende a caminar
a dormir en el sueño a juntar leña para el fuego
y a despertar sin gallos ni relojes.
Todas las romerías que no hicimos
las vamos a vivir como quien dice.

Tu egoísta sin non, tu egotista con par
se te puso tristón sin más ni más,
pero así es
cuando menos se espera salta la liebre.

Alfonso Quijada Urías



Nació en Quezaltepeque, el 8 de diciembre de 1940.

Incorporado al núcleo que empezó a publicar desde 1956, nos entrega una poesía rica en posibilidades; muy sensible; su última etapa es diabólica, interesante; él ha comprendido que los jóvenes heredan de los inmediatamente anteriores, no una obra, sino un instrumento y una situación para crear esa obra; porque eso se les entrega a los novísimos que nos continúan, un instrumento, una seriedad bien entendida no entre comillas. Hemos desterrado la improvisación, hemos desterrado la idea de que el arte es un pasatiempo, un oficio que se ejerce a hurtadillas, Alfonso sabe que dejamos a quienes nos siguen en el desarrollo de nuestra cultura, un sentido plenamente profesional para hacer arte, o no se es nada ni se llega a nada.

Quijada Urías sólo ha publicado una plaquet: Poemas, San Salvador, 1967. Los Estados Sobrenaturales y otros Poemas, San Salvador, 1970.

Aparece en De Aquí en Adelante (Muestra antológica de cinco poetas jóvenes de El Salvador), San Salvador, 1967.

EL ESCARABAJO

te debo esta batalla, no así a los que un día me enseñaron a pagar
con otra moneda este oscuro trabajo en que se pierde la memoria,
tú lo sabes por esta caja de pandora, por este tamborcito donde caen las [gotas
de algún llover que hace mirar las cosas con un deleite de anfitrión, [del que mira
desde los ojos de sus bolsillos un mundo pobre, algo así como un niño [matador de insectos,
a esa hora de los invernaderos, de las peluquerías, del solipsismo contra [lo real
que vive adentro de estas casas,
de la mierda misma que dejaron los abuelos paternos y que nosotros [llevamos con desesperación.
Te lo debo, porque un día lleno de amor feudal quisiste enseñarme [tus dominios
y hablaste de la razón como de un espejo recién quebrado
y a la hora de comer abrías los ojos, te dabas el lujo de preguntar por [mi salud,
recomendarme luego un viaje al exterior pasando indiscutiblemente por [el jardín botánico,
sin darte cuenta o por lo menos tratando de ignorar que el escarabajo [se llena de su porquería,
se envuelve mejor dicho y retorna al hoyito como al origen de todos los [orígenes.
Si no lo crees podríamos hacer la prueba yéndonos y regresando al mismo [sitio,
a esa misma hora en que guardamos los instrumentos de siempre, [regresaremos,
aún cuando esa frase gastada de quienes regresan ya no son los mismos, [*nos de estupor, deseos*

malsanos, ganas de escupir al suelo, reírnos como locos,
pataleando sobre estos papeles donde muchos vienen a escribir historias
[falsas,
suicidios de muchachos increíbles, la pérdida del pelo, el falso juego del
[verano,
esas muchachas en plena entrega, esas muchachas que gritan amor mío
[con los dientes apretados.
Te debo esta batalla, quizá la última de las primeras, esta batalla sin
[caballos,
sin armas, sin escudos, a pie,
cambiando de sonido y de lugar, haciendo de la vida la mejor coartada
[para vencer estos dominios del orden,
de las creencias en el más allá, de los confetis arrojados desde el balcón
[más alto.
Porque estás cada vez dentro de lo posible, circundada por todos los
[temores;
esta batalla te la debo a ti,
esta batalla de llegar al mismo sitio como el escarabajo.

A LAS DOS DE LA TARDE

Para todo el silencio de esta mañana basta la suciedad de los corredores
donde somos la víctima,
la amenaza de todos contra uno; puede que un día cuando todo esto no
[sea más que el espejo roto
o el tedio de una pobreza honorable, recordar esta casa llena de flores
[y olor a lavanda
donde sufrimos a Rimbaud y nos acodamos en el árbol más viejo a aullar
[el dolor,
a sacar por la boca el corazón como trapo inservible,
donde arrancamos memorias y accidentes con la intención de procurarnos
[algo que no tuvimos.
Nos devoramos junto al hormiguero, nos comimos los ojos. No nos
[quedaba nada,
esto lo recordarás como la luz de una bombilla decentemente apagada,
donde exhumamos nuestro aliento, cobijados como dos animales rarísimos.
Verdá que mañana cuando pongás el radio y escuchés aquellas canciones
[de otro país
que no es el nuestro sentirás una vociferación distinta a ésta con que
trato de meterme y verás como es de pequeño todo esto: las sillas,
el basurero, las puertas, el espejo, y te darán ganas de regresar como al
[origen
de algún deseo dudoso, de algo reprimido por temor a no sé qué.
Estaré como otras veces en la silla de siempre donde suelo esperarte con
[esa melancolía
aprendida en los corredores sucios, el árbol viejo junto al hormiguero
y ese espejo limpio por tu mirada. Tantas veces.

ESCRITO EN UNA VIÑETA DE LEA & PERRINS

El gas propano entristece la mañana, saca los trapos del barril. Por
más que se diga la calidad de este pan es toda simpleza. Existe el llanto
provocado por las cebollas. Ganas de amarse hasta el alma
pero la paz de la cocina el silencio de los chunches dan en el clavo de
[este aburrirse.
Se frunce el ceño de no tener el cerillo para prender el cigarro que fuma
la abuela de todo este origen
del no tener y quedarse despotricado como el zapato lanzado a la basura.
Luego sale del radio la cancioncilla de margarina mirasol.
Se puede decir que uno vive no tan dial tiro mal.
Todo sucede como en los film de Antonioni sin nada de misterio hasta
[el momento
en que aparece un viejo con una lengua de corbata pidiendo su tacita
[de café,
sus CINCO *que ha de tirarlo cara o cruz a los cincuenta bichos. Pero hay*
cosas peores que el hambre y es el hambre mísma.
La escasez habrá comenzado con el origen de las salsas y los embutidos
[extremeños
para luego ensañarse en las panzas verdes de los niños de Monteca.
Existen los anuncios sobre calidad nutritiva del pan y estos amaneceres
de café listo *donde se remoja la barba de alguna tristeza*
ducha en salir con los pantalones abajo.
Hoy que la angustia se pasea como la tortuga del patio y tengo la
[conciencia en gelatina.

PRETEXTO

La limonada a sorbos para limpiar la mugre de la garganta en la mañanita
con un libro que nunca entenderé, enjugando lágrimas
deslizándose sin saber. Los vecinos bailan con música de Teodorakis.
Mañana escribiré una carta a un poeta que no conozco, luego hablaré
sobre el posible empleo con el amigo más cercano. Mi mujer me dice
[—tené
paciencia, algún día cambiará tu suerte y ya llevamos
más de siete años. Celia es pequeña como un dibujo de Miró.
Uno es demasiado para este pantano en que se vive; cuando me amargo
[pongo
a Bach, viejo panzón que más parece vendedor de salchichas y me siento
[tranquilo.
Temo dejar esta cochina casa, mando al diablo todo esto, con tal de
[amanecer
(de vez en cuando) espiando la mañana y dándome en el alma suavecito.

1

Las paredes están dentro de mí que estoy creciendo contra el suelo. Una sola palabra me pasea en el agua hasta tocar el fuego. Infierno del amor de grandes fauces. *Conoce la dimensión de estas puertas el sacerdote del mal. Se necesita la idiotez, estados de locura que permitan viajar a lo más simple. El resto será magia. Llave de los misterios ocultos en la claridad primitiva.*
Estoy fuera de todo pensamiento, de todo círculo. mis únicos dominios son los silencios de este anillo de fuego.

2

en la pirámide más pequeña y el cielo infinito duerme mi cabeza, *y soy menos que un palito de fósforo y* tan humilde como un grano que renace mil veces gracias a que invento un mundo sin palabras, lleno de imaginaciones, *para ver en el odio una manera de ser triste.*
Gozo de las celebraciones, las pompas sobre el manuscrito de un hombre a quien sus actos los antecede las enfermedades, del que es una manzana a los pies del rey y serio entre los locos, me duelo de él y por él gozo con alegría esta suerte de purgatorio, de infierno interior.

3

país de las fiebres que me devoran, mi risa es la máxima celebra ción de mi nueva cabeza, te siento sobre mis piernas de mujer hombre mascando las flores de tu espalda y mi piel podrida me conduce al encuentro del ombligo, muerdo las bellas plantas del mito *poniéndome intendible, huyendo de tus pantanos medicinales, durmiendo con mis piojos* en ese estado de vagancia, donde mi vicio echa raíces, flores *que mastico después de cada misa.*

4

la eternidad nace de alcanzar lo infinito, *no el agujero de dos ratones del tamaño de un cerdo.*
el encerrado piensa esto, sus razones de la soledad, la seriedad más triste y solitaria, sentado en sus deseos, rodeado por milagros, loco tres veces hasta morir de risa, pensando cosas que la razón no comprende, después nace como el pájaro que abrió la jaula encerrado en sí mismo, aprendiendo de nuevo a bostezar, mientras cae el sol despedazado sobre las cáscaras

5

el loco de ojos vidriosos ama las piedras y las palomas que nunca han sido tantas y los pensamientos que han sido muchos, la más sagrada de las salivas proviene de su dedo sin uña, un día mira las manos y se enamora de sus ojos, otro día rasca el oído una pata de gallina y ve la luz, agua cayendo en nuestra señora de los locos,
no hay nada más allá de toda trampa consigo mismo, *soñando como el más solitario de los reyes en este patio.*

6

cumplo la historia de un hombre alegre de su cara tristísima, los años de un animal de monstruosidades infinitas, su cerebro ya no

es el campanario donde se reunen dos locos a comer murciélagos, *la pequeña habitación del hombre mezquino rodeado de relojes y satisfacciones religiosas, majestuoso sueño de comedor de hormigas,* son las palabras abriendo enormes hoyos en la piedra de su locura.

7

visiones de enfermo sumamente delicado cualquier día del año, pensando que la muerte es el huevo de un fantasma *o la experiencia dulce de traspasar las puertas, Oh delicado príncipe del polvo, las hermanas crecen con la belleza de un amanecer lechoso; silencioso, convertido en el gato o el loro del patio; narizón y delgado,* que nada turbe tu corazón y que dios me lo bendiga mialma, y hacía canciones para la niña del espejo, hermosos escritos con influencias clarísimas, la magia de un espejo sobre el agua y el pelo de ana en el amanecer de muchos años.

8

Poseído de lo que no ve ni oye cualquiera, *silencioso hijo de padres monstruosamente bellos en la tristeza que los habita, aquí está la hierba, el pucho de vieja saliva, la noche y sus orejas de miedo,* soy lo que viene después de algún suceso que nadie ve, *Oh ignorante poseedor de la moneda que enterraron todos, no va mi traje con hombres agraciados,* apenas con los piojos del gran sol de los locos, el que hierve su cabeza en xilocibina y compuestos que reaniman la enfermedad de pensar, de que linaje vengo sino de aquél.

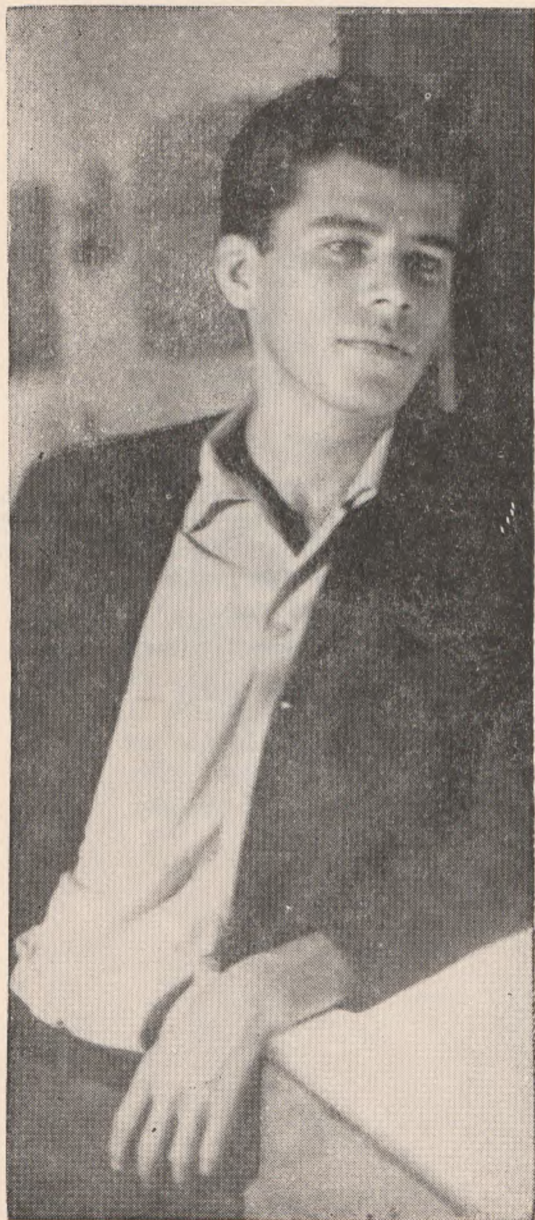
9

la locura es el nacimiento de los sentidos, de mis ojos viendo para siempre la ternura del fuego, mis oídos mordiendo el infinito, mi na-

riz en la fragancia, en las plumas de lo desconocido, mi cuerpo en la botella donde Dios sopla su magia eterna, la locura no quiere la parte más alta (donde un reloj pone sus huevos de vejez submarina), solamente el rincón donde la salamandra toca su trombón de fuego y la humildad de las constelaciones.

10

y lo que deje posiblemente serán más secretos que nadie descubra, rojo, azul, amarillo, un pez tristoso en el sartén con las escamas aún resplandecientes por el mar, viejo pescador de pesadillas involuntarias, pedazos de algo de música —se presume— de alimentos que solo el viento sabe, un nombre como Dreidre sobre las rocas o el milagro del fuego en las piernas de Eolia, cerda que amamantó con fuego las delicias salvajes,
ciudadanos gordos y respetables alimentados con recelo, ceremoniosos creadores de una vida carnívora, reunidos en lo más decoroso,. para hablar de modorras y defecaciones, nunca de nada imaginario, inservible, sólo monedas.



José María Cuéllar

Nació en Ilobasco en 1942.

Su poesía es de un lirismo transparente, plástico. Nada en él es superpuesto, epidérmico. Le falta afinar su instrumento expresivo, es decir, su lenguaje, pero todo le viene de la sangre con emoción. Es un apasionado de lo nuestro: toma las expresiones coloquiales del pueblo para convertirlas en expresión poética.

En la actualidad se preocupa demasiado de la anécdota, ello lo desborda y le resta fuerza expresiva, por instantes pareciera que lo gana la mera narración.

Ha publicado: Poemas (1968) y Crónicas de Infancia (1971).

ACABO DE PARTIR DE MI MISMO

no soi chema cuéllar
ni soi amigo de nadie
ni tuve una abuela paralytica
ni soy poeta
ni ciudadano
ni nada
me vale un pyto que nadie se acuerde de my
me llevo a san salvador en el volsillo
i hablo con gentes
que no se conocen
ni me conocen
no ymporta si una puerta se cierra en nicaragua
si una muchacha se declara en santiago
sy una paloma vuela por el yan-se
si el mejor libro se está escribiendo en lima
no me importa
estoi vacío
solitario como un abrigo de invierno.

COSAS DEL AMOR

I

El año que te conocí había muerto la tía del cuento y tú
llegabas de un paraíso, donde el coyote vive con los dientes quebrados.
Empecé a conocer el color de tu vestido mirándote sin pausa,
sin miedo; adivinando el vello de tu mano, recorriéndote
como una ciudad extranjera.
Cerraste el libro y Pestalozzi se borró de tus ojos.
Vivimos el instante de un puente bombardeado y el aire separado
como un cielito, se llenó de ilusiones, de fechas de nacimiento,
de recato de conventillo.
El extraño despertaba en ti un recuerdo y el extraño te miraba
los ojos. Había un quehacer de palabras bonitas y miedo que se juntaban
con un diploma de tu tío dado en 1920,
al escribir la "historia de un ruidito" o quedarse mirando un zaguán
abandonado después de la guerra.
Perdimos la primera palabra y nos tomamos la mano
como gitanos que se leen el porvenir,
supimos que teníamos que morir juntos; después nos besamos
y te llené la mejilla de saliva y oficiamos el amor
como descendientes gloriosos de una tribu de amantes.

II

Te inventé oliendo un poco a esas santonas de pueblo;
con un nido de arañas en la cabeza y la piel de las mujeres de Picasso.
Te inventé tejiendo y destejiendo,
las manos arrugadas como un espejo sucio;
te vi en un mapa antiguo lleno de tritones surcando los mares
con orgullo barroco.

Te inventé de porcelana guardada en un baúl hace un centenar
de años; dibujada en un muro con la boca cerrada color café con leche.
En los primeros meses te encerraba en la mano hasta ahogar
tu mirada de pastora demente;
inventé tu embarazo y gustaba de arañarte las venas
y poner herraduras en tu ombligo.
A los diez años te lloré zambullida en la leyenda de los Mistericucos,
con las piernas desnudas bajo una mesa roja. . .

ELEGIA

Fuiste besada hace muchos años, por unos señores que ordeñaban las vacas y colgaban los aparejos en la cocina.
Mientras comías turrones junto al brasero tus labios se movían con hermosas canciones.
Para salir te ponías los mejores trajes, cerrabas la ventana,
te inclinabas en la sombra como para tocar violín
y la oscuridad era dulce como un vestido de noche
y tu belleza acariciaba como el sabor de una fruta.

La polilla agujerea tus mantillas de misa y tus brazos atormentados por las moscas son fantasmas en la humedad de la tierra.
Los espejos quedaron solitarios y tu cuerpo incendió los pastizales.
Porque tus labios convertían en canción el hervor de la olla;
y tus palabras se enfriaban cuando la enfermedad te visitaba.
Ya no había perfume de nardos en la noche.
El patio olía a flores de naranjo.
Los ojos de la gente hurgaban en la casa; querían poner
las cosas en otro sitio y llenar de lágrimas la estancia.
Alguno lloró largamente junto a la puerta o tuvo accesos.
Llegaron familiares con gallinas y frutos;
tomaron café rodeados de sus hijos mientras alumbraban
las luciérnagas desde los vegetales.

Tus párpados cayeron como plazuela antigua. (Las manos de ayer se enlazaron con las manos de hoy).
Varios llegaron a ti girando sobre la tierra
y dejaron una carta bajo la puerta; también llegaron
pájaros con su pico de leño a oscurecer la ventana.
La soledad como bata antigua y los perros ladraban
arañando los frutos de la tierra.

1932

Para siempre el recuerdo de la carne agujereada y la tierra
llena de moscas.
De gente colgada en los postes del telégrafo y amontonados
a la orilla de la carretera como animales.
Para siempre el recuerdo de cuchillos pegados a la cintura
de los hombres; de la muerte que ronda con el secreto de las aves
migratorias y desciende a la techumbre ennegrecida de los ranchos
de paja como una paloma de San Juan;
esparciendo su voz como guante de hierro de un caballero
antiguo; sobre las costillas o el fémur de todos estos muchachos
muertos de hambre que se levantaron en 1932;
que apagaron las cocinas en la vieja heredad y subieron
a las ciudades para encender todas las luces.
Para siempre el recuerdo de esos viejos, de esas mujeres,
de esos niños, que murieron con un ramo de tierra entre los labios. . .

I

La madrugada crecía como mala palabra y mamá se lavaba
las manos en un lavatorio azul,
mientras yo me orinaba en el tiesto donde tomaban agua los patos.
(El perro mordía la sombra bajo los narcisos).
Vamos a Tecoluca dijo mi madre y doblaba mi pantaloncito
[ocre de un sólo tirante.
Tenemos que tomar el tren muy tempranito y se nos hace tarde.
Un río helado corría por el patio y olía a fantasmas
de albañal y desgracia con amoníaco, y madre lloraba
silencito bajo la tapia de la escuela primaria Sor Henríquez.

Mientras iba en el tren, recordé la vez que dormí entre los muslos de mi
[prima. . .

II

Floté nueve meses en el vientre de mi madre; apenas abrí los
ojos me los vieron azules.
Con el tiempo serían tal como son.
El abuelo se internó en las montañas buscando el copalchí
para la leche y el amuleto para el mal de ojo.
Las cuentecitas rojas me las pusieron en la muñeca con un cordoncito azul,
y ahumaron la esquina oeste de la casa para darme larga vida.
Me ungieron de ajos y tabaco la memoria,
para evitar alucinaciones de coleópteros y ardores en la piel
y me chuparon por la boca los malos espíritus.
Cuando pasó el cadejo un viernes en la noche
y asomó su hociquito de cabra por la puerta, ya me habían salido cuatro
[dientes.

III

Mi abuela solía sentarse en la puerta del patio a matarse las pulgas.
En los últimos años de su vida,
gustó correr tras las arañas de caballo y los ciempiés.
En mil novecientos quince la conoció mi abuelo,
quién usaba saco de dril y bigotitos Káiser.
A las seis de la tarde se paseaba por el parque
para ponerle florecitas en los senos a mi abuela,
mientras la Banda se daba la grande con valses de Strauss.
En 1916,
levantaron la primera casa de familia, pero al año siguiente
fue destruida por un terremoto que no dejó piedra sobre piedra.
En mil novecientos treinta y ocho, a mi abuela se la tragó
la tierra y llevo años de verla con una golita en la cabeza
en un viejo daguerrotipo.

IV

Cuando murió mi abuelo, no había nacido todavía,
razón por la cual no pude ver la sangre que echó sobre
las sábanas, ni tan poco asistir a su entierro.
Aseguran que ya para esa fecha no le hacía falta nada,
y que se murió porque tenía que morirse;
que medicinas no le faltaron pues a la cabecera de su cama
hubo frascos de todas partes del mundo, desde la Etantigra
remedio para curar la bebida —hasta las píldoras del Dr. Ross.
Después pude ver el rostro de mi abuelo y por eso supe
que había muerto de tuberculosis.
Cuando le conté el secreto a mi mamá casi me pone un candado
en la boca, pues no quería que se enterara nadie.

VII

En 1963 *se te puso fea la cara cuando te pusieron en la*
caja con un vestido azul.
Pude verte el asombro de un doce de octubre de mil
cuatrocientos noventa y dos
y sentí nostalgia por tus cuentos que siempre terminabas:
"...Y me monto en un potro, para que me cuenten otro..."

Porque fuiste especialista en princesas encantadas
y príncipes de lejanas tierras.
Siempre me gustó la flor del Olivar,
pero con el cuento que te conservo "fija, sin tregua,
a toda hora" es con el Justo Juez de la Noche.
Vivirás circulando en mi memoria sin figura de gente,
pero estarás ahí.
Y tu recuerdo arderá en cualquier objeto simple,
como el jabón o un rebaño de cabras. . .

IX

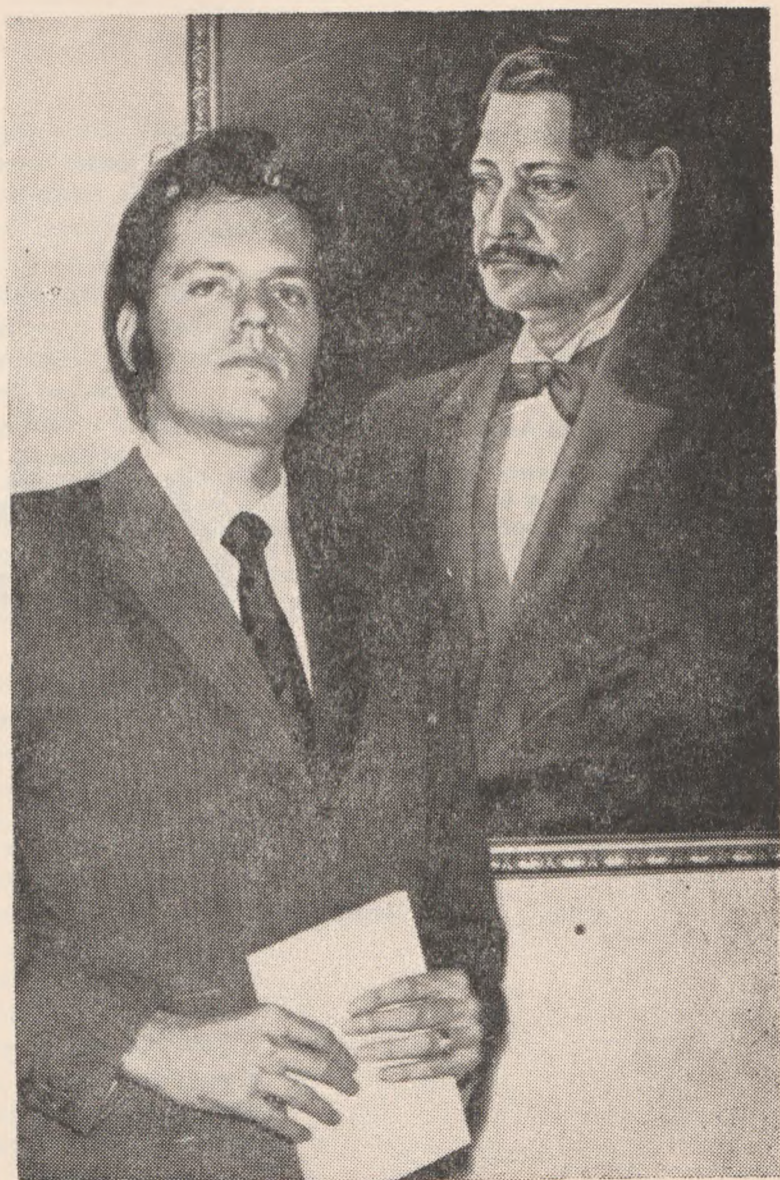
Extranjero en mi propia infancia. Mundo borroso, negro por
el susto y la palabra calcada de las carretas con toldo
rumbo a la estación.
El mismo año en que una muchacha negra baila Jazz
en un bar de Chicago,
salto como un alcaraván en los patios lluviosos donde se
pudren los cujinicuiles.
Viajo con El Corsario Negro y los fuegos de San Telmo en el mar caribe,
y emerjo en mil novecientos cincuenta como un topo
que ve la luz o el vestido blanco de una tía que no tuvo
marido y con los primeros síntomas de una enfermedad
incurable, aplacada con polvo de armadillo y agua de alhucema.
El misterio empieza a ver los gallos comiendo alacranes
entre la leña negra. Oyendo palabras dichas en voz baja
a la salida de las alcobas. Palabras que van en mi memoria
desbocadas. Analizando mientras nos sale el bozo
y sentimos la primera erección del sexo.
Todo visto con una luz difusa, como un pellizco en la mejilla
o un sermón de domingo.
Huyendo de la gente como una bestia enferma que nunca ha
visto llover. . .

XII

Mi infancia se llenó de coleópteros, puertas entornadas,
y canciones de María Greever.
De fantasmas de todos los siglos.
Ojos hacían falta para verlos en la oscuridad de los balcones

o en la soledad interior de los armarios.
Espantapájaros y huevos de culebra reventaron en mis manos
como gárgolas o flores agridulces.
Luego pasé de la dicha a la costumbre y con una de las mejores armas le
[dí muerte al encanto.
Le pegué al pasado con la furia de una máscara de barro,
sellé puertas y miedos y me fuí con la cara del regreso,
con las manos volteadas hacia la oscuridad y el recuerdo.

David Escobar Galindo



Nació en Santa Ana el 4 de octubre de 1943.

Domina los ritmos externos del verso, por ello creemos que a su expresión la invade la retórica y la adjetivación gratuita. Su facilidad para escribir versos ha dañado su quehacer poético. Su obra es abundante y variada.

Ha publicado: El Bronce y la Esperanza (1963); La Estación Luminosa (1965); Las Manos en el Fuego (1969) y Extraño Mundo del Amanecer (1970).

XX

¡Amigos míos, hombres de la cruz y el venablo,
jamás he estado en una cárcel,
pero conozco el aire, la inclemencia
que se respira entre paredes ciegas!
Jamás he sido
marcado con un hierro,
ni uncido a una calumnia,
ni despojado de la crujiente luz
de mis mayores,
ni rendido a la evidencia
de lo primario,
pero también yo sé —como vosotros—
que las palabras duelen,
y que de súbito la sombra
nos desgarra el aliento,
para que nadie pueda cantar su fe en la llama.

De seguro me veis
solitario en las calles,
mudo entre los sonoros
transeúntes,
sordo a la voz que nace
de un mitin veraniego,
desprovisto de furia, de cuchillo,
de corazón sangrante en la solapa,
de motivos voraces,
y pensáis que es inútil
la llama de mis días,
y que el tiempo febril
nada deja en las manos
de quienes no construyen
la conciencia del tiempo.

Sé que sentís un poco
de lástima por mí.
Y eso también me hace aprender
que existo,
que no soy un secreto
paraje de ceniza,
la memoria de un rostro nauseabundo,
o el último ventrílocuo
que teme a los fantasmas.
¡Los fantasmas no emergen:
sólo el hombre,
frágil y elemental, casi telúrico!
¡Yo soy el hombre, el yo que somos todos!
¡Tengo una casa, un árbol, una luz
para las noches de tormenta,
y un pequeño horizonte
de estanque y de vecinos,
desde donde las nubes parecen amigables!
¡Ah y tengo un infinito derecho a desnudar
mi espíritu en la sien de los rincones,
y a callar mientras pulso
mi aventura en el tiempo,
y a estar alerta sólo en el instante
en que pueda gritar con mis propias reservas!
Me explicáis el peligro
de la roca y del musgo;
me advertís que mi frente
comienza a desnudarse de su aroma sencillo,
que en la niebla mis ojos
semejan un metal,
que mis pulmones hablan
idioma de raíces,
que nunca, nunca guardo en mi bodega
huesos de refugiados;
y algo habrá de razón, por eso busco
la forma de deciros
—¡sólo a vosotros, los de sueño grave
y apacible conciencia!—
que también amo el ritmo
de vuestros corazones,
la edad del hombre justo
—que nadie alcanza aún—,

el látigo que arranca
las células manchadas,
la mies que brilla en torno
de las ciudades muertas,
y el claro ventisquero que nos hará perder
las sucias vestiduras.
Amo el viento y el sol y el agua tierna
que se bebe en los campos.
Siento en mí el hondo impulso
de la vida,
aunque a veces me encuentre lleno de soledad,
y camine despacio, como sombra que busca
su asilo en los roquedos.
Amo mi voz, mi frente,
mi iglesia,
mi ciudad,
sus tejados airosos,
la dispersa neblina,
sus calles inconformes,
las gentes que conozco,
sus brotes de sequía
y desconsuelo;
amo el aliento de la claridad,
mi transparente zona de volcanes,
el oscuro recuerdo de luchas sin descanso,
la salobre violencia del que llora de espaldas,
este convencimiento de que se abre
sólo una puerta dulce por otras cien amargas,
lo amo todo en silencio, pero lo amo,
y aunque jamás he estado en una cárcel,
sé que en cada orfandad,
en cada gesto
marchito, en cada nueva experiencia, algo se borra
de la faz que mostramos al aire del otoño,
y algo deja una huella
total en nuestros símbolos.
¡Es el golpe de fuego
de la savia!
¡La mano que revela
calladas cicatrices!
¡El triunfo dolorido
de una voz sobre todos los silencios!

Dejadme reposar estas noches en mí.
Dejadme hablar con Dios en la penumbra
de mi cuarto vacío.
Dejadme acariciar una vez más
mis pobres cosas útiles.
Tengo miedo. Un antiguo
miedo a que el corazón se me caiga en cenizas.
Por eso a veces huyo de las gentes,
de sus monedas falsas,
de sus risas que suben por las chimeneas,
de sus conversaciones
en la acera de enfrente,
de sus primeros hijos invariables,
y me siento a escuchar
el humo de la tarde,
mientras los otros hombres
cruzan con sus banderas,
y me hacen entender
—¡no a pesar mío!—
que cada uno responde de su propia verdad,
y que el milagro de la vida
no es tan sólo una luz que tiembla entre los árboles,
sino también ese callado niño,
y ese aire que solloza entre ventanas,
y ese simple rebaño
de anhelos y tormentas
que enciende en mi ciudad
millares de islas. . .

¡Amigos míos, hombres de la cruz y el venablo,
jamás he estado en una cárcel!
¿Pero podéis decir que no soy otro
de los injustamente condenados?

DUELO CEREMONIAL POR LA VIOLENCIA

Húndete en la ceniza, perra de hielo,
que te trague la noche, que te corrompa
la oscuridad; nosotros, hombres de lágrimas,
maldecimos tu paso por nuestras horas.

Más que las obras francas, como las minas
de un campo abandonado, furia alevosa;
la luz no te conoce, por eso estamos
doblemente ofendidos de lo que escombras.

Por la sangre en el viento, no entre las venas,
donde nazcas, violencia, maldita seas.

Caminamos desnudos hacia el destino,
nos juntamos en valles de ardiente idioma,
y si la estrella olvida su edad sin mancha,
si el fuego se abalanza con sed inhóspita,
si el rencor enarbola ciegas repúblicas,
cómo hablarán los días de justas formas.

Ah silencio infranqueable de los violentos,
nunca seremos altos si nos dominas,
nunca seremos dignos del aire inmune,
nunca seremos ojos llenos de vida,
sino que en lava inmunda vegetaremos,
entre un sol de gusanos que se descuelgan,
mientras la sangre brota de mil espejos,
oscureciendo el agua con sangre muerta.

Por la sangre en el agua, no entre las venas,
donde nazcas, violencia, maldita seas.

No, no intentes doblarnos sobre otro polvo,
no sacudas las hojas de nuestras puertas;
te lanzamos, hirviente, todo lo vivo,
todo lo humano y puro que nos preserva.

No, no confundiremos savia y vinagre;
los ojos se te pudran, te ahogue el humo,
las ciudades se cierren igual que flores
inviolables al solo recuerdo tuyo.

Roja peste, violencia, nada ni nadie
será habitante claro donde tú reines;
desdichada agonía del hombre falso,
húndete en la ceniza, sorda serpiente.

Las espaldas, los pechos te den la espalda;
cierren tu paso frentes, ojos, ideas.
Es tiempo de sonidos que instalen música.
No, no asomes tu río de manos negras.

Por la sangre en las manos, no entre las venas,
donde nazcas, violencia, maldita seas.

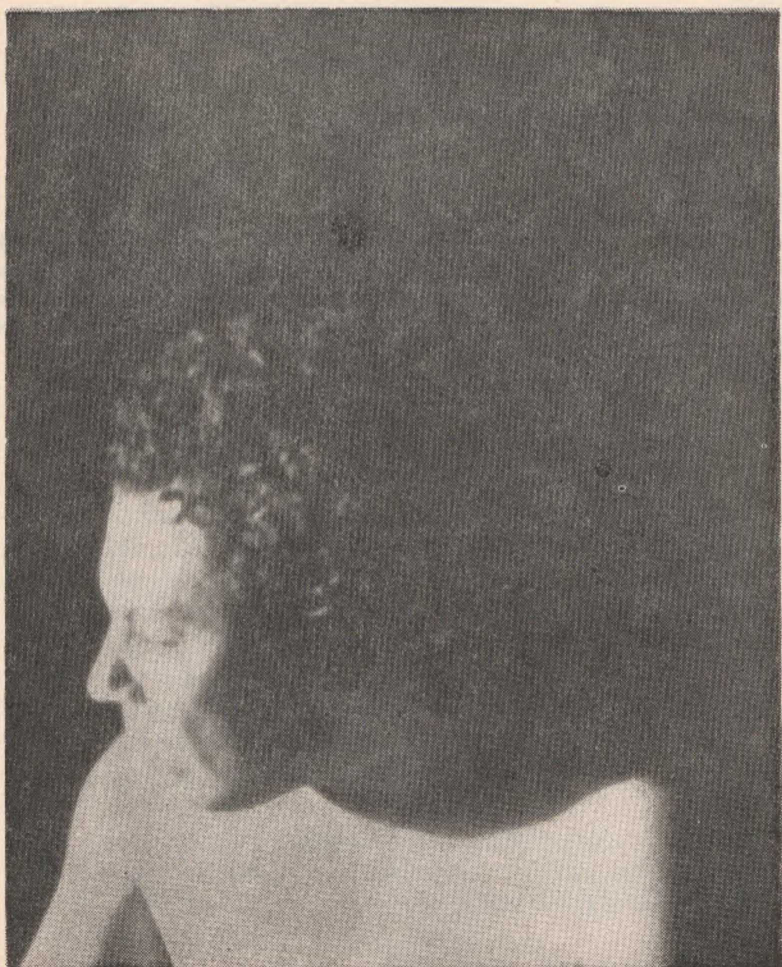
Ah si el violento asume la ley del aire,
si aprieta en hierro impuro vidas y haciendas,
si desala sus pozos de hambre sin dueño,
si desenfunda el cáncer de su inconsciencia.

Por el mundo, qué huída de espesos pájaros,
qué castillo de lámparas que se derrumban;
en el río revuelto, redes sin nombre,
y en la tierra apagada fieras que triunfan.

Pero no, estamos hechos de sangre viva,
y de huesos más hondos que el desatino;
no hay vigilias que rompan alma de humanos,
ni cinceles, ni látigos, ni colmillos.

Húndete en la ceniza, perra de hielo,
que te trague la noche que te procrea;
por la sangre en el viento, no en su recinto,
dondequiera que nazcas, ah dondequiera,
sin descanso de estirpes, años y mares,
sin descanso, violencia, maldita seas.

Mauricio Marquina



Nació en Chinameca, 1946.

La poesía de Marquina se distingue de la que escriben los poetas jóvenes del país, por su concentrada fuerza; inaugura entre nosotros un lirismo interno muy meditado; no lo gana la sensiblería, signo general de los que empiezan a probar sus armas en el verso. En El Salvador, esto ha sido una característica, Marquina es ejemplo de rigor y autenticidad para sus jóvenes compañeros de oficio.

Ha publicado: Obscenidades para hacer en casa y otros poemas (1969).

SUEÑO DE INFANCIA

Esa noche yo tenía que permanecer acostado sobre los muertos
y darles de comer el pescado seco que había sobrado la noche
anterior. Unos habían sido condenados por inocentes y eran
la mayoría; otros, por encontrarse desnudos durante los servi-
cios religiosos. Pero no es la hora de esclarecer recuerdos
difusos. Yo buscaba una mano caliente todavía
en cuyas arterias desgarradas corriera un poco
de sangre inoficiosamente coagulada. En vano.
Soy incapaz de decir como estaba vestido
y ansiosamente apretujado de odio. De temor. Pero los cuer-
pos ya estaban disecados de antemano: restos de músculos,
nervios, huesos oscuros, todo sumergido en un charco de
formalina
entonces comencé a sacar timbales y anteojos oscuros
de los cráneos y fui construyendo, en el punto más alto de
la fiebre ritos obscenos, diálogos desnudos para el amor,
fragmentos de poemas sin odio ni tristeza,
y así llegó el tiempo de mirar lentamente cada una de las
órbitas vacías —cegadas por lágrimas purulentas—
inclinado violentamente sobre un seno arrugado
me puse a mamar en el más atroz de los silencios.
Para entonces había dejado de creer en todo. Algunos de mi
generación subterránea siguen empleando, desde aquella noche y
como única arma, la ironía contra las cosas; otros, meditan
sentados sobre la tumba de Vallejo, bebiendo a grandes tra-
gos una especie de cicuta metafísica. Pero ninguno estuvo conmigo
aquella noche, y algunos conservan todavía
sus máscaras pintadas colgando de los agujeros
cerebrales
amenazando destruir las palabras, las oraciones, los salmos.
Esa noche, al final del corredor, me entregaron un par de manos
y un libro en blanco, para encarnar el Testimonio y la Locura.

hoy no me has vuelto a permitir que te ame siempre la misma
negativa silenciosa puedo adquirir el ronroneo místico
para situarme a tu espalda desnuda desdoblándome
no has permitido y el miedo vuela otra vez con el
camino atado en la garganta
y la manera más sutil de volverte a mirar día tras día
se soporta en medio de un pequeño murmullo de odio
y no debía ser así
hemos de amarrarnos mutuamente las cintas
de los zapatos aquel par que para comprarlo dimos vuelta y media
a la ciudad cansada y terminamos la velada simplemente besándonos
pienso entonces que tu amor se desmorona en celos
como un pálido paquete de úlceras derretidas

que me das entonces sino mas bien un tibio regalo de frutos
agrios que me das sino la tristeza de carecer en absoluto
de amor de sensación despierta pero tu estás coronada
hediondamente de prejuicios engastados en joyas milenarias
de ídolos tenaces y un camino oscuro desde tus ojos
senos diminutos memorias disfrazadas de coraje y deseo
pequeño pubis dame una solución para mi mundo
para nuestros mundos contrahechos seminales dame
paciencia y valor para hacer cosas ultrafilosóficas para tomarle
la medida al hombre dame una medida que carezca de una
mancha de sangre pero estoy seguro estoy firme
que no hay que no sentimos el fétido olor a muerte
a excrementos a héroes encadenados y pudriéndose
a pedazos
quiero darte mi mundo interior quiero hacer
de nuestro acto sexual una especie de transplante una
lluvia de sudor lentamente caliente
una destrucción ejecutoria de tu cariño que escucho a la
distancia pon mi cabeza en tu pequeña guillotina
tú que cuentas líquenes y algas entre tu familia tú que
abrazas suavemente como una mordida de oreja
toca una sonata en esta cuerda sola que resiste la
violencia y la astucia del mundo y que los camaradas
sigan bailando su canción de amor entre las huelgas.

ROSAS ROJAS PARA UNA DAMA TRISTE

Lo que ocurre indefectiblemente con una dama triste
no es una muestra de lo que la prestancia puede
sino lo que nuestro infierno debe darle
de beber a una sedienta dama clausurada para el matrimonio
debido a las tortuosas consideraciones de la moral cristiana
empleada en beneficio de las instituciones parroquiales
y de los curas monarcas absolutos de sus conventos
a pesar de todo ésta es una tristeza que a veces logra salvarse
por medio de elegantes cabriolas de cuñados hermanos primos
y toda suerte de bichos que poseen un hermoso aparato
genital y esto es lo que ocurre en la menor parte de las
ocasiones

un silencio un rezo desgranado como un insecticida colocado al borde
de una jeringa descartable un morderselosdientes
la sangre que apesta cada 28 *días o cada vez que ese recuerdo*
logra abrir una brecha como un barreno sobre los movimientos
de la imaginación pero esto no es todo: desconoce
la delicia de la muerte pequeña y sus manos se vuelven
símbolos del sexo o símbolos del rezo que es más o menos lo mismo
y encienden lentamente una vela
que siempre estará húmeda entre otros muslos
entre otros labios entre otros senos
sólo la luz se corta en la angustia maravillosa de sus
atisbos de felicidad y un pequeño niño hace las veces de un cloqueo
inocente y entonces sólo un ramo de rosas rojas
puede combatir ese estado de tristeza cataléptica
y a pesar de todo se descubren a veces las espinas
que están entre las rosas y entonces cómo duele
cómo arde cómo silenciar los gritos de las piedras

estas tristes damas
sólo saben calcular el eco de una flauta sobre los pies desnudos
y conocen la idolatría de su cuerpo las ventajas de
afeitarse por la noche el temor de babear por cuanto
miembro ágil se coloca al alcance de sus manos esa cualidad
terrible de saber que ese objeto soñado soslaya unos muslos
queridos familiares
entonces es cuando la piel se pone blanda en caso de encuentros
inesperados de relaciones femeninas en lugares remotos y a horas
desacostumbradas examinan cuanta posibilidad les permita regresar
al rito de autocontemplación frente al espejo
provistas de sus manos crispadas arrugadas como manos de locos

entonces suele aparecer el primero y último hombre de su vida
sus ahorros tienen la característica de un mágico imán
y a pesar de conocer sus diferencias proverbiales se dan
a toda máquina y es entonces cuando sus coyunturas no responden
a la garganta juvenil del sexo que intensifica los amueblados
gastos diariamente llevando a su propia cama otros cuerpos
otras bocas que saben disfrutar de la euforia que los dioses
le niegan a la dama triste que recibe rosas rojas para
combatir por siempre su tristeza.

UN AFICHE QUE REFRESCA LA MEMORIA

pienso en las mujeres que han sufrido que han amado
en medio de este descabezamiento sobregirado de sangrientas
agonías
pienso en los muertos los atroces muertos
tajeados troceados vendibles como cualquier animal sacrificado
según las leyes específicas del depto. de salubridad
un rastro que la sombra de muerte arroja esputos sobre nosotros
quejidos sobre nosotros mierda sobre nosotros
abrevaderos de esperanza para el futuro
un dolor subterráneo que se ramifica en lugares estratégicos
pienso en los impulsos homicidas indiferenciados de un evadido
de una liquidación colectiva
pienso en ese cardumen de asesinos a sueldo o no que ensañan
todo su poderío homicida obsesionante sobre débiles esqueletos
reunidos en torno a la luz
esos monstruos antropomorfos que poseen una piel perforable
agarrotados por ansias de poder como pirañas impulsadas
por el olor insoportable de la sangre
entonces uno piensa: hay que hacer reventar este absceso
en las narices sádicas perfumadas de crimen hay que
establecer la ley del Santísimo Coctel Molotov
rastrear nuestro valor ante el fruto cotidiano del suceso
que conste en acta: la verdad es el soplete de nuestros estigmas
y el recurso último de nuestra capacidad de amar.

UN MONOLOGO INCONCLUSO

intento dar a vosotros a nosotros a ellos
una explicación a este desatinado uso de la razón
que ejercito de rato en rato con amables pausas
cuando contemplo las estrellas y la luna
en primer lugar quiero ponerme de acuerdo en cuanto a mi
autocatarsis que os voy a predicar como una especie de medicina
pervertida de hongos sagrados
extraída con forceps desde el fondo de mis razonamientos
algo así como un gemido de odio lanzado desde el fondo
de un útero que aborta
una conciencia castradora del erotismo que siembra en el nosotros
la desnudez
de un monólogo inconcluso entre comillas y si es cierto
que poseemos cierta repugnancia al derramamiento de sangre
en las capillas y los lugares de modas esto es lo que
probablemente nos distingue de los animales
enteramente situados en la retaguardia de nuestra manera de ser
un montón de chongos de colores rodeando el vértigo
del carrousel de la vida en la etapa eterna de la acumulación de
[fuerzas
una tristeza discreta que llevo de pasta a pasta exactamente
como un libro o una noche que cae de mi cintura para abajo
un asco exorbitante que derramo porque perdonen
uno se lleva el corazón a la mano y extrajudicialmente declara
frente al plato de frijoles la Bestia la Bestia en
el instante en que el peso de las deudas lo van empujando
así a pequeños empujoncitos a la tumba en que no les debo
nada a los gusanos mas cómo aseverar que esto resulte
cierto y no me diga usted entonces que mediante
estas líneas se puede calcular lo cabrón que es uno a veces
estoy solitario como un poema de Vallejo

tendrán que perdonar mis lágrimas de cocodrilo en celo giro sobre
un torno fresco aún lanzando profiriendo muchas
palabras muchas verdades que ustedes no podrán decir
a grito pelado con las manos en la bolsa alimentando el recuerdo
solamente de pequeños frutos ácidos un salón vacío
horadado por numerosas puertas cerradas impregnado de vivencias
oblicuas complejas como el fenómeno poético una profundidad
semejante a dos niños negros caminando de la mano
entre la pasmosa celeridad de los Sumos Sacerdotes en el Ritual de la
Violencia y aún más tienes
que jugar con los pies descalzos sobre un suelo de brasas
profetizar sobre la tragedia del vecino adúltero que llora en
sus frecuentes borracheras
que adora divinamente a su mujer pero la pobre no está de acuerdo
con ese funcionamiento glandular con esa
falsa alegría de navidad con ese aumento de salario
que le prometieron a usté desde hace cuatro meses
con ese par de huevos fritos que constituyen su alimento
su carne su sangre que el señor derramó por nosotros
y por muchos para la redención de los pecados de esa gatita sexual
llamada brigite puede usté entonces
refrescar solemnemente sus recuerdos de infancia
que siempre serán mejores que su futuro de plato de zinc que
se va pelando en los fines de mes todo untado de manteca nieve
jugador confuso prófugo en la tierra de nadie que habitamos
y que somos
y todo esto porque no le doy tiempo a mi mujer que sueña
junto a la almohada húmeda de lágrimas y enojos
mientras estrecha esa raíz veleidosa que la posee con intenciones
malignas esa Gran Raíz el pilar de la seguridad del hogar
y este oficio complicado con las vidas que me rodean.

ESCUCHANDO LOS RUIDOS DE TU CUERPO

por lo menos eso o aquello un sólo afán de permanecer agazapado en la
oscuridad que dilata mis emociones sin ti despojado del mundo de
los sabores de todas las sonrisas del día que vuelve a comenzar
sin ti una nueva espera de la sangre que arde al poseerte
te busco en un simulacro de cámaras repletas de pacientes te busco
entre mis cobijas orinando de deseo te busco te he buscado siempre
soy sin amor soy mudo exquisitamente odioso no hay música no hay
voces sólo esta tierra roja absurda contra las rocas
tú que eres capaz de estar embarazada diez días sin parir que discutes
de esas cosas que desconozco menudita redonda de espanto tierna
desnuda y más desnuda tendida escuchando los ruidos de tu cuerpo
apoderada de las sombras pequeña espesura que yo penetro amando
la vida silenciosa que se escapa entre los sucios recuerdos de una
esperanza vacía sin sueño atrapando centímetros tatuados de
[epidermis
escuchando el tiempo que asoma entre los muslos las hojas de una
puerta abierta a la eternidad esperando en una isla de deseo
solitario las veinticuatro horas del día yo te busco asqueado de vagar
por esta ciudad vacía una cloaca olvidada por el amor soy amor soy
deseo soy lecho caminando entre gentes pensando en tu cosa en tu
manera de amar en la luz recortándose contra el filo de tus senos
desnudos menuditos gritando que la soledad no existe que la noche nunca
termina apoyando tu corazón contra mi vientre contra mi tristeza
cotidiana lanzando un poco de hierba sobre mis labios despiertos
entonces no sé dónde está la soledad y el odio y la muerte
no sé qué es la filosofía ni la medicina ni la literatura ni el hombre
el tiempo se desboca hacia un camino perdido sobre los abundantes
cerebros de tu piel a la mierda la noción de la vida vivir entregarme
entregarnos donde el día termina para siempre.

CRIATURAS FOSFORESCENTES. NIÑOS

Paría una yegua Su olor hacía florecer esas sombras plateadas que se [hunden en la noche
Hermoso el fuego y el fango
Su boca se abrió en todos los sitios iluminados
como tocando ansiosamente la alegría infinita que estallando empuja su cabeza en el torrente de su sangre y tu boca es un nido
Un gato habita los músculos de tus manos
hermosa al llorar Paría una mujer
El mar con sus criaturas fosforescentes sacude sobre la playa las parejas envueltas en sus cuerpos enloquecidos
cuando los caracoles lentamente se devoran
Y hay una estrella única que palpita en el pecho de ella: dios
inmensa como su grito
la mujer que paría su fruto de tactos
sangre como savia
sangre como el agua del mar y la lágrima

un río agitado en sus cabellos
un río que canta sus reflejos en los ojos de alguien
alguien que asoma con sus muslos a ese nacimiento de alas
a esta cosa que palpitando nos une de cara al invierno
El mar con sus criaturas fosforescentes que se buscan en los sueños de los [niños

esa belleza estática que nos ciega
nos detiene los ojos
sin reconocer la voz persistente del tacto que busca
su río de calor en la mirada
en el cuerpo
somos parte de un fuego demoledor que respira para mantener la vida en [la tierra
esta siembra profunda no es en el vacío
es sobre el surco de pájaros de tierra
como un mar agitado locura de dios alejamientos

estás desnuda purificando un agua de sueños
abriendo el instante al espíritu de los sentidos
vertida sobre las manos en olas de fuego
los ojos suspendidos del cuerpo como péndulos con luces en el vientre
restregada a mí
inundada con el ritmo del corazón
la ciudad eres tú el monte el árbol la flor
eres mis manos volando lentamente tu piel
danzando floreciendo de las mariposas nocturnas que nos nacen
oh agua bebida con la ternura infinita de los cuerpos acercándose
empapándose de este quejido vital divino
agua de piel

La voz llega hasta donde los ojos, se mete por la piel. Un sol amanece de cada poro donde hay una pareja haciéndose el amor. Yo soy el que lame el rostro de la vida iluminado por el inmenso calor de la locura. Mi cuerpo siente caricias dondequiera que va. Mi boca danza en corrales abiertos a la voz de la luna, invadiendo con mi lengua el puro rostro de las ilusiones, acariciando los sueños. A veces nos reconocimos unos instantes.

todos aquellos que han sido en mi rostro
  los que me han besado
  los que me han mirado
los que vuelvo a ver y recuerdo con alegría de voz
los que me oyeron gritar en el fondo de sus sueños
las que tocaron bañadas del amor de mi cuerpo
los que vigilan la conciencia de mis signos oscuros como sobre una presa
los que me han escarbado en medio de tanto pensamiento oculto
y han tocado el fuego del ser estallando consumido por su propio fuego
                                                  [interior
los que me han entregado en silencio ese deseo inasible que se oculta
                                                  [más allá de la mirada:
cuando se toca se percibe el aleteo
los que con sus alas en mi vida se han hundido infinitamente
los que comunicados por la mirada han entrado en mi ola de recuerdos
los que me han tocado en el camino del fuego que invadiéndonos
            se extendió en sueños reales

enmedio de las raíces del viento llego a tus dos ojos negros
como dos lunas ciegas temblando contra el azul
esos ojos que me han tocado en sueños negros
con la alegría de llevar la noche en tus ojos en la inundación del día
somos conducidos a la profundidad del cuerpo
somos atados con nudos del pubis
como fundidos para amanecer en la sangre de los charcos
tragando este deseo que asoma su boca por tus ojos
el deseo que hace un río de tu pelo extendido

aquí donde un ansia desnuda canta cosas rojas
objetos sin sonidos pieles bajo el mediodía
y nos desliza su luz sobre las manos hacia los muslos del que tiene sed
esa sed espesa con cuerpo de miel
con miradas que abren las ventanas del ser
aquí donde caímos más lejos que un cielo de viento abrazando las pieles
[*alborotadas*
serpientes columpiando su lengua desde el amanecer
después de sobrevivir al hilo de la tarde
aquí donde grita el sudor de la sangre
como una nube que crece nacida del sueño
y nosotros apretados en una respiración de conejos
viéndonos a puro tacto
juntos desde el corazón de esas aves inundadas de linfa
desde entonces mi canto sigue en cinturas a tu cuerpo
vosotros olvidados de manos
con la lengua camino de los párpados encima del sol de la mirada
vosotros
cantad con las manos sobre los cuerpos
sin asomar a la oscuridad mientras lejos nace la gracia del desnudo
esa tierra desconocida a todos
cantad con rosas sangrantes en los nudillos del lecho
cantad este coro de piedras perdido en el azul que nos enlaza con su ola
[*marina*
el amor araña los ojos ciegos

INDICE

Página

RAUL CONTRERAS

CLAUDIA LARS

JUAN COTTO

ALFREDO ESPINO

Página

SERAFIN QUITEÑO

PEDRO GEOFFROY RIVAS

HUGO LINDO

OSWALDO ESCOBAR VELADO

ALVARO MENEN DESLEAL

ITALO LOPEZ VALLECILLOS

ROQUE DALTON

Página

MANLIO ARGUETA

ROBERTO ARMIJO

JOSE ROBERTO CEA

Págin



Antología General de la Poesía en El Salvador, es la primera muestra en nuestro país hecha con criterios de exigencia estética. Comprende 22 autores, desde Francisco Gavidia, cuya labor literaria se remonta a los últimos años del siglo pasado, a las promociones más jóvenes. Hasta la fecha no existía una muestra poética salvadoreña que diera a los lectores la oportunidad de degustar la mejor poesía de El Salvador. El análisis rigorista del antólogo va en provecho del lector quien obtiene una obra de alta calidad poética.

A propósito, José Roberto Cea, autor de la Antología afirma: "Las pocas antologías o volúmenes dedicados al estudio de nuestro desarrollo literario, que se han publicado hasta la fecha, son especies de directorios telefónicos, o cuando más, meros catálogos o ficheros bibliográficos".

He ahí la importancia de esta obra: el criterio selectivo que impulsó al autor, el deseo de hacer una nueva antología poética de El Salvador.



Editorial
Universitaria